MEMORIAS Y MEDITACIONES

MEMORIAS Y MEDITACIONES

MARISCAL DE LA UNION SOVIETICA

G. K. ZHUKOV

Tomo I



Edición: DANIA PÉREZ RUBIO
Diseño: RUBIDO

Instituto Cubano del Libro, calle 19 *no.* 1002
Vedado, La Habana, Cuba.

El Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, a través del Instituto del Libro, publica para la «Biblioteca El Oficial» el libro del Mariscal de la Unión Soviética G. K. Zhukov *Memorias y Meditaciones.*

Coincide la publicación de este interesante libro con el 25 aniversario de la victoria de la segunda guerra mundial, en que las gloriosas armas soviéticas tuvieron participación decisiva.

Sirva de homenaje a nuestras fraternales Fuerzas Armadas de la URSS en ocasión de tan relevante aniversario, la publicación para nuestras FAR de esta obra de uno de los principales artífices de la victoria.

DEDICO ESTE LIBRO
AL SOLDADO SOVIÉTICO

A manera de prólogo

He trabajado varios años en el libro Memorias y meditaciones. *Ha sido mi propósito seleccionar del copioso material de mi vida —de entre la espesa gama de acontecimientos y encuentros— lo más esencial y trascendente, aquello que pudiera descubrir en su cabal dimensión la grandeza de las obras y gestas de nuestro pueblo.*

Aunque han transcurrido muchos años desde los sucesos descritos, probablemente todavía hoy no pueda decirse con exactitud cuáles de ellos llevan impreso el sello de la eternidad...

Que me perdonen mis compañeros de armas si no he sabido rendirles el homenaje merecido. Todavía hay tiempo, y muchos escribirán y hablarán de ellos. Me sentiré muy obligado ante los que me envíen sus observaciones y juicios susceptibles de ser considerados en la posterior labor sobre el libro.

En la preparación de la presente edición me han ayudado varios camaradas. Quisiera expresar mi gratitud a los generales y oficiales de la Dirección Científico-Militar del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas Soviéticas y del Instituto de Historia Militar, a los jefes de sección del Ministerio de Defensa de la URSS coronel Nikita Efimovich

Teréschenko y coronel Piotr Yakovlevich Dobrovolski, a los redactores de la Editorial de la APN Anna Davidovna Mirkina y Viktor Alexandrovich Erojin y a todos los que han preparado mi manuscrito para su publicación.

Quiero testimoniar especialmente mi reconocimiento por su valiosa colaboración literaria a Vadim Guerasimovich Komolov.

G. ZHUKOV.

10 de febrero de 1969.

CAPÍTULO I

Infancia y adolescencia

Al declinar de los años no es tan fácil recordar todo lo vivido. La procesión de los días, el trabajo y los acontecimientos disipan muchos recuerdos, principalmente en lo que toca a la niñez y la adolescencia. La memoria sólo retiene lo que es imposible olvidar.

La casa en que yo nací el 19 de noviembre de 1896, en Strelkovka (provincia de Kaluga), estaba en el centro de la aldea. De tan vetusta que era, tenía un ángulo medio hundido en la tierra; los muros y el tejado, recubiertos de hierba y musgo. Por junto, una habitación con dos ventanas.

Mis padres no sabían por quién y cuándo había sido construida aquella casa. Los ancianos del lugar recuerdan que en ella vivió una viuda sin hijos, Anna Zhukova. Para mitigar su soledad, sacó del hospicio a un niño de dos años: mi padre. Quiénes fueron sus progenitores, nadie lo supo, y mi padre tampoco se preocupó luego de averiguarlo. Lo único que se logró saber es que una mujer le dejó a los tres meses en el umbral de la inclusa con una nota: «Pongan a mi hijo el nombre de Konstantin». ¿Qué obligó a la pobre mujer a abandonar a su hijo?, nadie puede decirlo. No lo haría por falta de amor maternal, sino más bien arrastrada por la desesperación.

Al fallecer su madre adoptiva, mi padre, que apenas había cumplido ocho años, entró de aprendiz de zapatero en un

pueblo grande: *Ugodski Zavod*. Después nos contó que su aprendizaje consistía principalmente en hacer las faenas de la casa. Cuidaba a los niños, pacía el ganado. A los tres años de «aprendizaje», se marchó en busca de otro empleo. Fue andando hasta Moscú, en donde al fin y a la postre se colocó en el taller de zapatería de Weiss, que también tenía una tienda de calzado fino.

No conozco los pormenores, mas por los relatos de mi padre infiero que él y otros muchos obreros fueron despedidos y deportados de Moscú por ir a las manifestaciones cuando los sucesos de 1905. Desde entonces vivió en su pueblo, sin salir de él, donde ejerció el oficio de zapatero trabajando también en el campo hasta su muerte, en 1921.

Mi madre, Ustinia Artemievna, nació y vivió en la aldea vecina de Chernaia Griaz. Era pobrísima su familia.

Cuando se casó con mi padre tenía treinta y cinco años. El padre, cincuenta. Los dos habían quedado viudos desde muy jóvenes. Mi madre era una mujer muy fuerte: cargaba con facilidad sacos de trigo de 80 kilos y los llevaba a considerable distancia. La gente decía que había heredado la fuerza física de su padre —mi abuelo Artiom— el cual se metía debajo del caballo y lo levantaba en alto o lo agarraba de la cola y lo hacía sentarse de un tirón.

Las necesidades que pasábamos, ya que mi padre ganaba una miseria en su oficio, obligaron a mi madre a procurarse el sustento como acarreadora. En la primavera, el verano y a principios del otoño se ocupaba de las faenas agrícolas. Ya avanzado el otoño, marchaba a la ciudad de Maloyaroslavets para llevar comestibles a los comerciantes de Ugodski Zavod. Cada viaje le reportaba como máximo un rublo y veinte kopeks. Mas, ¿qué ganancias eran ésas? Si se descuenta el pienso del caballo, el hospedaje, la comida, el desgaste del calzado, etc., no le quedaba apenas nada. Creo que un mendigo sacaría más en el mismo tiempo.

No había salida, era el sino del pobre, y mi madre trabajaba sin protestar. Muchas mujeres de nuestras aldeas hacían lo mismo para no morirse de inanición. Por intransitables lodazales o bajo rigurosísimas heladas traían mercancías de Maloyaroslavets, *Serpujov* y otros puntos, de-

jando a sus criaturas al cuidado de abuelos y abuelas que apenas podían arrastrar los pies.

La mayor parte de los campesinos de nuestras aldeas eran paupérrimos: tenían poca tierra y mala. Los trabajos del campo corrían principalmente a cargo de las mujeres, los ancianos y los niños. Los hombres trabajaban como temporeros en Moscú, San Petersburgo y otras ciudades y ganaban muy poco. Rarísimo era el hombre que llegaba a la aldea con algún dinero en el bolsillo.

Por supuesto, en los pueblos había también campesinos ricos, los kulaks, que no tenían de qué quejarse. Sus casas eran grandes, claras, confortables; abundante ganado en los establos y muchas aves en el corral; en los graneros, grandes reservas de harina y de trigo. Sus hijos vestían bien, comían hasta hartarse y estudiaban en los mejores colegios. Para esas gentes doblaban la espalda los aldeanos pobres, frecuentemente, por sólo un poco de trigo, pienso o simientes.

Los hijos de los pobres veíamos las calamidades que pasaban nuestras madres y sentíamos el sabor amargo de sus lágrimas. ¡Qué alegría cuando nos traían de Maloyaroslavets una rosquilla o un dulce! Y si se podían economizar unas monedas para un pastel relleno de Navidad o para las Pascuas, nuestro gozo rebasaba todos los límites. Cuando yo cumplí cinco años y mi hermana pasaba de seis, mi madre dio a luz otro hijo, al que llamaron Alexei. Era muy endeble y todos temían por su vida. Mi madre decía llorando:

—Cómo puede ser fuerte, si estamos a pan y agua.

A los pocos meses del parto decidió mi madre ir nuevamente a la ciudad a ganarse un jornal. Los vecinos la disuadían, aconsejándola cuidar al pequeñuelo, débil y necesitado de la lactancia materna. Pero como el hambre agobiaba a toda la familia, no tuvo más remedio que marchar. Alexei quedó a cargo nuestro. No había cumplido el año cuando murió. En otoño lo enterraron en el cementerio de Ugodski Zavod. Mi hermana y yo, sin hablar ya de los padres, sentimos mucho la muerte del pequeñín y visitábamos a menudo su tumba.

Aquel mismo año padecimos otra desgracia: se derrumbó el tejado.

—Hay que salir de aquí —dijo el padre— porque si no nos aplastará a todos. Mientras dure el buen tiempo viviremos en el cobertizo y luego veremos. Quizás alguien nos cobije en el baño o en el pajar.

Me acuerdo de las lágrimas que vertía mi madre al decirnos:

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Saquen los trastos de la casa y llévenlos al galpón!

El padre hizo un hornillo para cocinar y nos alojamos en el cobertizo como pudimos.

Los amigos de mi padre, que vinieron a festejar la «mudanza», bromeaban:

—Qué, Kostia, dicen que no te llevas bien con los duendes y te han echado de tu casa.

—¿Cómo iba a llevarme bien? Si hubiera sido así habrían aplastado a toda la familia.

—¿Qué piensas hacer?, le preguntó su vecino y amigo Nazarich.

—No tengo la menor idea...

—¿Qué ideas ni qué cuentos! —terció la madre— Se lleva la vaca por los cuernos al mercado. La vendemos y compramos madera para construir. En menos de un decir pasa el verano, y en invierno no se levanta una casa.

—Tiene razón la Ustinia dijeron a una voz los hombres.

—Lo que es verdad es verdad, pero con eso no hay ni para empezar —replicó el padre— fuera de la vaca no tenemos más que un caballo viejo.

Nadie dijo nada. Todos comprendían que aún nos quedaba lo peor por delante.

Al cabo de cierto tiempo, mi padre consiguió madera por un precio módico y a plazos. Nos ayudaron a trasportarla los vecinos, y para noviembre estaba ya construida la casa. El tejado lo cubrieron de bálago.[1]

[1] Paja de los cereales trillados. *(N. del E.)*

—No importa, por ahora viviremos en ésta, cuando prosperemos, construiremos otra mejor —aprobó mi madre.

La casa tenía peor aspecto que las demás: el porche era de tablas viejas; las ventanas, cubiertas con fragmentos de cristal. Pero sentimos un gran alivio al pensar que en invierno tendríamos un rincón donde cobijarnos y, en lo tocante a estrechuras, decíamos como todos: apretados, pero contentos.

El invierno de 1902 fue muy difícil para la familia. Yo tenía a la sazón seis años. La cosecha había sido mala y el trigo sólo bastó hasta la mitad de diciembre. Los haberes del padre y de la madre se iban en el pan, la sal y en pagar las deudas. Gracias a que los vecinos nos daban de vez en cuando sopa de coles o gachas. Esa ayuda no constituía una excepción en las aldeas, era más bien un hábito de amistad y solidaridad arraigado entre los rusos que vivían en la extrema miseria.

Con el advenimiento de la primavera, las cosas mejoraron, pues había excelente pesca en los ríos Ogublianka y Protva. El Ogublianka es un riachuelo de poco fondo y con mucho limo. Más arriba de la aldea de Kostinka, cerca de Bolotski, donde el río toma su nacimiento en la confluencia de varios arroyos, había lugares con gran profundidad y abundaban los peces grandes. En el Ogublianka, sobre todo a la altura de nuestra aldea y del vecino pueblecillo de Ogub se pescaban bien el gobio, la perca y la tenca. Nuestros principales aparejos de pesca eran unas cestas. Cuando nos sonreía la suerte yo daba pescado a los vecinos que me ofrecían su sopa y sus gachas.

A los chicos nos encantaba ir a pescar al Protva, al pie de los montes Mijalev. El camino atravesaba un espeso soto de tilos y deliciosos bosquecillos de abedules, en los que crecían fresas silvestres y, al final del verano, no pocos hongos. En ese bosquecillo preparaban los hombres el líber para las abarcas, que nosotros llamábamos «zapatos de fiesta a cuadros».

Hoy ya no existen aquellos sotos y bosquecillos, los alemanes los talaron durante la ocupación, y después de la guerra patria el koljós labró las tierras para la siembra.

Un verano, el padre me dijo:

—Yegor,[1] ya eres un hombre, tienes siete años, y es hora de hacer algo útil. A tu edad yo trabajaba no menos que una persona mayor. Mañana vamos a segar el heno, te llevas un rastrillo para desparramarlo con tu hermana, secarlo y hacinarlo después.

A mí me gustaba la siega a la que me llevaban con frecuencia los mayores, pero ahora no iba con la idea de distraerme y jugar como antes. Me sentía orgulloso de trabajar y ser útil a la familia. En otros carros veía a mis compañeros de la misma edad, también pertrechados de rastrillos. Trabajé con ahínco y me era muy grato oír los elogios de los adultos. Me excedí hasta tal extremo que me salieron callos en las palmas de las manos. Aguanté cuanto pude, porque me daba vergüenza decirlo. Por fin, las ampollas se reventaron y me fue imposible rastrillar.

—¡No es nada, se te pasará! —me dijo el padre— y con un trapo me vendó la mano.

Durante varios días no pude empuñar el rastrillo y sólo ayudaba a la hermana a recoger el heno y hacinarlo. Los otros arrapiezos se mofaban de mí. Pero a los pocos días trabajaba ya no peor que ellos.

Cuando llegó la temporada de la recolección de los cereales, mi madre me dijo:

—Ya es hora, hijo, de aprender a segar. En la ciudad te he comprado una hoz nuevecita. Mañana temprano segaremos el centeno.

La siega marchaba bien. Mas esta vez tuve también mala suerte. En mi afán de brillar, me precipité y me dí un corte en el meñique de la mano izquierda. Mi madre se asustó mucho; yo también. La tía Praskovia, vecina nuestra, me aplicó en el dedo una hoja de llantén y le vendó muy fuerte con un trapito.

Aunque han pasado muchos años, la cicatriz del dedo meñique me recuerda mis primeros reveses en el frente agrícola...

[1] Yegor, diminutivo de Georgui. *(N. del E.)*

El verano aquel pasó volando. Yo adquirí el hábito de las faenas del campo y me robustecí.

Se aproximaba el otoño de 1903. Los chicos de mi edad se preparaban para ingresar en la escuela. Yo también. En el abecedario de mi hermana aprendí las letras de imprenta. De nuestro pueblo iban a la escuela ese año otros cinco chicos, entre ellos mi mejor amigo, Leshka[1] Kolotirni. «Kolotirni» era apodo, su verdadero apellido era Zhukov. Cinco familias de la aldea teníamos ese mismo apellido y la gente nos distinguía por el nombre de las madres. A nosotros nos llamaban los de Ustinia; a otros, los de Avdotia, los de Tatiana, etc.

Debíamos estudiar en la escuela parroquial de Belichkovo, a kilómetro y medio de distancia. A ella asistían los niños de cuatro aldeas vecinas: Likovo, Velichkovo, Strelkovka y Ogub.

A algunos sus padres les compraron cartapacios y los chicos se vanagloriaban de ello. A Leshka y a mí nos hicieron unas bolsas de lienzo. Yo le dije a mi madre que sólo los pobretones llevan bolsas y que yo no iría con una bolsa a la escuela.

—Cuando tu padre y yo ganemos dinero, te compraremos sin falta un cartapacio, mas por ahora ve con la bolsa.

Mi hermana Masha[2] me acompañó a la escuela. Ella estudiaba en el segundo grado. En nuestra clase había quince niños y trece niñas.

Luego de trabar conocimiento con nosotros, el maestro nos indicó los pupitres que debíamos ocupar. Las niñas, en el lado izquierdo; los niños, en el derecho. Yo quería sentarme al lado de Kolotirni, pero el maestro replicó que Lesha no sabía las letras y, además, era de pequeña estatura. Por eso le hizo sentar en la primera fila y a mí en la última. Lesha me dijo que se afanaría en aprender pronto todas las letras para que pudiéramos estar juntos, mas no sucedió así. Siempre estaba entre los más atrasados y a menudo le dejaban castigado al terminar las clases por no saberse la lección,

[1] Leshka, Lesha, diminutivos de Alexei. *(N. del E.)*
[2] Masha, diminutivo de María. *(N. del E.)*

pero era un muchacho muy discreto no guardaba rencor a los maestros.

El maestro se llamaba Serguei Nikolaievich Remizov, buen pedagogo y excelente persona. Castigaba a sus alumnos cuando se lo merecían y jamás levantaba la voz. Todos le respetábamos y queríamos. El padre de Serguei Nikolaievich un viejecito callado y bondadoso, era sacerdote y nos enseñaba la doctrina cristiana.

El maestro y su hermano, médico de profesión, eran ateos y asistían a los oficios religiosos por el qué dirán. Ambos cantaban en el coro de la iglesia. Como Lesha y yo teníamos buena voz, nos incluyeron en el coro escolar.

Todos los chicos de nuestra aldea pasaron con buenas notas al segundo grado menos Lesha, que tenía mala nota en doctrina cristiana. Nuestros esfuerzos colectivos por ayudarlo resultaron infructuosos.

Mi hermana tampoco estudiaba bien y se quedó en el segundo grado. Mis padres resolvieron que debía dejar la escuela y ocuparse de las faenas domésticas. Masha lloró amargamente, alegando que ella no tenía la culpa, que si se había rezagado era por faltar mucho al quedarse en casa para cuidar nuestro pequeño Alexei cuando la madre iba al acarreo. Yo saqué la cara por mi hermana, diciendo que otros padres trabajan y salen al acarreo, mas no sacan a sus hijos de la escuela y que todas las amigas de mi hermana seguían estudiando. Al fin y a la postre, la madre cedió. Mi hermana se puso muy contenta y yo me alegré por ella.

A nosotros nos daba mucha lástima la madre. A pesar de nuestros pocos años, mi hermana, y yo comprendíamos lo penoso de su carga. Además, el padre mandaba muy poco dinero y eso raras veces. Antes, dos o tres rublos al mes: últimamente, un rublo o menos. Los vecinos nos aseguraban que no sólo era nuestro padre: los demás obreros de Moscú ganaban muy poco en los últimos tiempos.

Recuerdo que mi padre vino a la aldea a fines de 1904. Mi hermana y yo nos pusimos muy contentos; esperábamos algún regalito de Moscú, pero el padre dijo que esa vez no había podido traernos nada. Llegaba directamente del hospital en el que había permanecido veinte días operado del

apéndice y que hasta el dinero para el billete de ferrocarril lo había pedido prestado a sus compañeros.

En la aldea respetaban y consideraban mucho a mi padre. Por lo común, en reuniones y asambleas era el último que hacía uso de la palabra. Yo le quería mucho y él me mimaba. Pero a veces era muy severo conmigo, cuando hacía alguna travesura, me daba de correazos, exigiendo que le pidiera perdón. Yo era tozudo, y por mucho que me pegara, me aguantaba con tal de no pedirle perdón.

Un día me arreó tal azotaina, que me escapé de casa y estuve tres días escondido en el cañamal de un vecino. Nadie más que mi hermana conocía mi refugio. Quedé con ella para que me trajera de comer y no me delatara. Buscaron por todas partes, pero el escondite era seguro. Por azar me encontró la vecina y me llevó a su casa. El padre me propinó una buena paliza, pero luego le dio lástima y me perdonó.

Una vez que mi padre estuvo de buen humor me llevó con él a un establecimiento de bebidas de la aldea vecina, en Ogub, para tomar té. Su dueño, el ricachón Nikifor Kulaguin, vendía también comestibles. A los hombres maduros y a los jóvenes les gustaba ir al lugar para comentar las últimas noticias, jugar a la lotería, a las cartas y tomar unas copas para festejar algo o simplemente por beber.

A mí me encantó tomar té con los mayores, que decían cosas interesantes de Moscú y San Petersburgo y yo le pedí a mi padre que me llevara siempre con él para escuchar lo que hablaban.

En el establecimiento de bebidas trabajaba de eamarero el hermano de mi madrina, un tal Projor. Tenía un defecto en la pierna y le llamaban el cojo. A pesar de su cojera era un cazador empedernido. En el verano cazaba patos, en el invierno, liebres, abundantes en aquellos parajes.

Projor me llevaba a menudo con él, lo que me producía un inmenso deleite. Sobre todo me entusiasmaba cuando él mataba una liebre que yo acosaba. A la caza del pato íbamos al Ogublianka o al lago. Por lo general, no erraba un tiro. Mi misión era sacar los patos del agua.

Hasta hoy día soy un apasionado de la caza. Quizás Projor me inculcara esa afición desde la niñez.

El padre regresó poco después a Moscú. Antes de partir refirió a mi madre que en Moscú y en San Petersburgo estallaban huelgas a menudo. La despiadada explotación y el desempleo llevaban a los obreros a la desesperación.

—No te metas tú en lo que no te importa, porque si no los gendarmes te mandarán al quinto infierno —le aconsejó la madre.

—Yo soy uno de tantos —replicó el padre— adonde van todos allá voy yo.

Largo tiempo estuvimos sin recibir noticias suyas. Nos tenía muy inquietos.

Nos enteramos de que en San Petersburgo las tropas y la policía zaristas habían ametrallado el 9 de enero de 1905 una manifestación pacífica de obreros que iban a pedir al zar mejores condiciones de vida.

En la primavera del mismo año empezaron a llegar al campo con más y más frecuencia desconocidos que exhortaban al pueblo a luchar contra los terratenientes y la autocracia zarista.

En nuestro pueblo no llegó la cosa a un levantamiento campesino pero reinaba gran efervescencia entre ellos. Circulaban noticias de huelgas políticas, combates de barricadas y la insurrección armada de diciembre en Moscú. Sabíase que el gobierno zarista había ahogado en sangre la insurrección de los obreros de Moscú y otras ciudades rusas y que muchos revolucionarios, líderes de la clase obrera, habían sido bárbaramente aniquilados, recluidos en fortalezas o condenados a trabajos forzados. Los campesinos oyeron también hablar de Lenin, que era el portavoz de los intereses de los obreros y los campesinos y jefe del Partido Bolchevique, el cual quiere librar al pueblo del zar, de los terratenientes y capitalistas.

Todas esas nuevas las habían divulgado por la aldea nuestros paisanos que trabajaban en Moscú, San Petersburgo y otras ciudades de Rusia.

En 1906 regresó mi padre. Dijo que no volvería a Moscú, porque la policía le había prohibido residir en esa ciudad y no le permitía vivir más que en su pueblo natal. A mí me alegró mucho que mi padre se quedase para siempre con nosotros.

Ese mismo año acabé los estudios de la escuela. Terminé todos los grados con notas de sobresaliente y recibí mención honorífica. Mis familiares estaban muy contentos de mi aplicación. Y yo, ni que decir tiene. Mi madre me regaló una camisa nueva y mi padre me hizo unas botas.

—Ahora que entiendes de letras —dijo el padre— puedes ir a Moscú para aprender algún oficio.

—Que viva un año más con nosotros y luego le llevaremos a la ciudad —precisó la madre.— Será mejor que crezca un poco todavía...

En el otoño cumplí los diez años. Yo sabía que era el último otoño que estaría en la casa paterna. Pasado el invierno tendría que vivir entre extraños. El trabajo hogareño me abrumaba. La madre seguía yendo por cargamentos a la ciudad, el padre se afanaba con sus zapatos desde el amanecer hasta muy entrada la noche. Ganaba poquísimo, porque los aldeanos no podían muchas veces pagarle. La madre le reñía a menudo por pedir tan poco por su trabajo.

Cuando el padre obtenía más dinero por algún encargo, regresaba bebido de Ugodski Zavod. Mi hermana y yo le esperábamos en el camino y él siempre nos daba rosquillas o caramelos.

En invierno solía en las horas libres de los quehaceres domésticos ir a pescar o patinar en el río Ogublianka, con patines hechos en casa, o a esquiar en los montes Mijalev. Llegó el verano. Mi corazón se oprimía al pensar que dejaría pronto la casa, los padres, los amigos para marchar a Moscú. Comprendía que mi infancia tocaba a su fin. Verdad es que los primeros años de mi vida fueron infantiles muy relativamente. ¿Pero qué mejor podía yo esperar?

Una tarde los vecinos, sentados en el bordillo de tierra que ceñía en su base nuestro chamizo, hablaron de mandar a los muchachos a Moscú. Unos pensaban hacerlo al cabo de unos días, otros querían esperar un par de años. Mi madre

dijo que me llevaría al terminarse la feria, que empezaba una semana después de la Trinidad. A Lesha Kolotirni le habían colocado de aprendiz de carpintero en el taller de Murashkin, un ricachón de nuestra aldea.

El padre me preguntó qué oficio deseaba aprender. Quiero ser tipógrafo —le respondí. No tenemos conocidos que puedan ayudarnos a colocarte en una imprenta —me objetó. Terció mi madre: pediría a su hermano Mijail que me admitiera en su peletería. El padre accedió, porque los peleteros ganaban bastante. Yo estaba dispuesto a cualquier trabajo con tal de ayudar a mi familia.

En junio de 1907 llegó al pueblo de Chornaia Griaz el hermano de mi madre, Mijail Artiomovich Pilijin. Vale la pena hacer un aparte.

Mijail Pilijin creció en la miseria, lo mismo que mi madre. A los once años le pusieron de aprendiz en una peletería. Cuatro y medio después era ya oficial. Muy ahorrativo, logró economizar dinero y abrir un pequeño negocio. Su gran pericia le conquistó una clientela rica a la que desplumaba sin miramientos.

Pilijin fue ensanchando poco a poco su taller. Ya tenía ocho oficiales y cuatro aprendices permanentes. Y a todos los explotaba sin piedad. Así acumuló un capital de unos cincuenta mil rublos oro.

A ese tío mío le pidió mi madre que me tomara de aprendiz. Fue a verle al pueblecito de Chornaia Griaz, donde pasaba el verano, ella al volver nos dijo que su hermano había pedido me llevaran para conocerme. ¿Qué condiciones ha puesto? —inquirió mi padre.— Lo que es costumbre. Cuatro años y medio de aprendiz y luego será oficial.

—¡Qué le vamos a hacer! —exclamó el padre—. Habrá que llevar al muchacho.

Dos días después fuimos mi padre y yo a Chornaia Griaz. Al acercarnos a la casa, me dice mi padre:

—Mira, ese que está sentado en el porche es tu futuro amo. Cuando te acerques le haces una reverencia y le dices: «Buenos días, Mijail Artiomovich».

—No, yo le diré: «¡Buenos días, tío Misha!»

Olvida que es tío tuyo. Es tu futuro amo y los amos ricos no quieren a los parientes pobres. Tenlo bien presente.

Al aproximarnos al porche en donde el tío Misha se había arrellanado en una butaca de mimbre, el padre le saludó y me empujó un poco para ponerme delante. Sin responder al saludo y sin dar la mano a mi padre, Pilijin se volvió hacia mí. Yo me incliné y le saludé:

—¡Buenos días, Mijail Artiomovich!

—¡Buenos días, buen mozo! ¿quieres ser peletero?

Yo no dije una palabra.

—Pues, el oficio es bueno, pero difícil.

—Él no teme las dificultades. Está acostumbrado a trabajar desde sus más tiernos años —repuso mi padre.

—¿Sabe leer y escribir?

Mi padre le enseñó la mención honorífica.

—¡Bravo! —exclamó el tío y, volviendo la cabeza hacia la puerta, gritó:— ¡Eh, vosotros, zánganos, venid aquí!

A su llamada salieron sus hijos Alexandr y Nikolai, bien vestidos y cebados, y tras ellos, el ama.

—Mirad, gandules, cómo hay que estudiar —dijo el tío, mostrando mi mención—. Vosotros no sabéis más que recibir malas notas.

Por fin, se dirigió al padre.

—Bueno, le tomaré como aprendiz. El chico es fuerte y no parece tonto. Yo aquí viviré todavía unos días. Luego me marcharé, pero no puedo llevarle conmigo. Dentro de una semana irá a Moscú el hermano de mi mujer y me lo traerá.

Con eso nos despedimos.

Yo me puse muy contento por poder quedarme en el pueblo una semana más.

—¿Cómo os ha recibido mi hermanito? —preguntó mi madre.

—Pues como los amos reciben a la gente de nuestra categoría.

—¿No os ha invitado a tomar té?

—Ni siquiera nos ofreció una silla. El estaba repantigado y nosotros de pie, como los soldados. —Y añadió con rabia—: No nos hace falta su té. Ahora nos vamos al establecimiento de bebidas y nos tomamos una taza por una pieza de a cinco, ganada con nuestro sudor.

La madre me dio una rosquilla y nos fuimos al establecimiento de bebidas...

Los preparativos de viaje fueron breves. Mi madre apañó un envoltorio con dos mudas de ropa interior, un par de peales de paño y una toalla, y me dio cinco huevos y unas tortillas de harina para el camino. Rezamos y, siguiendo una vieja costumbre rusa, nos sentamos en un banquillo unos instantes.

—¡Que Dios te bendiga, hijo mío! —suspiró abatida. No pudo contenerse y rompió a llorar amargamente, estrechándome contra su pecho.

Al padre se le enrojecieron los ojos y unas lágrimas le corrieron por las mejillas. Yo a duras penas me contuve.

Mi madre y yo fuimos a pie hasta Chornaia Griaz. Por ese camino iba yo a la escuela o al bosque a buscar frutillas y setas.

—¿Te acuerdas, madre, que fue ahí cerca de los tres robles, donde me corté en el dedo meñique cuando segaba contigo?

—Me acuerdo, hijito. Las madres siempre recuerdan todo lo que les pasa a sus hijos. Muy mal hacen los hijos que se olvidan de sus madres.

—¡Eso no ocurrirá conmigo! —le dije con firmeza.

Cuando mi tío Serguei y yo subimos al tren caía un fuerte aguacero. Una vela de sebo apenas alumbraba el angosto pasillo del vagón de tercera. El tren arrancó y tras la ventanilla desfilaron los sombríos contornos de los bosques y las luciérnagas de lejanos pueblecillos.

Nunca había viajado en tren ni había visto la vía férrea. Por eso el trayecto me impresionó mucho. Pasada la estación de Balabanovo surgieron de pronto unos edificios de muchos pisos con profusión de luces.

—Oiga, buen hombre, ¿qué ciudad es ésta? —le pregunté a un viajero de edad asomado a la ventanilla.

—Eso no es una ciudad, muchacho. Es la fábrica textil de Savva Morozov en Naro-Fominsk. En ella trabajé 15 años —añadió tristemente— ahora ya no trabajo.

—¿Por qué no trabaja ya?

—Es una historia larga... Aquí di sepultura a mi mujer y a mi hija.

Lo vi palidecer y cerrar un instante los ojos.

—Cada vez que paso por delante de esa maldita fábrica no puedo mirar tranquilo a ese monstruo que devoró a mis seres más queridos...

De pronto se apartó de la ventanilla, sentóse en el ángulo más oscuro del vagón y se puso a fumar, mientras yo seguía contemplando al «monstruo» que «devora» a la gente, pero no me atreví a preguntar cómo.

Llegamos al amanecer a Moscú. La estación del ferrocarril me dejó anonadado. Todos se apresuraban hacia la salida, dándose codazos, empujándose con cestas, baúles, bolsas. No podía comprender por qué tenían tanta prisa.

—No te quedes con la boca abierta —me aconsejó mi acompañante— esto no es el pueblo, aquí debes aguzar todos tus sentidos.

Por fin salimos a la plaza de la estación.

Pese a lo temprano de la hora, la gente se apiñaba junto a una taberna, donde los recién llegados podían a precios módicos matar el hambre con sbíten[1] caliente, tortillas de harina, empanadas de menudillos, callos y otros manjares. Era demasiado pronto para ir a casa del amo y resolvimos entrar en el figón. Había en derredor charcos de agua y fango, en la acera estaban sentados unos andrajosos borrachos. Dentro sonaba muy alto una canción que yo conocía: «Crepitaba, ardía Moscú», coreada por algunos parroquianos con voces vinosas.

[1] Sbíten, antigua bebida rusa hecha a base de miel, agua hirviente y especias.

Al salir de la taberna nos dirigimos a la calle Bolshaia Dorogomilovskaïa y esperamos la llegada del tranvía de caballos. Entonces no llegaba hasta esa calle el eléctrico, que por lo demás acababa de hacer su aparición en Moscú. Al subir, entre la prisa y el barullo, un hombre que iba delante en la escalerilla me dio sin querer un taconazo en la nariz y empecé a sangrar.

—Ya te dije que fueras más avispado —me gritó furioso el tío Serguei.

Y el hombre de marras me preguntó dándome un trapo:

—¿Del pueblo, eh? Pues en Moscú tienes que mirar más arriba de la nariz.

La plaza de la estación y las calles colindantes no me impresionaron apenas. Las casas eran de madera, pequeñas, desconchadas. La Dorogomilovskaia estaba sucia, el pavimento tenía grandes baches. La gente iba casi toda mal vestida, proliferaban los borrachos.

Según nos aproximábamos al centro, el aspecto de la ciudad iba cambiando: grandes edificios, elegantes comercios, briosos trotones. Estaba como atontado y casi no me daba cuenta de nada. No había visto nunca casas de más de dos plantas, calles adoquinadas ni cocheros en carruajes con ruedas de goma, que rodaban a gran velocidad, tirados por hermosos alazanes de Oriol. Jamás había visto tanta aglomeración en las calles. Todo eso abrumaba mi imaginación, no pronunciaba palabra y escuchaba distraído cuanto decía mi acompañante.

Entramos en la Bolshaia Dmitrovka (hoy calle Pushkin) y bajamos del tranvía en la esquina de travesía Kamerguerski, hoy travesía Judozhestvenni teatr, (el Teatro de Arte).

—Esta es la casa en que vas a vivir, en el patio está el taller donde has de trabajar. La entrada principal del apartamento es por la travesía Kamerguerski, pero los oficiales y los aprendices entran sólo por la puerta de servicio, por el patio —me explicó tío Serguei—. Recuérdalo bien: esto es Kuznetski Most, aquí se hallan los mejores comercios de Moscú. Ese es el teatro de Zimin, a él no van los obreros. Al frente y a la derecha, Ojotni Riad, ahí venden hortalizas, carne, pescado. En él harás las compras para el ama.

Atravesamos un gran patio, nos acercamos a los que trabajaban, saludamos a los oficiales del taller, a quienes tío Serguei llamaba ceremoniosamente por el nombre y el patronímico.

—Del pueblo les he traído un nuevo aprendiz.

—Pequeñajo es —remarcó uno de ellos—. No le vendría mal crecer un poco.

—¿Cuántos años tienes, chaval? —preguntó un hombre alto—. Bueno, no es alto, pero tiene los hombros anchos.

—Será un buen peletero —dijo cariñosamente un oficial de avanzada edad.

Era Fiódor Ivánovich Kolesov, el más justo, el más experto y el que gozaba de mayor autoridad, como pude cerciorarme después.

Tío Serguei me llevó aparte, me dijo los nombres de los oficiales y de los aprendices y me habló de cada uno en particular.

Recuerdo muy bien lo que me contó de los hermanos Mishin.

—El mayor conoce bien el oficio, pero debe mucho. El menor es un tacaño. La gente dice que desayuna, come y cena por diez kopeks. Sueña con abrir un negocio propio. Este otro, Mijailo, es un borracho impenitente. Después de cobrar el salario se está dos o tres días empinando sin parar. Es capaz de quedarse sin camisa con tal de tomar, pero tiene manos de oro. Y ese que ves allí —me dijo tío Serguei, señalando a un muchacho alto es el primer aprendiz, tu jefe inmediato, se llama Kuzma. Dentro de un año será oficial. El del pelo crespo es Grigori Matveiev, del pueblo de Trubino, y pariente tuyo lejano.

Subimos por una escalera oscura y sucia al primer piso y entramos en el taller.

Salió el ama, nos saludó y nos dijo que el amo estaba ausente, péro vendría pronto.

—Ven y te enseñaré el apartamento, luego almorzarás en la cocina.

La dueña me explicó con todos los pormenores en qué consistían mis obligaciones de aprendiz menor: limpieza de las

habitaciones, del calzado de los amos y de sus hijos, me mostró dónde estaban y de qué clase eran las lamparillas de los iconos, cuándo y cómo encenderlas, etc.

—Lo demás ya te lo dirán Kuzma y la primera oficiala Matriosha.

Kuzma me llamó después para almorzar en la cocina. Tenía un hambre feroz y comí con gran apetito. Pero me ocurrió un percanse imprevisto. Como desconocía el orden de la casa —comían todos del plato común primeramente sólo la sopa de col sin carne y, al terminar, cuando la primera oficiala golpeaba el plato, cada uno podía coger un trozo de carne— yo atrapé en el primer instante dos tajadas, que engullí con delectación, y cuando me disponía a echar mano a la tercera recibí tal cucharazo en la frente, que me brotó en el acto un soberbio chichón.

Me mortificaba la idea de que en medio día que llevaba en Moscú me habían zumbado ya dos veces.

El primer aprendiz resultó ser un gran muchacho.

—No te apures cuando te zurren —me consoló al terminar el almuerzo—. De los escarmentados nacen los avisados.

El mismo día Kuzma me acompañó a las tiendas próximas adonde tendría que ir a comprar tabaco y vodka para los oficiales. La cocinera Matriosha (que al propio tiempo era la primera oficiala) me enseñó a fregar la vajilla en la cocina y encender el samovar.

Al día siguiente por la mañana me llevaron a un rincón del taller y me dijeron que lo primero que debía aprender era a coser pieles. Matriosha me dio aguja, hilos y dedal. Me explicó lo que tenía que hacer y añadió:

—Si tienes alguna duda, te acercas, yo te enseñaré cómo debes coser.

Puse gran empeño en mis primeras lecciones.

Los oficiales empezaban a trabajar a las siete en punto de la mañana y terminaban a las siete de la tarde, con un intervalo de una hora para almorzar. La jornada laboral era, pues, de once horas. Cuando había prisas, velaban hasta las diez o las once de la noche, trabajando en esos casos de

catorce a quince horas diarias. Por aquellas horas de más destajo.

Los aprendices nos levantábamos siempre a las seis de la mañana. Luego de lavarnos de prisa y corriendo, preparábamos los sitios de trabajo y todo lo que necesitaban los oficiales para empezar la faena. Nos acostábamos a las once de la noche, después de limpiar y disponerlo todo para el día siguiente. Dormíamos en el taller, en el suelo, y cuando hacía mucho frío, en unas yacijas que había en la antecámara de la entrada de servicio.

Al principio me fatigaba mucho. Se me hacía muy difícil acostarme tan tarde. En la aldea nos solíamos recoger temprano. Mas con el tiempo me acostumbré y soportaba con estoicidad la dura jornada.

En los primeros meses sentía honda nostalgia. Añoraba los lindos sotos y bosques, tan gratos a mi corazón, en los que solía ambular con Projor, cuando íbamos de caza, o con mi hermana a buscar frutillas, setas o leña seca. Se me oprimía el corazón y me entraban ganas de llorar. Pensaba que jamás volvería a ver a mis padres, a mi hermana y a mis compañeros de juego. A los aprendices no les permitían ir de vacaciones más que al cabo de tres años y a mí me parecía que nunca llegaría ese momento.

Los sábados teníamos que ir con Kuzma a la iglesia para oír las vísperas; los domingos, dos veces: a los maitines[1] y a misa. En las grandes fiestas, el amo nos llevaba a oír misa al Kremlin: a la catedral de la Asunción y, a veces, al templo del Salvador. A ninguno de nosotros nos gustaba ir a la iglesia y nos escabullíamos bajo cualquier pretexto. Sin embargo, a la Asunción íbamos gustosos para oír el magnífico coro sinodal. En el Salvador nos agradaba escuchar al protodiácono Rozov, que tenía una voz semejante a la trompeta de Jericó.

Trascurrió un año. Aprendí bastante bien el curso inicial de peletero, aunque requirió gran esfuerzo de mi parte. Por la menor negligencia, el amo nos propinaba inmisericordes palizas. Sus manazas atizaban duro. Nos pegaban los oficiales, las obreras; tampoco se quedaba atrás la dueña.

[1] Rezos efectuados antes de amanecer. *(N. del E.)*

Cuando el amo estaba de mal humor era mejor no ponérsele delante. Sin motivo alguno sacudía tales bofetones que nos dejaba sordos para todo el día.

Si dos aprendices habían cometido alguna falta, el patrón les obligaba a veces a zurrarse mutuamente con varas de madreselva (con ellas se vareaban las pieles) y gritaba: «¡Más fuerte, más fuerte!». Y no había otro remedio que aguantar.

Sabíamos que por doquier los amos vapuleaban a los aprendices. Tal era el orden establecido. El patrón entendía que los chicos estaban bajo su potestad, seguro de que nadie le pediría jamás cuentas por las tundas, por el trato inhumano a los menores. A nadie le importaba cómo trabajábamos, cómo comíamos y en qué condiciones vivíamos. Nuestro juez supremo era el amo. Así arrastrábamos los pesados grilletes que no todos los adultos habrían podido soportar.

Pasó tiempo. Al cumplir los trece años sabía ya mucho, había aprendido bastante cosas en el taller. A pesar de estar sobrecargado de trabajo, encontraba ratos para leer. Siempre recuerdo con gratitud a mi maestro Serguei Nikolaievich Remizov, quien me inculcó la pasión por la lectura. Alexandr, el hijo mayor del amo, me ayudaba a estudiar. Éramos de la misma edad y él me trataba mejor que los demás.

Al principio me prestó la novela *La enfermera;* atrayentes historias acerca de A. Pinkerton; *Los apuntes de Sherlock Holmes*, de Conan Doyle y otros de aventuras editados en serie para la biblioteca barata. Era interesante, pero no muy provechoso. Y yo quería estudiar en serio. Pero, ¿cómo? Hice partícipe de mis ideas a Alexandr, que las aprobó y me brindó su concurso.

Profundizábamos en mis conocimientos del ruso, de matemáticas, geografía y leíamos libros de divulgación científica. Por lo general, estudiábamos los dos cuando el dueño no estaba en casa y los domingos. Por mucho que nos ocultamos, él se enteró. Yo creía que me iba a echar o a castigar con dureza, pero en contra de lo que esperaba nos elogió por haber acometido una empresa razonable.

Luego de estudiar así un año y pico ingresé en los cursillos vespertinos de enseñanza general que proporcionaban conocimientos equiparables a los de un colegio municipal.

En el taller estaban contentos conmigo, estaba contento el patrón, aunque eso no le impedía arrearme de vez en cuando un puntapié o una bofetada. Al principio no me quería dejar ir a los cursillos, pero sus hijos le convencieron y consintió. Yo no cabía en mí de gozo, aunque estudiaba las lecciones de noche en el catre, junto al excusado, en el que ardía una bombilla de unas veinte bujías.

Un domingo en el que el amo se había ido a ver a unos conocidos nos sentamos a jugar a las cartas, cosa de un mes antes de los exámenes de fin de curso. En el azar del juego no nos dimos cuenta de que había vuelto y entrado en la cocina. Yo tenía la banca, me sonreía la fortuna. De súbito recibí un papirotazo que me hizo ver las estrellas. Me volví y, ¡horror!, era el amo. Me desconcerté tanto que no pude pronunciar palabra. Los demás salieron pitando.

—¿Conque para eso necesitas el diploma? ¿Para contar los puntos, eh? ¡Desde hoy no irás a ninguna parte y que Sasha se guarde bien de estudiar contigo!

Al cabo de unos días fui a los cursillos, ubicados en la calle Tverskaya, y conté lo ocurrido. Me faltaba algo más de un mes para terminar. Se rieron de mí y me permitieron examinarme. Pasé las pruebas con éxito.

Corría el año 1910. Trabajaba ya tres años en el taller y pasé a la categoría de aprendiz de primera. Me pusieron tres chicos a mi cargo. Me conocía Moscú al dedillo, porque había llevado pedidos a distintos ángulos de la ciudad con más frecuencia que otros. El deseo de proseguir mis estudios no me abandonaba, mas no veía el menor resquicio, aunque me las ingeniaba para leer.

Le cogía los periódicos al maestro Kolesov, que entendía más de política que los demás. Alexandr me daba revistas y yo mismo me compraba libros con lo que economizaba del tranvía. El amo me mandaba a llevar pieles a Marina Roscha o a Zamoskvorechie, me daba cinco o diez kopeks para el tranvía y yo me echaba el saco al hombro, iba andando y me guardaba la moneda.

Al cuarto año me llevaron a la famosa feria de Nizhni Novgorod (actualmente ciudad de Gorki) por ser el chico más fuerte. Allí el dueño alquiló una tienda para la venta al por mayor. Por entonces se había enriquecido mucho, tenía grandes relaciones en el mundo de los negocios y era todavía más avaro.

En la feria era mi principal obligación empaquetar la mercancía vendida y facturarla a la dirección correspondiente por el muelle urbano del Volga, del Oka o por las oficinas del ferrocarril.

Fue entonces cuando vi por primera vez el río Volga, que me asombró por su majestad y belleza. Hasta esos instantes no había visto un río más ancho y caudaloso que el Protva o el Moskova. Era una mañana temprano y el Volga chispeaba bajo los rayos del sol naciente. Yo no podía apartar la mirada, embelesado.

Ahora comprendo —pensé— porqué se le cantan canciones y se le llama madre Volga[1].

A la feria afluyeron comerciantes y compradores de toda Rusia y de otras naciones. Hallábase emplazado su recinto fuera del casco urbano, entre Kanavin y Nizhni Novgorod, sobre una depresión que se anegaba durante las inundaciones vernales.

Además de mercaderes, en la feria recalaron gentes de todo jaez con ánimo de ganar dinero honradamente o con malas artes. Como cuervos acudían allí ladrones, prostitutas, maleantes y caballeros de industria de toda laya.

Después de esa feria fuimos el mismo año a la de Uriupino, en la región de las Tropas del Don[2]. El amo envió en representación suya a su administrador Vasili Danilov. Este mercado me pareció mucho menos interesante que el de Nizhni Novgorod y el Volga. La ciudad era pequeña y bastante sucia y, además, la feria estaba menos concurrida.

Danilov era un hombre de mala entraña. Hasta hoy no me cabe en la cabeza por qué se ensañaba pegando con sádica ferocidad a un muchacho de catorce años por cualquier fu-

1 En ruso, el vocablo río —reká— pertenece al género femenino. *(N. del E.)*
2 Región de las Tropas del Don, unidad administrativa en la Rusia zarista que comprendía la zona habitada por los cosacos del Don. *(N. del E.)*

tesa. Una vez, harto ya, cogí una vara de roble, de la que nos servíamos para embalar, y le di con toda mi fuerza un golpe en la cabeza. El hombre cayó al suelo y perdió el conocimiento. Me asusté, pensando que le había matado y me fui corriendo, pero todo salió bien.

A nuestro regreso se quejó al amo, quien sin entrar en averiguaciones me molió las costillas.

En 1911 tuve la dicha de ir diez días de vacaciones a mi pueblo natal. Empezaba la época de la siega, la más interesante de las faenas agrícolas. Hombres maduros y jóvenes iban de la ciudad al campo para ayudar a las mujeres a terminar cuanto antes la recolección del heno y la preparación de piensos para el invierno.

Había salido de la aldea casi una criatura y volvía de vacaciones hecho un hombrecito. Tenía algo más de catorce años y llevaba tres y medio de aprendiz. Muchos faltaban en el pueblo: uno había fallecido, otro estaba fuera de aprendiz o ganando el sustento. Algunos no me reconocieron y yo tampoco reconocí a otros. La penosa vida había traído a unos la vejez prematura, otros habían crecido y eran ya mayores.

Fui a mi pueblo en el tren suburbano de Maloyaroslavets. Todo el trayecto desde Moscú hasta el apeadero de Protva (en el 105 kilómetro) estuve de pie ante la ventanilla. Cuando cuatro años atrás partí para Moscú era de noche y no vi los lugares lindantes con la vía férrea. Ahora observaba con interés los edificios de las estaciones, la admirable belleza de los bosques y sotos de los alrededores de Moscú.

Al pasar delante de la estación de Naro-Fominsk, un hombre le dice a su vecino del compartimiento:

—Hasta el año 1905 venía con frecuencia por aquí... ¿Ves esos ladrillos rojos? Son las naves de la fábrica de Savva Morozov.

—Dicen que es demócrata.

—Demócrata burgués, mas según las lenguas no trata mal a los obreros. En cambio, sus administradores son como perros de presa.

—Todos son de la misma jauría —sentencia el otro.

Al notar que yo les escuchaba con interés (recordaba la conversación que sostuve cuatro años antes) callaron.

En el apeadero de Protva me esperaba mi madre. Había cambiado mucho en esos cuatro años y se la veía más vieja. Sentí como un nudo en la garganta y tuve que hacer esfuerzos para no llorar.

La madre sollozó largo tiempo. Me apretaba contra sí con sus manos ásperas y callosas y repetía:

—¡Hijo mío querido! Creía que iba a morirme sin verte.

—¡Qué va, mamá! Mira cuánto he crecido. Ahora la vida te será más fácil.

—Que Dios te oiga.

Llegamos a casa después del anochecer. El padre y la hermana nos esperaban sentados junto a la casa.

Mi hermana estaba alta, en edad de merecer. El padre había envejecido mucho y estaba más encorvado todavía. Frisaba ya en los setenta. Me recibió a su modo. Nos abrazamos. Ensimismado, dijo:

—Gracias a que he vivido hasta este día. Ya veo que eres un hombre y estás fuerte.

Para darles alegría cuanto antes, me puse a desempaquetar la cesta y a repartir los regalos. A la madre le di, además, tres rublos, dos libras de azúcar, media libra de té y una libra de caramelos.

—¡Gracias, hijito! Hacía ya mucho que no tomábamos té de verdad con azúcar.

Al padre le puse un rublo en la mano para sus gastillos.

—Tendría bastante con veinte kopeks —protestó la madre.

Pero el padre replicó:

—He esperado cuatro años al hijo, no estropees nuestro encuentro hablándole de necesidades.

A los dos días, mi madre, la hermana y yo fuimos a segar. Yo estaba muy contento de ver a mis antiguos compañeros y sobre todo a Lesha Kolotirni. Todos habían crecido bastante.

Al principio me cansaba, sudaba, por lo visto se hacían sentir los cuatro años de ausencia. Luego todo marchó a pedir de boca, segué bien y sin rezagarme de los demás, pero la garganta se me secó y apenas pude resistir hasta el descanso.

—Qué, ¿es fácil el trabajito del campo? —me preguntó el tío Nazar, cogiéndome por los hombros empapados.

—No es fácil.

—Pues los ingleses siegan la hierba con máquinas —observó un hombre joven que yo no conocía.

—Sí —deploró Nazar—, nosotros seguimos confiando en el arado de madera y en la hoz.

Les pregunté a los jóvenes quién era el que había hablado de las máquinas.

—Es Nikolai, el hijo del alcalde. Le deportaron de Moscú por su actuación en los sucesos de 1905. No tiene pelos en la lengua y hasta se mete con el zar.

—Por detrás se le puede poner de vuelta y media al zar, con tal de que no lo oigan los policías o los chivatos —arguyó Lesha.

El descanso tocó a su fin. Como el sol caía de plano, dejaron la siega y se pusieron a secar la hierba. A eso del mediodía, mi hermana y yo, cargamos heno en el carro, subimos a él y nos fuimos para casa. Nos esperaba ya la comida: papas fritas y té con azúcar. ¡Qué sabroso estaba todo!

Por las tardes, olvidándonos de la fatiga, los jóvenes nos reuníamos cerca del granero y entonábamos canciones que nos salían del corazón. Las muchachas coreaban suaves melodías con bien timbradas voces, mientras que los jóvenes se afanaban por remedar a barítonos y bajos con sus voces tiernas todavía. Después bailábamos hasta rendirnos. Nos separábamos al amanecer, y apenas conciliábamos el sueño nos despertaban para ir a la siega. A la noche siguiente continuaba el esparcimiento. Cuándo dormíamos, ni nosotros mismos lo sabíamos.

La juventud todo lo puede, ¡Qué bueno es sentirse joven!

Las vacaciones pasaron volando y había que volver a Moscú. Dos noches antes declaróse un incendio en la aldea vecina de Kostinka. Soplaba un viento muy fuerte. Las llamas

prendieron en el centro y se propagaron con rapidez a las casas vecinas, a cobertizos y graneros. Seguíamos divirtiéndonos cuando advertimos una densa humareda del lado de Kostinka.

Alguien gritó:

—¡Un fuego!

Nos precipitamos al galpón antincendios, sacamos de prisa una cuba y la llevamos cargada hasta Kostinka. Fuimos los primeros en acudir. Hasta el equipo de bomberos de la localidad llegó más tarde.

El incendio era impetuosísimo y pese a los desesperados esfuerzos de los equipos de bomberos que llegaron de las aldeas vecinas, ardió medio pueblo.

Al correr con un cubo de agua junto a una casa oí gritar:
—¡Socorro! ¡Socorro!

Yo me metí en la casa y saqué de ella, muertos de miedo, a dos niños y una anciana enferma.

Por fin, se logró localizar el fuego. Sobre las cenizas se lamentaban las mujeres, lloraban los niños. Muchas personas se quedaron sin techo, sin ajuar y hasta sin pan.

Al día siguiente me percaté de que tenía dos rotos del tamaño de una pieza de cinco kopeks en mi chaqueta nueva, regalo del patrón antes de salir con permiso (esa era la costumbre).

—El amo va a disgustarse —me dijo la madre suspirando.

—¡Y qué! —le respondí—. ¿Qué vale más: la chaqueta o los niños que salvé...?

Me marché con un gran peso en el corazón. Sobre todo me daba pena ver el lugar del siniestro, en el que rebuscaban unos pobres desgraciados con la esperanza de encontrar algunos objetos suyos. Yo comprendía su pesar, porque sabía por propia experiencia lo que es quedarse sin techo.

Llegué a Moscú muy de mañana.

Al saludar al amo le referí lo del incendio y le enseñé la chaqueta quemada. Me dejó estupefacto al ver que no me regañaba y le quedé muy reconocido.

Luego supe que había llegado en buena hora. El dueño había vendido la víspera una partida de pieles ventajosamente y se había embolsado una bonita suma.

—A no ser por eso —me dijo Fiodor Ivanovich— te hubiera desollado vivo.

A fines de 1911 terminó mi aprendizaje. Me hice oficial de segunda. El patrón me preguntó si quería seguir viviendo en el apartamento del taller o me mudaba a una casa particular.

—Si te quedas y sigues comiendo en la cocina con los otros chicos, ganarás diez rublos mensuales, si te vas a una casa particular percibirás dieciocho.

Como no tenía gran experiencia de vida le dije que viviría en el taller. Al amo le convenía, ya que una vez que los oficiales terminaban la tarea siempre se encontraba para mí algún quehacer urgente no remunerado.

Al cabo de cierto tiempo decidí que así no podía continuar. Me iré de aquí y por las tardes leeré.

En las Navidades volví al pueblo, esta vez por mi propia cuenta. Tenía quince años y ganaba diez rublos al mes, un salario que no todos percibían, ni mucho menos, en aquellos años.

El patrón tenía confianza en mí, persuadido de mi honestidad. A menudo me enviaba al banco a cobrar algún cheque o depositar en su cuenta corriente. Me apreciaba como obrero intachable y con frecuencia me llevaba a su comercio en el que, además de las labores de peletero, se me encargaba empacar fardos y remitirlos a las oficinas comerciales.

A mí me gustaba más ese trabajo que el del taller, en donde no se oía otra conversación que las broncas entre los oficiales. En la tienda era otra cosa. Ahí se solía tratar a gentes de mayor o menor intelecto, escuchar comentarios de los sucesos cotidianos.

Los obreros del taller no leían la prensa y, a no ser Kolesov, nadie entendía de política. Pienso que en otras peleterías pasaba lo mismo. Entonces no existían sindicatos y cada uno estaba abandonado a su suerte. Posteriormente se organizó el sindicato de curtidores, al que se incorporaron los peleteros.

En aquellos años los peleteros, con raras excepciones, se distinguían por su apoliticeismo. El oficial peletero vivía para sí inmerso en su propio mundo. Los había que por medios lícitos o ilícitos amasaban un pequeño capital, afanándose en abrir un negocio privado. Peleteros, sastres y otros trabajadores de los talleres artesanales se diferenciaban de los obreros de las fábricas, de los verdaderos proletarios, por su mentalidad pequeñoburguesa y la ausencia en sus medios de una acusada solidaridad proletaria.

Los obreros fabriles no podían ni soñar con un negocio propio. Para eso se necesitaban muchos miles de rublos y ellos percibían una miseria que apenas les alcanzaba para malcomer. Las condiciones laborales, la permanente amenaza de desempleo les unían en la lucha contra los explotadores.

La labor política del Partido Bolchevique se concentraba por aquellos días en el proletariado industrial. En la artesanía campeaban mencheviques, eseristas y otros seudorrevolucionarios. No es fortuito que en 1905 y durante la Gran Revolución Socialista de Octubre escasearan los artesanos alineados con el proletariado en armas.

Entre 1910 y 1912 prosperaron sensiblemente los ánimos revolucionarios. Con más y más frecuencia se declaraban huelgas en Moscú, San Petersburgo y otras zonas industriales. Menudearon las reuniones y plantes estudiantiles. En el campo, la penuria llegó al límite a causa de la racha de hambre padecida en 1911.

Por muy mal informados que estuviéramos de los sucesos políticos, nos enteramos del ametrallamiento de obreros en los placeres auríferos del Lena y del incremento general de la efervescencia revolucionaria. Kolesov conseguía de vez en cuando los periódicos bolcheviques *Zvezda* y *Pravda*, que explicaban en forma sencilla y asequible por qué eran irreconciliables las contradicciones entre los obreros y los capitalistas, entre los campesinos y los terratenientes y kulaks, demostrando la comunidad de intereses entre los obreros y los pobres de la aldea.

Yo discernía poco en política, mas colegía que esos diarios reflejaban los intereses de los obreros y campesinos, mientras que *Russkoe Slovo* y *Moskovskoe Vedomosti* traducían

los de los potentados de la Rusia zarista, los capitalistas. Cuando iba al pueblo, yo podía referir y explicar algunas cosas a mis compañeros y paisanos.

El inicio de la primera guerra mundial va asociado en mis recuerdos con el asalto a las tiendas extranjeras en Moscú. Los agentes de la Ojrana y de las centurias negras, al socaire de slogans patrióticos, fraguaron el saqueo de las casas comerciales alemanas y austríacas. En el asunto estaban encartados muchos elementos ansiosos de sacar provecho de los disturbios callejeros. Y, como el pueblo no conocía más idioma que el suyo, arrasó de pasada también otras firmas extranjeras: francesas, inglesas, etc.

Incitados por la propaganda, muchos jóvenes, hijos de familias acomodadas mayormente, marchaban voluntarios al ejército impulsados por sentimientos patrióticos. Alexandr Pilijin decidió escaparse al frente y todo el tiempo me insistía para que le siguiera.

Al principio me tentó la proposición, pero yo quise pedirle consejo a Fiodor Ivanovich, el hombre que tenía más ascendiente sobre mí. Luego de escucharme me dijo:

—Yo comprendo el deseo de Alexandr, su padre es rico, él tiene por qué batirse, pero tú, pobre tonto, ¿para qué vas a combatir? ¿No será en agradecimiento a que echaron de Moscú a tu padre, no será porque tu madre está abotargada por el hambre que pasa?... Si vuelves mutilado del frente nadie te dará un trozo de pan.

Me dejó convencido y yo le dije a Alexandr que no me marchaba a la guerra. Luego de injuriarme de lo lindo se escapó por la noche. A los dos meses le trajeron gravemente herido.

Por aquel entonces seguía yo trabajando en el taller, pero vivía en un apartamento privado de Ojotni Riad, frente a lo que hoy es el hotel Moscú. Alquilaba una cama por tres rublos al mes en casa de la viuda Malisheva. Me enamoré de su hija María y estábamos decididos a casarnos. La guerra, como ocurre siempre en estos casos, dio al traste con todos nuestros proyectos y esperanzas. A resultas de las grandes bajas sufridas por el ejército, en mayo de 1915 fueron llamados a filas los jóvenes nacidos en 1895. Así, partieron

para el frente muchachos que no habían cumplido todavía los veinte años. Se aproximaba mi turno.

No estaba muy entusiasmado con esa idea, ya que a cada paso veía en Moscú a desdichados inválidos, de vuelta de los frentes, en tanto que los hijos de los ricachones seguían dándose la gran vida disipadamente. Se paseaban por la ciudad en briosos corceles y lujosos faetones, jugaban en las carreras de caballos, festejaban bacanales en el restaurante Yar. No obstante, yo pensaba que si me enrolaban al ejército pelearía honradamente por Rusia.

En julio de 1915 se anunció anticipadamente el llamamiento a filas de los reclutas de mi reemplazo. Pedí permiso al amo para ir al pueblo a despedirme de mis padres y, de paso, ayudarles a recolectar el trigo.

CAPÍTULO II

El servicio militar

Me llamaron al ejército el 7 de agosto de 1915 en nuestro centro distrital de Maloyaroslavets, provincia de Kaluga. La primera guerra mundial estaba en su plenitud.

Me seleccionaron para el arma de caballería. Yo me puse muy contento, porque siempre había sentido admiración por ese cuerpo romántico. Todos mis compañeros habían ido a parar a infantería y muchos me tenían envidia.

Al cabo de una semana llamaron a todos los reclutas al punto de concentración. Nos distribuyeron en comandos y yo me despedí de mis paisanos. Me rodeaban desconocidos, tan imberbes como yo.

Por la tarde nos embarcaron en un tren de mercancías rumbo a Kaluga. Era la primera vez en todo ese tiempo que sentí una intensa morriña y una fuerte sensación de soledad. Mi adolescencia había terminado. ¿Estaba preparado para cumplir el duro servicio militar y, si preciso fuere, ir al combate? —me preguntaba mentalmente. La vida me había templado y pensaba que sabría cumplir mi deber con honor.

En cada vagón metieron a 40 hombres, y como no estaban acondicionados para el transporte de gente, tuvimos que ir todo el trayecto de pie o sentados en el sucio suelo. Unos cantaban, otros jugaban a las cartas, otros lloraban, desahogando su amargura en los vecinos. Algunos iban senta-

dos, apretados los dientes, fijos los ojos en el vacío, meditando en el futuro destino del soldado.

A Kaluga arribamos de noche. Nos hicieron bajar en la plataforma mercante de una vía muerta. Se dio la voz de mando: «¡A formar!» «¡Alineación!» Marcamos el paso en dirección opuesta a la ciudad. Alguien preguntó al cabo adónde nos llevaban. Por lo visto, era un buen hombre y respondió bonachonamente:

—Bueno, muchachos, no hagáis nunca esas preguntas a los jefes. El soldado debe cumplir sin rechistar las órdenes y las voces de mando. Los jefes saben adónde deben llevaros.

Como confirmación a sus palabras, en la cabeza de la columna se oyó la gruesa voz del jefe del comando:

—¡Acaben de hablar en la formación!

Mi nuevo amigo, Kolia Sivtsov, me dio con el codo y susurró:

—Empieza el servicio militar.

Caminamos cosa de tres horas, estábamos bastante cansados cuando hicimos un pequeño alto. Apuntaba el alba, nos rendía el sueño y en cuanto nos sentamos en tierra se oyeron ronquidos por doquier.

Sin embargo, pronto dieron la orden: «¡A formar!». De nuevo nos pusimos en marcha y al cabo de una hora llegamos al campamento. Nos alojaron en una barraca con catres de tablas desnudas. Nos dijeron que podíamos descansar hasta las siete de la mañana. Allí había ya unos cien hombres. Por las numerosas rendijas y por los cristales rotos soplaba el viento, pero ni esa «ventilación» disipaba la fetidez que impregnaba el ambiente.

Luego de desayunar nos mandaron formar, comunicándonos que nos encontrábamos en el batallón de infantería de reserva No. 189.

Aquí debía formarse un destacamento del 5º regimiento de caballería de reserva. Antes de partir para nuestro destino haríamos instrucción de infantería.

Nos entregaron fusiles para el adiestramiento. El cabo Shajvorostov, nuestro jefe, nos explicó el orden interno y nuestras obligaciones, previniendo severamente que, a no ser

«por necesidad», nadie debía apartarse de filas, si no quería ir a un batallón disciplinario... Hablaba entrecortada y bruscamente y después de cada palabra blandía el puño. Sus ojillos despedían rencorosos destellos, como si nosotros fuéramos sus peores enemigos.

—Sí —decían los soldados— de éste no puede esperarse nada bueno...

A nuestra formación se aproximó el suboficial. Nuestro cabo dio la voz de mando: «¡Firmes!».

—Soy Maliavko, jefe de vuestra sección. Espero hayáis comprendido lo que os ha explicado vuestro cabo y que vais a servir fielmente al zar y a la patria. ¡No toleraré la menor insubordinación!

Empezó el primer día de instrucción militar. Todos se afanaban por cumplir bien la voz de mando, tal o cual ejercicio o el manejo del arma. Mas no era cosa fácil dar gusto a los jefes y mucho menos esperar que nos infundiesen ánimo. Pretextando que uno de los reclutas había perdido el paso, nos prolongaron a todos el adiestramiento. Fuimos los últimos en cenar una fría bazofia.

El primer día nos dejó una impresión deprimente. Lo único que queríamos era acostarnos y dormir. Pero como si hubiera adivinado nuestros deseos, el jefe de sección ordenó formar, anunciándonos que mañana pasaríamos revista y que hoy debíamos aprender el himno nacional «¡Que Dios guarde al zar!» El ensayo duró hasta muy avanzada la noche. A las 6 de la mañana estábamos ya en pie para la gimnasia matutina.

Los días se alargaban monótonos, pareciéndose uno a otro como dos gotas de agua. Llegó el primer domingo. Pensábamos descansar, bañarnos, pero, en vez de eso, nos llevaron a barrer la plaza y el campamento. La faena se prolongó hasta el almuerzo y después de la siesta limpiamos las armas, nos arreglamos el equipo y escribimos a los parientes. El cabo nos previno que no nos quejáramos en las cartas, porque, de todos modos, la censura no lo dejaría pasar.

No era tan fácil habituarse al servicio, pero la vida no nos había mimado, y, a eso del medio mes, la mayoría se acostumbró al modo de vida castrense.

Al finalizar la segunda semana pasó revista a nuestra sección el capitán Volodin jefe de compañía. Decían que bebía demasiado y que cuando estaba ebrio era mejor no tropezar con él. Por su aspecto no se distinguía gran cosa de los demás oficiales, mas se notaba que comprobaba nuestros conocimientos militares con la mayor indiferencia. Al terminar la revista nos dijo que nos esforzásemos más, porque «quien reza a Dios y sirve al zar lleva siempre las de ganar».

Hasta nuestra salida para el 5º regimiento de caballería de reserva, nuestro jefe apareció unas cuantas veces y creo que siempre pimplado. Al jefe del 189 batallón de reserva no le vimos nunca.

En setiembre de 1915 nos mandaron a Ucrania al 5º regimiento de caballería de reserva, acantonado en la ciudad de Balakleia, provincia de Jarkov. Dejando atrás Balakleia, nuestro convoy se detuvo en el apeadero de Savintsi, donde se preparaban los refuerzos para la 10º división de caballería. En el andén nos esperaban suboficiales y sargentos del Arma, todos muy apuestos y de punta en blanco. Unos llevaban el uniforme de húsares, otros de ulanos o dragones.

Luego de dividirnos en grupos, a los de Maloyaroslavets, a los de Moscú y a algunos de Voronezh nos destinaron al escuadrón de dragones.

Nos disgustó no ir a un escuadrón de húsares y, claro, no sólo porque el uniforme fuese más bonito. Nos habían dicho que en él estaban los mejores suboficiales y los más humanos. Porque en el ejército zarista la suerte del soldado estaba en manos de los suboficiales.

A los dos días nos dieron el uniforme de caballería, los arreos y un caballo a cada uno. A mí me tocó una yegua muy rebelde, gris oscuro, llamada *Chashechnaia.*

El servicio en caballería era más interesante que en infantería, pero mucho más difícil. Además de los ejercicios generales, teníamos que aprender equitación, el manejo de armas blancas y limpiar tres veces al día la montura. Nos levantábamos a las cinco, y no a las seis, y nos acostábamos una hora más tarde.

Lo que nos costó más trabajo fue aprender a montar, hacer volteo, manejar la pica y el sable. Durante los ejercicios de equitación muchos se rozaban las piernas hasta sangrar, mas no podían quejarse. Nos decían siempre lo mismo: «Ten paciencia, cosaco, y serás jefe». Y aguantamos hasta que nos mantuvimos firmes en la silla.

El jefe de nuestra sección, el suboficial Durakov, resultó ser un hombre de buen corazón y nada tonto. Aunque muy exigente, jamás maltrataba a los soldados y se sabía contener. En cambio, el suboficial Borodavko era el extremo opuesto: gritón, nervioso y con la mano muy larga. Los veteranos decían que a más de un soldado le había roto las muelas.

Sobre todo era implacable cuando mandaba los ejercicios de equitación. Nos dimos perfecta cuenta durante el breve permiso de nuestro jefe de sección. Borodavko, que le sustituyó, desplegó todas sus mañas. ¡Cómo vejaba a los soldados! Por el día los hacía galopar hasta caerse rendidos, ensañándose sobre todo con los que vivían y trabajaban en Moscú antes de llamarlos a filas, porque estimaba que eran demasiado listos e instruidos. Por las noches inspeccionaba varias veces la guardia en el interior y si alguien dormía le propinaba una tremenda paliza. Los soldados estaban desesperados.

Unos cuantos nos pusimos de acuerdo, le acechamos en la oscuridad, le echamos encima una lona y le apaleamos hasta que perdió el conocimiento. De seguro que nos habrían sometido a la corte marcial, pero en esto volvió nuestro jefe y todo lo arregló. Más tarde consiguió el traslado de Borodavko a otro escuadrón.

Para la primavera de 1916 éramos ya, en lo fundamental, buenos jinetes. Se nos comunicó que iba a formarse un escuadrón de refuerzo y que antes de partir para el frente nos adiestraríamos por el programa de campaña. A ocupar nuestras vacantes llegaban los reclutas nacidos en 1897 y a nosotros nos prepararon para trasladarnos a un campamento sito en la aldea de Lagueri.

Entre los mejores soldados eligieron a 30, a fin de que estudiaran para suboficiales, yo caí entre ellos. Yo no quería, pero el jefe de la sección, a quien yo respetaba mucho

por su inteligencia, honestidad y el buen trato que daba a los soldados, me persuadió.

—Tendrás tiempo de ir al frente, amigo mío —me dijo—, pero nunca está de más estudiar a fondo los conocimientos militares. Estoy seguro de que serás un buen suboficial.

Luego de reflexionar un poco añadió:

—Yo no me apresuro para volver al frente. En un año de primera línea he sabido muy bien lo que es eso y he comprendido muchas cosas... Me da lástima, mucha lástima que nuestra gente muera tan estúpidamente y ¿por qué?, me pregunto yo...

No me dijo más. Pero se percibía que en su espíritu había surgido y ya afloraba a la superficie la contradicción entre el deber del soldado y el del ciudadano que no quiere ni puede tolerar más la arbitrariedad del régimen zarista. Le di las gracias por su consejo y consentí incorporarme al comando de estudios, destacado en la ciudad de Izium (provincia de Jarkov). De distintas unidades arribaron alrededor de doscientos cuarenta hombres.

Alojaron a todos en casas particulares y pronto se iniciaron las clases. No tuvimos suerte con el jefe. El suboficial era todavía peor que Borodavko. No recuerdo su apellido, los soldados le llamaban «Cuatroimedio». Le pusieron ese apodo porque sólo tenía medio dedo índice de la mano derecha. Pero eso no le impedía derribar a un soldado de un puñetazo. A mí no me quería más que a los otros, pero no sé por qué no me tocó el pelo de la ropa. En cambio, me amonestaba por la menor negligencia o, simplemente, buscaba pretextos para imponerme castigos.

Nadie estuvo tanto como yo con el «sable al hombro en pie de combate», ni trasladó tantos sacos de arena desde las cuadras hasta el campamento, ni hizo tantas guardias los días de fiesta. Yo comprendía que así desfogaba su rabia un hombre extremamente obtuso y protervo. No obstante, yo me desquitaba, pues no podía decirme una palabra tocante a los ejercicios.

Cerciorado de que yo era un hueso duro de roer, cambió de táctica. Tal vez quisiera simplemente distraerme del adiestramiento, en el que yo iba a la cabeza.

Un domingo me llama a su tienda de campaña y me dice:
—Veo que eres un muchacho de carácter, bastante instruido y que la capacitación militar es cosa fácil para ti. Pero tú eres moscovita, obrero, ¿qué necesidad tienes de sudar todos los días en la instrucción? Serás mi escribiente fuera de plantilla, llevarás el registro de las órdenes, el control de las clases y cumplirás otros menesteres.

—Yo no he venido aquí para cumplir toda suerte de encargos, sino para estudiar a fondo los conocimientos militares y ser suboficial.

Se puso frenético y me amenazó:

—Haré todo lo posible para que no seas jamás suboficial.
En junio terminaban las clases y debían empezar los exámenes. Según el orden establecido, el mejor alumno recibía al egresar el grado de suboficial de segunda. Los demás, el de aspirante a suboficial. Mis compañeros no dudaban de que yo sería el primero en recibir el grado de suboficial de segunda y después una jefatura de sección vacante.

Cuál no sería la general sorpresa cuando, dos semanas antes del examen final, anunciaron en la formación que yo quedaba excluido del comando por indisciplina y deslealtad con relación al jefe inmediato. Todos vieron claramente que «Cuatroimedio» había decidido ajustarme las cuentas. Pero nada podía hacerse.

Cuando menos me lo esperaba alguien acudió en mi auxilio. A nuestra sección pertenecía el voluntario Skorino, hermano del subjefe del escuadrón en que yo había servido antes.

Skorin estudiaba mal y no le gustaba el servicio militar, mas era un hombre simpático, sociable y, además, «Cuatroimedio» le tenía miedo. Enterado de lo ocurrido, fue al jefe y puso en su conocimiento la injusticia que se había hecho conmigo.

El jefe del comando me llamó a su despacho. Yo me puse a temblar, porque no había hablado jamás con ningún oficial. «¡Estoy perdido!, pensaba para mis adentros. De ésta no hay quien me salve del batallón disciplinario».

Al jefe apenas lo conocíamos. De oídas sabíamos que le habían ascendido a oficial por su valor y condecorado con casi una jila entera de cruces y medallas de San Jorge. An-

tes de la guerra se reenganchó de sargento en un regimiento de ulanos. Le veíamos a veces por las tardes al pasar lista, decían que se estaba reponiendo de una herida grave.

Me quedé estupefacto al ver a un hombre de mirada suave, yo diría, casi afable y de rostro bondadoso.

—¿Qué, soldado, no tienes suerte en el servicio? —me preguntó señalándome una silla—. Yo continuaba en pie y temía sentarme—. Siéntate, siéntate, no tengas miedo...

¿Conque eres moscovita?

—Sí, excelencia— le respondí, procurando articular lo más alto y lo más claramente posible.

—Yo también soy de Moscú. Trabajé de ebanista en Márina Roscha. Y, como ves, he encallado en el ejército, ahora tendré que consagrarme al arte de la guerra —añadió con suavidad—. Bueno, soldado, me han dado malas referencias de ti. En el parte han escrito que en los cuatro meses de estudio has tenido ya diez castigos y entre los soldados llamas al jefe de la sección «pellejo» y otras lindezas por el estilo. ¿Es así?

—Sí, excelencia —confirmé—. Mas puedo poner en su conocimiento que otro en mi lugar habría hecho igual.

Y le referí todo como era en realidad.

Me escuchó muy atento y me dijo:

—Ve y prepárate para los exámenes.

Yo estaba satisfecho de que el asunto hubiera tomado tal sesgo. Sin embargo, no me dieron el primer lugar de la promoción. Lo obtuvo el voluntario Skorino y a mí me equipararon a los demás con el grado de aspirante a suboficial.

Enjuiciando hoy aquella escuela del antiguo ejército, puedo decir que, en términos generales, se impartía bien en la instrucción de orden cerrado especialmente. Cada graduado dominaba a la perfección la equitación, el manejo de las armas y el método de adiestrar a los soldados. No es por azar que muchos suboficiales del ejército zarista devinieran en excelentes jefes del Ejército Rojo después de la Revolución de Octubre.

En lo que atañe a la labor educativa, se basaba principalmente en el ejercicio cuartelero. No se inculcaba a los futuros suboficiales el hábito de tratar humanamente a sus subordinados ni de penetrar en el alma del soldado. Sólo se perseguía un fin: hacer del soldado un autómata. La disciplina gravitaba en la crueldad. El reglamento no estipulaba los castigos corporales, pero en la práctica usábanse con bastante amplitud.

Del ejército ruso se ha escrito mucho, por eso estimo innecesario insistir. Tocaré, sin embargo, algunos aspectos que creo interesantes.

¿Cuál era el lado más característico del ejército zarista? Ante todo, la falta de intereses comunes y de unidad entre las masas de los soldados y los altos oficiales.

En plena guerra, sobre todo en 1916 y principios de 1917, cuando a consecuencia de las numerosas bajas sufridas por el cuerpo de oficiales, éste se fue nutriendo con intelectuales, obreros y campesinos cultivados, así como con los soldados y las clases de tropas que se habían distinguido en los combates, ese aislamiento habíase suavizado un tanto en las pequeñas unidades (hasta batallón o grupo de artillería). No ocurría así en las grandes unidades y en las agrupaciones. Los oficiales y generales, carentes de contacto con la base del ejército y ajenos al sentir y los afanes de la tropa, eran elementos extraños para el soldado.

Este hecho, más la incompetencia táctico-operativa, muy extendida entre los generales y altos oficiales, implicaron el que éstos, salvo muy contadas excepciones, no gozaran de prestigio entre los soldados. Por el contrario, al final de la guerra había entre los mandos medios muchos oficiales afines a la tropa por su espíritu y estado de ánimo. Los soldados les querían, tenían confianza en ellos y les seguían hasta la muerte.

El cimiento sobre el que se asentaba el viejo ejército componíalo el cuerpo de suboficiales, que adiestraban, educaban y aglutinaban la masa de soldados. Los presuntos suboficiales eran meticulosamente seleccionados. Se capacitaban en planteles docentes especiales, donde como regla, practicábase ejemplarmente la preparación combativa. Al propio tiempo, como dije antes, por la menor falta se imponían san-

ciones disciplinarias: palizas y agravios. Así, pues, los futuros suboficiales, al regresar del comando de estudios, además de estar bien instruidos militarmente, conocían la «práctica» de mantener derechos a sus subordinados en el espíritu del castrense régimen zarista.

Debo decir que los oficiales tenían plena confianza en los suboficiales en lo que atañe al adiestramiento y educación de los soldados. Tal confianza contribuía, sin duda, a cultivar en los suboficiales el hábito de autonomía e iniciativa, el sentido de la responsabilidad y dotes de mando. Los suboficiales, sobre todo los profesionales, sabían conducir bien a sus soldados en el combate.

Mis largos años de práctica castrense me han convencido de que donde no se confía en los mandos subalternos, donde se les mantiene bajo la tutela constante de los jefes superiores, no puede haber jamás verdaderas clase de tropa y, por ende, no puede haber tampoco pequeñas unidades buenas.

En los primeros días de agosto nos llegó del regimiento la orden con el destino de los recién graduados a escuadrones de refuerzo. Un grupo de quince iba directamente al frente, a la 10ª división de caballería. En esa lista figuraba yo el segundo, lo que no me extrañó, pues sabía bien quién había metido baza en el asunto.

Cuando leyeron la lista ante la formación, «Cuatroimedio» se sonreía como dando a entender que de él dependía la suerte de cada uno de nosotros. Nos ofrecieron una comida extraordinaria y nos ordenaron estar prestos para el embarque. Cargamos nuestras mochilas y nos dirigimos al lugar donde había de formar el grupo del frente. Al cabo de unas horas nuestro convoy partió en dirección de Jarkov.

Viajamos largo tiempo, estábamos horas enteras en los apartaderos, ya que se trasladaba al frente una división de infantería. También los trenes que trasportaban heridos graves cedían el paso a los convoyes que se dirigían al frente. Los heridos nos dijeron muchas cosas, en primer lugar, que nuestras tropas estaban muy mal pertrechadas y municionadas. La alta oficialidad gozaba de mala reputación y entre los soldados había anclado la idea de que en el mando supremo había traidores, vendidos a los alemanes. El ran-

cho era pésimo. Esas noticias nos deprimieron, y nos dispersamos en silencio por nuestros vagones.

En la madrugada del día siguiente nos hicieron descender en la zona de Kamenets-Podolsk. Al mismo tiempo bajaron los refuerzos para el 10º regimiento de húsares de Ingermanland y descargaron cerca de 100 caballos para nuestro regimiento Nº 10 de dragones de Novgorod con el equipo correspondiente. Cuando casi había terminado el desembarco sonó la sirena de alarma aérea. Todos se refugiaron como pudieron. Un avión de reconocimiento nos sobrevoló varias veces y partió en dirección oeste, luego de arrojar unas bombas pequeñas. Un soldado resultó muerto y cinco caballos heridos.

Era nuestro bautismo de fuego. De allí fuimos en columna hacia el río Dniester, en donde nuestra división acampaba como reserva del Frente Sudoeste.

Al llegar a nuestra unidad supimos que Rumania había declarado la guerra a Alemania y que lucharía al lado de los rusos. Circulaban rumores de que nuestra división debía marchar pronto al frente, pero nadie sabía a qué sector. A principios de setiembre, la división, después de realizar una marcha se concentró en la boscosa y montañosa zona de Bistritsa, en donde entró en combate, principalmente a pie, ya que con la configuración del terreno impedía atacar a caballo.

Hasta nosotros llegaban más y más noticias alarmantes. Nuestras tropas sufrían grandes bajas. La ofensiva, en realidad, había expirado y el frente se inmovilizó. Tampoco marchaban bien las cosas en el frente rumano, cuyas tropas habían entrado en la guerra mal instruidas y deficientemente armadas. Ya en los primeros combates contra los alemanes y austríacos habían tenido crecidas pérdidas.

Entre los soldados cundía el descontento, sobre todo cuando llegaban cartas de las familias comunicando el hambre que pasaban y el desbarajuste económico reinante. El cuadro que observábamos en las aldeas del área fronteriza de Ucrania, en la Bukovina y Moldavia no era de lo más halagüeño. ¡Qué calamidades no habrán pasado los campesinos bajo la férula del zar, por cuya insensatez vertían su sangre hacía dos años y pico tantos campesinos y obreros! Los sol-

dados ya empezaban a comprender que los mutilaban y mataban no en interés propio, sino en aras de los potentados, de esos mismos que les despellejaban.

En octubre de 1916 tuve mala suerte: yendo con otros dos compañeros, de punta de vanguardia en una patrulla de descubierta, tropezamos con una mina en los accesos de Saia Reguen. La onda explosiva me despidió a mí de la silla y a los otros dos los hirió de gravedad. Recobré el conocimiento al cabo de veinticuatro horas en el hospital. Como la contusión era grave, me trasladaron a Jarkov, donde hube de seguir tratamiento hasta diciembre.

Me dieron de alta, mas yo me sentí indispuesto largo tiempo y lo peor es que oía muy mal. La comisión médica me envió al escuadrón de depósito de Lagueri, en el que estaban desde la primavera mis amigos del escuadrón de reclutas. Por supuesto, tal circunstancia me fue muy grata.

Del escuadrón había salido para el comando de estudios como soldado raso, y ahora volvía con los galones de suboficial fogueado en la primera línea y luciendo dos cruces de San Jorge que me concedieron por la herida grave y por haber hecho prisionero a un oficial alemán.

Charlando con los soldados comprendí que no ardían en deseos de «oler la pólvora», no querían pelear. Tenían otras cosas en la cabeza. No pensaban en el juramento al zar, sino en la tierra, en la paz, en sus familias. A finales de 1916 se propalaron entre los soldados persistentes rumores acerca de huelgas y plantes de los obreros de San Petersburgo, Moscú y otras ciudades. Hablaban de los bolcheviques que luchaban contra el zar, por la paz, la tierra y la libertad para el pueblo laborioso. Ahora eran los soldados mismos quienes exigían con insistencia el cese de la guerra.

A pesar de que yo era suboficial, los soldados tenían confianza en mí y sostenían conmigo serias conversaciones. Claro, yo no entendía mucho de política, pero adivinaba que únicamente los bolcheviques podían dar al pueblo ruso la paz, la tierra y la libertad. En la medida de mis posibilidades yo les inculcaba esa idea y ellos me recompensaban. Hagamos un poco de historia.

Al clarear el 27 de febrero de 1917, el escuadrón, acantonado en Lagueri, fue levantado al toque de alarma. For-

mamos cerca de la casa donde se alojaba el barón von der Goltz, capitán de caballería, jefe del escuadrón. Nadie sabía nada de nada. El teniente Kievski mandaba nuestra sección.

—Excelencia, ¿por qué nos han formado a la señal de alarma? —pregunté al teniente.

A mi pregunta contestó con otra:

—¿Y usted qué piensa?

Le digo que los soldados debían saber adónde les llevaban, tanto más que nos habían dado cartuchos con balas.

—¡Bueno, y qué!, los cartuchos pueden servirles.

Interrumpe la conversación el capitán von der Goltz, al salir. Era un bravo militar el barón. Tenía armas de oro, una cruz de soldado de San Jorge y otras muchas condecoraciones. Pero era odioso; se encaraba siempre a gritos con los soldados, que no le querían y temblaban ante él.

Después de la voz de «¡Atención!», el capitán saludó al escuadrón.

Luego de formarnos en columna de a tres en fondo, el barón dio la orden de salir al trote. El escuadrón avanzó hacia la ciudad de Balakleia, en la que se hallaba la plana mayor del 5º regimiento de reserva de caballería. Al llegar a la plaza vimos que los dragones de Kiev y los húsares de Ingermanland estaban ya formados en frente desplegado. Nuestro escuadrón hizo lo mismo. Otras unidades llegaban al trote. Nadie sabía nada...

Pronto se puso todo en claro. Tras una esquina asomaron manifestantes enarbolando banderas rojas. Nuestro jefe de escuadrón espoleó su caballo y galopó hacia la plana mayor del regimiento. Otros jefes de escuadrón le siguieron; entre tanto, de la plana mayor salió un grupo de militares y obreros.

Un militar de alta estatura arengó en voz alta a los soldados, diciéndoles que la clase obrera, los soldados y los campesinos de Rusia no reconocían ya al zar Nikolai II ni a los capitalistas y terratenientes. El pueblo ruso no desea continuar la sangrienta guerra imperialista porque necesita la paz, la tierra y la libertad. El orador terminó su breve alo-

cución proclamando: «¡Abajo el zarismo!, ¡Abajo la guerra!, ¡Viva la paz entre los pueblos!, ¡Vivan los Soviets de diputados obreros y soldados!, ¡Hurra!»

Nadie dio ninguna orden, pero los soldados intuyeron lo que debían hacer. Por todos lados resonaron vivas. Los soldados se mezclaron con los manifestantes.

Algún tiempo después supimos que el capitán de nuestro escuadrón y otros oficiales habían sido detenidos por el Comité de soldados, recién salido de la clandestinidad y que iniciaba su labor arrestando a los presuntos adversarios de la revolución.

Inmediatamente se ordenó a las tropas regresar a sus puntos de destino y esperar órdenes del Comité. Al frente del Comité del regimiento estaba el bolchevique Yakovlev. Lamento no recordar su nombre ni su patronímico. A la mañana siguiente vino de su parte un oficial, el cual mandó reunir a nuestro escuadrón para elegir delegados al Soviet del regimiento y también un comité de soldados para el escuadrón. Por unanimidad resulté elegido presidente del Comité de soldados. Como delegados al Soviet del regimiento eligieron al teniente Kievski, a mí y a un soldado de la primera sección, que he olvidado cómo se llamaba.

A principios de marzo se celebró en Balakleia una asamblea del Soviet de diputados soldados del regimiento. Yakovlev habló bien y muy claro de las tareas del Soviet, de la necesidad de robustecer la unidad de los soldados, obreros y campesinos en la lucha por llevar adelante la revolución. Lo aplaudimos de todo corazón.

Acto seguido hizo uso de la palabra un alférez. Al principio habló muy bien y parecía que a favor de la revolución, pero al final abogó por el gobierno provisional y llamó a movilizar al ejército para combatir al enemigo. Los soldados acogieron su discurso con gritos de indignación. Y cuando se pusieron a votación las candidaturas al Soviet del regimiento sólo votaron por los que apoyaban la plataforma de los bolcheviques.

Así, pues, nuestro Soviet de regimiento convirtióse en bolchevique.

En mayo fue trasladado el camarada Yakovlev. Después de su partida el Soviet fue de mal en peor y no tardaron en

mangonear en él los socialrevolucionarios y mencheviques que respaldaban al gobierno provisional. La cosa acabó en que a principios del otoño algunas unidades se pasaron al lado de Petliura.

Nuestro escuadrón, que alineaba principalmente mozos de Moscú y Kaluga, fue desmovilizado por el Comité de soldados. Les dimos certificados acreditando su licenciamiento del ejército y les aconsejamos llevarse las carabinas y los cartuchos. Luego nos enteramos que destacamentos de gaidamak (contrarrevolucionarios ucranianos) arrebataron las armas a la mayoría en las cercanías de Jarkov. Yo tuve que esconderme varias semanas en Balakleia y en Lagueri porque me buscaban los oficiales pasados al servicio de los nacionalistas ucranianos.

El 30 de noviembre de 1917 volví definitivamente a Moscú, donde el poder había pasado en octubre a manos seguras: a manos de los bolcheviques, de los diputados obreros, soldados y campesinos.

Diciembre de 1917 y enero de 1918 los pasé en el pueblo con mis padres. Recuperado un tanto, decidí integrarme en la Guardia Roja. Pero a principios de febrero enfermé gravemente de tifus exantemático, y en abril, de tifus recurrente. Sólo al cabo de seis meses, en agosto de 1918, pude realizar mi deseo de enrolarme en el Ejército Rojo, incorporándome como voluntario al 4º regimiento de la 1ª división de caballería de Moscú.

Por entonces, el Partido Comunista y el estado soviético acometían la solución de importantes y arduas tareas: la desmovilización del viejo ejército y formación de uno nuevo, el ejército de los obreros y campesinos. Paralelamente llevábase a efecto una vasta obra de democratización de las fuerzas armadas. La jefatura de las tropas se transfería a los comités y soviets de soldados; todos los militares eran equiparados en derechos, y los mandos, incluidos los jefes de regimiento, elegidos en asambleas generales. A resultas de ello fueron promovidos muchos talentosos organizadores surgidos de la base (soldados y marineros) y también oficiales que acataron al poder soviético.

«Si alguna vez es posible estudiar imparcialmente la situación de nuestro ejército en la época de la revolución —se-

ñala en un balance el Departamento militar del Comité Ejecutivo Central de los Soviets de toda Rusia— estará claro para todos que sólo la completa democratización del ejército y el reconocimiento de la autoridad de los organismos militares elegidos por las masas de soldados, y la política de paz aplicada por el Consejo de Comisarios del Pueblo, fueron capaces de retener las tropas en los frentes hasta la mitad del invierno de 1918, salvando así al país de la inevitable retirada espontánea del ejército a la retaguardia sin autorización».[1]

El III Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en enero de 1918, se pronunció unánimemente por la formación de las fuerzas armadas. Allí se aprobó la «Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado», escrita por Lenin, en la que se decía entre otras cosas: «Se decreta el armamento de los trabajadores, la formación de un Ejército Rojo socialista de obreros y campesinos y el desarme completo de las clases poseedoras, con objeto de asegurar la plenitud del poder de las masas trabajadoras y eliminar toda posibilidad de restauración del poder de los explotadores».[2]

La primera gran unidad del Ejército Rojo comenzó a formarse en enero de 1918 en Petrogrado con muchos centenares de guardias rojos[3] y soldados de los regimientos de reserva de la guarnición de Petrogrado, que constituyeron el 1er cuerpo del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos (EROC). De Petrogrado partió entonces para el Frente Oeste el primer destacamento del ejército socialista, compuesto de mil guardias rojos.

En la solemne despedida dijo Lenin: «Saludo en vuestras personas a los primeros héroes voluntarios del ejército socialista, que cimentarán un fuerte ejército revolucionario».[4]

1 Archivo Central del Estado de la Revolución de Octubre, fondo 1235, inventario 79, expediente 12, hoja número 4.

2 Vladimir Ilich Lenin. *Obras Escogidas.* t. 2, p. 559 (en español).

3 En 1917 se llamaba Guardia Roja a los destacamentos armados de obreros, fieles a la revolución. En vísperas de la Insurreción de Octubre, los bolcheviques impulsaron el adiestramiento militar de la G.R. La influencia de los bolcheviques crecía rápidamente en los frentes, en las grandes guarniciones de la retaguardia y en la Flota del Báltico. La actividad de la G.R. de la masa de soldados y marineros durante la Revolución y después de su triunfo fue ensamblada y dirigida por un organismo militar anexo al Comité Central del Partido Bolchevique.

4 Vladimir Ilich Lenin. *Obras Completas.* t. 35, p. 216 (en ruso).

El ingreso de voluntarios en el Ejército Rojo formalizábase del modo siguiente. El voluntario debía presentar la recomendación de los comités de tropas, del Partido y de otras organizaciones sociales que apoyaran al poder soviético. Para ingresar en grupo se requería una caución colectiva. Los combatientes del EROC eran mantenidos por el estado, percibiendo, además, 50 rublos mensuales al principio, y luego, a mediados de 1918, 150 rublos los solteros y 250 los casados. En la primavera de 1918 contaba el Ejército Rojo con unos 200 000 hombres. Después la afluencia de voluntarios fue disminuyendo.

Por supuesto, completar el ejército sobre la base de la voluntariedad tenía sus inconvenientes. Se carecía de reservas, no había un sistema de preparación de los reemplazos, los efectivos no podían asegurar la realización de grandes operaciones militares, ya que estaban mal adiestrados y su disciplina dejaba que desear.

En vista de ello, el Comité Ejecutivo Central implantó por un decreto especial la instrucción militar general en el país. Todos los trabajadores, de dieciocho a cuarenta años debían pasar un curso de adiestramiento (96 horas) sin abandonar el trabajo fundamental, registrarse como sujetos al servicio militar e ingresar en las filas del Ejército Rojo a la primera llamada del gobierno soviético.

El Comité Central del Partido Comunista Bolchevique obligó a sus miembros a estudiar sin demora los problemas militares. Fue derogada la elección de los jefes. Se implantó un sistema de nombramientos en función del cual los mandos eran refrendados por los órganos del Departamento militar. Debían tener conocimientos militares o haberse distinguido en el campo de batalla. El V Congreso de los Soviets de toda Rusia adoptó la disposición «Sobre la organización del Ejército Rojo», ratificando las medidas del partido y del gobierno enderezadas a la formación de un ejército regular. Recalcaba la necesidad de centralizar la dirección del ejército y el valor de una férrea disciplina revolucionaria en sus filas.

El Congreso legalizó el instituto de comisarios, que tuvo su inicio en octubre de 1917, cuando el Comité Militar Revolucionario envió comisarios a muchas unidades del viejo ejército y a diversas instituciones castrenses. Los comisarios mi-

litares, respaldados en las células del partido, educaban a los soldados, controlaban a los militares profesionales y, al propio tiempo, cultivaban entre los soldados rojos la confianza en los especialistas del viejo ejército que daban pruebas de honradez y fidelidad. Más adelante hablaré de los comisarios, ahora me limito a consignar que, por regla general, eran próvidos, honrados a carta cabal y abnegados comunistas.

El Congreso de los Soviets recabó que el Ejército Rojo fuese constituido sobre los principios de la ciencia militar, utilizando la experiencia de los especialistas veteranos, forjando simultáneamente más y más cuadros de mando y promoviendo a obreros y campesinos. Las resoluciones del V Congreso de los Soviets y del Comité Ejecutivo Central fueron llevadas a la práctica por las organizaciones del Partido, los sindicatos, los comités de campesinos pobres y demás trabajadores concientes. A resultas de ello, cuando ingresé en el Ejército Rojo éste encuadraba ya más de medio millón de hombres. En ese año difícil, el Partido, mediante numerosas disposiciones y una vasta actividad práctica sentó los cimientos de las Fuerzas Armadas Soviéticas y cohesionó el núcleo proletario, políticamente conciente, del Ejército Rojo y de la Marina de Guerra, sobre el que seguiría apoyándose en toda su labor militar posterior.

CAPÍTULO III

Mi participación en la guerra civil

El gobierno zarista sumió al país en la ruina. La ocupación de importantísimas zonas económicas por los intervencionistas y guardias blancos complicó todavía más la situación.

Cercada por el cinturón de fuego de los ejércitos de la intervención extranjera y la contrarrevolución interior, la joven República Soviética batallaba denodadamente. Los que vivieron, trabajaron y pelearon con las armas en la mano por las ideas del gran octubre recuerdan bien qué momentos tan difíciles atravesó el pueblo soviético.

En la primavera de 1918, las tropas de la Entente desembarcaron en el norte y en el extremo oriente ruso. En mayo, el cuerpo de ejército checoslovaco, al servicio del bloque anglofrancés, rompió las hostilidades contra el poder soviético en los Urales, Siberia y el Volga. Las tropas alemanas invadieron vastos territorios en Ucrania y en la región del Báltico.

En la segunda mitad de 1918, los imperialistas y los guardias blancos tenían en Rusia cerca de un millón de soldados y oficiales modernamente instruidos y pertrechados.

Explicando al pueblo todo el peligro de la situación creada, Lenin instaba a multiplicar los esfuerzos del Partido y de todos los trabajadores para fortalecer el potencial defensivo del país. En setiembre de 1918, el Comité Ejecutivo Cen-

tral de los Soviets de toda Rusia decretó convertir la república en un gran campamento militar. En noviembre se instituyó el Consejo de Defensa obrera y campesina, presidido por Lenin, que integró las funciones del Departamento militar y conexos y de la Comisión extraordinaria para el aprovisionamiento del Ejército Rojo. Solucionaba los problemas básicos relativos a la formación de las tropas y su abastecimiento de todo lo necesario; en particular, tomaba medidas para descubrir y recoger las armas y las municiones restantes del viejo ejército, movilizar los esfuerzos de la industria y engranar la retaguardia con el frente. El Consejo de Defensa y el Consejo Militar Revolucionario hicieron cuanto era materialmente posible para plasmar el plan leninista de creación de un gran ejército regular.

A principios de 1919, el Ejército Rojo alineaba 42 divisiones de infantería, armadas de fusiles y ametralladoras Maxim, revólveres y granadas de mano. La caballería contaba 40 000 sables. El ejército de campaña disponía de 1 700 cañones. Se fomentaban las fuerzas blindadas, que comprendían los trenes blindados del ejército ruso (una locomotora y dos plataformas acorazadas, más dos o tres bateas simples cada una) y unidades de autos blindados con 150 máquinas. La aviación tenía alrededor de 450 aparatos; componían la flota (aparte de las flotillas fluviales y lacustres) 2 acorazados, 2 cruceros, 24 destroyers, 6 submarinos, 8 minadores, 11 transportes, etc.

En Petrogrado se constituyó el Estado Mayor de la DAA. Formáronse las primeras baterías antiaéreas. Fueron mejorados los servicios logísticos, encauzada la sanidad militar y ampliado el sistema de cursillos de preparación de mandos.

Claro, eran fuerzas bastante modestas. De qué manera el Ejército Rojo venció a un enemigo, casi siempre mejor armado, sólo se comprende si se tiene en cuenta el elevado patriotismo, las extraordinarias virtudes morales y políticas de las tropas obreras y campesinas, que defendían la libertad y la independencia de su nueva patria socialista.

En la primavera de 1919 emprendieron los imperialistas una campaña conjunta contra el poder soviético.

En el este del país campeaba el ejército de Kolchak sobre un frente que se extendía de Perm a Omsk. Los cosacos blancos de los Urales habían dislocado sus formaciones en las cercanías de Uralsk y ocupaban Guriev. Los ejércitos de Denikin hallábanse en pie de guerra sobre el río Terek y eran dueños de Novocherkassk, Rostov del Don, Yuzovka y otras localidades de la cuenca del Don. Las tropas de la Entente y del gobierno contrarrevolucionario de Ucrania (llamado Directorio), luego de apoderarse de Ucrania se hicieron fuertes en la linea Jerson-Nikolaiev-Zhitomir-Korosten. Los letones blancos estaban en el área Shavli-Mitava, y las tropas de Yudenich y estonianos blancos, entre Volmar y Narva, afilando sus garras para caer sobre Petrogrado. Los finlandeses blancos, intervencionistas y destacamentos contrarrevolucionarios concentrados en los distritos septentrionales de Rusia aprestaban el ataque a Petrogrado, Vologda y Kotlas. Los intervencionistas campeaban por sus respetos en Krasnovodsk, Batumi, Novorossisk, Sebastopol y Odesa.

Los gobiernos imperialistas se habían propuesto acabar con el poder soviético. A tal fin se confabularon para desmembrar nuestro país y desgajar de él Ucrania, Bielorrusia, las regiones del Báltico, el Cáucaso, parte de los distritos septentrionales y otras zonas importantes.

La Entente reconoció a Kolchak como «gobernante supremo». Hacia la primavera de 1919 formaban en sus ejércitos 300 000 hombres bien armados, reclutados principalmente en los medios rurales acomodados, entre los cosacos contrarrevolucionarios del Transbaikal y Siberia y cosacos blancos de Orenburgo y los Urales.

Por si fuera poco, en la retaguardia de Kolchak se habían concentrado tropas (150 000 hombres) de los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Japón, Italia, el cuerpo checoslovaco y unidades militares de otros estados intervencionistas.

Los gobiernos occidentales abastecían a manos llenas a las tropas de Denikin, erigido por la Entente al rango de «subjefe supremo». Con este acto se quería predeterminar tanto la importancia militar de sus tropas como la persona de Denikin.

Pero el Ejército Rojo era ya una fuerza muy respetable en la primavera de 1919. Sus efectivos totalizaban 1 800 000 hombres, de los que unos 400 000 estaban bien pertrechados y se batían en primera línea. Eran unidades ya templadas en el fuego de la contienda. Los combatientes rojos comprendían perfectamente por qué luchaban contra los intervencionistas y los contrarrevolucionarios. Sabían por qué y para qué peleaban sus enemigos.

Claro está, los soldados de Kolchak, Denikin y otros ejércitos blancos estaban mejor armados que los rojos. Tenían espléndido armamento y equipo, se apoyaban en una retaguardia con copiosas reservas de víveres, recibían de la Entente armas y municiones en abundancia.

Aunque la situación interior de la República Soviética se había consolidado un tanto, todavía era difícil.

Los cuatro años de guerra imperialista habían arruinado a la Rusia agraria y subindustrializada. Muchas fábricas habían cerrado sus puertas ya en tiempos del zarismo por falta de mano de obra y de materias primas. Casi todo el hierro, carbón, petróleo, algodón, cosa de tres cuartos del hierro colado, del acero, del azúcar, la mayor parte de los cereales se producían o extraían en las zonas ocupadas. Sólo gracias a los esfuerzos heroicos del Partido Comunista y del pueblo se pudo organizar el avituallamiento del Ejército Rojo. En este trance había que maniobrar con exiguos recursos materiales y técnicos, encaminándolos hacia donde en ese instante se estaba decidiendo el destino del país. Escaseaba hasta lo más indispensable: metal, combustible, ropa, pan.

Recuerdo cuando nuestro regimiento se apeó en la estación del ferrocarril de Ershov. En Moscú, los soldados recibían un cuarto de libra de pan pésimo, sopa de coles con carne de caballo o con gobio salado. Por eso, así que bajaron del tren, famélicos, se precipitaron al mercado, donde cada cual se compró una hogaza de pan que devoraron allí mismo, con tal ansia que muchos atraparon una indigestión.

Sabíamos el hambre que pasaban los trabajadores de Moscú, Petrogrado y de otras ciudades, que el Ejército Rojo estaba mal abastecido y nos impregnaba un vivo odio de clase a los kulaks, a los cosacos contrarrevolucionarios y a los intervencionistas. Eso exacerbaba la cólera de nuestros com-

batientes contra el enemigo, preparándoles para afrontar los encuentros decisivos.

La primera campaña rusa de la Entente comienza en marzo de 1919 con la ofensiva de Kolchak en el Frente Este. Allí no disponíamos de más de cien mil hombres esparcidos en un extenso frente. Venciendo a duras penas la tenaz resistencia del 2º y 3er. ejército rojos, el ejército siberiano de Kolchak pudo avanzar trabajosamente no más de 80 a 130 kilómetros en mes y medio. Tomó Sarapul y Votkinsk, mas no logró el objetivo propuesto.

El ejército oeste de Kolchak pasó a la ofensiva inmediatamente después del siberiano. Los combates fueron muy encarnizados en la dirección de Ufá, donde pelearon intrépidamente las 26 y 27 divisiones de infantería del 5º ejército de nuestro Frente Este. A pesar del derroche de heroísmo, Ufá cayó el 14 de marzo. El 5º ejército rojo perdió casi la mitad de sus hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos, en los encarnizados combates de los accesos a la ciudad. Mandaba el 5º ejército Zh. K. Bliumberg. A primeros de abril asumió el mando M. N. Tujachevski.

Complicaron la situación en el Frente Este los levantamientos de kulaks organizados por los eseristas en los distritos de Samara, Sisran, Senguilei, Stavropol y Melekess. En Samara se amotinó nuestro 175 regimiento. Los cabecillas facciosos habíanse inteligenciado con los incondicionales de Kolchak. Los levantamientos y el motín fueron pronto sofocados, mas hicieron impacto en el ambiente y distrajeron bastantes fuerzas de los frentes.

A despecho de sus crecidas bajas, el 5º ejército, apoyado por destacamentos de ferroviarios y obreros, siguió conteniendo al enemigo. Hasta el 1º de abril, el ejército oeste de Kolchak sufrió cuantiosas pérdidas sin lograr progreso alguno.

A principios del mismo mes, los cosacos blancos de Orenburgo, al mando de Dutov, tomaron Aktiubinsk, cortando el ferrocarril Orenburgo-Tashkent, a resultas de lo cual el Turkestán quedó nuevamente amputado de la Rusia soviética. Al aproximarse los blancos a Orenburgo, los kulaks se alzaron en las aldeas cosacas a lo largo del río Ural.

A mediados de mes estaban ya los blancos a 85 kilómetros de Kazan y de Samara y a 100 de Simbirsk. La retirada de nuestras tropas al otro lado del Volga habría facilitado la unión de los ejércitos de Kolchak y Denikin, en cuyo caso hubiera podido formarse un frente compacto para asestar el golpe a Moscú. Agravaba la cosa el hecho de que los blancos e intervencionistas presionaban en todas las demás direcciones estratégicas.

En esos días amenazadores, el Comité Central del Partido Bolchevique, conducido por Lenin, exhortó a sus miembros y a todo el pueblo soviético a tensar las fuerzas para derrotar al enemigo y en primer lugar a Kolchak.

El partido, la clase obrera y todos los hombres de ideas progresistas respondieron vivamente a ese llamado.

El 11 de abril, el Buró de Organización del Comité Central del Partido cofirmó las *Tesis del CC del PC (b) acerca de la situación en el frente oriental* escritas por Vladimir Ilich Lenin. En el Pleno del CC del PC (b) del 13 de abril y en las sesiones del Buró Político los días 23 y 29 de abril, fueron examinadas las cuestiones de organizar la ayuda al Frente oriental, decidiéndose realizar una nueva movilización del Partido y enviar al frente a los más valerosos y curtidos trabajadores de sus filas. Vladimir Ilich Lenin presentó un informe acerca de las municiones en la sesión del Consejo de Defensa el 13 de mayo. Ya con anterioridad, a propuesta suya, se concedió ración de soldado rojo a 81 000 obreros de las principales fábricas de guerra, siendo liberados del llamamiento a filas los obreros de las fábricas que trabajaban para la defensa. Gracias al gigantesco auge revolucionario de las masas y a la enorme labor organizadora del Partido, se fue engranando, paulatinamente, la producción bélica.

La movilización de las fuerzas y los medios en todo el país permitió robustecer considerablemente los exhaustos ejércitos del frente oriental, que, sin contar más que los comunistas, recibieron en sus filas por encima de 15 000 hombres quienes en su mayoría ingresaron como soldados rasos del ejército de operaciones. Constituyó aquello una fuerza política decisiva para cohesionar las tropas y elevar sus ánimos en la lucha contra el enemigo

Al estudiar posteriormente las medidas y los planes del Alto Mando del Ejército Rojo y del mando del Frente oriental, no fue difícil cerciorarse de que disponían de un conocimiento insuficiente acerca de la agrupación real de las tropas blancas, no acertaron a descubrir los propósitos del enemigo y a organizar enérgicas contramedidas.

La situación en el este cambió con la llegada allí de M. V. Frunze, quien asumió el mando del grupo sur de las tropas de ese Frente. El nuevo jefe M. V. Frunze, comprendió que en momentos tan críticos había que arrancar cuanto antes la iniciativa estratégica a los blancos, quebrantar su moral y fortalecer en nuestras tropas la fe en la victoria sobre el enemigo.

Con la perspicacia y el talento de estratega que le distinguían, Frunze comprendió que, aunque el adversario había logrado ciertas victorias, en su contra acusábanse flacos evidentes, que si se les sabía aprovechar podían ser el principio del fin de las tropas de Kolchak.

Frunze estimaba que, aun conteniendo a Kolchak con golpes frontales, había que atacar inmediata y resueltamente a su distendida ala izquierda con tropas del Turkestán, del 1er. ejército y parte del 4º, desarrollando luego ese contragolpe en potente contraofensiva de todo nuestro Frente Este con objeto de liberar los Urales y Siberia.

Además de considerar la debilidad de las tropas del ala izquierda de Kolchak, Frunze captó que el general blanco no podría maniobrar rápidamente con el grueso de sus fuerzas, enzarzadas en la batalla que se libraba en el centro del frente: direcciones de Kazan, Simbirsk y Samara, empeñado en ganar el Volga.

Las propuestas de Frunze fueron aprobadas por Lenin. El Comité Central del Partido Bolchevique y el Consejo Militar Revolucionario ratificaron el plan.

Frunze no temía la responsabilidad ni las dificultades cuando estaba en juego la suerte de su país. En plazo brevísimo supo reagrupar, completar y adiestrar el grupo sur a él confiado. No era cosa fácil en medio del desbarajuste y de la casi inactividad de los ferrocarriles.

No carece de interés citar lo que escribió a este respecto el propio Frunze:

«Las tropas de Kolchak estaban ya cerca del Volga; nosotros nos sosteníamos a duras penas en Orenburgo, cercado por tres lados; el ejército que lo defendía se inclinaba a la retirada; los cosacos de los Urales habían roto el frente al sur de Samara y avanzaban hacia el norte, amenazando la ciudad y el ferrocarril Samara-Orenburgo. En casi todas las direcciones nos replegábamos; no diré que nos creíamos más débiles, pero como la iniciativa estaba en manos de los blancos y como los golpes en una u otra dirección paralizaban nuestra voluntad, no nos sentíamos muy a gusto. Se necesitaba, además de una colosal voluntad, la firme convicción de que el paso a la ofensiva era lo único que cambiaría el panorama, para acometer efectivamente esa acción. En aquellos momentos había que tener en cuenta no sólo la propensión de las unidades a retirarse, sino también la presión que ejercía desde arriba el alto mando, timoneado entonces por Vatsetis, abogado del repliegue... Pese a todo pasamos a la ofensiva y emprendimos una brillante operación que llevó al descalabro completo de Kolchak».[1]

Después de la derrota de los blancos en Bugulma y Belebei y del desastre de Kolchak en Ufá subió en flecha la deserción en las filas blancas y cundió el movimiento guerrillero. He aquí lo que escribió en su diario en mayo de 1919 el gestor del ministerio de la guerra de Kolchak:

«...No cabe duda de que la iniciativa en el frente del ejército oeste ha pasado a los rojos. Nuestra ofensiva ha expirado y el ejército va para atrás, incapaz de aferrarse a nada... En la retirada los movilizados se van a sus pueblos, llevándose consigo el uniforme, el equipo y a veces las armas... Los rojos nos llevan la enorme ventaja de no temer la incorporación de los antiguos soldados, que no necesitan instrucción militar, mientras que nosotros tememos eso más que al diablo y nos vemos obligados a llamar a filas a los jóvenes de 18 a 19 años...»

[1] M. V. Frunze. *Obras Escogidas*, t. II. Voenizdat. Moscú, 1957, p. 48 (en ruso).

Más adelante dice: «El frente cruje y recula; hay que pensar en si podremos mantener los Urales...».[1]

En los momentos en que la contraofensiva del Frente Este iba viento en popa se creó una situación muy grave en Uralsk, donde los cosacos blancos asediaron la ciudad, aislándola de nuestro grupo sur. Los sitiados oponían enconada resistencia y no entregaban la plaza al enemigo, pero la guarnición estaba en un gran aprieto. Lenin, que seguía atentamente los acontecimientos del Frente Este, envió el 16 de junio el siguiente cable a Frunze:

«Ruego trasmita a los camaradas de Uralsk mis más calurosos saludos a los héroes que lo defienden ya 50 días. Dígales que no se desanimen, que resistan unas semanas más. La heroica defensa de Uralsk será coronada por el éxito.»[2]

Frunze dio inmediatamente la orden de trasladar la gloriosa 25 división, al mando del legendario Chapaiev, en ayuda de Uralsk sitiado.

La 1ª. división de caballería de Moscú, en la que yo prestaba servicio, estaba también bajo el mando de Frunze. Al llegar a la zona del apeadero de Shipovo supimos que los soldados de Chapaiev se encontraban ya cerca de Uralsk. Nuestros combatientes estaban muy animados y persuadidos de que los cosacos blancos serían derrotados.

Nuestro regimiento entró en combate en los accesos a Shipovo. El enemigo se defendía como gato panza arriba, abandonando sus posiciones y recuperándolas de nuevo. Los blancos nos aventajaban en número. Recuerdo que no lejos del apeadero hicimos una tremenda carnicería.

Nos atacaron unos 800 cosacos. Cuando ya estaban muy cerca les cortó el paso un escuadrón nuestro con un cañón que habíamos escondido. Los bravos artilleros volvieron sobre la marcha el cañón y segaron a los blancos por el flanco. Los cosacos se desconcertaron. Con su fuego certero, los artilleros asolaban las filas enemigas. Por fin, los blancos, no

[1] Alexéi Budberg, barón. *Diario de un guardia blanco* (La epopeya de Kolchak). Leningrado, «Priboi». 1929 (en ruso).

[2] V. I. Lenin. *Obras Completas*, t. 50, p. 351 (en ruso).

pudiendo resistir, volvieron grupas. La victoria sobre los cosacos dio alas a nuestros jinetes.

Los combates librados en los primeros días de junio fueron encarnizadísimos. Nuestra división peleaba con arrojo, pero avanzábamos con lentitud en dirección a Uralsk.

Entre tanto llegó la alegre nueva de que los soldados de Chapaiev, luego de batir a los blancos, habían entrado en la ciudad uniéndose a la valerosa guarnición.

Durante los combates por Uralsk tuve la dicha de ver a Mijail Frunze, quien dirigía personalmente la operación.

Frunze iba con Kuibishev a la 25 división de Chapaiev. Se detuvo en el campo y departió con los soldados de nuestro regimiento, les preguntó por su estado de ánimo, por el rancho, cómo iban armados, qué escribían sus familiares desde la aldea, qué deseos tenían. Su sencillez, afabilidad y agradable porte le ganaron la simpatía de los combatientes.

Con especial cariño habló de Lenin, de su preocupación por la marcha de las cosas en los Urales.

Ahora nuestros asuntos no van mal —dijo Frunze— hemos descalabrado a los cosacos del Ural y derrotaremos sin falta a todos los contras. Batiremos a Kolchak. Liberaremos los Urales, Siberia y otras regiones. Entonces nos dedicaremos al restablecimiento del país.

Ese encuentro lo recordamos después con frecuencia.

Hasta marzo de 1919 yo formaba parte del grupo de simpatizantes y me disponía a ingresar en el Partido Comunista. Entonces no existía el período de pruebas como candidato. Todavía hoy recuerdo con gratitud al secretario del Buró del Partido del regimiento, Trofimov, y al comisario Volkov, quienes me ayudaron a comprender mejor los Estatutos y el Programa del Partido y prepararme para el ingreso.

En nuestro escuadrón había cinco simpatizantes y aunque éramos tan pocos, los camaradas Trofimov y Volkov venían no menos de dos veces por semana a hablarnos de la situación internacional e interior del país y de las medidas tomadas por el Partido en los frentes. Las pláticas eran extensas y muy interesantes, sobre todo cuando versaban de

la lucha de los bolcheviques contra el zarismo y los reñidos afrontamientos librados en Petrogrado, Moscú y otros centros industriales de Rusia durante la Revolución de Octubre.

En aquellos días estaba todavía en embrión el aparato político y del Partido en el seno del Ejército Rojo. Cierto, en el ejército y la marina trabajaban ya más de siete mil comisarios, apoyados en las células comunistas, que agrupaban a más de 50 000 militantes. Pero aún había mucho que hacer: especificar las funciones de los comisarios, uniformar los organismos del Partido en el ejército, llamados a conducir la labor política, y centralizar esa actividad tan útil y necesaria para las tropas. A fines de 1918, el Comité Central del PC (b) aprobó una disposición especial «Sobre el trabajo del Partido dentro del ejército», en la que se invitaba a los comunistas a inculcar en los combatientes una disciplina férrea, audacia e intrepidez en la brega contra el enemigo. Esa resolución eximía a las organizaciones del Partido de controlar toda la vida del ejército, como lo habían venido haciendo desde el inicio de la formación de las fuerzas armadas.

El Partido aplicaba su política en el ejército a través de los comisarios y de las secciones políticas de los Consejos Militares revolucionarios de la marina y el ejército, que simultáneamente desempeñaban las funciones de aparato administrativo castrense, subordinado al mando militar, y de organismo político dependiente del Partido, que agrupaba en torno de sí a los comunistas.

El 1º de marzo de 1919 ingresé en el Partido Comunista de Rusia (bolchevique). Muchas cosas he olvidado, mas el día en que me admitieron al Partido quedó para siempre grabado en mi memoria. Desde ese instante traté de subordinar todos mis pensamientos, todos mis anhelos y acciones a mis deberes de miembro del Partido y cuando peleaba contra los enemigos de mi Patria, yo, como comunista, tenía siempre presente lo que de mí exigía el Partido, ser un modelo de abnegación para servir a mi pueblo.

Poco después, nuestra división se trasladó, para liquidar las bandas de los blancos, a los alrededores de la ciudad de Nikolaievsk. En agosto de 1919 nuestro 4º regimiento de caballería fue trasladado a la estación de Vladimirovka. La

división no había entrado aún en fuego y se ocupaba de adiestrar a sus hombres.

Allí conocí al comisario de la división, que llevaba mi mismo apellido: Gueorgui Vasilievich Zhukov. Una mañana temprano, al pasar delante del picadero abierto vi que alguien «montaba» un caballo. Me aproximé y me di cuenta de que era el comisario de la división. Como yo entendía algo de equitación me quedé para ver cómo lo hacía.

Sin fijarse en mí, el comisario sudaba para que el corcel arrancara al galope con la pata izquierda. Pero por mucho que se empeñaba, el caballo daba brincos y adelantaba la pata derecha en vez de la izquierda. Yo no pude contenerme y grité:

—¡Acorta la rienda izquierda!

El comisario se calló, puso el rocín al paso, se acercó a mí, saltó de la silla y me dijo:

—A ver, prueba tú.

No me quedaba otro remedio que coger las bridas y montar. Di unas vueltas para tantear al animal, me hice con él y lo puse al galope con la pata izquierda. La primera vuelta, bien. La segunda, bien. La tercera, bien. Pasé a la derecha, bien. A la izquierda, también perfectamente y sin saltos.

—Hay que apretarle bien los ijares —remarqué con un tonillo de suficiencia.

El comisario se echó a reír.

—¿Cuántos años hace que montas a caballo?

—Cuatro. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada, no lo haces mal.

Nos pusimos a hablar. El comisario me preguntó dónde empecé el servicio militar, en qué frente combatí, cuándo me incorporé a la división, cuándo ingresé en el Partido. El servía diez años en caballería, era miembro del Partido desde 1917, llevó al Ejército Rojo a gran parte del regimiento de caballería del ejército zarista en que él prestaba servicio. Por todo se colegía que era un jefe con todas las de

Y a propósito, una de las primeras instrucciones que especificaban las funciones de los comisarios se redactó en la sección política de nuestra agrupación sur, al mando de Frunze. Estipulaba que los comisarios, representantes del gobierno de obreros y campesinos, aplican en el ejército las ideas y la política del poder soviético, salvaguardan los intereses de las masas obreras y campesinas frente a los eventuales atentados de los elementos hostiles, coadyuvan a fomentar la disciplina revolucionaria, velan por el inexcusable cumplimiento de las órdenes superiores.

La labor del comisario no se restringía a la agitación y la propaganda. Ante todo, debía ser ejemplo en el combate y en la manera de comportarse. El comisario tenía la obligación de conocer todas las disposiciones operativas, participar en la elaboración de las órdenes (en las operaciones militares, al jefe de la unidad pertenecía la última palabra), estudiar concienzudamente el arte militar. Por lo general, los comisarios reunían a los instructores políticos y a los comunistas antes de entrar en combate, explicándoles las tareas marcadas por el jefe, y ellos mismos se dirigían a los sectores más peligrosos y decisivos. El grado y la fisonomía moral de comisario militar de los tiempos de la guerra civil están aureolados de merecida gloria legendaria.

Con el comisario Zhukov me encontré después muchas veces, hablaba con él de la situación en los frentes y en el país. En una ocasión me propuso pasar a la labor política. Le di las gracias, pero alegué que me gustaba más el servicio de las armas. En vista de ello, me aconsejó ir a estudiar a los cursillos de comandantes rojos. Accedí gustoso, pero no pude ponerlo en práctica.

La aldea de Zaplavnoie, próxima al lugar de nuestro estacionamiento, fue tomada de súbito por los blancos, que atravesaron el Volga entre Cherni Yar y Tsaritsin.

Empezaron los combates. No había tiempo para pensar en estudios.

Kolchak fue derrotado. Los restos de sus tropas se retiraron a Siberia. Pero la Entente no renunció por eso a luchar contra la República Soviética. Ahora depositó todas sus esperanzas en Denikin. En ininterrumpido alud le llegaban desde occidente suministros de armas, equipos y víveres.

Los gobiernos francés y británico formaron varias unidades con los oficiales blancos fugitivos y con los soldados rasos prisioneros en los campos de concentración alemanes. Los gobernantes germanos pusieron como condición indispensable para la repatriación de los militares rusos, su incorporación a los destacamentos de voluntarios que habían de batirse contra el Ejército Rojo.

Mas tampoco eso les deparó gran provecho. Los más de estos «voluntarios» se pasaban a nuestro lado en la primera oportunidad. Pelearon los que odiaban al poder soviético y entendían que combatirle era un deber sagrado. Mas no eran tantos.

En el verano de 1919, el ejército de Denikin constituía una gruesa y temible fuerza. Algunas de sus unidades estaban integradas por oficiales exclusivamente. Aunque cifraba sus esperanzas en Denikin, la Entente no había dejado de hacerse ilusiones con las tropas de Kolchak, tratando de rehacerlas para en el momento más propicio lanzarlas contra el Ejército Rojo. En el norte preparaba una nueva campaña el ejército blanco de Miller. También a él le llegaban muchos convoyes con material de guerra. En dirección inversa zarpaban rumbo a los países de la Entente barcos cargados de pieles, pescado, madera y otras riquezas del norte ruso.

En el noroeste, los finlandeses blancos y el ejército de Yudenich preparaban la ofensiva a Petrogrado. La Entente se proponía arrastrar a la nueva campaña antisoviética a todos los pequeños estados fronterizos del país soviético.

A través de las organizaciones contrarrevolucionarias de mencheviques, eseristas, nacionalistas burgueses y kulaks se fraguaban en la retaguardia soviética insurrecciones, levantamientos, sabotajes. Saboteaban convoyes de tropas para el frente y trasportes de avituallamiento, de armas y otros importantes cargamentos para el ejército de operaciones y para la retaguardia.

Los agentes del enemigo trataban de socavar con mentiras e infundios la confianza del pueblo en el partido, en el gobierno, en los mandos del Ejército Rojo. Por desgracia, al principio lo conseguían, sobre todo allí donde el desbarajuste y la burda infracción de las leyes soviéticas exasperaba a los más vacilantes de la población.

Quisiera reproducir una carta, que conservo hasta hoy, recibida en Tsaritsin de Pavel Alexandrovich Zhukov, amigo mío de la infancia. Dice así.

«Querido amigo Jorge: Después de tu incorporación al Ejército Rojo casi todos nuestros amigos y conocidos fueron llamados a filas. Yo tampoco tuve suerte esta vez. En lugar de mandarme al ejército activo me enviaron con un destacamento a la provincia de Voronezh para sacar el trigo a los kulaks. Claro, es muy necesario, pero yo soy un soldado, sé combatir y pienso que eso puede hacerlo cualquiera que no haya pasado por la escuela de la guerra. Mas no es eso lo que te quiero decir.

¿Te acuerdas de nuestras disputas y discrepancias acerca de los socialrevolucionarios? Yo antes creía que eran amigos del pueblo, que luchaban contra el zarismo en interés del pueblo, en particular, por los intereses de los campesinos.

Ahora estoy de acuerdo contigo. Son unos infames. No son amigos del pueblo, son amigos de los kulaks, son los organizadores de todos los actos antisoviéticos de bandidismo.

Hace unos días los kulaks de estos contornos, dirigidos por un socialrevolucionario que anda por ahí escondido, cayeron sobre la guardia de nuestro destacamento que convoyaba unos carros de trigo y se ensañaron ferozmente. Mataron a mi mejor amigo, Kolia Gavrilov, de Maloyaroslavets. A otro amigo mío, Semión Ivanishin, le sacaron los ojos, le cortaron la mano derecha y le dejaron tirado en la carretera.

Está muy grave. Gangrena. Seguramente se morirá. ¡Qué lástima! Era un bravo mozo y bailaba que era un primor. Todos en el destacamento hemos jurado vengarnos de esos canallas para que no lo olviden en toda su vida. Tu amigo, Pável.»

Durante mucho tiempo no tuve noticias de él. Sólo en 1922 me enteré que pereció a manos de los kulaks en la provincia de Tambov...

Vladimir Ilich Lenin, el Comité Central del Partido y el gobierno, teniendo en cuenta el grave peligro que amenazaba de nuevo desde el sur, tomaron importantes decisiones.

El 3 y el 4 de julio de 1919 sesionó un pleno del CC del Partido Bolchevique, que centró su atención en los problemas

de la defensa del país y en la situación en el Frente Sur, declarándolo el frente principal de la república. En la reunión conjunta del Comité Ejecutivo Central de Rusia, del Consejo Central de los Sindicatos y del Soviet de Moscú informó Vladimir Ilich Lenin acerca de la situación en los frentes y de las tareas que debían solventarse para desbaratar la ofensiva de Denikin. De nuevo se formuló la cuestión de atraer al Ejército Rojo a los militares de carrera y guardar una actitud más deferente con ellos.

«Nos están traicionando y nos traicionarán centenares y centenares de expertos militares —dice la carta del CC del PC (b) de Rusia— pero entre nosotros trabajan sistemáticamente desde hace mucho tiempo, miles y decenas de miles de viejos cuadros militares, sin los cuales no se habría podido formar el Ejército Rojo, que surgió del caos de la guerrilla y supo triunfar brillantemente en el este. Hombres de gran experiencia y que encabezan nuestro Departamento militar, observan con razón que en las unidades donde ha sido aplicada más estrictamente la política del Partido respecto a los especialistas militares y la extirpación de la anarquía, donde la disciplina es más severa, donde se practica con mayor solicitud el trabajo político entre la tropa y la labor de los comisarios; allí no hay relajamiento, reinan mayor orden y mejor espíritu y se alcanzan más victorias».[1]

Rememorando mi actuación en común con oficiales del antiguo ejército, debo decir que en su mayoría eran honestos, escrupulosos y abnegados patriotas. Y al entregar su vida en el campo de batalla, cayeron sin temblar, con dignidad y gallardía. Lo único que les faltaba era saber conducirse con los soldados. Se mantenían aparte, no podían encontrar un lenguaje común con los guardias rojos y muy pocos lograron ser al propio tiempo jefes y camaradas del soldado.

Recuerdo que en las organizaciones de base del Partido hablábamos de las relaciones con los antiguos oficiales, procurando mostrar la mayor confianza a los profesionales.

Claro, también entre los comunistas había gritones, para quienes la «oposición militar» tenía razón, viendo la vieja oficialidad compuesta en su masa fundamental de guardias blancos, incapaces de asimilar el régimen soviético y que

1 Vladimir Ilich Lenin. *Obras Completas*, t. 39, p. 56 (en ruso).

identificaban el reglamento y la disciplina con los hábitos de la servidumbre. Pero, como es notorio, el VIII Congreso del Partido rechazó por abrumadora mayoría el criterio sustentado por la «oposición militar».

Los militares profesionales siguieron con atención las labores de dicho congreso. Vieron que el Partido confiaba en ellos, justipreciaba su trabajo y se preocupaba por su suerte. A raíz del congreso se acercaron más a la masa de guardias rojos y a las organizaciones comunistas. Los mandos ejercidos por oficiales del antiguo ejército zarista devinieron más exigentes y activos en lo concerniente a la disciplina y el servicio. Todo ello repercutió favorablemente en el adiestramiento de la tropa y en su potencial combativo. Los intentos de quebrantar la confianza en los viejos oficiales eran atajados por los comisarios, por los instructores políticos y militantes del Partido e incluso por los mismos soldados rojos.

El VIII Congreso del Partido (marzo de 1919) centró su atención en el Ejército Rojo. La esencia de la política militar del Partido se reducía a superar lo más rápidamente posible el paso pleno y definitivo de un ejército voluntario y semiguerrillero a un ejército regular con cuadros de oficales, ejército compactado por una disciplina férrea, con un sistema único de reclutamiento, de organización y de mando.

Esos principios básicos del Partido fueron expuestos en los informes y en los discursos de Lenin, y formulados en el programa del Partido y en la resolución acerca de las cuestiones militares, aprobados en dicho congreso.

La práctica confirmó la justeza de las decisiones del VIII Congreso y de las medidas tomadas más adelante por el Partido en lo tocante a la consolidación de las filas del Ejército Rojo. Todas esas disposiciones tenían suma importancia, máxime cuando el enemigo tensaba sus esfuerzos para estrangular al estado soviético.

Después que los ejércitos blancos tomaron Tsaritsin, Borisoglebak, Balashov, Krasnograd y otros centros importantes, la Entente apremió a Denikin para que emprendiera su campaña contra Moscú. Al ser informado por sus agentes de que el Ejército Rojo preparaba una contraofensiva, Denikin, para

frustrarla, se apresuró a descargar una serie de golpes concentrados y tomar la iniciativa.

En agosto de 1919, el cuerpo de caballería de Mamontov rompió el dispositivo del 8º ejército en el sector de Novojoperks y, luego de ganar la retaguardia de nuestro Frente Sur, avanzó sobre Tambov, donde se ubicaban grandes bases. Entonces Denikin lanzó contra el intersticio del 13 y 14 ejércitos el 1er. cuerpo de ejército de Kutepov, que comenzó a presionar a nuestras tropas hacia Kursk y Vorozhba. Mas

Denikin no desmontó nuestra contraofensiva.

En setiembre se libraron acerbos encuentros en Tsaritsin.

Combatiendo al ejército caucasiano enemigo en el área de Bajtiiarovka y Zaplavnoie oíamos diáfanamente el ininterrumpido cañoneo en la zona de Tsaritsino y en sus accesos del lado de Kamishin. En esa batalla sufrió colosales bajas el ejército caucasiano, pero también nuestras tropas se desangraban.

La primera mitad de setiembre se significó por encarnizados combates, el gran dinamismo de las fuerzas y los bruscos cambios del panorama táctico.

En las cercanías de Tsaritsin, —donde estaba nuestro 4º regimiento de caballería, en octubre— se libraban encuentros de dimensión local, y sólo en rasgos generales teníamos noción de los grandes acontecimientos que iban madurando en la dirección de Moscú.

Entre Zaplavnoie y Ajtuba sostuvimos combate cuerpo a cuerpo con unidades de calmucos blancos. Allí fui herido por una granada de mano. Las esquirlas penetraron profundamente en la pierna y el costado izquierdos y fui evacuado al hospital. De allí salí muy débil y me concedieron un mes de permiso para reponerme.

Fui a mi pueblo para ver a mis padres. Los aldeanos pasábanlas muy apurados, pero no estaban abatidos. Los más menesterosos se agruparon en torno de los comités de campesinos pobres y participaban en la recogida de trigo a los kulaks. Los agricultores medios, pese a las dificultades y a la grave situación en los frentes, se inclinaban más y más al lado del poder soviético. Sólo algunos de ellos se mostraban reacios a las medidas del Partido y del gobierno,

mayormente los *más próximos* a los kulaks por la hacienda que poseían.

El permiso pasó demasiado pronto y al presentarme en la comandancia solicité que me mandaran al ejército de operaciones. Como todavía estaba bastante débil, me destinaron a un batallón de reserva en Tver para después enviarme a los cursillos de comandantes rojos.

Los primeros cursillos de caballería de Riazán, a los que fui destinado en enero de 1920, tenían su sede en una antigua quinta de Starozhilovo (provincia de Riazán).

A ellos se mandaba principalmente a soldados del Arma distinguidos en el campo de batalla. Me promovieron para suboficial del 1er. escuadrón de alumnos. Ese empleo me era muy conocido desde el ejército zarista. V. D. Jlamtsev, jefe del escuadrón, me encargó también que enseñara a los alumnos el manejo de las armas blancas (lanza y sable), el combate a la bayoneta, instrucción de infantería y preparación física.

Jlamtsev, antiguo oficial zarista, siempre atildado y apuesto, era un ejemplo para los alumnos. G. S. Desnitski, jefe de instrucción de infantería, estaba también en su sitio. El mando lo componían principalmente oficiales del viejo ejército. Todos trabajaban a conciencia, pero con cierto formalismo: «desde aquí, hasta aquí». La organización del Partido y el aparato político se ocupaban del menester educativo; la enseñanza general corría a cargo de profesores militarizados.

Daban clases de economía política maestros graduados a prisa y corriendo y a menudo «nadaban» en esos problemas igual que nosotros, pobres pecadores.

La instrucción general de la inmensa mayoría de los alumnos era deficiente, ya que habían sido seleccionados entre obreros y campesinos que antes de la revolución apenas conocían las letras. Mas hay que rendirles justicia, estudiaban con gran ahínco. Sabían que el plazo era muy breve y debían aprender mucho para llevar con dignidad el título de comandantes rojos.

A mediados de julio nos hicieron subir apresuradamente a unos convoyes. Nadie sabía adónde nos llevaban, sólo advertimos que íbamos en dirección a Moscú. Allí nos acuarte-

laron en Lefortovo, donde estaban los alumnos de los cursillos de Tver y Moscú. Anunciaron que nos integrarían a todos en una brigada y partiríamos para el frente de Wrangel. Recibimos el equipo completo y las armas necesarias. Todo nuevo, nuestro aspecto era boyante.

Yo tenía en Moscú muchos amigos y conocidos. Habría querido verles antes de salir para el frente, sobre todo a la que hacía sufrir a mi joven corazón, mas, por desgracia, no tuve tiempo de visitar a nadie. Los jefes del escuadrón salían con frecuencia por distintos cometidos y, por lo común, me dejaban en su lugar. No tuve otro remedio que limitarme a escribir cartas. Por eso o por otra razón, el caso es que regañamos. Pronto me enteré que María se había casado y no la he vuelto a ver más.

Nuestro regimiento mixto de alumnos se concentró en Krasnodar en agosto, y empezó sus acciones contra Wrangel.

En el verano de 1920 se puso en claro que la Polonia burguesa y terrateniente no podría continuar guerreando contra la Rusia soviética, a despecho de ciertos triunfos militares.

El Ejército Rojo tenía en ese tiempo más de 3 millones de hombres. Por eso, los gobiernos de la Entente se concertaron para organizar la tercera campaña antisoviética, apoyándose en las fuerzas de la Polonia burguesa y en las tropas que el barón Wrangel formaba en Crimea.

Al barón se le ofreció una ayuda ilimitada. Él, por su parte, se comprometió a pagar todos los gastos de la Entente y a liquidar todas las deudas del zar.

Para mayo de 1920, el ejército de Wrangel tenía cerca de 130 mil bayonetas y 4 500 sables. No obstante, eso era insuficiente para reanudar amplias acciones contra el estado soviético. Wrangel no podía engrosar sus filas en Crimea, y resolvió irrumpir en Táurida septentrional. Mas en esa región estuvo desafortunado: no consiguió penetrar en el Donbas ni en el Don.

«La única fuente para completar mi ejército —escribió Wrangel en sus memorias— podía ser la tierra cosaca... Al desmoronarse el ejército de Denikin, decenas de miles de cosacos se fueron a sus lares, llevándose el caballo, las armas y el equipo. Inmensas reservas militares quedaban en

el Cáucaso del Norte y en el Don... Esas regiones abundaban además en recursos propios. Todo eso nos inclinó a trasladar la lucha a los territorios poblados por cosacos».

Wrangel suponía que en el Kubán se desarrollaba el movimiento de bandidos blancos y cifraba grandes esperanzas en el «ejército del renacimiento de Rusia», al mando del general Fostikov. Mas su estimación era francamente exagerada. Tomando sus deseos por realidad, Wrangel se equivocó pensando que el movimiento de los kulaks en el Kubán era un movimiento popular contra el poder soviético.

Los cosacos del Kubán barruntaban en su mayoría lo que les aportarían los guardias blancos y el «gobierno supremo» subsidiado por la Entente.

Nuestros jefes, comisarios y guardias rojos se esforzaban en hacer llegar a la conciencia de los habitantes del Kubán los verdaderos fines de nuestra lucha y la necesidad de acabar cuanto antes con las bandas antisoviéticas.

Paralelamente se prestaba múltiple ayuda a los cosacos pobres y a las familias de los soldados rojos. Ese trabajo entre la población era de suma importancia porque los blancos antes de la llegada de las unidades del Ejército Rojo, perseguían a los pobres, les quitaban hasta el último pedazo de pan y los escarnecían.

Una tarde llegó al escuadrón el comisario del regimiento y nos propuso trabajar unos días en la reparación de viviendas, corrales y aperos agrícolas de las familias pobres y de los combatientes del Ejército Rojo. Todos accedimos gustosos.

Nuestro comisario se puso a hacer lo más difícil: limpiar el pozo comunal, que los guardias blancos habían cegado.

El pozo era bastante profundo y cuando descendió al fondo casi se asfixia. Medio vivo lo sacaron a la superficie, respiró a pleno pulmón y ordenó que le bajaran de nuevo. Al cabo de cierto tiempo hubo que subirle otra vez y así continuó hasta que el pozo quedó limpio. Por la tarde todo el pueblo se hacía lenguas del valor del comisario.

Cuando terminamos todos los trabajos, los cosacos nos invitaron a comer. En la mesa hablaron de corazón a corazón y nos dieron las gracias por la ayuda. No faltó la nota có-

mica. Un grupo de alumnos de nuestros cursos tenían la orden de reparar el cobertizo y los arneses de las caballerías de una viuda cosaca y, en lugar de ello, hicieron la reparación de la casa de una familia kulak que llevaba el mismo apellido. Todos se rieron de lo ocurrido, pero los «culpables» estaban volados.

En agosto, nuestro regimiento entró en acción contra un desembarco del general wrangeliano Ulagai y luego, contra las bandas de Fostikov y de Krizhanovski, que al poco fueron derrotadas. Los restos huyeron para acogerse al asilo del gobierno menchevique de Georgia.

No participamos en las operaciones que coronaron la derrota de Wrangel en Crimea, porque los mejores alumnos fueron destinados urgentemente a las unidades de caballería que habían perdido gran número de oficiales en los combates contra los wrangelianos.

La promoción se hizo en Armavir, sede del Estado Mayor de campaña del 9º ejército. Los demás alumnos se incorporaron al regimiento mixto y fueron en persecución de las bandas que se retiraban a las montañas del Cáucaso. Al cabo de cierto tiempo nos enteramos de que nuestro regimiento había caído en una emboscada y sufrido sensibles bajas. Muchos jefes y combatientes fueron bárbaramente torturados por los bandidos, sucumbió también nuestro comisario, al que tanto queríamos todos.

Muchos de nuestra promoción se incorporaron a la 14 brigada independiente de caballería, dislocada por entonces cerca de la aldea cosaca de Novozherellevskaia y que continuaba la operación de liquidar en los esteros los restos de las bandas de Ulagai y de los bandidos locales. A mí me destinaron al 1er regimiento de caballería, mandado por el veterano cosaco Andreiev, que tenía fama de camorrista y matón. Al mismo regimiento destinaron también a mis compañeros de escuela Gorelov, Mijailov y Ujach-Ogorovich (por desgracia, no recuerdo los nombres).

Al presentarnos en el Estado Mayor y entregar los documentos fuimos recibidos por el jefe del regimiento. Al vernos con pantalones rojos, nos dice en tono reprobatorio:

—A mis soldados no les gustan los jefes que llevan pantalones rojos.

¿Qué hacer? Eran los únicos que nos habían dado. Y con un tono que denotaba desconfianza, añadió:

—Los más de nuestros combatientes están muy fogueados y no ven con buenos ojos a los bisoños.

A esa introducción no muy amable, francamente hablando, siguieron las preguntas: lugar de nacimiento, estábamos afiliados al Partido o no, habíamos peleado en el frente o no, cuándo, dónde, etc. Al saber que entre nosotros los había no sólo fogueados, sino que habían olido la pólvora en la primera contienda mundial, parece que se tranquilizó algo.

Al llegar al escuadrón nos presentamos ante el jefe, Vishnievski, que no nos gustó desde el primer instante. Vishnievski producía la impresión de un hombre a quien le importan muy poco los asuntos de su unidad. Sin dejar de leer el libro que tenía delante y sin indagar quiénes éramos ni qué condiciones teníamos, sin decir una palabra de los hombres con quienes habíamos de trabajar y quizá conducir pronto al combate, nos ordenó como a regañadientes:

—Usted, Zhukov, tome la 2ª sección a Agapov, y usted, Ujach-Ogorovich, hágase cargo de la 4ª sección.

Luego de buscar la 2ª sección entré a ver a Agapov, jefe interino de la misma. Era un hombre de cierta edad, veterano de caballería del viejo ejército y se había batido en la primera guerra imperialista. Desde el primer momento me fue simpático por su sencillez y benevolencia.

Agapov sacó del bolsillo la lista de los 30 hombres de la sección y me dijo:

—En nuestra sección casi todos son veteranos a excepción de tres o cuatro. Como soldados son excelentes, pero los hay con carácter y hay que hablarles con rodeos.

Y me hizo el retrato de cada uno.

—Gorshkov, valentón, indisciplinado de lo peor, pero en el ataque, el primero. No hay que gritarle, puede ofenderse; hay que elogiarle a menudo y decirle en tono amistoso que su comportamiento deja mucho que desear, pero a solas, no ante los demás —me explicó reposadamente Agapov—. Kasiánov el ametrallador, ucraniano de Voronezh, es un buen soldado. No hay que darle órdenes en el combate, él mismo

sabe qué objetivo debe batir en primer término. Kazakevich, Kovaliov, Saprikin son tres amigos inseparables; buenos soldados, pero les gusta divertirse. A ésos se les puede y se les debe reconvenir en la formación, amenazándoles con mandarles al comisario del regimiento. El comisario es muy severo y no le gustan los que no guardan como oro en paño el nombre de soldado rojo.

Así me fue hablando de todos. Yo le agradecí mucho sus explicaciones.

Y para trabar conocimiento con la gente di la orden de ensillar y formar.

Luego de saludarles, les dije:

—Bien, camaradas, He sido nombrado jefe vuestro. Si soy buen o mal jefe, si vosotros sois buenos y malos combatientes, lo veremos más tarde. Por el momento quiero pasar revista a nuestros caballos y a vuestro equipo de campaña y conoceros a cada uno personalmente.

Durante la revista, algunos miraban descaradamente mis pantalones rojos. Yo lo noté y les dije:

—Ya me advirtió Andreiev, el jefe del regimiento, que no os gustan los pantalones rojos. Como no tengo otros, llevo los que me ha dado el poder soviético, del que soy deudor. En lo que atañe al rojo en general, como sabéis, es un color revolucionario y simboliza la lucha del pueblo trabajador por su libertad y su independencia.

Al día siguiente reuní a los soldados en mi barraca y les pedí que me hablaran de su vida. Largo rato no se hilaba la conversación. El ametrallador Kasianov terció:

—¿Y de qué hablar? En la lista de la sección está todo: de dónde somos cada uno y qué valemos.

Yo tomé la palabra y les referí cuanto sabía de las batallas contra los polacos y contra Wrangel en Táurida septentrional. Me escucharon con atención. Sobre todo, les interesaba saber si la Entente iba a hacer algún desembarco de tropas. Les dije que los gobiernos de la Entente ya habrían hecho desembarcos, pero que el pueblo y el ejército de sus países no desean pelear contra nosotros.

Unos días más tarde, al frente de mi sección, tomé parte en una operación que tenía por objeto limpiar la zona costera de los restos de las bandas blancas. El combate terminó con saldo favorable. Los bandidos fueron aniquilados y parte de ellos hechos prisioneros. Nosotros no tuvimos bajas. Después de aquel combate ningún soldado habló más de los pantalones rojos.

Muy pronto me nombraron jefe del 2º escuadrón del 1er regimiento de caballería.

A fines de diciembre de 1920 toda la brigada se trasladó a la provincia de Voronezh para sofocar un alzamiento de kulaks y acabar con la banda de Kolesnikov. Derrotada en breve tiempo, los supervivientes huyeron a la provincia de Tambov para unirse a las partidas de kulaks y eseristas de Antonov.

Hagamos un alto para decir unas palabras del cabecilla de la rebelión de kulaks y eseristas.

Antonov nació en una familia pequeñoburguesa de la ciudad de Kirsanov, provincia de Tambov. Estudió en la escuela media, pero fue expulsado por su mala conducta y sus golferías. Al salir de Kirsanov se enroló en una pandilla de criminales, dedicándose a perpetrar atracos, que muchas veces terminaban con sangre. En 1906 ingresó en el Partido Social-revolucionario, Más adelante fue condenado a trabajos forzados en Siberia por delitos comunes. En la provincia de Tambov reapareció en 1917, durante la revolución de febrero. Poco después ejerció las funciones de jefe de las milicias de Kirsanov. En todos los puestos de responsabilidad colocaba a sus compinches. Los principales de ellos eran conocidos eseristas: Bazhenov, Majnevich, Zoiev y Loschinin.

Hacia agosto de 1920, Antonov tenía una numerosa banda, bien ensamblada. En cuanto ocupaban alguna localidad de importancia, los antonovistas formaban un nuevo destacamento. Esos destacamentos se trasformaban gradualmente en regimientos de a mil hombres. La principal fuerza de choque de Antonov la componían regimientos de caballería que encuadraban en total de 1 500 a 5 000 jinetes.

A fines del mismo año las bandas antonovistas se fundieron en un «ejército». En su estado mayor entraron viejos ese-

ristas: Boguslavski, Gusarov, Tokmakov y Mitrofanovich. Fue elegido jefe Tokmakov y jefe del estado mayor, Antonov. Al poco tiempo se formó el «segundo ejército de Antonov». Todo el poder militar siguió concentrado en manos de Antonov. Sus unidades iban armadas de ametralladoras, fusiles, revólveres y sables.

El comité central eserista llevaba la dirección política de la insurrección, que se planteaba como tarea principal derribar el poder soviético.

Los antonovistas habíanse trazado los siguientes objetivos inmediatos:

—frustrar el sistema de contingentaciones y la recaudación de otros impuestos establecidos por el poder soviético;

—aniquilar a los representantes del partido comunista y del gobierno;

—atacar a pequeñas unidades del Ejército Rojo y desarmarlas;

—deteriorar los ferrocarriles, destruir depósitos y bases.

Partiendo de ello, aplicaban la siguiente táctica; 1) rehuir el combate con fuertes unidades del Ejército Rojo; 2) entrar en batalla sólo estando absolutamente seguros de la victoria y con gran superioridad de fuerzas; 3) en caso de necesidad, si las cosas les iban mal, salir en pequeños grupos en distintas direcciones para reunirse más tarde en un lugar convenido de antemano.

En diciembre de 1920, el gobierno soviético instituyó el Estado Mayor de las tropas de la provincia de Tambov con objeto de acabar con el bandidismo· Hacia el 1º de marzo de 1921, las fuerzas de la comandancia de Tambov alineaban 32 500 bayonetas, 7 948 sables, 463 ametralladoras y 63 cañones. Para el 1º de Mayo aumentaron en 5 000 bayonetas y 2 000 sables, no obstante, el mando militar de Tambov no supo liquidar las bandas de Antonov, le faltó la organización y energía necesarias.

Envalentonado, Antonov caía a su vez sobre las guarniciones del Ejército Rojo. Así acaeció a principios de abril de 1921, en que 5 000 antonovistas destrozaron a la guarnición de Rasskazovo, haciendo prisionero a un batallón nuestro.

Poco después fue designado jefe de las tropas que peleaban contra los antonovistas M. N. Tujachevski, antiguo teniente del ejército zarista, que había ingresado en nuestro Partido en abril de 1918.

Nosotros habíamos oído hablar mucho y muy bien de Tujachevski, sobre todo, de su talento estratégico-operativo, y los soldados se alegraron al saber que les iba a mandar un jefe tan capaz.

La primera vez que vi a Tujachevski fue en la estación del ferrocarril de Zherdevka (Tambov), cuando vino al EM de nuestra 14 brigada de caballería. Tuve la suerte de estar presente en la conversación que sostuvo con el jefe de la brigada. Por sus juicios se podían apreciar que Tujachevski tenía vastos conocimientos y gran experiencia en cuanto a la dirección de grandes operaciones.

Una vez examinadas las acciones a emprender, Tujachevski habló con los soldados y con los jefes. Quería saber dónde se había batido cada uno, cuáles eran los ánimos de la tropa y de la población, qué labor útil hacíamos entre los habitantes de la localidad.

Al despedirse dijo:

—Vladimir Ilich Lenin estima necesario terminar cuanto antes con los motines de los kulaks y con sus bandas armadas. Se os ha encomendado una tarea de gran responsabilidad. Hay que esforzarse en cumplirla lo mejor y más rápidamente posible.

¿Podía yo imaginar entonces que al cabo de unos años nos encontraríamos en el Comisariado del Pueblo de Defensa deliberando las bases teóricas de la táctica de las tropas soviéticas?...

Con el nombramiento de Tujachevski y de Antonov-Ovseienko, la lucha contra las bandas discurrió conforme a un plan bien meditado. El adjunto de Tujachevski, I. P. Uborevich, mandaba simultáneamente la agrupación de caballería y él mismo participó en los combates contra los antonovistas, siendo ejemplo de valentía.

Los combates fueron muy intensos, sobre todo, a fines de mayo de 1921 en la zona del río Vorona, en las localidades de Semionocka, Nikolskoie, Puschino, Nikolskoie-Perevoz,

Trivki, Kliuchki, Ekaterinovka y en el río Joper. Aquí actuaron brillantemente la brigada de caballería de Kotovski y nuestra 14 brigada independiente de caballería. Mas por entonces no conseguimos aniquilar por completo las bandas antonovistas.

Las huestes de Antonov sufrieron los mayores descalabros en Serdolsk, Bakura, Ielan, en donde Uborevich dirigía las operaciones militares. Los restos de la banda malparada pusieron pies en polvorosa rumbo a Penza. En la provincia de Saratov fueron aniquilados casi por completo con el concurso de los campesinos, que odiaban a los bandidos.

Durante el verano de 1921, las tropas de Uborevich, eficazmente apoyadas por la población local, deshicieron también las bandas de Vaska Karas y de Boguslavski en las proximidades de Novojopersk.

Con los antonovistas libramos combates bastante duros. Recuerdo uno en la primavera de 1921, cerca de la aldea de Viazovaia Pochta, no lejos del apeadero de Zherdevka. Nuestro regimiento, encuadrado en la brigada, fue levantado muy de mañana por alarma. Según informes del servicio de reconocimiento, a unos 10 ó 15 kilómetros de la aldea estaban concentrados cerca de tres mil sables antonovistas. Nuestro 1er regimiento de caballería cabalgaba hacia Viazovaia Pochta en la columna izquierda; unos 4 ó 5 kilómetros a la derecha iba el 2º regimiento de la brigada. A mi escuadrón, con cuatro ametralladoras pesadas y un cañón, se le ordenó avanzar por la carretera en el destacamento de vanguardia.

Habríamos cubierto no más de cinco kilómetros cuando el escuadrón topó con un destacamento de antonovistas, de unos 250 sables. Pese a la superioridad numérica del enemigo, emplazamos el cañón y las ametralladoras y nos lanzamos al ataque. Sin poder contener nuestro empuje, el adversario retrocedió sufriendo cuantiosas bajas.

En la lucha cuerpo a cuerpo, un antonovista mató mi caballo de un trabucazo. Al caer quedé aplastado bajo la bestia y hubiera muerto a sablazos a no ser por el instructor político Nochevka que llegó a tiempo para sacarme del aprieto. De un sablazo rajó al bandido, y, sujetando la brida a su cabalgadura me ayudó a montar.

Al poco divisamos una columna de caballería enemiga que se disponía a flanquear el escuadrón. En seguida desplegamos contra ella nuestros medios de fuego y enviamos un parte al jefe del regimiento informándole del trance. A los 20 ó 30 minutos galopaba nuestro regimiento batiendo con su fuego al adversario.

El 2º regimiento de la brigada, al chocar con fuerzas superiores, se vio precisado a replegarse. Aprovechando esa coyuntura, los antonovistas nos atacaron por el flanco. El jefe del regimiento decidió volver a Viazovaia Pochta para atraer al enemigo a un terreno desventajoso para él. Se me encomendó proteger el repliegue del regimiento.

Al darse cuenta de la maniobra, los antonovistas arrojaron el grueso de sus fuerzas sobre mi escuadrón, que actuaba ya como retaguardia del regimiento.

El combate fue durísimo para nosotros. El enemigo veía que éramos inferiores en número y estaba seguro de que nos aplastaría, pero eso no era tan sencillo. Nos salvó el que el escuadrón iba reforzado como he dicho, con cuatro ametralladoras pesadas con abundantes y municiones y un cañón de 76 milímetros.

Con el fuego de las ametralladoras y el cañón, segábamos casi a bocajarro las fuerzas atacantes del adversario. Veíamos el campo de batalla sembrado de cadáveres enemigos y nos íbamos retirando poco a poco. Ante mis ojos cayó del caballo, gravemente herido, el jefe de una sección. Era mi compañero de estudios Ujach-Ogorovich.

Militar capaz y hombre cultivado, era hijo de un coronel del ejército zarista que desde los primeros días se puso al lado del poder soviético y fue uno de los mejores profesores de los cursos para mandos de Riazan.

Perdiendo el conocimiento me susurró:

—Escribe a mi madre. No me dejes en mano de esos bandidos...

A todos los heridos y muertos nos los llevamos en los trineos de las ametralladoras y en la cureña del cañón, para que los bandidos no los profanaran.

El planeado contraataque del regimiento no tuvo lugar: se quebró el hielo del río que debíamos cruzar y debimos retirarnos hasta la misma aldea.

Ya en Viazovaia Pochta, por querer salvar una ametralladora, me arrojé sobre un grupo de bandidos. Un tiro de fusil abatió mi caballo, era el segundo que perdía ese día. Con el revólver tuve que defenderme de los forajidos que me asediaban, porque querían prenderme vivo. Otra vez me salvó la vida el instructor político Nochevka, que acudió en mi auxilio con los jinetes Briksin, Gorshkov y Kovalev. En ese combate mi escuadrón tuvo 10 muertos y 15 heridos. Tres fallecieron al día siguiente, entre ellos mi compañero Ujach-Ogorovich.

A fines del estío de 1921 se acabó por completo con las pequeñas bandas desperdigadas por la provincia de Tambov. Había que eliminarlas cuanto antes. Mi escuadrón recibió la orden de liquidar la partida de Zveriev, que contaba con 150 sables. Pronto encontramos su paradero y empezó la persecución. Las fuerzas de los bandidos se extinguían. Los alcanzamos en el lindero de un bosque y nos lanzamos al ataque.

En una hora terminó todo, pero cinco bandidos, con Zveriev a la cabeza, lograron huir y, aprovechando el crepúsculo se ocultaron en la espesura. Pero nada podía ya salvarles: la supresión de las bandas antonovistas en Tambov era cosa hecha.

Al recordar este episodio no puedo pasar por alto un hecho curioso.

Persiguiendo a la banda tropezamos inesperadamente con dos autos blindados que salían de la aldea vecina. Nosotros sabíamos que los bandidos no tenían blindados y por eso no abrimos fuego. Sin embargo, los blindados, luego de ocupar una posición ventajosa volvieron las ametralladoras contra nosotros. ¿Qué ocurría? Enviamos enlaces. Resultó que eran de los nuestros y en la máquina delantera iba el propio Uborevich. Al enterarse que la banda iba hacia el bosque, resolvió cortarle el paso. Menos mal que se aclaró todo, si no la cosa habría terminado mal.

Así conocí personalmente a Uborevich. Más tarde, entre 1932 y 1937, nos encontramos a menudo. El mandaba la región militar de Bielorrusia, en donde yo tenía a mis órdenes una división de caballería.

Pasaron los años. Se dieron al olvido las penalidades de la guerra civil que hubo de afrontar nuestro pueblo. Pero jamás se borrará de nuestra memoria que a cada uno de nosotros nos sostenía una acendrada fe en la justeza de las ideas proclamadas, en octubre por el partido de Lenin.

El general inglés Knox informaba a su gobierno que podía derrotarse a los millones de hombres del ejército bolchevique, mas cuando los 150 millones de rusos no quieren a los blancos y quieren a los rojos, carece de sentido ayudar a los blancos.

La experiencia de las guerras precedentes, en especial de la primera guerra mundial, no podía aprovecharla en su integridad el Ejército Rojo por múltiples razones. Para enfrentarse al enemigo, el joven estado soviético debió crear su propia organización militar, marcadamente clasista, con nuevos enfoques respecto a la esencia y los métodos de la lucha.

«Toda revolución no tiene valor más que cuando sabe defenderse...»[1] decía Lenin. El Partido, su Comité Central, Lenin en persona, desempeñaron un papel decisivo en la organización de la defensa de la patria, en el aglutinamiento de todas las fuerzas del frente y la retaguardia, en la incorporación de las masas de obreros, soldados rojos y campesinos a la lucha contra los intervencionistas y la contrarrevolución durante la guerra civil. Pusieron en práctica innúmeras medidas para asegurar la victoria sobre el enemigo.

Los historiadores han contado que entre el 1º de diciembre de 1918 y el 27 de febrero de 1920 celebró el Consejo de Defensa 101 sesiones en las que estudió 2 300 problemas concernientes a la organización de la defensa del país, al equipo y avituallamiento del Ejército Rojo y la Flota.

Excepto dos, todas las reuniones fueron presididas por Lenin.

El estudio de los documentos de la guerra civil evidencia que las disposiciones y directrices del Comité Central del Partido Comunista y del Buró Político, así como las indicaciones personales de Lenin constituyeron la base sobre la que el Alto Mando del Ejército Rojo y los consejos militares

[1] Vladimir Ilich Lenin. *Obras Completas*, t. 37, p. 122 (en ruso).

revolucionarios de los Frentes elaboraron los planes concretos de las operaciones militares. Los planes estratégicos de las campañas más importantes eran examinados desde todos los ángulos en los plenos y reuniones del Comité Central.

Lenin mantenía contacto personal con el Alto Mando, con los Frentes y con los Ejércitos, conocía de cerca a muchos jefes e instructores políticos y sostenía correspondencia con ellos. Durante la guerra civil, según datos incompletos, cursáronse firmados por Lenin 600 cartas y telegramas sobre asuntos relacionados con la defensa del estado.[1]

Eso no quiere decir que Lenin y el Comité Central sustituyeran al Alto Mando y al Consejo Militar Revolucionario en la dirección operativa de los Frentes, Ejércitos, etc.

Cuando Lenin supo que algunos jefes militares habían puesto en duda la justeza del plan de operaciones contra Denikin elaborado por el comandante en jefe, S. S. Kamenev, él, en nombre del Buró Político del Comité Central, escribió a Trotski: «El Buró Político reconoce la competencia operativa del comandante en jefe y ruega a usted dé las correspondientes explicaciones a todo el personal responsable».[2]

Kamenev pidió a Lenin que los proyectos de todas las directivas gubernamentales acerca de los problemas militares operativos fueran presentados con antelación al Alto Mando. En la nota dirigida por Kamenev a todos los miembros del Buró Político del Comité Central apuntó Lenin: «Yo creo que debe atenderse esa petición y disponer: llamar personalmente al comandante en jefe o enviarle los proyectos de directivas para su urgente resolución».[3]

El Consejo Militar Revolucionario de la República y los consejos militares de los Frentes y Ejércitos actuaban basándose en las decisiones del Comité Central del Partido. Ateniéndose a sus indicaciones, se nombraba a los jefes y comisarios para los cargos de responsabilidad y tomábanse medidas para robustecer el potencial defensivo del país. En la disposición del CC «Sobre la política del Departamento militar», aprobada a fines de 1918 a propuesta de Lenin,

[1] *El PCUS y la organización de las Fuerzas Armadas Soviéticas.*
[2] Vladimir Ilich Lenin. *Obras Completas*, t. 51, p. 22 (en ruso).
[3] Ybídem, p. 69, (en ruso).

se hacía hincapié en que la responsabilidad por la política del Departamento recaía por entero sobre el Partido, cuya influencia extendíase a todos los aspectos de la obra militar y operaciones de las fuerzas armadas soviéticas.

Los comunistas eran la fuerza cimentadora del Ejército Rojo. El CC del Partido realizó reiteradas movilizaciones de militantes, consolidando con comunistas los sectores decisivos de los frentes. En octubre de 1918 había en el ejército 35 000 comunistas; un año después sumaban alrededor de 120 000, y en agosto de 1920 eran ya 300 000, es decir, casi la mitad de los miembros del Partido por aquel entonces. La superioridad del Ejército Rojo en los planos moral y político, universalmente reconocidos y que jugó un papel decisivo en la guerra civil, era la obra del esfuerzo patriótico de los comunistas y comisarios, de las secciones políticas y células del Partido.

Frunze, aquilatando el influjo ejercido por el aparato político del Partido Comunista en aquellos años, escribió:

«¿Quién aportó elementos de orden y disciplina a las filas de nuestros flamantes regimientos rojos que iban formándose bajo el estruendo del cañoneo? ¿Quién en las horas de infortunios y reveses mantenía la moral y entereza de nuestros soldados, inyectando nuevas energías en sus filas vacilantes? ¿Quién encauzaba la retaguardia del ejército e implantaba en ella el poder y el orden soviéticos, asegurando así el rápido y victorioso avance de nuestros ejércitos? ¿Quién iba descomponiendo con su labor tenaz y perseverante las filas del enemigo y desorganizando su retaguardia, despejando así el camino a las victorias venideras?

«Todo eso lo hacían los organismos políticos del ejército, y lo hacían, hay que decirlo, con gran brillantez. Sus merecimientos en el pasado son inmensurables».[2]

Yo puedo poner mil veces mi rúbrica al pie de esas certeras palabras y reiterar su veracidad.

En la guerra civil, el partido y el pueblo, además de vencer al enemigo, sentaron en plena lucha los cimientos de un ejército regular, de masas, reclutado sobre la base del servicio militar obligatorio para los trabajadores. Fueron mon-

1 M. V. Frunze. *Obras Escogidas*, t. 2, Voenizdat, 1957, p. 121 (en ruso).

tados los engranajes central y locales de administración militar, redactados los primeros reglamentos y ordenanzas, implantado un sistema orgánico único para todas las unidades. A fines de 1920, nuestro ejército totalizaba ya 5 millones y medio de hombres, aunque había tenido cerca de 800 000 bajas entre muertos, heridos y desaparecidos; aunque 1 400 000 perecieron a consecuencia de enfermedades graves, producidas por inanición, por falta de medicamentos, de atención médica y del equipo indispensable.

De la copiosa experiencia militar y de las síntesis teóricas deducidas de la guerra civil, que a lo largo de muchos años constituyeron la base estructural de las fuerzas armadas soviéticas, quisiera remarcar lo siguiente:

Primero, la unidad del ejército y el pueblo. La guerra civil puso de relieve con excepcional vigor el indisoluble entronque del frente con la retaguardia, la superioridad eminentemente militar del país, convertido en campamento. Esa unidad tuvo como base objetiva el régimen social y estatal soviético, la alianza de la clase obrera y el campesinado, y, como base subjetiva, la comunidad de metas del ejército y el pueblo. Ello alumbró una fuerza que multiplicaba en muchas veces la potencia de los cañones. Lenin vio la fuente de esa fuerza en que, por vez primera en el mundo, surgió un ejército que sabía por qué peleaba y en que, por primera vez también, las masas populares, aunque padecieron increíbles penurias, tomaron conciencia de que defendían la República Socialista Soviética, el poder de los obreros y campesinos.

Segundo, el papel dirigente del Partido en los problemas puramente militares y su influencia en el ejército a través del aparato político.

Desde el punto de vista militar, el papel rector del Partido Comunista, aparte otras cosas, tiene colosal alcance porque es el partido gobernante en un país donde predomina la propiedad social sobre los medios de producción. Ello garantiza una concentración insólita de todos los potenciales de la economía nacional en las direcciones militares más importantes. Brinda la posibilidad excepcional de maniobrar con ingentes recursos materiales y reservas humanas, aplicar una política militar única y asegurar el estricto cumplimiento por todos y cada uno de las directivas castrenses.

En lo que respecta a la labor política del partido, merced a ella las fuerzas del ejército y de la flota concientes y fieles a la causa de la revolución, fueron dirigidas a un mismo fin, se multiplicaron y fueron manantial permanente de heroísmo masivo.

«Y sólo gracias a que el partido estaba alerta —manifestó Lenin— gracias a que el partido tenía una disciplina severísima y a que la autoridad del partido servía de nexo de unión entre todos los departamentos y organismos, y las consignas que daba el Comité Central eran seguidas como un solo hombre por decenas, centenares, miles y, en última instancia, por millones, gracias a que afrontaban los sacrificios más inauditos; sólo gracias a todo eso pudo realizarse el milagro que se realizó. Sólo gracias a esto, a pesar de la doble, de la triple, de la cuadruple campaña de los imperialistas de la Entente y de los imperialistas del mundo entero, pudimos salir vencedores».[1]

Tercero, quisiera mencionar, además, un principio que afecta a la organización de nuestras fuerzas armadas: la rigurosa centralización, el mando único y la férrea disciplina, tanto más que oposicionistas de toda calaña impugnaron reiteradas veces ese fundamento.

La ausencia de mando único en materia militar, señaló Lenin, «...conduce inevitablemente las más de las veces al desastre, al caos, al pánico, al pluripoder, a la derrota».[2] En muchos documentos básicos, aprobados en los Congresos del Partido y en los plenos del CC, los bolcheviques combatieron infatigablemente, en la práctica, los intentos de contraponer las formas guerrilleras de organización (lo que siempre puede ocurrir en el inicio) a los principios de estructuración de un ejército regular (lo que debe prevalecer) es decir, al tipo único de dirección centralizada en todos los eslabones del ejército, a la estricta observancia de la subordinación y la disciplina.

Por supuesto, el mando único era necesario introducirlo en rigurosa correspondencia con las premisas históricas concretas, teniendo en cuenta la composición clasista de los cuadros de mando, su madurez política, su preparación militar

1 Vladimir Ilich Lenin *Obras Completas.* t. 39, p. 46 (en ruso).
2 Ybídem, t. 40 p. 240 (en ruso).

y también tomando en consideración si las masas estaban preparadas o no para acatar una u otra forma de dirección. Es natural, pues, que en los primeros años no pudiera implantarse el mando único.

Mas paulatinamente, el principio leninista del mando único como postulado básico y como modelo de dirección del Ejército Soviético, combinado orgánicamente con el incremento del papel de los organismos políticos y organizaciones del Partido, fue imponiéndose. Junto a la férrea disciplina, fundada en la clara comprensión del deber patriótico y su consciente cumplimiento, el mando único deviene ese factor cohesivo que compacta en un todo la voluntad, la pericia y las acciones de las tropas.

Cada período de la evolución de nuestro país ha introducido en la estructuración de las fuerzas armadas soviéticas nuevos elementos, fortaleciéndolas y aprestándolas a la defensa contra la agresión. La experiencia y los principios del arte militar, forjados en la fragua de la guerra civil con la participación personal de Vladimir Ilich Lenin, en especial las facetas que hemos esbozado, fueron desarrollados en los años 30-40, siendo valioso componente del poderío del ejército que derrotó al fascismo en la Gran Guerra Patria.

CAPÍTULO IV

Jefe de regimiento y de brigada

Al abordar la construcción pacífica, después de la heroica victoria obtenida en la guerra civil, el pueblo soviético encaró las ingentes dificultades que implicaba la recuperación de la economía nacional en ruinas. Casi todas las ramas económicas se hallaban en la mayor postración. El crítico estado de la industria, el agro y los trasportes exigía concentrar todas las fuerzas del país en el frente económico. Era indispensable enviar a varios millones de obreros y campesinos desmovilizados a los trabajos de recuperación, disminuir los gastos para sostener el ejército. Pero había que mantener y consolidar la defensa del país. «Ahora les hemos quitado las ganas de hacernos la guerra a una serie de poderosas potencias, mas ¿por mucho tiempo?; eso no lo podemos asegurar»,[1] decía Lenin.

Ya en 1920 se inició el paso completo o parcial al trabajo productivo de los ejércitos que no tomaban parte directa en las operaciones militares. Relacionado con ello, anexa al Consejo de Trabajo y Defensa se formó una comisión encabezada por Kalinin y Dzerzhinski. Los ejércitos de trabajo coadyuvaron a incrementar la extracción de combustible y de materias primas e impulsar la agricultura.

[1] Vladimir Ilich Lenin *Obras completas,* t. 42, p. 136 (en ruso).

Para finales de 1924, por efecto de la desmovilización, las fuerzas armadas habíanse reducido de 5,5 millones a 562 mil hombres.

La desmovilización respondía, por supuesto, a los deseos de millones de soldados: querían empuñar de nuevo el arado, la máquina, retornar a sus lares. Era dificilísimo retenerles, tanto más que entre ellos la mayoría eran campesinos. Ese proceso podía ir demasiado lejos y «erosionar» la médula del ejército. De ahí que en febrero de 1921 se suspendiera la desmovilización de los comunistas, atendiendo una disposición del Buró de Organización del Comité Central del Partido.[1] Algo antes, el CC había dirigido a todas las organizaciones del Partido la circular «Sobre el Ejército Rojo», advirtiendo que era inadmisible debilitar la preocupación por el ejército. En general, se quedaron en filas los que por vocación o por sus aptitudes habían decidido consagrarse al servicio de las armas.

En las condiciones en que discurría la construcción pacífica aquellos años, se precisaba articular una doctrina militar única, consolidar el Ejército Rojo regular, solucionar nuevos y complejos problemas de organización, encauzar la formación de cuadros políticos y militares. Ya entonces se prestaba particular atención a la necesidad de reforzar las unidades especiales (de ametralladoras, artillería, blindadas, aviación, etc.), asegurándoles todo lo necesario.

Estos problemas se estudiaron detalladamente en los X, XI, XII Congresos del Partido, sin que faltaran reñidas disputas. A petición del Comité Central, M. V. Frunze y S. I. Gusev redactaron las tesis «Reorganización del Ejército Rojo», en las que propugnaban la conservación del ejército activo, el paso paulatino a las formaciones milicianas y el desarrollo de la ciencia militar soviética. Otros sostenían que debía inmediatamente adoptarse el sistema de milicias como forma de nutrir el ejército. El X Congreso aprobó la línea leninista de la estructuración militar en tiempos de paz. En su resolución se decía abiertamente: «Es desacertada y prácticamente peligrosa en el momento presente la agitación hecha por algunos camaradas a favor de la liquidación de

[1] Archivo Central del Partido. Instituto del Marxismo-Leninismo, fondo 17, inventario 8, expediente 133/1. hoja 225.

facto del actual Ejército Rojo y el paso inmediato a las milicias.»[1]

A pesar de todos los esfuerzos del partido por robustecer el ejército, era evidente la necesidad de tomar medidas más radicales, y cuanto antes mejor.

Entre junio de 1922 y marzo de 1923 desempeñé el cargo de jefe de escuadrón del 38 regimiento de caballería y, más adelante, de subjefe del 40 regimiento de caballería de la 7ª división de caballería de Samara. Los jefes de ambas unidades eran muy capaces, y yo aprendí mucho de ellos. Los mandos, la organización del partido y el aparato político integraban un colectivo muy laborioso y bien compenetrado.

Por aquellos años no había todavía muchos cuarteles cómodos, ni confortables casas para los mandos, ni clubes y otros centros tan necesarios para la vida militar. Vivíamos desperdigados por las aldeas en las casas de los campesinos, preparábamos la comida en cocinas de campaña; los caballos diseminados por los corrales. A todos nos parecía normal tal estado de cosas, ya que el país atravesaba momentos muy difíciles.

El personal de mando lo constituían, principalmente, hombres jóvenes, fuertes, enérgicos y tenaces. Por otro lado, la mayoría éramos solteros y no teníamos más preocupación que el servicio. Nos entregábamos al trabajo con entusiasmo, dedicándole 15 ó 16 horas diarias, pero ni aun eso bastaba para atender a todo.

En la primavera de 1923 llegó un telefonema del EM de la división, reclamando me presentara ante el jefe de la misma. Como desconocía la razón de la llamada, he de confesar que estaba algo inquieto: ¿habré hecho algo malo?

El jefe de la división, N. D. Kashirin, me recibió con suma amabilidad, me invitó a una taza de té y se informó largo rato acerca del entrenamiento militar y táctico de nuestro regimiento, y de pronto me preguntó:

—¿Qué piensa usted: entrenamos en debida forma a nuestros jinentes para la guerra y cómo se imagina la futura contienda?

1 El PCUS en resoluciones...», Parte 1ª, p. 570 (en ruso).

La cuestión me pareció peliaguda. Me ruboricé y no pude contestar en seguida. El jefe advirtió, seguramente, mi desconcierto y esperó con paciencia a que me recuperase.

—Hacen falta muchos conocimientos y hábitos para adiestrar modernamente a las tropas y, nosotros, los oficiales, no estamos suficientemente capacitados —le respondí—. Enseñamos a nuestros subordinados lo que aprendimos en el viejo ejército. Para instruir debidamente a la tropa hay que pertrechar a los mandos con la comprensión moderna del arte militar.

—Cierto, y nosotros procuramos que nuestros mandos estudien en cursillos militar-políticos y en academias —repuso Kashirin—. Pero es un largo proceso y tenemos pocos centros militares docentes. Tendremos que estudiar solos por ahora.

Dio unos pasos por el despacho y me dijo de sopetón que había resuelto nombrarme jefe del 39º regimiento de caballería de Buzuluk.

—Yo no le conozco a usted suficientemente, pero los compañeros con los que he hablado me aconsejaron designarle para ese cargo. Si no tiene nada que alegar en contra, vaya al EM y reciba los documentos correspondientes. La orden de nombramiento ya está firmada.

Al despedirme del jefe de la división estaba muy emocionado. El nuevo puesto era muy honroso y de gran responsabilidad. Siempre se había considerado que mandar un regimiento era un importantísimo jalón en el dominio del arte militar.

El regimiento es la unidad básica en la interacción de todas las armas de tierra en el campo de batalla y, a veces, no sólo de tierra. El jefe de regimiento debe conocer al dedillo todas las unidades que lo integran y los medios de refuerzo que, por lo común, se le adicionan en toda situación táctica. Debe saber elegir la dirección principal del combate y concentrar en ella los máximos esfuerzos. Eso es muy importante, sobre todo, cuando el enemigo dispone de una evidente superioridad en tropas y medios.

El que haya asimilado bien el sistema de mando de un regimiento y sea capaz de tenerle constantemente en buena

disposición combativa será un jefe destacado en todos los sucesivos escalones de su carrera militar, tanto en la paz como en la guerra.

Al finalizar la guerra civil contaba el ejército con más de 200 cursillos y escuelas militares de todas las armas. En 1920 se graduaron en ellos 26 000 mandos rojos. Poco a poco fue ensanchando la red de cursillos, escuelas, academias y se configuró el sistema único de enseñanza y educación de mandos e instructores políticos proletarios. Los mandos subalternos estudiaban de siete a diez meses en escuelas regimentales; los medios, en escuelas militares y navales; los altos jefes, en academias militares. En distintas repúblicas fundáronse escuelas militares nacionales. Gran importancia cobraron después los cursos de perfeccionamiento de mandos. Yo también estudié en esos cursos. A ello me refiero más adelante.

Quisiera consignar aquí que, a mi entender, no jugaron menor papel en la capacitación de mandos competentes, en particular inferiores y medios, los estudios, la instrucción autodidacta en los propios campamentos. Decenas y centenares de miles de militares completaban así sus conocimientos, perfeccionaban su temple militar en ejercicios, maniobras y marchas. Y los que por una u otra razón no podían ir a una escuela militar se perfeccionaban tesoneramente en sus propias unidades.

Claro está, hubo jefes militares que, después de terminar victoriosamente la guerra civil se creyeron maestros en el oficio y pensaban que no tenían ya nada que aprender. Más tarde, comprendiendo su error, algunos se reorientaron. Los demás se quedaron con el primitivo bagaje y, naturalmente, como ya no respondían a las crecientes demandas, hubieron de pasar a la reserva.

Cuando asumí el mando a fines de abril de 1923, el regimiento debía salir para el campamento. Era la primera vez que las unidades de caballería partían para un campo de instrucción después de la guerra civil, y muchos oficiales no tenían cabal idea de su papel en el nuevo ambiente. Al hacerme cargo del regimiento advertí ciertas lagunas. Sobre todo, andaban mal las cosas en el tiro y la instrucción táctica. Por eso centré los esfuerzos de las unidades en la organización de la base material para el adiestramiento.

Hacia mitad de mayo, el campamento estaba listo en lo fundamental. El regimiento recibió una pequeña ciudad de tiendas de campaña bastante bien instalada, un magnifíco comedor de verano y un club. Se habilitaron cobertizos y postes de amarre para los caballos. El campo de tiro para todos los tipos de arma era el orgullo del regimiento.

A partir del 1º de junio practicamos intensamente la instrucción militar y los estudios políticos. A todos nos complacía que el trabajo y los medios invertidos en la construcción del campamento no habían sido estériles. Los instructores políticos y los jefes de los escuadrones trabajaban al unísono y con iniciativa. La energía creadora de los comunistas se percibía en todo.

Quisiera mencionar especialmente a nuestro comisario Antón Mitrofanovich Yanin, bolchevique de firmes convicciones y hombre admirable que conocía a fondo el alma del soldado, sabía tratar a sus subordinados y lo que debía exigir de cada uno. Le querían y respetaban los jefes, los instructores políticos y los combatientes de fila. Es una lástima que ese magnífico comisario no viva en nuestros días. Cayó como un héroe en 1942 en un combate contra los fascistas en el Frente del Cáucaso. Pereció junto con su hijo, al que inculcó valor y patriotismo.

A mediados del verano asumió el mando de la división G. D. Gai, héroe de la guerra civil.

Me es grato recordar el trabajo conjunto con Gai. Le vi por primera vez en una reunión en su tienda de campaña a la que convocó a todos los jefes y comisarios de las unidades de la división. Después de la presentación oficial, nos hizo sentar a todos alrededor de su escritorio. Era un hombre apuesto y bien parecido. Sus bondadosos ojos y su voz suave y tranquila denotaban un carácter ponderado y una gran seguridad de sí mismo. Yo había oído hablar mucho de su heroísmo y le estuve observando con interés. Quería penetrar en su mundo espiritual, comprenderle como hombre y como jefe.

La plática se alargó bastante, pero no lo advertimos. Todos nos llevamos una grata impresión de la primera entrevista con el jefe de la división. Al despedirse de mí, me manifestó que al cabo de unos días revisaría los ejercicios ecues-

tres y la preparación táctica. Me halagó su interés por el regimiento y hube de confesarle que todavía teníamos bastantes defectos.

—Los eliminaremos juntos —me dijo Gai sonriendo y añadió—: Me agrada que no quiera usted quedar mal.

Al cabo de tres días, obedeciendo una disposición del EM de la división, el regimiento formó para revista. Gai, cabalgando un corcel negro de remos blancos, subió a un altozano y siguió atentamente los ejercicios. El caballo del jefe divisionario era muy fogoso, pero el jinete lo tenía sometido a su voluntad, sujeto con mano firme y bien apretados los ijares.

Al principio se efectuaron los ejercicios a la voz de mando, luego al sable («instrucción muda») y después, al toque de corneta. Evoluciones, movimientos, flanqueos, giros, altos y alineaciones se cumplieron con más exactitud de lo que yo me esperaba. Por último, el regimiento desplegó «en lava» (viejo método de ataque a la cosaca) y yo enderecé el centro de la formación hacia la altura en que estaba el jefe de la división. Luego de conducir el regimiento en filas cerradas y de alinearlo, marché al galope hacia Gai para rendirle el parte. Sin dejarme hablar, levantó las manos en alto y exclamó:

—¡Me entrego, me entrego, me entrego! —Y, acercándose a mí me dijo calurosamente: Gracias, muchas gracias.

Adelantándose al centro del regimiento, el jefe de la división se alzó sobre los estribos y arengó a los soldados:

—Soy un veterano de caballería y conozco bien lo que es el adiestramiento militar en el arma. Me habéis demostrado hoy que cumplís a conciencia vuestro deber ante la patria sin escatimar fuerzas. Así tiene que ser. El buen entrenamiento y la elevada conciencia del deber ante nuestro pueblo son prenda de la invencibilidad de nuestro heroico Ejército Rojo. Gracias a todos, hoy me habéis dado una gran alegría.

Volviéndose a mí, me dio un apretón de manos, sonrió y dijo:

—La segunda parte del simulacro la veremos otro día. Que vaya el regimiento a descansar y usted y yo visitaremos entre tanto el campamento.

Dos horas largas recorrió el campamento, examinando cada minucia; luego estuvo mucho tiempo con los soldados. Gai les relató muchos episodios de la guerra civil. Sólo cuando el corneta de guardia tocó a rancho se levantó y se despidió de nosotros.

Después de esa visita, el comisario y yo estudiamos la manera de que los éxitos y elogios no se nos subieran a la cabeza.

Debo hacer justicia al regimiento: los encomios del jefe de la división los animó a todos, como pudo verse por los resultados de los ejercicios. Para nosotros los jefes, la sencillez de su trato camaraderil con los soldados rojos fue un ejemplo digno de imitación. Adelantándome a los acontecimientos, diré que Gai venía a menudo a nuestro regimiento, conversaba largo y tendido con soldados y oficiales siendo para nosotros no sólo el jefe, sino un camarada mayor, un verdadero comunista.

Acabamos los ejercicios del campamento con buena nota y a fines de septiembre nuestra 7ª división de caballería de Samara marchó a Orsha para tomar parte en las maniobras de la región militar. Esos ejercicios se efectuaban por primera vez después de la guerra civil, lo mismo que la instrucción en los campamentos.

Las maniobras no eran grandes, más bien, se hacían para aprovechar el regreso de las unidades de los campamentos. Sin embargo, a nuestra división le tocó una tarea bastante ardua: realizar una marcha forzada, de un tirón, al distrito de Orsha. Mi regimiento fue enviado por el jefe de la división a la vanguardia. Eso significaba que debíamos cabalgar gran trecho en muy poco tiempo y, además, vigilar la seguridad en la marcha, estar siempre alerta para desplegar rápidamente en orden de combate, batir al «enemigo» y cubrir la entrada en acción del grueso de la división.

La división efectuó su marcha forzada en 30 horas. Cabalgamos cerca de 100 kilómetros, con dos altos de cinco horas. Para los caballos fue una dura prueba de resistencia. Pero le fue más para la gente porque en los altos tenía que dar de comer y beber a los caballos, poner en orden el equipo. A pesar del cansancio, todos los jinetes estaban de buen talante. Se habían enterado de que, una vez termi-

nadas las maniobras, la 7ª división en pleno acantonaría en Minsk.

En la madrugada supe por una patrulla de reconocimento que tras la línea férrea Moscú-Orsha avanzaban tropas «enemigas» en dirección a la estación del ferrocarril de Orsha. En las proximidades de la ciudad se entabló combate con las unidades que protegían los accesos al nudo ferroviario.

Como suele ocurrir en las maniobras, de todos lados cabalgaron al regimiento árbitros con brazales blancos: eran jefes de unidad que ayudaban al mando a efectuar el simulacro.

—¿Qué sabe usted del «enemigo»?

—¿Qué decisión ha tomado? —me acosaron a preguntas.

Les repliqué que iría al destacamento de vanguardia, efectuaría personalmente un reconocimiento, y tomaría allí la decisión. Espoleé mi montura y al cabo de unos minutos llegué al destacamento de vanguardia, al mando de Tiupin, jefe de escuadrón, enérgico y de gran iniciativa.

Tiupin me participó que cerca de dos regimientos de infantería «contraria», desplegados en orden de combate, avanzaban tras la línea férrea en dirección a las alturas que teníamos delante. Allí habían entablado combate con nuestros infantes. La infantería del «enemigo» no sabía, al parecer, que nuestra caballería había llegado a esa zona, porque no encontramos avanzadillas ni patrullas de reconocimiento enemigas.

No había acabado su informe el jefe del destacamento de vanguardia cuando apareció un grupo de jinetes, cabalgando en nuestra dirección. Desde lejos reconocí el caballo del jefe de la división. Luego de ponerle al corriente en pocas palabras, le dije que la situación era muy favorable para un ataque por sorpresa y que había resuelto desplegar el regimiento en orden de combate sin pérdida de tiempo y golpear el flanco «enemigo», tanto más que el relieve del terreno era propicio para una carga de caballería.

Luego de mirar con los prismáticos, el jefe de la división dijo:

—La ocasión es única. ¡Actúe sin miedo! Apoye el ataque con toda su artillería y ametralladoras. El grueso de la división llegará dentro de 20 ó 30 minutos. Golpeará a la

retaguardia de esta agrupación enemiga a fin de batirla por completo.

Una hora después estaba todo el campo de «batalla» envuelto en humo y polvo, los regimientos de caballería de la 7ª división, desplegados, se arrojaron sobre el «enemigo» lanzando clamorosos hurras. El cuadro era, en efecto, vistoso e impresionante: rostros acalorados, ojos con la mirada fija adelante como en un combate de verdad. La «batalla» se suspendió al toque del clarín. Así acabaron las maniobras. No se hizo análisis general.

Nos dijeron que el propio Tujachevski había seguido el curso de la «batalla» y estimó altamente a nuestras unidades. Sobre todo elogió a la 7ª división de caballería por su marcha forzada y su impetuosa carga. La infantería mereció su aprobación por haber sabido desplegarse rápidamente hacia el flanco en que fue atacada por las unidades de la 7ª división de caballería.

Nos colmó de satisfacción oír los elogios de Tujachevski y también el que nuestros «contrarios» fueran felicitados por su dinamismo.

Luego de reposarnos, partimos a los pocos días para Minsk, punto de dislocación permanente de la división.

Millares de personas salieron a recibirnos. Por todas las calles nos acompañaban los saludos de bienvenida. Creo que ningún ejército del mundo goza de tanta simpatía y del cariño de todo el pueblo como nuestro Ejército Rojo.

Hasta ahora recuerdo emocionado el recibimiento que nos dispensaron los ex combatientes de la división, que pelearon en las famosas campañas y batallas de Tsaritsin, Kizliar Astraján, Pugachevsk, Buzuluk, etc. Ellos habían luchado sin regatear su vida por el poder soviético contra las hordas de guardias blancos y demás bandas de la contrarrevolución. Sus expresiones amistosas, brotadas del alma, nos causaron emoción y alegría. Muchos combatientes de nuestra 7ª división de Samara habían pasado por la ruda escuela de los frentes de la guerra civil y les calaban muy hondo las evocaciones de la contienda.

Los cuarteles destinados a nuestro regimiento estaban todavía ocupados por la 4ª división de infantería, que no

había tenido tiempo de trasladarse. Hubo que alojarse temporalmente en casas particulares de las afueras. La gente se instaló por grupos de tres a cuatro, las más en casas de mala muerte.

Empeoraron la cosa las abundantes lluvias de otoño, con su consiguiente fango intransitable. En tales condiciones era imprescindible salvar a los caballos, construir caballerizas, reparar las instalaciones de los cuarteles y dependencias y, al propio tiempo, preparar una base material de entrenamiento para el invierno.

Primero se reunió la organización del Partido y luego se explicó a todo el regimiento la situación que afrontábamos.

Al recordar esos lejanos y difíciles tiempos, quisiera señalar que la gente estaba dispuesta a cualquier sacrificio, a no importa qué privación en aras de un futuro mejor. También en nuestras filas había algunos aficionados a lamentarse de todo, pero los soldados rojos les llamaban pronto al orden. Un colectivo sano es una fuerza poderosa. Allí donde el activo social es enérgico, existirá siempre una verdadera amistad colectiva, prenda del entusiasmo creador y garantía de éxitos en el temple combativo de la unidad.

A fines de noviembre, cuando empezó a nevar, pudimos trasladarnos a los cuarteles e instalar los caballos en las cuadras. Claro, había que mejorar aún muchas cosas, pero lo principal estaba hecho.

Ahora debíamos organizar debidamente la instrucción militar y política en las nuevas condiciones.

Hoy todo eso parece muy simple. Pero, ¿qué sabía entonces yo, a los 26 años, al frente de un regimiento de caballería? En el ejército zarista había estudiado en una escuela para suboficiales; en el Ejército Rojo pasé los cursos de caballería para jefes rojos. Y ese era todo mi caudal. Cierto, al finalizar la guerra civil estudiaba con afán todos los libros sobre materias militares que caían en mi mano, en especial, de táctica.

En lo práctico me sentía más fuerte que en la teoría, no en balde había recibido buenas lecciones en la primera guerra mundial. Conocía bien la metodología de la instrucción para el combate, por la que sentía gran inclinación. En lo

tocante a la teoría, tenía conciencia de que iba a la zaga de las demandas que la vida presentaba al jefe de un regimiento. Reflexionando mucho, llegué a esta conclusión: hay que estudiar con ahínco sin pérdida de tiempo· ¿Y qué hacer con el regimiento al que hay que dedicar doce horas diarias para llegar a tiempo a todas partes? Había una sola salida: añadir al régimen del día tres o cuatro horas más para el estudio individual: en cuanto al sueño, ya descansaría cuando aprendiera suficiente.

No era el único que discurría en esos términos. Así pensaban los más de los jefes salidos en el transcurso de la guerra civil de entre los soldados rojos, suboficiales y soldados rasos del ejército zarista.

Por entonces el núcleo de la oficialidad del ejército se había robustecido notablemente. A pesar de todo, no se había logrado vencer la fluctuación del personal, cojeaba seriamente el abastecimiento, no estaba a la debida altura la preparación de las tropas para movilizarse en caso de guerra. Observábanse grandes fallos en el funcionamiento del Departamento militar, que a la sazón regentaba Trotski. El Pleno del Comité Central del Partido (enero de 1924) resolvió verificar la labor de ese organismo. De ello se encargó la Comisión Militar del Comité Central, presidida primero por V. V. Kuíbischev y luego por S. I. Gúsev. En la preparación de los materiales sobre la situación en el ejército para el Pleno participaron M. V. Frunze, K. E. Voroshilov, A. S. Bubnov, G. K. Ordzhonikidze, A. A. Andreiev, I. S. Unschlicht, N. M. Shvernik, etc. Las deducciones de los hechos reunidos eran desoladoras y lacerantes. Púsose en claro que el robustecer las fuerzas armadas del país exigía una reforma radical. Las propuestas de la comisión, avaladas por el Comité Central, sirvieron de base a la reforma militar.

Una de las medidas más importantes fue la combinación del principio territorial con el de cuadros permanentes en el reclutamiento del Ejército Rojo.

Dicho principio extendíase a las divisiones de infantería y de caballería. Su esencia consistía en procurar la necesaria preparación militar al máximo de trabajadores, retirando de la producción al mínimo indispensable. Aproximadamente del 16 al 20% de los efectivos de las divisiones

cubríanlo plantillas permanentes de mandos, instructores políticos y soldados. Los demás eran llamados a filas todos los años (por espacio de cinco), al principio por tres meses, y luego por un mes. El tiempo restante se lo pasaban trabajando en la industria y en la agricultura.

Tal sistema permitía desplegar rápidamente en caso de necesidad contingentes bastante bien adiestrados en torno al núcleo permanente de la división. Y los gastos invertidos por soldado de cada unidad territorial durante cinco años eran bastante inferiores que los requeridos para el personal permanente en dos años. Desde luego, hubiera sido mejor tener un ejército con sus plantillas al 100%, mas en las condiciones de la época resultaba prácticamente imposible.

Las medidas de la reforma militar fueron refrendadas por la Ley del Servicio Militar, aprobada en septiembre de 1925 por el Comité Ejecutivo Central y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS. Era la primera ley nacional soviética acerca del servicio militar obligatorio para todos los ciudadanos de nuestro país, que determinaba al propio tiempo la estructura orgánica de las fuerzas armadas.

En el curso de la reforma se reorganizaron los mecanismos central y locales de dirección militar. El nuevo Estado Mayor del Ejército Rojo, con M. V. Frunze al frente (subjefes: M. N. Tujachevski y B. M. Sháposhnikov), devino el cerebro del ejército. Se simplificó la dirección, se elevó la diligencia y responsabilidad en el trabajo. El Partido reforzó desde arriba el nuevo sistema de dirección de las fuerzas armadas. En enero de 1925 fue promovido a Comisario del Pueblo del Ejército y de la Marina y a presidente del Comité Militar Revolucionario de la URSS el intachable bolchevique y eminente estratega Mijaíl Vasílievich Frunze.

Una vez vino a nuestro regimiento el legendario V. K. Bliujer, héroe de la guerra civil, miembro del Partido Bolchevique desde 1916. Antes de la revolución trabajó como obrero en la fábrica de vagones de Mitischi (región de Moscú) y luego fue oficial del ejército zarista. Yo había oído hablar mucho de él, pero era la primera vez que le veía. Su visita fue un gran acontecimiento para nuestros soldados y oficiales. El jefe de la división le había invitado a inspeccionar la labor

de educación y adiestramiento que realizábamos. Para el regimiento fue un gran honor.

Lo primero que hizo Bliujer fue informarse detalladamente de la preparación del rancho para los soldados y quedó satisfecho. Al salir de la cocina estrechó efusivamente la mano a todos los cocineros. Había que ver sus caras. Luego recorrió los dormitorios y las dependencias culturales del regimiento. Al terminar preguntó:

—¿Cómo andan las cosas con la preparación combativa? Porque ustedes no están lejos de la frontera.

Le respondí que el personal comprendía perfectamente su tarea y estaba dispuesto a cumplir en cualquier momento su deber patriótico.

—Eso es digno de encomio. Dé la señal de alarma de combate.

Francamente, me pilló desprevenido, pero no me desconcerté. Me dirigí al oficial de guardia:

—¡Alarma de combate!

Al cabo de una hora el regimiento estaba formado en el área de dislocación. Bliujer verificó minuciosamente los jinetes, su armamento, equipo y preparación general. Revisó a conciencia, sobre todo el escuadrón de ametralladoras, haciendo una severa reconvención a los servidores de una máquina pesada por no haber llenado de agua el depósito del arma, como corresponde en caso de alarma, ni tener reserva de líquido.

—¿Ustedes saben lo que acarrea la negligencia en la guerra? —preguntó Bliujer.

Los aludidos guardaron silencio y enrojecieron.

—Tengan en cuenta esa falta, camaradas.

Luego de revisar el estado de preparación militar, Bliujer propuso la siguiente situación táctica preliminar: el «enemigo», que se halla en los accesos a una línea de gran valor táctico y quiere apoderarse rápidamente de ella. La distancia entre el «enemigo» y la línea, 12 kilómetros; entre el regimiento y el «enemigo», 25 aproximadamente; o sea, está equidistante del «enemigo» y del regimiento.

Carecía de sentido perder tiempo en explicaciones sobre la situación táctica y el objetivo de combate: el «enemigo» nos llevaría la delantera. Tomé una decisión: el 1er. escuadrón, con cuatro ametralladoras pesadas y un cañón, avanzaría como vanguardia de la columna tras de mí al trote. El objetivo de combate se trazaría, en el camino. El grueso de las fuerzas del regimiento, al mando de mi adjunto, debería seguirnos a cosa de tres kilómetros, dispuesto a entablar combate de encuentro.

Marchando al paso, al trote y, a veces al galope, la vanguardia de la columna se apoderó de la línea tácticamente ventajosa antes que el «enemigo» y organizó el fuego para recibirle.

Al terminar, Bliujer habló ante el regimiento:

—Gracias, camaradas soldados y jefes, por vuestra honesta labor militar. Todo lo que ha mostrado hoy vuestro regimiento es digno de elogio. Yo os insto, amigos míos, a conservar como oro en paño y abrillantar las tradiciones combativas de la gloriosa división de caballería de Samara, que peleó magníficamente contra los guardias blancos e intervencionistas. ¡Estad siempre dispuestos a cumplir la orden de combate de nuestra gran Patria!

Un estruendoso hurra le respondió. Se veía que las palabras de Bliujer habían emocionado a los soldados.

Yo estaba encantado de la cordialidad de ese gran hombre. Soldado temerario en los combates contra los enemigos de la República Soviética, héroe popular, Bliujer personificaba para muchos el ideal. No oculto que yo siempre había soñado con parecerme a ese admirable bolchevique, excelente camarada y talentoso militar.

A fines de julio de 1924 me hizo llamar el jefe de la división, Gai, y me preguntó cómo iban mis estudios de superación. Le dije que leía mucho y estaba analizando las operaciones de la primera guerra mundial. Muchos materiales los tenía preparados para las clases que yo impartía a los mandos del regimiento.

—Eso está muy bien y es digno de elogio, pero ahora no basta —repuso Gai—. El arte militar no está empantanado. Nuestros jefes militares necesitan una preparación más capital para estudiar los problemas militares. Creo que usted

debería ir este otoño a la Escuela Superior de Caballería, de Lèningrado. Eso será sumamente útil para su actividad futura.

Le di las gracias, manifestándole que haría todo lo posible por justificar la confianza en mí depositada.

De vuelta en el regimiento, me puse a repasar los manuales militares, reglamentos y ordenanzas y empecé a prepararme para los exámenes de ingreso. Los exámenes resultaron fáciles, más bien formales, y me alistaron en el primer grupo. Conmigo ingresaron K. K. Rokossovski, I. J. Bagramián, A. I. Eremenko y muchos jefes de regimiento.

Yo, como la mayoría de los alumnos, estaba por primera vez en Leningrado. Visitamos con gran curiosidad los lugares notables fuimos a los sitios en que se libraron los históricos combates de octubre de 1917. ¿Podía imaginarme entonces que al cabo de 17 años mandaría las tropas del Frente de Leningrado, que defendían la ciudad de Lenin contra las tropas fascistas?

Era director de la Escuela Superior de Caballería V. M. Primakov, legendario jefe de la famosa 8ª división de caballería que en los años de la guerra civil fue el terror de las tropas blancas. Recio, de estatura mediana, hermosa caballera, ojos inteligentes, rostro agradable, Primakov se granjeó desde el primer instante las simpatías de los alumnos. Hombre de gran cultura, era parco en palabras y expresaba sus pensamientos con precisión.

Al poco tiempo, Primakov fue destinado a Ucrania para mandar un cuerpo de ejército de cosacos. Vino a sustituirle M. A. Batorski, conocido teórico del arma de caballería. Todos nos congratulamos del ascenso de Primakov y estábamos persuadidos de que, con sus grandes dotes, llegaría a ser un jefe militar eminente.

Pronto nuestra Escuela superior fue trasformada en Cursos de superación para mandos de caballería, con un año de estudio, en vez de dos.

Estábamos muy recargados de trabajo. Después de las lecciones estudiábamos mucho individualmente. En el ocaso de la vida, uno se maravilla de la resistencia y la exaltada tenacidad con que entonces absorbíamos los conocimientos militares.

En cierta ocasión me encargaron dictar en la Sociedad Científico-militar un informe sobre el tema «Factores fundamentales que influyen en la teoría del arte de la guerra». Ahora, un tema de esa naturaleza no representaría ninguna dificultad, pero entonces... entonces yo no sabía por dónde empezar. Acudieron en mi ayuda los camaradas de la organización del Partido. El informe fue impreso en el boletín editado para los alumnos de nuestros cursos.

Recuerdo muy bien la amistosa ayuda recíproca entre la organización del Partido de Leningrado y la célula de nuestros cursos en la labor social y política. Obreros de las fábricas leningradenses, protagonistas de los magnos acontecimientos de octubre, nos visitaban con frecuencia. Nosotros escuchábamos ávidamente sus relatos de los encuentros con Lenin, del asalto al Palacio de Invierno. A su vez, nosotros hablamos en las fábricas ante los obreros, refiriéndoles la lucha contra los intervencionistas extranjeros y los guardias blancos en los frentes de la guerra civil. Muchos de nosotros habíamos sido obreros como ellos, de tal suerte que nos comprendíamos los unos a los otros con medias palabras y nuestra amistad se hizo muy estrecha.

En los cursos se organizaban con frecuencia concursos hípicos, a los que asistían siempre muchos leningradenses. En particular, gozaban de gran popularidad las pruebas de alta escuela, los certámenes ecuestres y el manejo de las armas blancas; en el verano, las carreras de caballos y «steeplechase». En todos esos torneos emulábamos invariablemente Rokossovski, Savéliev, Bagramián, yo y otros deportistas de la escuela.

En otoño e invierno nuestros estudios centrábanse principalmente en la teoría del arte militar y la formación política. A menudo nuestras lecciones teóricas las hacíamos sobre el cajón de arena, y los ejercicios, sobre planos y mapas. Mucho tiempo empleábamos en montar y domar el caballo. En aquella época, los oficiales debían dominar ese arte a la perfección. También dedicábamos gran atención a los ejercicios de esgrima con sable y espada, mas esto lo hacíamos en las horas libres.

En el estío de 1925 estuvimos mayormente ocupados con la preparación táctica en el terreno bajo la dirección inmediata

del jefe de los cursos, Mijail Alexandrovich Batorski, quien nos trasmitió muchos conocimientos y experiencias.

Los cursos terminaron con una marcha a través del río Voljov. Allí aprendimos a nadar con el caballo y a cruzar un obstáculo fluvial.

Atravesar montado un río, no es cosa fácil. Además de que el jinete debe saber nadar vestido, ha de aprender también a conducir el caballo nadando. A ese adiestramiento se daba suma importancia en caballería.

Recuerdo un gracioso episodio, ocurrido durante los entrenamientos en el Voljov. Al terminarlos, Misha Savéliev, queriendo hacer un alarde de intrepidez, propuso mostrar una nueva técnica para pasar el río, de pie en la silla, con objeto de no mojar el uniforme ni el equipo.

Los jefes accedieron, pero dieron orden de que dos barcas lo acompañaran, por si acaso. Luego de poner los estribos sobre la silla, Misha entró temerariamente en el río. El caballo pasó un banco de arena y se echó a nadar, el jinete se tenía seguro en la silla, agarrado a las bridas. Primero todo fue bien, mas a eso de la mitad del río el caballo, seguramente cansado, se puso nervioso. Por muchos esfuerzos que hizo el jinete para mantener el equilibrio en la silla, cayó de bruces al río y desapareció bajo el agua. A no ser por las barcas habría ocurrido una desgracia. El animal ganó la orilla, seguido de cerca por la barca con Savéliev a bordo. El agua corría a torrentes de su cuerpo. Como es natural, le recibimos con sonoras carcajadas y chirigotas, pero él no estaba para bromas. Había quedado en ridículo y, para colmo, perdió las botas de montar en el agua. Durante la travesía las llevaba colgadas al cuello. Volvió descalzo al cuartel...

Al terminar los cursos, Savéliev, jefe del 42 regimiento de caballería; Ribalkin, jefe de escuadrón del 37 regimiento de Astraján, y yo decidimos volver a Minsk a caballo y no en tren. Debíamos cabalgar 963 kilómetros por carretera. El itinerario pasaba por Vitebsk, Orsha y Borisov.

Presentamos a la dirección de los cursos nuestro proyecto. Obtuvimos el permiso para llevarlo a la práctica, mas, por desgracia, no se pudo organizar los puntos de control, el servicio y la alimentación para el trayecto. Pese a ello no

renunciamos a la empresa, aunque sabíamos de antemano las dificultades que nos esperaban, tanto más que ya había entrado con todos sus fueros un otoño frío y lluvioso. Resolvimos salvar la distancia de 963 kilómetros en siete días. Una empresa deportiva de tal índole no se había acometido aún en la Unión Soviética ni en el extranjero. Si la suerte nos acompañaba, pensábamos establecer el récord mundial de distancia cubierta por un grupo de jinetes.

La meta principal de nuestro ensayo, era comprobar la utilidad de un «training» hípico en marchas forzadas a larga distancia.

En una mañana de otoño de 1925 se reunieron nuestros amigos y los delegados del mando de los cursos de caballería en la Puerta de Moscú leningradense para desearnos feliz viaje.

Al iniciar la ruta decidimos alternar el aire: ir al paso, al trote y raras veces, al galope. El primer día cubrimos menos distancia de la que planeábamos, 10 kilómetros menos. Los caballos estaban cansados y el mío cojeaba. «Dirá,» yegua de pura raza, frisaba ya en los 12 años, edad respetable para un caballo.

Nosotros estábamos fatigadísimos, queríamos reposar cuanto antes. Los aldeanos de la localidad nos reciberon cordialmente, dieron pienso a nuestras monturas y a nosotros nos obsequiaron con un espléndido refrigerio.

La mañana no fue muy afortunada para mí: mi cabalgadura cojeaba todavía. Luego de tapar con cera la punzadura y de vendar el casco, decidí llevar a «Dirá» por la brida. Por suerte, dejó pronto de cojear. Monté en la silla. No, no cojeaba. Cabalgué al trote. Bien. A fin de no cargar la pata derecha lesionada, fui sólo al paso y la ponía al galope, sólo sobre el remo izquierdo.

A mis compañeros les era más fácil. Montaban caballos sanos. Yo me apeaba a menudo, llevando la yegua por la brida y, claro está, me cansaba muchísimo más. En cambio, en los altos eran ellos los que procuraban piensos y atendían a los caballos.

El sétimo día, dejamos atrás Borisov y nos aproximamos a Minsk. En las afueras vimos un gran gentío con banderines y trasparentes rojos. Eran nuestros compañeros de regi-

miento y los habitantes de la ciudad que habían salido a recibirnos. Espoleamos los caballos y galopamos hasta la tribuna, informando al jefe de la guarnición y al presidente del Soviet urbano que habíamos salvado la distancia sin novedad. Nos saludaron con una ovación.

A los dos días tuvo lugar la carrera de prueba de dos kilómetros con obstáculos, una inspección y la comprobación del peso. En siete días, los caballos habían perdido entre 8 y 12 kilos de peso; los jinetes, entre 5 y 6 kilos. Los resultados fueron satisfactorios y nuestra empresa fue calificada como positiva.

Recibimos premios del gobierno y felicitaciones del alto mando y luego nos fuimos unos días a descansar. Yo marché a la aldea para ver a mi madre y a mi hermana.

En los años de ausencia, la madre había desmejorado sensiblemente, pero seguía trabajando mucho. La hermana tenía ya dos hijos y también había envejecido. Por lo visto, los penosos años de la posguerra y el hambre de 1921 y 1922 habían sido muy duros para ellas.

Con mis sobrinitos hicimos pronto buena amistad. Ellos abrían sin cumplidos mi maleta y sacaban todo lo que les venía en gana.

La aldea era pobre, la gente iba mal trajeada, el ganado había disminuido bastante y muchos carecían de él en absoluto desde la mala cosecha de 1921. Pero algo asombroso: nadie se quejaba. Se podían contar con los dedos a los que se lamentaban. El pueblo comprendía las dificultades de la posguerra.

Los kulaks y los comerciantes se mantenían aparte. Seguramente confiaban en la vuelta del pasado, sobre todo, después de la proclamación de la nueva política económica. En el centro distrital, Ugodski Zavod, volvieron a abrir sus puertas establecimientos de bebidas y tiendas particulares, con las que trataba de competir el incipiente sistema cooperativo.

De regreso a mi división, me enteré de que iba a reorganizarse; en vez de seis regimientos de caballería, tendría cuatro. El 39 regimiento de Buzuluk, que yo mandaba, se refundía con el 40; el 41 y el 42 constituían uno nuevo: el 39 regimiento de Melekessko-Pugachevsk.

A Savéliev, jefe del 42, y a mí esta cuestión nos interesaba personalmente. Uno de los dos debería asumir el mando del nuevo 39 regimiento, y otro ser destinado a otra unidad. Cada cual quería seguir en la división, donde nos sentíamos muy a gusto, como en nuestra propia familia.

El mando me eligió a mí y Savéliev recibió otro nombramiento. Yo comprendía su disgusto, pero nos despedimos como viejos amigos y más adelante continuamos nuestras buenas relaciones.

Los anteriores regimientos de la división constaban de cuatro escuadrones. Los nuevos, a tenor de la reforma militar, tenían seis; cada dos escuadrones formaban un grupo de caballería. Además, integraban el regimiento un escuadrón con 16 ametralladoras, una batería de artillería, una sección independiente de comunicaciones, otra de zapadores, otra química y una escuela regimental para mandos subalternos.

Para mí y para todos el regimiento comenzó de nuevo una época de trabajo agotador.

Una novedad importantísima de la reforma militar fue la introducción práctica del mando único en las fuerzas armadas. Eso se llevó a cabo de dos maneras fundamentales. Si el jefe de la unidad era comunista, asumía simultáneamente las funciones de comisario, dirigiendo la instrucción militar, la gestión administrativa y toda la labor política del Partido. Para esto último tenía un adjunto.

Tan importante medida para el robustecimiento de la disciplina y la preparación militar podía introducirse ya en esos años con pleno fundamento, pues había mejorado notablemente el personal de mando.

Si el jefe no era militante comunista, respondía únicamente de la preparación militar y de las funciones administrativas. El trabajo político del Partido corría a cargo del comisario que, con el jefe, asumía la responsabilidad por el estado moral y la preparación combativa de la unidad.

En una orden, dictad[illegible] por el Consejo Militar Revolucionario de entonces [illegible] del poder [illegible] se decía: «Teniendo presente que la tarea del mand[illegible] soviético en el terreno militar es instaurar el [illegible] único, el comisario debe, por una parte, interesar plenamente en la esfera de las ideas comunistas al jefe con el que está vinculado y por otra parte estudiar asiduamente

él mismo el arte militar, para poder desempeñar con el tiempo un cargo de mando o administrativo.»[1]

Recuerdo que en la primavera de 1925 recibimos la circular del Comité Central «Sobre el mando único en el Ejército Rojo», dirigida a todas las organizaciones del Partido, esclareciendo que, como consecuencia de la precedente labor del Partido y de los organismos militares para fortalecer el Ejército Rojo en general y sus cuadros de mando en particular, se dan condiciones plenamente favorables para la puesta en práctica del principio del mando único.

Algunos camaradas opinaban que el mando único mermaría la influencia del Partido en el ejército. Mas, bien mirado, como el jefe único era comunista, el papel del Partido no sólo no se debilitaba, sino al contrario, se robustecía. Con ello aumentaba la responsabilidad del jefe militar ante el Partido en todos los aspectos de la vida del ejército, se robustecía sensiblemente la disciplina y progresaba la capacidad combativa de nuestras tropas.

En la práctica, las interrelaciones del jefe militar y el comisario político se iban consolidando y perfeccionando. Anticipándome a los acontecimientos, diré que en 1928, siguiendo indicaciones del Comité Central, el Consejo Militar Revolucionario ordenó la puesta en vigor de la Disposición acerca de los comisarios, mandos únicos y adjuntos políticos. En virtud de esa disposición, se reservó al comisario la dirección política y del Partido y la responsabilidad del estado moral y político de la unidad correspondiente, quedando relevado de sus funciones de control.

Terminados los estudios en los cursos de caballería me era más fácil trabajar. Notábame más seguro e independiente en los problemas de la preparación militar, de la formación política y del mando.

Las cosas no marchaban mal en nuestro regimiento. En el invierno de 1926 me mandaron llamar el comisario del 3er. cuerpo de ejército de caballería, A. P. K[illegible] [illegible]imal, y el jefe de dicho cuerpo, S. K. Timoshenko, que había asumido el mando en la primavera del año en curso.

[1] Archivo del Ministerio de Defensa de la URSS, fondo 32, inventario 65582, expediente 42, hoja 394.

Al entrar en el despacho advertí que estaban presentes el jefe de nuestra división, K. D. Stepnoi-Spizharni, el comisario G. M. Shtern y el jefe de la sección política, L. I. Bocharov.

—Le hemos llamado para proponerle ejercer simultáneamente las funciones de jefe del regimiento y de comisario, es decir, ser la autoridad única —dijo Timoshenko—. El mando de la división y la sección política estiman que usted reúne condiciones para ello. ¿Qué opina usted?

Tras una pausa, quizá más larga de lo debido, respondí que con la correspondiente ayuda del mando y de la sección política de la división confiaba en poder cumplir mis nuevas obligaciones.

A los pocos días me nombraron jefe único del regimiento. Era el primer caso en nuestra división, lo que me obligaba mucho. En la labor organizativa e ideológica me asistían el secretario del Buró del Partido y mi adjunto político. No se sentían cohibidos si era menester corregirme o darme algún consejo por línea del Partido. Falto de experiencia, en mi nuevo empleo cometí algunos errores al principio, y esas observaciones no hicieron sino contribuir a mejorar el trabajo.

Para dirigir con acierto la educación política, el superior debe estar mucho más instruido que sus subordinados. En aquellos memorables años, los jefes en activo nos desarrollábamos mucho más rápidamente en las cuestiones militares que en el aprendizaje de los fundamentos de la teoría marxista-leninista.

Por una parte, eso ocurría porque estábamos sobrecargados de trabajo: asuntos administrativos, preparación militar, el estudio individual. Por otro lado, muchos subvaloraban la necesidad de asimilar a fondo la teoría marxista-leninista y la labor de organización y del Partido en el ejército. Claro está, los instructores políticos estaban mejor preparados que nosotros en todas esas cuestiones.

D. A. Schmidt llegó al poco tiempo de Ucrania para relevar a nuestro jefe de división Stepnoi-Spizharni. Por su carácter, experiencia y estilo de trabajo, difería mucho de su predecesor. Stepnoi-Spizharni era bullicioso, locuaz, hasta demasiado charlatán. Schmidt tenía una inteligencia clara,

era parco en palabras, mas por desgracia no le gustaba el trabajo minucioso.

En el verano de 1926, la división partió para el campamento. Nos asignaron un pintoresco paraje del distrito de Zdanovichi, a unos 20 kilómetros de Minsk. Ahora se extiende allí un gran lago.

En los campamentos se llevaba a efecto una preparación combativa intensa. Hacíase particular hincapié en la preparación táctica en condiciones de campaña de las unidades, de los mandos, el Estado Mayor y la unidad en su conjunto. Debo decir que de las disciplinas militares la que más me gustaba era la táctica. Me dedicaba a ella con verdadero placer.

Como es sabido, el ejército es un instrumento de guerra, existe para la lucha armada contra los enemigos de la patria y para eso debe estar capacitado tácticamente. En caso contrario, tendrá que aprender la táctica en plena batalla, sufriendo costosísimas pérdidas.

A fin de asimilar los hábitos tácticos, en nuestro regimiento se practicaban múltiples simulacros y ejercicios metódico-instructivos: reconocimientos, organización del combate, o interacción de los medios técnicos de lucha.

Es notorio que las maniobras son la culminación de toda la instrucción táctica. A partir de 1925, en la región militar de Bielorrusia se efectuaban maniobras todos los años, una vez terminado el período de campamento.

En tales maniobras tomaba también parte la 7ª división de caballería y no recuerdo que recibiera ninguna mala nota por su preparación táctica. Eso obedecía en gran medida a la preocupación de nuestros mandos por los ejercicios tácticos. Debo consignar que todos los jefes de regimiento de nuestra División eran bastante competentes en la materia y se ocupaban gustosos de esos problemas.

Era jefe del 37 regimiento de caballería V. T. Volski, el mismo que en noviembre de 1942 mandaba un cuerpo mecanizado en el Frente de Stalingrado. Su cuerpo, al lado de los 51 y 64 ejércitos, descargó el golpe en la dirección general de Kalach, donde estableció contacto con las unidades del Frente Suroeste V. A. Gaidukov mandaba el 38

regimiento de caballería. En la gran guerra patria tuvo a sus órdenes un cuerpo de ejército y otras agrupaciones. En las demás unidades de la división había también jefes competentes.

Todos nosotros, viejos soldados, sabíamos mejor que nadie que sólo los combatientes fuertes y curtidos eran capaces de soportar las penalidades de la guerra y que de la preparación de cada soldado dependía el éxito de toda la unidad. De ahí que prestáramos gran atención a los ejercicios deportivos y a la educación física. En la guerra, ya se sabe, hay que hacer marchas forzadas, cubrir distancias de un tirón con buen o mal tiempo, de día o de noche, por carreteras o por caminos intransitables, desplegar en orden de combate en plena marcha para asestar un golpe impetuoso al enemigo y perseguirlo después de la batalla hasta aniquilarlo por completo. Si el desenlace de la refriega fuese adverso, importa salir de ella con rapidez y reagruparse de nuevo. Todo eso puede hacerlo sólo una unidad físicamente bien templada. De otro modo se extenuará muy pronto, llegará con retraso a todas partes, sufrirá considerables bajas o simplemente caerá víctima de su impericia.

Debo señalar que el 39 regimiento era el principal competidor en todos los tipos del deporte hípico entre las mejores unidades de caballería de la región militar de Bielorrusia. Conseguimos formar un grupo de jinetes deportistas en el que había numerosos jefes. Yo mismo practicaba mucho ese deporte.

Algo más flojos estábamos en los ejercicios de tiro de toda clase de armas. En este terreno nos ganaban siempre los francotiradores del 40 regimiento de caballería. En cambio, nosotros dejábamos atrás al 40 regimiento en equitación.

Por lo visto, eso les hirió en lo más vivo a nuestros rivales, que se empeñaron en adelantársenos a cualquier precio, recurriendo incluso a la astucia y hasta a medios ilícitos.

En unas carreras de la región militar, un oficial de la 6ª división, deseoso de brillar por su maestría y por la resistencia física de su cabalgadura, escondió de antemano en el bosque otro caballo de capa semejante al que montaba en el momento de partir. Luego de galopar con la máxima briosidad la primera mitad de la distancia, el muy bribón entregó a su ordenanza el corcel semiagotado, montó el

otro caballo y llegó al final con el mismo brío. Ante el regocijo general de los aficionados, recibió el primer premio, pero su triunfo fue efímero. Pronto se descubrió la estratagema y recibió el castigo merecido. Sin embargo, nuestros rivales de la 6ª división no se apaciguaron: «encajonaban» en las carreras al posible triunfador del bando contrario o ponían a sus jinetes un mimbre verde y a los nuestros uno seco para dificultar su corte con el sable, y otras argucias por el estilo.

Recuerdo la visita a nuestro regimiento de Semion Mijailovich Budionny. Yo no había tenido la suerte de verle antes, pero conocía muy bien sus méritos ante la patria en la lucha contra los guardias blancos y los intervencionistas y sentía vivos deseos de conocer al legendario jefe del Primer Ejército de Caballería.

Una mañana del otoño de 1927 sonó el timbre del teléfono. Era Dmitri Arkádievich Schmidt, jefe de nuestra división.

—Seguramente irá a su regimiento Semion Mijailovich Budionny, hay que recibirle como es debido.

—¿Cuándo llegará y cómo recibirle? —le pregunté.

—No sé exactamente cuándo. Primero irá al 37, luego al 38 y después al 39. Cómo recibirle eso es cosa suya, usted es el jefe.

Yo comprendí que el jefe de la división no pensaba en ningún ceremonial extraordinario y que deberíamos recibir a Budionny según el reglamento, como se recibe a un jefe superior.

Durante el día me llamó por teléfono Gaidukov, jefe del 38 regimiento:

—Recibe a los visitantes, ya han salido en tu dirección.

No había tiempo de charlar. Reuní a mis segundos; Frolkov, adjunto político; Schelakovski, secretario del Buró del Partido del regimiento; Malishev, jefe de la intendencia. Juntos esperamos a la entrada. Al cabo de unos cinco minutos entraron por la puerta cochera dos automóviles. Del primero descendieron Budionny y Timoshenko. Conforme a las ordenanzas, yo les rendí el parte y les presenté a mis adjuntos. Budionny saludó a todos.

—¿Qué dipone usted? —le pregunté.

—¿Y usted qué propone? —me interpeló a su vez.

—No estaría mal ver cómo viven y trabajan nuestros soldados y oficiales.

—Está bien, pero antes quisiera enterarme cómo dan de comer a los soldados.

En el comedor y en la cocina, Semion Mijalovich se informó al detalle de la calidad de los alimentos y su condimentación, escribió una nota en el libro del comedor, felicitando a los cocineros y al jefe del servicio de intendencia. Luego de revisar la marcha de la instrucción militar, Budioni manifestó:

—Ahora, veamos los caballos.

Di orden de ensillar. Al cabo de diez minutos, los escuadrones estaban formados. Las monturas ofrecían buen aspecto: las herraduras, impecables.

Luego de dar las gracias a los soldados por el esmero con que cuidaban a las caballerías, Semion Mijailovich partió para inspeccionar la 6ª división de Chongar.

También visitó nuestro regimiento Alexandr Ilich Egórov, jefe de la región militar de Bielorrusia. Por lo que me dijeron mis camaradas que sirvieron con él, supe que era hijo de campesinos y había trabajado de herrero. Recibió educación con sus propios esfuerzos y después de incorporarse como recluta al ejército zarista ingresó en una escuela militar, recibiendo el grado de oficial. Llegó a ser teniente coronel del antiguo ejército. En julio de 1918 ingresó en el Partido Bolchevique y hasta el fin de sus días fue un comunista leal y firme.

En la guerra civil, Egórov dio pruebas de su talento militar como jefe del Frente Sur hasta la completa derrota de los ejércitos blancos de Denikin, y en el mando del Frente Suroeste, que operaba contra los polacos blancos.

Una vez terminada la guerra civil con nuestra victoria, A. I. Egórov, jefe famoso, caballero de cuatro órdenes de la Bandera Roja y galardonado con arma revolucionaria de honor, mandó varias regiones militares y en 1931 fue jefe del Estado Mayor General del Ejército Rojo. En 1935 le

concedieron el grado de mariscal de la Unión Soviética. A nuestro regimiento llegó inesperadamente en 1927, después del pleno del Comité Central del Partido Comunista de Bielorrusia, al que había asistido.

Estaba yo dando clases de táctica, cuando me anunciaron su llegada.

Egórov quiso presenciar las clases sobre el tema, «salida encubierta de un regimiento de caballería al flanco y a la retaguardia del enemigo y carga impetuosa».

Todo iba bastante bien, las decisiones de los jefes de unidad eran audaces e ingeniosas. A. I. Egórov estaba de buen humor, bromeaba continuamente, lo que contribuía a que los presentes se sintieran a sus anchas.

Después de mi conclusión sobre el ejercicio, hizo algunas observaciones y nos deseó muchos éxitos. Recuerdo sobre todo sus indicaciones de que no se debe enseñar a nuestros jefes sólo táctica, es indispensable enseñarles también el arte operativo, teniendo en cuenta que la guerra, si la desatan algún día los enemigos de nuestra patria, exigirá obligatoriamente a muchos de nosotros conocimientos del arte de conducir las operaciones militares.

Al terminar nos preguntó:

—¿Cómo andan las cosas respecto a la elaboración del plan de movilización del regimiento?

—En ello hemos trabajado mucho, pero han surgido algunas cuestiones a las que la jefatura superior no ha dado respuesta —le respondí.

—Muy bien. Veamos el plan y esas cuestiones.

Cosa de una hora, el jefe de la plana mayor del regimiento y yo le dimos cuenta del plan de movilización y contestamos a sus preguntas, después de lo cual exclamó:

—No está mal, no está mal. ¿Qué es lo que no ven ustedes claro?

—La dificultad estriba en la proximidad de la frontera. Si suena la señal de alarma, no podemos entrar en acción con todas las fuerzas. Además, el regimiento deberá destacar cuadros para formar los segundos escalones. Iniciar el

primer combate contra el enemigo con efectivos incompletos puede desmoralizar a nuestros combatientes —dije para concluir.

—Cierto —repuso Egórov—, pero no tenemos otro remedio. Y formar segundos escalones es absolutamente necesario. No se puede subestimar al enemigo. Para la guerra hay que prepararse con toda seriedad, hay que estar dispuestos a pelear con un enemigo inteligente, hábil y fuerte. Si el adversario no resulta en realidad tan fuerte ni tan inteligente, eso le llevamos de ventaja.

Egórov se informó de muchas cosas más: del estado de las reservas intangibles, del alojamiento de los soldados y de los mandos. Pusimos en su conocimiento que los últimos vivían casi todos en casas particulares y que, por lo general, cada familia ocupaba sólo una habitación.

Recuerdo que por entonces donábamos objetos de valor al fondo de oro del país para la construcción de fábricas. Egórov preguntó:

—¿Y qué aportó el jefe del regimiento?

—Cuatro pitilleras de plata ganadas por mí en competiciones hípicas, un anillo de oro y unos aretes de mi mujer.

Así procedían todos.

Egórov nos miró y dijo: «Está muy bien, compañeros. No podría ser de otro modo».

La vida de la división se animó mucho cuando su jefe D. A. Schmidt fue sustituido por el servio Danilo Serdich, glorioso comandante del Primer Cuerpo de Caballería. Serdich desarrolló en seguida una gran actividad y supo granjearse prestigio entre los mandos de las unidades. A mí me agradaba en particular por ser muy exigente, por su dedicación desvelada y constante por el perfeccionamiento de la preparación militar y política. Intervenía activamente en todas las cuestiones de la vida del Partido y personificaba a carta cabal el mando único. En su vida privada era modestísimo. Con Serdich, todos los ejercicios de la división y sus actuaciones en las maniobras de la circunscripción depararon a la 7ª División de Caballería de Samara gran provecho y merecida fama. Todos percibíamos nuestro progreso tác-

tico-operativo y sabíamos que en ello había un gran mérito personal de nuestro jefe. En suma, era un digno comandante y un diestro educador.

En 1929 nombraron jefe de la 7ª División de Caballería de Samara a K. K. Rokossovski, y Serdich pasó a mandar el cuerpo de ejército, en lugar de S. K. Timoshenko. Algo más tarde, en mayo de 1930, fui nombrado jefe de la 2ª brigada de la división.

Como ya dije, Rokossovski y yo habíamos asistido juntos en Leningrado a los cursos de perfeccionamiento para mandos y nos conocíamos bien. Me trataba con gran deferencia. Por mi parte, yo estimaba altamente su erudición militar, su gran experiencia en la dirección de la preparación combativa y la educación de la tropa. Me alegré de su nombramiento y estaba persuadido de que Rokossovski continuaría las tradiciones de Serdich en la división. Y así fue.

Mandé casi siete años el 39 regimiento de caballería.

Eso fue para mí una preciosa escuela. Además de rica experiencia, durante aquel período adquirí una buena formación teórica y táctico-operativa, participando en las maniobras de la circunscripción, ejercicios sobre el plano y en el terreno en la división y el cuerpo de ejército. Como jefe único, comprendí mejor el papel dirigente y organizativo de nuestro Partido en el perfeccionamiento y las actividades diarias de las unidades del Ejército Rojo.

Claro que no era cosa fácil: solían cometerse errores. Pero ¿quién no se equivoca? Quizás, quienes se limitan a cumplir al pie de la letra las órdenes de arriba, sin manifestar iniciativa creadora. En general, a mi entender, la cuestión estriba no tanto en los errores cuanto en la capacidad para advertirlos y enmendarlos a tiempo.

Algunos me reprochaban ser demasiado exigente, cualidad que yo estimaba indispensable en un comandante-bolchevique. Al echar hoy una ojeada retrospectiva, creo, en efecto, que a veces fui demasiado exigente, no siempre ponderado e indulgente para con las faltas de mis subordinados. Me sacaba de quicio toda negligencia en el servicio, en la conducta del militar. Eso no lo comprendían todos, y yo, al parecer, no era lo suficiente misericorde para con las flaquezas humanas.

Claro que esos yerros se ven mejor hoy, cuando la experiencia de los años nos ha enseñado mucho. Mas también ahora creo que nadie tiene derecho a disfrutar cómodamente de la vida a expensas del trabajo ajeno. Y eso es de particular importancia para los militares, obligados a ser los primeros en defender la patria en el campo de batalla sin regatear la propia vida.

La 2ª brigada que se puso bajo mi mando constaba de dos regimientos de caballería: el 39 y el 40. Yo debía estudiar detenidamente el estado del 40 regimiento, que la sazón mandaba Ivlev, procedente de la oficialidad del ejército zarista, hombre poco sociable. No tenía apego al caballo. En cambio, conocía bien el tiro y le prestaba mucha atención. En eso siempre sobresalía su regimiento.

Tal vez por la fuerza de la costumbre, parecíame que el 39 regimiento, con cuyos hombres había llegado a compenetrarme, estaba mejor adiestrado y organizado. No obstante, comprendía que los mandos e instructores políticos del 40 regimiento podían ofenderse si yo ponía como ejemplo a aquél.

Procuraba resaltar todo lo bueno que había en ambos, hasta los menores detalles, para que siguieran su ejemplo. Con frecuencia practicábamos exhibiciones de los dos regimientos en orden al adiestramiento hípico, táctico y de tiro, así como a la formación política y educacional. Este método no tardó en dar sus frutos. La 2ª brigada pasó a ser la mejor de la 7ª División de Caballería de Samara, lo que a menudo era mencionado con gran satisfacción para nosotros.

En suma: todos trabajábamos aunados, con entusiasmo; los jefes se apoyaban inteligentemente en las organizaciones del Partido, encauzando la actividad y la energía de todos hacia el mejoramiento constante de la preparación combativa.

Podría citar muchos ejemplos, mas creo que no es menester. Me limitaré a aquellos que mejor recuerdo.

En cierta ocasión se me presenta el secretario del Buró del Partido del 39 regimiento y me propone ampliar el intercambio de experiencias entre los regimientos en el marco de la brigada.

En una reunión conjunta de los Burós del Partido de los regimientos fue acordado realizar clases metodológicas con un grupo de combatientes para mostrar cómo había que explicar a los soldados rojos más rezagados la línea del Partido en las cuestiones más complejas.

La primera clase la dirigió B. A. Zhmurov, subjefe de un escuadrón del 39 regimiento, y hay que decir que cumplió brillantemente su cometido.

Luego, por iniciativa de los instructores políticos del 40 regimiento, se reunió a los soldados rojos menos disciplinados para dilucidar con franqueza las causas de sus faltas. Resultó que numerosas infracciones debíanse no tanto a los propios soldados, sino más bien a la carencia de conocimiento de sus caracteres y peculiaridades individuales por parte de los jefes e instructores políticos, quienes no siempre enjuiciaban correctamente la conducta de sus subordinados. En consecuencia, esos jefes perdían autoridad. Y los soldados, a menudo, se comportaban mal por antipatía hacia tales jefes.

Hay que decir que estas sinceras pláticas eran de gran utilidad tanto para los soldados como para los mandos.

A fines de 1929 fui enviado a Moscú para asistir a unos cursos de perfeccionamiento para mandos superiores. Nos alojaron en el hotel de la Casa Central del Ejército Rojo. Las clases se daban en la calle Frunze, en el edificio del Comisariado del Pueblo de Defensa, donde estaban las aulas y los gabinetes. La enseñanza impartíase a un nivel muy elevado. Dirigente de nuestro grupo era el jefe de cuerpo de ejército. M. V. Sangurski, adjunto de V. K. Bliujer, hombre doctísimo. Todas las conferencias e informes que nos dictó sobre materias de la ciencia militar estaban perfectamente argumentados con ejemplos de la primera guerra mundial y la guerra civil. Los demás profesores eran también prominentes especialistas tanto en táctica como en arte operativo.

En los cursos, y también luego, todos nosotros nos apasionábamos por la teoría militar, buscábamos cada nueva publicación, reuníamos todos los libros que podíamos sobre temas militares para llevarlos a las unidades. Por entonces se perfilaba ya la ciencia militar soviética. En ella corres-

ponde el lugar cimero, en justicia, a los tratados de M. V. Frunze.

En sus obras completas, aparecidas en 1929, investigábanse los problemas de la correlación entre el hombre y el armamento en la guerra futura y el carácter de esa contienda, el desarrollo armónico de todas las armas, el papel de la retaguardia y del frente. Frunze propugnaba la necesidad de eslabonar una doctrina militar integral que definiera la estructura orgánica de las fuerzas armadas, los métodos de preparación de las tropas para el combate y su conducción a tenor de las concepciones prevalecientes en el estado sobre el carácter y las formas de resolver los problemas militares. M. V. Frunze hizo una síntesis profunda de la experiencia de la guerra civil y desarrolló los postulados que pasaron a cimentar luego el sistema de ordenanzas y preceptos, sin los cuales no es posible la existencia de un ejército de nuevo tipo: el Ejército Rojo soviético.

A finales de los años 20 apareció la valiosa obra de B. M. Shaposhnikov *El cerebro del Ejército*, en la que se analiza un copioso material histórico, esbózase en todos sus aspectos el papel del Estado Mayor General y son elaborados ciertos cardinales planteamientos sobre estrategia militar. También escribió ensayos tan conocidos como «La caballería» y «En el Vístula».

Varios importantes tratados sobre historia militar, entre ellos *La derrota de Denikin*, se deben a la pluma de A. I. Egorov.

También data de ese período el comienzo de la publicación de las obras de M. N. Tujachevski, uno de nuestros teóricos militares más lúcidos. A él pertenecen muchas sagaces ideas sobre el carácter de la guerra futura. Tujachevski elaboró a fondo nuevos enfoques de la táctica, la estrategia y el arte operativo, mostrando la vinculación indisoluble de los principios y la práctica de la organización militar con el régimen social y la base productiva del país.

Suscitó vivas polémicas entre nosotros el libro de V. K. Triandafillov, subjefe del EM del Ejército Rojo, *Carácter de las operaciones de los ejércitos modernos*, que ganó en seguida una vasta popularidad. En la obra se avanzaban atrevidos y profundos enfoques sobre el estado y las perspectivas del desarrollo de los ejércitos de la época y se perfilaban las vías

fundamentales de su doctrina técnica y organización. En cuanto al papel de los tanques en la confrontación futura, Triandafillov escribió:

«Ahora, nadie duda de la gran importancia táctica de los tanques en las contiendas venideras. El auge presente de las armas automáticas en la infantería, la tendencia a incrementar y mejorar cualitativamente ese armamento, la vasta difusión de los obstáculos artificiales en la defensa y el atraso de los medios de acción ofensiva (artillería) con respecto a los defensivos, todo ello implica que los tanques serán uno de los elementos de ataque más pujantes en las guerras del mañana».[1]

En la segunda parte de su libro, Triandafillov estudia los problemas del arte operativo, los datos sobre las posibilidades ofensivas y defensivas de la división, el cuerpo de ejército, el ejército y el grupo de ejércitos; trata los problemas de la aproximación al campo de batalla; la duración y profundidad de la operación; la amplitud del frente de ataque; las operaciones defensivas, etc. Por desgracia, V. K. Triandafillov sucumbió trágicamente en 1931 en un accidente de aviación, y no dio cima a sus elaboraciones relacionadas con la guerra del futuro y con importantísimos planteamientos de la estrategia militar y el arte operativo soviéticos.

Mucho de valioso y realmente sugestivo para todo profesional contenían las obras de S. S. Kamenev, A. I. Kork, I. P. Uborevich, I. E. Yakir y otros destacados altos jefes y teóricos militares nuestros. Sí, sustento para la mente nos bastaba, sólo que no había tiempo para asimilarlo todo.

En los cursos reinaba un ambiente de creación, con frecuencia ardían las controversias. Recuerdo que con quien más polemizábamos era con Alexandr Gorbatov. Por entonces, mandaba una brigada del 2º cuerpo de caballería. Comandante docto y erudito, era interesante discutir con él.

Elaborábamos a fondo importantísimos temas táctico-operativos y especiales y conocimos los modelos del nuevo material con que se equipaba a las unidades del Ejército Rojo.

[1] V. K. Triandafillov. *Carácter de las operaciones de los ejércitos modernos.* Gosizdat, Moscú — Leningrado, 1929. p. 19. (En ruso).

¿Cómo estaba pertrechado técnicamente a la sazón el Ejército Rojo? Entre 1920 y 1925, en lo fundamental teníamos que contentarnos con el armamento que nos quedara del viejo ejército zarista, débil y rezagado en este sentido. La industria todavía no podía proporcionar al Ejército Rojo un material moderno. Pero se tomaban todas las medidas posibles para mejorar el estado técnico del ejército y la marina.

En el III Congreso de los Soviets se debatió especialmente la necesidad de establecer una sólida base económica para la defensa de la URSS y equipar modernamente al Ejército Rojo. Entonces, a indicación del Partido, se procedió a una revisión de los viejos sistemas de armamento de la infantería, la artillería y la aviación al objeto de aprovechar lo mejor y perfeccionarlo. Incrementáronse las asignaciones destinadas a pertrechar al ejército y se restablecieron las empresas de la industria metalúrgica, comprendidas las vinculadas con la defensa.

El Partido consiguió desde el comienzo mismo convertir el menester de crear una aviación y una marina nacionales en obra de todo el pueblo. Ya en 1921, el Consejo del Trabajo y la Defensa adoptó una disposición especial sobre el establecimiento del programa mínimo en la organización de la flota aérea. Para impulsarla se asignaron decenas de millones de rublos oro. En la primavera de 1923 se fundó la Sociedad voluntaria de amigos de la Flota Aérea, que en dos años reunió seis millones de rublos oro. Con esos recursos se construyeron más de 300 aviones de combate. Como resultado, ya en 1925 cesaron las compras de aviones en el extranjero.

A partir de 1922, el Komsomol patrocinó a la Marina de Guerra. En tres remplazos marcharon voluntarios a la armada ocho mil jóvenes comunistas. Se efectuó el restablecimiento y la formación de grandes unidades de la marina, que integraban a la sazón las Flotas del Báltico y del mar Negro, destacamentos de buques en los mares de Barents, Caspio y Blanco y algunas flotillas fluviales y lacustres. Se reparó y modernizó capitalmente en el Báltico el buque de línea «Revolución de Octubre» (antes «Gangut») y siete torpederos. Se acabó de construir el crucero «Chernova Ucraina» y el «Profintern»; en el mar Negro reintegráronse

al servicio cerca de 60 buques y navíos auxiliares recuperados. El establecimiento y modernización de los barcos de la Marina de Guerra concluyeron en lo fundamental en 1928.

Para producir el propio equipo técnico e ingeniar nuevos modelos de armamento era indispensable impulsar el pensamiento creador de los diseñadores. En 1924 el Consejo Militar Revolucionario de la URSS adoptó una disposición por la que se instituía la comisión de invenciones militares y aprobaba su composición. Figuraban en ella S. S. Kámenev, M. N. Tujachevski, I. S. Unshlijt y otros. Surgieron entidades de investigación científica y de diseños y proyectos. La labor de la *Kosartop* (Comisión de Experimentación Especial Artillera) era asesorada por destacados científicos como A. P. Krilov y S. A. Chaplyguin; se organizó la construcción experimental de nuevos modelos nacionales de aviones y motores de aviación en el célebre ICAH (Instituto Central de Aerohidrodinámica). Aquí, N. N. Polikarpov, A. N. Túpolev y otros diseñaban modelos experimentales de cazas y bombarderos, entre ellos, el *TB-1*, que por sus cualidades técnicas y de vuelo superaba a los aparatos extranjeros de ese tipo.

Con sus eminentes trabajo en el campo del motor de reacción y los vuelos cósmicos enriquecen la ciencia soviética K. E. Tsiolkovski y F. A. Tsander; son ampliamente asistidos los talentosos inventores. I. Tijomirov, F. V. Tokarev y otros. En 1927, V. A. Degtiariov, en colaboración con V. G. Fiodorov, construye un fusil ametrallador de nuevo sistema que, por sus cualidades de diseño y eficiencia, superaba a las ametralladoras de marcas extranjeras. Entonces recibimos el cañón regimental de 76 mm de fabricación nacional y luego un antiaéreo.

Pero, en general, el equipo técnico del Ejército Rojo hallábase por los años veinte a un nivel evidentemente bajo. Se hacía sentir la difícil situación económica del país, el desarrollo insuficiente de la industria bélica. Faltaban ametralladoras y, sobre todo, fusiles ametralladores; todavía no teníamos metralletas y el viejo «fusil de tres estrías» debía ser modernizado. La artillería era anticuada desde el punto de vista de su diseño y había sufrido gran desgaste. A finales de los años veinte no contaba más de 7 000 piezas,

mayormente ligeras. La artillería antiaérea, de tanques y antitanque no existía en absoluto. Hacia 1928 disponíamos por junto de 1 000 aviones militares, en lo fundamental de vieja construcción, 200 tanques y blindados. El ejército se hallaba muy débilmente motorizado. Es irrisorio: a finales de 1928, nuestras tropas contaban tan sólo con 350 camiones, 700 coches ligeros y 67 tractores orugas. En 1928 no teníamos todavía industria del automóvil y el tractor.

Entre tanto, las grandes potencias imperialistas incrementaban sus fuerzas armadas. En caso de guerra, Inglaterra, por ejemplo, podía producir 2 500 tanques mensuales; Francia, 1 500; sus ejércitos disponían de decenas de miles de aviones. Efectuaban con celeridad la motorización de las tropas. En suma, nuestros entonces recientes adversarios (y potenciales) habían avanzado mucho en la esfera de los armamentos, en comparación con la primera guerra mundial.

Al confrontar estos datos se piensa una y otra vez: ¡desde qué posiciones tan dispares, determinadas objetivamente por la historia, iniciamos nuestra competencia con el mundo capitalista! Y naturalmente, sentimos un legítimo orgullo patriótico por el régimen social —merced al cual logramos en breve plazo alcanzar y adelantar en el terreno militar a las potencias mundiales más industrializadas— por el pueblo y el ejército que supieron derrotar luego al más potente enemigo imperialista.

Así, pues, era claro que sólo la creación de una industria desarrollada podía proporcionar al Ejército Rojo y a la Marina un armamento moderno. Sólo la industrialización podía asegurar la capacidad defensiva de la Unión Soviética. La técnica debía decidirlo todo. Y nuestros dirigentes militares de entonces no se equivocaron al respecto: deducían certeramente el signo genuino y específico de una guerra futura.

Ya en 1925, en su informe al Pleno de enero del CC del Partido sobre el balance de la reforma militar, M. V. Frunze dijo: «En muchos de nuestros compañeros, y creo que especialmente en aquéllos que estuvieron en los frentes de nuestra guerra civil, palpitan los ánimos de aquella época. Yo sostengo que esa mentalidad es muy peligrosa, puesto que la contienda del futuro no se parecerá a la guerra civil. Claro que tomará el cariz de confrontación civil, de clases, en el

sentido de que habrá guardias blancos en el bando del enemigo y, por el contrario, tendremos aliados en campo de nuestros adversarios. Pero en cuanto al material y los métodos, será una confrontación que no se parecerá a nuestra guerra civil. Haremos cara a un ejército soberbio, pertrechado con todos los novísimos perfeccionamientos técnicos, y si nosotros, en nuestro ejército, carecemos de esas innovaciones, las perspectivas pueden ser para nosotros sumamente deplorables. Ello hay que tenerlo en cuenta cuando resolvamos el problema de la preparación general del país para la defensa».[1]

... En la primavera de 1930, luego de terminar los cursos, nos reintegramos a nuestras unidades.

Llevaba ya más de un año en el mando de la 2ª brigada de caballería y debo decir que ese cargo me proporcionó muchos conocimientos nuevos, completando en alto grado mi bagaje teórico y práctico.

A fines de 1930 supe que se barajaba mi candidatura para el puesto de subinspector de Caballería del Ejército Rojo. Las actividades de la Inspección eran muy estimadas en las unidades del arma. Pero debo confesar que la noticia no me halagó lo más mínimo. Apegado a mi división, sentíame parte inseparable de la hermanada familia de los samarenses.

Pero la cosa estaba decidida y debía disponerme a ir a Moscú. La verdad es que los preparativos reducíanse a tomar el capote y unas mudas de ropa interior. Todo el patrimonio de nuestra familia cabía en una maleta. Otros bienes, por entonces, nadie de nosotros los poseía y ello era considerado como la cosa más normal.

Una tarde me llamó por teléfono K. K. Rokossovski y me comunicó que había recibido orden de Moscú por la que se me designaba para el nuevo cargo.

—¿Cuánto tiempo necesita para prepararse? —me preguntó.

—Un par de horas —respondí.

[1] M. V. Frunze. *Obras.* t. 1, Gosizdat. Moscú—Leningrado, 1928, p. 211. (En ruso).

—No le dejaremos partir así como así —dijo Rokossovski—. Es usted veterano de la 7ª división y le despediremos como es debido. Es el deseo de los jefes e instructores políticos de la 2ª brigada.

Claro que eso me llegó al alma.

Unos días después celebraron una comida los jefes e instructores políticos de los regimientos 39 y 40 a la que asistió el mando de la división. Me dedicaron muchas palabras cálidas, salidas del corazón, que recordaré toda mi vida.

A la mañana siguiente hallábame listo para la partida. Visité una vez más las unidades y me despedía de la gente.

De paso, me detuve en Minsk, ciudad a la que había tomado gran cariño. Había vivido allí ocho años y conocía de cerca al afable y laborioso pueblo bielorruso. Ante mis ojos, Bielorrusia había cicatrizado con éxito las heridas de dos guerras.

Por la tarde, acompañado de mi esposa, Alexandra Dievna (en la actualidad fallecida), y nuestra hija Era, de dos años, salí para Moscú.

CAPÍTULO V

En la inspección de caballería del Ejército Rojo, mando la 4ª división montada

Al frente de la Inspección de Caballería se hallaba Semión Mijailovich Budionny.

Llegado al lugar de mi nuevo cargo, fui a presentarme a mi futuro jefe. Pero Semión Mijailovich Budionny no estaba en la Inspección. Su secretario personal, P. A. Belov (el mismo que se hizo célebre durante la gran guerra patria) me dijo que Semión Mijailovich prácticamente no se ocupaba de los asuntos de la Inspección y que estudiaba en un grupo especial de la Academia. Todos los asuntos estaban a cargo de su primer adjunto, el comandante de cuerpo de ejército I. D. Kosogov.

Me presenté a Kosogov y, luego, conocí a los subinspectores B. K. Verjovski, F. R. Zhemaitis, P. P. Sabennikov, I. V. Tiulenev y A. Y. Treiman, todos jefes competentes.

Tras de un ligero cambio de impresiones, Kosogov me dijo que lo mejor sería que me encargase de las cuestiones de la preparación combativa de la caballería, puesto que en ese terreno contaba yo con bastante experiencia.

Cosa de un mes más tarde, me hallaba ya por completo al corriente de mi nuevo cometido.

Tres meses después tuvo lugar una reunión general de los comunistas de todas las Inspecciones y del Departamento de

Instrucción del Comisariado del Pueblo para asuntos militares y marítimos.[1] En la reunión me eligieron secretario del Buró del Partido. Y adjunto, a Ivan Vladimirovich Tiulenev.

Los comunistas de nuestra organización del Partido, aun cuando dedicaban muchas horas extraordinarias a su deberes del servicio, no olvidaban los asuntos sociales. Eran muy frecuentes nuestras intervenciones en las fábricas y otras entidades e instituciones civiles. Los obreros y empleados daban buena acogida a los comunistas militares y los oían con satisfacción, en particular cuanto abordaban la situación internacional y las últimas decisiones del partido y del gobierno.

[1] Como más adelante haré mención de las diversas instancias del mando militar soviético, anticipo los siguientes datos.

Después de la muerte de M. V. Frunze, en 1925 (a los 40 años), el cargo de Comisario del Pueblo para asuntos militares y marítimos y. simultáneamente, de presidente del Consejo Militar Revolucionario de la URSS (el CMR de la URSS actuaba con atribuciones de Colegio del Comisariado del Pueblo) se designó a K. E. Voroshilov.

Anexa al Consejo de Comisarios del Pueblo, funcionaba la Comisión Permanente para la Defensa, presidida por V. M. Mólotov, la cual se encargaba del estudio previo y la elaboración de las cuestiones básicas de principio en la organización de las fuerzas armadas y el desarrollo de la defensa de la URSS, cuestiones que sometía al Consejo del Trabajo y la Defensa para su examen y aprobación por los cauces legislativos.

La experiencia mostró que la Comisión para la Defensa y el Consejo Militar Revolucionario de la URSS se interferían mutuamente. Por ello. en 1934. se disolvió el Consejo Militar Revolucionario, y el Comisariado para los asuntos militares y marítimos pasó a denominarse Comisariado del Pueblo de Defensa. Por las mismas fechas, anexo al Comisario del Pueblo, en calidad de organismo consultivo, se creó el Consejo Militar, cuyas decisiones eran confirmadas por el Comisario del Pueblo que las aplicaba mediante órdenes.

En 1937, el Consejo de Comisarios del Pueblo disolvió el Consejo del Trabajo y la Defensa y trasformó la Comisión de Defensa, anexa al Consejo de Comisarios. en Comité de Defensa. Presidente del Comité de Defensa siguió siendo V. M. Mólotov, y sus miembros I. V. Stalin, K. E. Vorosilov y otros, se creó también el Comisariado del Pueblo de la Marina de Guerra de la URSS, nombrándose Comisario a P. A. Smirnov.

En 1938, anexo al Comisariado del Pueblo de Defensa se formó el Consejo Militar Principal del Ejército Rojo Obrero y Campesino, que integraron K. E. Voroshilov (presidente), V. K. Bliujer. S. M. Budionny. G. I. Kulik, L. Z. Mejlis, I. V. Stalin, I. F. Fedkó, B. M. Shaposhinkov, E. A. Schadenko. Al mismo tiempo, instituyóse el Consejo Militar Principal de la Marina de Guerra con P. A. Smirnov (presidente). L. M. Galler, A. A. Zhdanov. I. S. Isakov, N. G. Kuznetsov, G. I. Levchenko y otros. Los consejos principales militares de ambos comisariados examinaban las cuestiones fundamentales relativas al fortalecimiento de la capacidad defensiva de la URSS y la organización del Ejército y la Marina.

Fueron constituidos también consejos militares en las circunscripciones, las flotas y los ejércitos, órganos que dependían directamente del Comisario del Pueblo de Defensa de la URSS.

Entre las décadas del 20 y del 30 empeoró el clima internacional. Configurábase el grupo de estados imperialistas —sobre todo Alemania, Japón e Italia— cuyos gobiernos, en cumplimiento de la voluntad de las esferas monopolistas, arreciaban sus preparativos bélicos con miras a salir de la crisis económica mediante un nuevo reparto del mundo. En 1931, las tropas japonesas, sin declaración de guerra, invadieron China y ocuparon Manchuria. Claro que los planes de los agresores japoneses iban dirigidos a establecer una base de partida para agredir a la Unión Soviética.

En enero de 1933 sube al poder en Alemania el fascismo, que desde el comienzo persigue la conquista del dominio mundial. Los pueblos de Inglaterra, EE.UU. y Francia no sospechaban entonces el flaco servicio que les hacían las fuerzas imperialistas de sus países al ayudar activamente a Alemania a restablecer la industria pesada. El 70% del total de los créditos a largo plazo se los proporcionaron a los monopolios germánicos los Estados Unidos. La corriente de «trasfusiones» financieras del extranjero acreció después de la llegada de Hitler al poder.

Alemania, Japón e Italia imprimen a su economía una orientación bélica. Los presupuestos militares se incrementan al extremo. Cobran un impulso que ha de permitir, luego, en la segunda mitad de los años treinta, a los estados agresivos de Europa aprestar prácticamente un gran cataclismo. Los efectivos de las fuerzas armadas de Alemania sobrepasan el millón de hombres, cerca de dos millones integran las organizaciones fascistas paramilitares. En caso de guerra, las tropas de la Alemania fascista podían rápidamente multiplicarse de 5 a 6 veces. Italia, en tiempo de paz, tenía 400 000 hombres bajo las armas, pero en tiempo de guerra podrían fácilmente quintuplicarse.

Claro que en tal contexto había que tomar medidas enérgicas para intensificar el potencial defensivo de nuestro país. Además, no se trataba sólo ni en primer término del aspecto cuantitativo. Nuestras fuerzas armadas debían elevarse a un nuevo peldaño cualitativo. Se toman medidas encaminadas al desarrollo del ejército y la marina. Lo principal es la técnica. El grandioso quehacer de saturar, de equipar a las Fuerzas Armadas Soviéticas con medios técnicos modernos era sólo viable mediante la industrialización.

La línea hacia la industrialización socialista —el fomento general de la industria a base de la electrificación, el requipamiento técnico y la reconstrucción de la industria, el trasporte y la agricultura— fue adoptada por el Partido en su XIV Congreso, a finales de 1925. Dos años después, el XV Congreso inscribió directamente en sus directrices para la elaboración del primer plan quinquenal:

«Considerando la eventualidad de una agresión armada por parte de las potencias capitalistas contra el estado proletario, al elaborar el plan quinquenal hay que prestar la máxima atención al más rápido desarrollo de aquellas ramas de la economía nacional, en general, y de la industria, en particular, sobre las que principalmente gravita la garantía de la defensa y la estabilidad económica del país en tiempo de guerra».[1] La actividad hervía...

Aquí quisiera hacer una digresión. En general, los pueblos del mundo han reconocido claramente que a Europa la salvaron de la peste parda, ante todo, los soldados soviéticos, las armas soviéticas; que la derrota de la Alemania hitleriana es la mayor de las proezas históricas del pueblo soviético. Yo creo que esa gesta, esa victoria arranca ya de los tiempos en que los soviéticos, atendiendo la llamada del Partido, acometen la industrialización de su país.

No tengo a mano los datos necesarios para mostrar en todas sus facetas —ni ello es tampoco misión mía— la importancia de la industrialización en el fomento de la economía nacional, el progreso del bienestar del pueblo, la consolidación del sistema koljosiano, etc. En cuanto al destino de las fuerzas armadas y el desenlace de la lucha por nuestra libertad e independencia durante los años de la Gran Guerra Patria, ello dependía directamente de los ritmos de la industrialización, de la celeridad con que se llevase a cabo.

Podía haber sido demorado por cinco o siete años un desarrollo tan impetuoso de la industria pesada y dar al pueblo, —que lo tenía cien veces merecido— bienes de amplio consumo, artículos de la industria ligera con mayor rapidez y en superior cantidad. ¿Acaso no era tentador? Pero de haber procedido así, ¿quién sabe cuándo hubiéramos culminado la durísima fase que denominamos período inicial

[1] *El PCUS en resoluciones*, parte II, p. 452. (En ruso).

de la guerra, dónde, ante qué ciudad o en qué río habríamos detenido a las tropas fascistas?...

La sabia y sagaz línea del Partido, a la que diera la historia su juicio inapelable y supremo, el correcto rumbo impreso al desenvolvimiento del país y el heroísmo laboral del pueblo asentaron en aquellos años los sillares de nuestras victorias en la Gran Guerra Patria.

Los Congresos XVI y XVII del Partido recabaron resueltamente que se concentrase la atención del pueblo en el reforzamiento de la potencia del Ejército Rojo y la Marina y señalaron el peligro creciente de una nueva guerra. Trazan la neta directriz de acelerar el ritmo de ascenso de la industria, la metalurgia en particular, de acumular reservas del estado, reorganizar a fondo los trasportes. Emerge la tarea de expandir las posibilidades funcionales de toda la economía nacional, de construir y ubicar las empresas industriales de modo que en caso de agresión fuese viable adaptar con rapidez la industria a las necesidades de la guerra y asegurar su pronta movilización.

A nuestra organización del Partido, además de los comunistas de la Inspección de Caballería, pertenecían los de las inspecciones de Infantería y Tiro, Artillería, Comunicaciones, Ingenieros, Departamento de Preparación Combativa del Ejército Rojo y otras secciones del Comisariado. Nosotros procurábamos incorporar el personal de los departamentos e inspecciones al cumplimiento de las tareas marcadas por el Partido, el Gobierno y el Comisario del Pueblo. El Comisariado del Pueblo para cuestiones militares y marítimas y su núcleo dirigente del Partido resolvían por aquellos tiempos muchas e importantes cuestiones. He aquí algunos de los problemas de entonces.

La reforma militar del Ejército Rojo y la Marina había culminado. En las fuerzas armadas se operaron substanciales cambios. Mejoró todo el proceso de adiestramiento y educación de las tropas, se fortaleció la disciplina, la dirección del ejército de arriba abajo fue cimentada sobre el principio de mando único, afloraron premisas para el perfeccionamiento de los cuadros militares. Mas era posible y necesario seguir adelante.

A mediados de setiembre de 1929, el Comité Central del Partido aprueba la disposición concerniente al *Estado de la*

defensa del país, que esboza las líneas de una radical reorganización técnica del ejército, la aviación y la marina. Se sugirió al Consejo Militar Revolucionario de la URSS y al Comisariado del Pueblo para asuntos militares y marítimos que, simultáneamente a la modernización del armamento disponible, consiguiera en breve plazo modelos experimentales y luego la introducción masiva en el ejército de tipos modernos de artillería, medios químicos de defensa y todos los modernos modelos de tanques y blindados, además encauzar la fabricación en serie de aviones y motores de nuevos diseños.

Esa disposición basó el primer plan quinquenal de desarrollo militar que, entre otras cosas, estipulaba la creación de nuevos géneros técnicos de tropas, la motorización y reorganización de las viejas armas, la forja en masa de cuadros técnicos y el dominio de las nuevas técnicas por todo el personal. En enero de 1931, el Consejo Militar Revolucionario de la URSS puntualizó en el plan, por fechas, para el impulso del Ejército Rojo entre 1931 y 1933, con lo que se dio cima a la articulación del primer plan quinquenal de desarrollo militar.[1]

Las nuevas tareas implicaron algunos cambios de importancia en el aparato central militar. En particular, desempeñó un señalado papel la institución del cargo de jefe de armamento del Ejército Rojo, al que se encomendaba la dirección de todo lo relacionado con el requipamiento técnico de las tropas. Hasta 1931 desempeñó esa función I. P. Uborevich y posteriormente M. N. Tujachevski. En 1929, en el sistema del Comisariado del Pueblo para asuntos militares y marítimos fundóse el Departamento de Mecanización y Motorización del Ejército Rojo, organismo regido largos años por I. A. Jalepski y K. B. Kalinovski, grandes conocedores y entusiastas de la construcción de tanques. En las circunscripciones militares se organizaron secciones de tropas blindadas.

Prácticamente, hasta 1929 carecíamos de industria de tanques y de diseñadores y especialistas en su construcción. Al propio tiempo, el Partido y el Gobierno eran conscientes del

[1] El cumplimiento de este plan dio mucho al ejército y la marina. Pero la reorganización técnica radical aguardaba aún su turno. Ello requería cuantiosos recursos materiales y un poderoso potencial productivo del país.

papel de los tanques en una eventual guerra futura y plantearon las tareas consiguientes a los departamentos militares. Una disposición especial del Consejo Militar Revolucionario de la URSS prescribía la construcción de los siguientes tipos: la tanqueta, los tanques mediano y grande (pesado) y el tanque de puente, precisándose sus características tácticas. En los plazos más breves, los diseñadores crearon los nuevos modelos de tanques de producción nacional. Entre 1931 y 1935 pasaron a pertrechar el Ejército Rojo la tanqueta *T-27*, los tanques ligeros *T-24* y *T-26*, el tanque rápido con ruedas y orugas *BT*, *el mediano T-28* y, luego, el pesado *T-35* y el anfibio *T-38*. En el primer quinquenio la industria construyó cerca de 10 000 tanques, tanquetas y blindados.

La dirección militar soviética emprendió diligentemente la confección de un nuevo plan impulsor de las fuerzas aéreas del Ejército Rojo. A comienzos de 1930, el Consejo Militar Revolucionario aprueba un programa para la construcción de diversos tipos de aviones terrestres y navales, aeróstatos, aparatos para fotografía aérea y otros, haciendo hincapié en la aviación de bombardeo y de caza. Dos años más tarde son aprobadas las bases orgánicas de las fuerzas aéreas, que enfocan las cuestiones estratégicas y táctico-operativas por el prisma de la defensa del país en caso de agresión. La aviación de largo radio organízase en grandes unidades capaces de realizar misiones operativas independientemente. Un año más tarde, los destacamentos de bombarderos pesados se integran en cuerpos de ejército.

La Inspección de Caballería del Ejército Rojo actuaba en estrecho contacto con el Departamento de Instrucción. Aquí conocí por primera vez a A. M. Vasilevski, con quien en los años de la gran guerra patria había de unirme la labor conjunta en los frentes, como representantes del Cuartel General del Mando Supremo. Ya entonces era Vasilevski un militar competente, había mandado un regimiento durante mucho tiempo y estudiado a fondo el especifismo de la preparación para el combate. En el Departamento gozaba de gran estima. Es bien conocida la fructífera labor del jefe de cuerpo de ejército A. Y. Lapin, y luego de su sucesor A. I. Sediakin, jefe de ejército de 2º grado, que regenteaban el Departamento.

A mediados de 1931, el Comité Central del Partido aprobó la disposición concerniente a *La composición de cuadros de*

mando y políticos del Ejército Rojo, que formulaba los aciertos y deficiencias fundamentales en la obra de educar y forjar los cuadros militares.

La resolución ponía el acento en ampliar la capacitación técnica, incrementar el personal técnico-ingenieril de rango superior y robustecer la educación política en el ejército. Para entonces, el sistema general de formación de cuadros de mando del Ejército Rojo había cristalizado ya en lo fundamental.

En cuanto a las escuelas militares normales, hízose hincapié en las de aviación, fuerzas blindadas, de artillería y técnicas. En comparación con 1924, el alumnado (entonces unos 25 000) se duplicó. Para impulsar la forja especializada de mandos superiores fue decidido crear, a base de las facultades de la Academia Militar Técnica, las academias de Mecanización y Motorización, de Artillería, Químico-Militar, de Electrotecnia y de Ingenieros, fundar la de Trasportes Militares y aumentar bastante la matrícula de la Academia M. V. Frunze y de la Político-Militar. Así, pues, el número de centros de enseñanza militar superior era casi doblado, y el contingente de alumnos, elevado de 3 200 en 1928 a cerca de 16 500 en 1932.

En su actividad, el Departamento de Instrucción tomaba pie de las nuevas directrices del Partido, conciente de que para desarrollar la pericia del ejército requeríase, ante todo, dominar la técnica y las complejas formas del combate moderno. A tal fin eran puestas en práctica múltiples medidas que comprendían no sólo la formación de cuadros en los centros docentes militares y diversos cursos de perfeccionamiento, sino también una intensa capacitación directamente en las unidades.

Por entonces, cerca del ciento por ciento de los cuadros de mando tenían instrucción militar especializada. A la capacitación de los mandos se dedicaban ya 42 horas mensuales, en lugar de las 6 ú 8 de 1929. Junto a la preparación táctica y de tiro, empezó a ocupar un importante lugar la formación técnica, practicada según un programa mínimo para cada arma y nivel jerárquico. En los cursos para jefes de la reserva se implantó el estudio del nuevo armamento y material.

Realizaba una ingente labor el personal de la Inspección de Artillería, regida por N. M. Rogovski, excelente conocedor del arma y con gran prestigio entre las tropas. Los jefes de las circunscripciones y grandes unidades así como los ingenieros del servicio artillero tenían muy en cuenta las opiniones de Rogovski.

Los dedicados entonces a la artillería hubieron de encarar arduos problemas. El material estaba muy desgastado y había perdido en mucho sus cualidades táctico-técnicas. Era mayormente lo que habíamos heredado del viejo ejército.

Empero, ya a mediados de 1929, el Consejo Militar Revolucionario de la URSS ideó un sistema de rearme artillero del Ejército Rojo, calculado para cinco años, que preveía el incremento de la potencia de fuego, alcance, velocidad y precisión de los disparos, más la apertura de grandes oficinas de diseño artillero. Móntanse fábricas de cañones que permiten luego organizar la producción de nuevos y modernizados complejos artilleros y proyectiles, se toman medidas para forjar ingenieros y técnicos competentes. De 1928 a 1933, la capacidad de las fábricas de material artillero incrementó en más de 6 veces y en cuanto a las piezas de pequeño calibre en 35 veces.

A final de mi servicio en el Comisariado del Pueblo de Defensa acometimos la confección del segundo plan quinquenal de desarrollo del Ejército Rojo para 1934-1938. Las directrices básicas del Partido al respecto consistían en dar cima a la reorganización técnica iniciada y al rearme de las tropas con material moderno. Mediante una vasta introducción de medios decisorios de lucha —aviación, tanques, artillería—, asegurar al Ejército Rojo la posibilidad de repeler toda agresión. En aplicación de esta línea, el Consejo del Trabajo y la Defensa aprueba las disposiciones sobre *El programa de fomento de la Marina para 1933-1938*, *Sistema de armamento artillero del Ejército Rojo para el segundo quinquenio* y aprueba el plan de vigorización de las fuerzas aéreas para 1935-1937.

Al referirme al Comisariado de Defensa de comienzos de los años treinta, no puedo por menos de señalar la actuación del Buró central del Partido en el Comisariado, que gozaba de merecido prestigio y dirigía fértilmente nuestras organizaciones partidarias. En todos los departamentos

centrales e inspecciones del Ejército Rojo latía el pulso del trabajo y la creación, vivían una vida plena. Habíanse organizado bien el estudio de la teoría marxista-leninista, la labor cultural de masas y de instrucción general. Las reuniones del Partido trascurrían en un ambiente de laboriosidad y autocrítica.

La Inspección de Caballería disfrutaba de gran autoridad en las unidades, pues, además de la supervisión, organizaba provechosos ejercicios sobre el plano y sobre el terreno para mandos y estados mayores, coloquios y lecciones diversas para intercambiar experiencias en el adiestramiento de las tropas.

En términos generales, las unidades de caballería del Ejército Rojo descollaban entonces por su pericia combativa, y no es casual que las nuevas armas, en particular las fuerzas blindadas y mecanizadas, se nutriesen con los mejores cuadros de mando de caballería.

Debido al género de mis ocupaciones en la Inspección, hube de colaborar en la articulación de reglamentos y ordenanzas de diversas armas y servicios.

Debo decir que se otorgaba mucha importancia a los reglamentos del Ejército Rojo. En ellos consignábanse sistemáticamente los logros de la ciencia militar, basándose en el nivel alcanzado entonces por la técnica, considerando los cambios que se operaban en el carácter de las operaciones militares. El primer grupo de reglamentos, que sintetizaban las experiencias de la guerra mundial y la guerra civil y también las mutaciones derivadas de la reforma militar, llegó a las tropas en 1924-1925. En su mayoría eran provisionales: de régimen interior, servicio en las unidades de la flota, reglamentos de combate de la caballería, la artillería y las fuerzas blindadas.

Su línea general, plenamente plasmada en el Reglamento Provisional de Campaña del Ejército Rojo (1929), parte II (división y cuerpo de ejército) traducía la exigencia de abordar el combate con la participación de todas las armas y cuyo éxito depende de la cooperación de todas ellas. El Reglamento aludía ya al empleo de los tanques, a la organización de la defensa antitanque, antiaérea y antigás, así como a la utilización de las fuerzas aéreas y de ingenieros.

Luego entran en vigor toda unas series de nuevas ordenanzas y preceptos que remplazan y complementan las de los años 1924-1925: Reglamento provisional sobre enmascaramiento de las tropas del Ejército Rojo, Reglamento de Combate de las fuerzas aéreas, Reglamentos para los servicios teléfono-telegráficos, para el empleo de las minas submarinas, etc.

Por último diré que, según opinión general, mereció alta estimación el Reglamento Provisional de Campaña, de 1936, que exponía y fundamentaba los requisitos básicos del combate moderno. En su conjunto, a mediados de los años treinta, el Ejército Rojo contaba con una teoría militar de vanguardia bien fundamentada, traducida en todo un sistema de ordenanzas y reglamentos acreditados.

En 1931, A. I. Egorov se hizo cargo del Estado Mayor del Ejército Rojo. Por la índole de sus funciones, la Inspección de Caballería no tenía estrecha vinculación con el EM del Ejército, pero sabíamos que la mayoría de su personal acogió bien el nombramiento de Egorov para la jefatura del Estado Mayor.

Considerábamos que M. N. Tujachevski, primer Vicecomisario; A. I. Egorov, jefe del EM del Ejército Rojo, y un teórico de talento como V. K. Triandafillov, subjefe del EM, serían una buena ayuda para el Comisario K. E. Voroshilov. Durante mi servicio en la Inspección, tuve la fortuna de tratar de cerca a M. N. Tujachevski. Como ya he dicho, por primera vez lo conocí personalmente en 1921, cuando liquidábamos el alzamiento kulak de Antonov. De complexión atlética, tenía un aspecto imponente. Ya entonces pudimos advertir que no era de los pusilánimes: andaba casi sin escolta por las zonas donde campaban los bandidos.

Ahora, en el cargo de vicecomisario de defensa, Tujachevski realizaba una gran labor organizativa y científica. En mis entrevistas con él me cautivaba su multifacético dominio de la ciencia militar. Profesional inteligente y erudito, discernía magistralmente tanto en el campo de la táctica como de la estrategia. Tujachevski comprendía a la perfección el papel de las diferentes armas de nuestro ejército en el combate moderno y sabía enfocar de manera creadora cualquier problema.

Todas sus deducciones cardinales en el campo de la estrategia y la táctica fundábalas en el impetuoso desarrollo de la ciencia y la técnica en nuestro país y en el extranjero, recalcando que esa circunstancia ejercería un influjo determinante sobre la organización de las fuerzas armadas y los métodos de conducción de la futura guerra.

Ya por los años treinta advirtió Tujachevski que nuestro enemigo número uno era Alemania, que se preparaba para una gran guerra y, sin duda alguna, ante todo contra la Unión Soviética. Luego en sus escritos alertó más de una vez que Alemania aprestaba un fuerte ejército de invasión integrado por potentes fuerzas aéreas, de desembarco y rápido desplazamiento, principalmente mecanizadas y blindadas. Señaló el creciente potencial industrial bélico de Alemania, sus posibilidades de producción masiva de material aéreo y tanques.

En el verano de 1931 elaboraba yo en los campamentos del 1er cuerpo de caballería los proyectos de Reglamento de combate de la caballería del Ejército Rojo (partes I y II) con la colaboración de N. I. Gusev, jefe de un regimiento del arma y de otros compañeros de la 1ª división. En otoño, luego de estudiados en la Inspección, se sometieron a la consideración de Tujachevski.

En unión del comandante de cuerpo de ejército I. D. Kosogov, subinspector, debí defender más de una vez tales o cuales cláusulas del Reglamento. Pero debo reconocer que con frecuencia nos sentíamos desarmados ante la irrebatible lógica de Tujachevski, y le quedamos reconocidos por los sagaces enunciados con que enriqueció nuestro proyecto.

Después de las enmiendas de Tujachevski, el Reglamento se imprimió y las unidades de caballería recibieron una excelente base para la preparación combativa.

Vi por última vez a Tujachevski en 1931, al pronunciar él un informe sobre la situación internacional ante el activo del Partido. Disertó de un modo persuasivo de la potencia creciente de nuestro estado y las extensas perspectivas de nuestra economía socialista, de la ciencia, la técnica y el esplendor de la cultura. Remarcando el papel del Partido Bolchevique en la edificación del nuevo estado y del Ejér-

cito Rojo, Tujachevski dedicó un cálido recuerdo a Vladimir Lenin, con quien a menudo tuvo la oportunidad de entrevistarse y trabajar.

En aquella reunión, Tujachevski nos dio a conocer sus investigaciones, expuestas en una monografía que preparaba. En lo esencial, tratábase de un análisis de los nuevos problemas de la guerra. Por entonces nos hallábamos menos iniciados en la ciencia militar y lo escuchábamos embelesados. En Tujachevski veíamos un gigante del pensamiento militar, una estrella de primera magnitud entre la pléyade militar de nuestra patria.

Posteriormente, en 1936, haciendo uso de la palabra en la II sesión del Comité Ejecutivo Central de la URSS, de nuevo requirió la atención Tujachevski hacia el serio peligro proveniente de la Alemania fascista. Cimentó su preclaro discurso patriótico sobre un profundo análisis y cifras relativas al armamento de Alemania y de sus designios agresivos.

La Inspección de Caballería realizó una gran labor de reorganización de las unidades del cuerpo, del sistema de armamento y los métodos de combate.

Tras de largos debates en la Inspección y de un minucioso estudio con los comandantes de las grandes unidades de caballería, se decidió que la división debía constar de cuatro regimientos, uno mecanizado y otro de artillería. Los regimientos de caballería tendrían cuatro escuadrones de sables, uno de ametralladoras, una batería regimental, secciones de defensa antiaérea, de comunicaciones, zapadores, defensa antigás y los correspondientes organismos administrativos. El regimiento de artillería debería contar con un grupo de obuses de 122 mm y otro de cañones de 76 mm. El regimiento mecanizado estaría dotado con tanques BT-5.

Así, la caballería del Ejército Rojo dispondría de medios técnicos y de fuego que cambiarían en grado sumo el carácter de su organización y los métodos de combate. Ahora, con su potencia de fuego y su ariete blindado, podría abrirse camino para batir al enmigo.

Las nuevas ordenanzas de combate e instrucciones articuladas por la Inspección de Caballería derivaban de los pos-

tulados básicos para la realización de operaciones y el combate de profundidad.

Fundamentar la teoría de la operación ofensiva profunda era un serio logro de nuestro arte militar. En líneas generales la operación se caracterizaba por el empleo masivo de los tanques, la aviación, la artillería y los desembarcos aéreos, por estar calculada para la conducción de las acciones con ejércitos modernos, técnicamente pertrechados. La operación profunda, en esencia, consistía en lo siguiente. La primera misión era romper el frente enemigo con un ataque simultáneo sobre toda su profundidad táctica; la segunda, la introducción inmediata por la brecha de tropas mecanizadas que, en acción coordinada con la aviación, deben atacar en toda la profundidad de la defensa operativa del adversario, hasta derrotar a toda la agrupación.

Arrancábase de que, en términos generales, la guerra se efectuaría con ejércitos de millones de hombres sobre enormes espacios y el éxito de la operación profunda lo asegurarían las acciones de la aviación y la artillería sobre toda la profundidad de la defensa del enemigo, más las acometidas resueltas a los flancos y la retaguardia del adversario con el fin de cercarlo y aniquilarlo.

La ciencia militar del Ejército Rojo se modificaba conforme aparecían nuevos armamentos, nuevas técnicas, nuevas oportunidades del país y, claro está, relacionada con el nivel militar del eventual enemigo.

A la par que pertrechaba al ejército con modernos medios de lucha, el CC del Partido ayudaba a la dirección militar a comprender con mayor hondura los cambios operados en el campo de las ciencias militares. Con este fin, en el Buró Político y en el Consejo Militar Principal deliberábanse regularmente los problemas de la estrategia militar, del arte operativo y el rearme del ejército y la marina. A estas reuniones, por regla general, asistían los jefes de las circunscripciones militares, flotas y fuerzas aéreas. Los resultados y las orientaciones se hacían llegar a todos los mandos del ejército, la marina y la aviación.

Para quienes trabajábamos en la Inspección, el requipamiento de la caballería y la asimilación por las unidades de

la nueva organización y reglamentos de combate tenía singular importancia, pues la mayor parte de las unidades se hallaban a la sazón dislocadas en las principales direcciones estratégicas, en las cercanías de las fronteras, lo que demandaba de la caballería una elevada disposición combativa.

Un día me llamó el subinspector del arma, I. D. Kosogov, y me comunicó que se había presentado a Voroshilov mi candidatura para el mando de la 4ª división de caballería. Kosogov inquirió mi parecer sobre la proyectada designación y si me interesaba el traslado a la región militar de Bielorrusia. Le respondí que consideraba la designación para el mando de tan gloriosa división sumamente honrosa. Conocía bien la circunscripción y había servido en ella diez años. Conocía al jefe del 6º cuerpo de ejército, E. I. Goriachev, un experto jefe de caballería.

En esto acabó la conversación. Al despedirnos, Kosogov me dijo que todavía hablaría conmigo S. M. Budionny.

La entrevista se celebró días más tarde, cuando firmó la orden de mi nombramiento el Comisario. Al despedirnos, Budionny me dijo emocionado:

—La 4ª división fue siempre la mejor de toda la caballería y debe seguir siendo la mejor.

Consigno con satisfacción que el deseo de Budionny se cumplió. Mas para que la división pasara de nuevo a primera fila, tuvimos que esforzarnos todos, en particular, los mandos, los instructores políticos y las organizaciones del Partido.

En su libro *El camino recorrido*, S. M. Budionny describe pormenorizadamente las señaladas victorias de la 4ª división de caballería. Me limitaré a algunos recuerdos personales que se remontan al período en que mandé tan gloriosa unidad.

La 4ª división de caballería, que llevaba el nombre de K. E. Voroshilov, había sido el cogollo del legendario I Ejército de Caballería. En los combates de la guerra civil hizo prodigios de valor y de heroísmo masivos.

Hasta 1931 estuvo dislocada en la región militar de Leningrado, en los lugares donde, en tiempos de los zares, se

hallaran las unidades de la Guardia Montada (Gatchina, Peterhof, Detskoye Seló). Como en los años de la guerra civil, la 4ª división seguía siendo una de las mejores de nuestra caballería. Sus hombres cultivaban celosamente las gloriosas tradiciones de combates, inculcando a los jóvenes jinetes el sentido de la responsabilidad y del deber militar.

En 1932, la división se trasladó urgentemente a la ciudad de Slutsk, región militar de Bielorrusia. Según supe luego, el traslado obedeció a razones operativas de emergencia. Sin embargo, en aquel entonces no había necesidad alguna de enviarla apresuradamente a un descampado. Importa recalcarlo, pues durante año y medio debió construirse por sí misma los cuarteles, las caballerizas, los puestos de mando, las residencias, los depósitos y toda la compleja base material. En consecuencia, la división, brillantemente preparada, devino una floja unidad laboral. La falta de materiales de construcción, las lluvias y otras circunstancias adversas impidieron su oportuna preparación para el invierno, lo que repercutió funestamente en su estado general y aptitud combativa. Decaía la disciplina, los caballos enfermaban.

El mando del cuerpo de ejército no podía prestar ninguna ayuda puesto que en análoga situación estaban otras unidades del 6º cuerpo cosaco, trasladado con igual precipitación a la misma zona.

En la primavera de 1933, el jefe de la región militar de Bielorrusia, comandante de ejército de I grado, I. P. Uborevich, después de una breve inspección de las unidades halló a la que ahora se denominaba 4ª División de Cosacos del Don en un estado de colapso extremo. Hay que señalar que el jefe de ejército no le había prestado a su debido tiempo la necesaria ayuda en las obras de construcción ni dedicado atención a las condiciones en que se hallaban sus unidades. Ahora se apresuraba a declarar principal culpable de los males de la división a su comandante, G. P. Kletkin.

Es indudable que de la división responde su jefe, investido de los poderes pertinentes. Pero el superior, por el deber de su cargo y como compañero más responsabilizado, debe ser objetivo. Con la vehemencia que le caracterizaba, Uborevich informó al Comisario de Defensa, K. E. Voroshilov,

del estado de la 4ª división y exigió la destitución inmediata de su comandante, Kletkin. Claro que en la división había defectos. Pero Uborevich los exageró, afirmando que la unidad había perdido todas sus buenas tradiciones y que era inepta para el combate.

El parte de Uborevich fue doloroso en extremo para Voroshilov: la división llevaba su nombre, estaba vinculado con ella por largos años y más de una vez había galopado en sus filas al ataque. Esta unidad había educado toda una pléyade de comandantes e instructores políticos de talento. Para el inspector del Arma, Budionny, la 4ª división era también su criatura amada. En otros tiempos la había organizado y conducido al combate.

Voroshilov había informado a Budionny del parte de Uborevich y propuesto la busca de un nuevo comandante.

Y llegó el día en que, con mi esposa y mi hija, tomé el tren que nos llevó de nuevo a lugares conocidos: a Bielorrusia. Yo conocía y estimaba a Bielorrusia, su naturaleza, rica en maravillosos bosques, lagos, ríos y, como cazador y pescador, me alegraba de retornar a tan pintorescos parajes. Durante mi labor en Bielorrusia, estudié su territorio, desde las fronteras del Norte a las del Sur. ¡Cómo había de serme útil luego! Y, sobre todo, en la circunscripción de Bielorrusia contaba con numerosos amigos y compañeros, principalmente en las unidades de caballería.

Cierto que tenía una idea un tanto vaga de la 4ª división. En ella estuve sólo una vez, en 1931, y muy poco tiempo. Casi no conocía a su gente, a excepción de su jefe, G. P. Kletkin, a su adjunto para el trabajo político, N. A. Yung, al jefe de Estado Mayor, A. I. Vertogradski, al comandante del regimiento mecanizado, V. V. Novikov, y algunos otros jefes. Y sin conocer a la gente, sus lados fuertes y débiles, la capacidad de los cuadros de mando, no es posible mandar con éxito las tropas, máxime si se trata de una gran unidad.

Llegamos a Slutsk en el período del deshielo primaveral. En la estación había un barrizal intransitable y hasta que llegamos al coche dejó mi esposa varias veces sus chanclos hundidos en el fango. Sentada sobre mis hombros, Era preguntó:

—¿Por qué no hay aquí aceras como en nuestra calle de Sokolniki?

Yo respondí:

—También aquí habrá aceras y una linda plaza, pero luego... Tuve que albergarme con mi familia en una habitación de ocho metros cuadrados, en casa del jefe del servicio químico de la división, V. M. Dvortsov, tan amable, que él con los suyos pasó a otra pieza todavía más pequeña. Todos comprendíamos las dificultades de alojamiento y nadie pretendía nada mejor hasta que eso «mejor» lo construyésemos nosotros mismos.

Media hora después me encontraba ya en el puesto de mando de la división, que estaba en el mismo patio. El jefe de la unidad, Kletkin, se hallaba ausente: había dicho que se sentía indispuesto y no podía recibirme. Claro que yo comprendía su estado de ánimo y no insistí de momento en la entrevista.

Me informaron detalladamente de los asuntos de la división el comisario, N. A. Yung, y el jefe del Estado Mayor, A. I. Vertogradski. Les quedé reconocido por su diligente y circunstanciada exposición. Pero me esperaba lo principal: conocer a fondo por mí mismo la situación directamente en las unidades, precisar los defectos, dar con sus causas y, en unión de los comandantes e instructores políticos, trazar las vías para subsanarlos.

El mismo día me dirigí al 19 regimiento de cosacos del Manich, el básico y más antiguo de la división, mandado por F. Ya. Kostenko, uno de los primeros combatientes de la Caballería Roja. No lo conocía personalmente, pero había oído hablar mucho de este concienzudo comandante, gran entusiasta del arma de caballería, indefectible competidor en todos los concursos hípicos, que por aquellos años se practicaban frecuentemente.

La Gran Guerra Patria sorprendió a Kostenko mandando el 26 ejército, que defendió nuestras fronteras en Ucrania. A sus órdenes, las unidades de esta agrupación se batieron con tal denuedo, que las tropas fascistas ni aun a costa de colosales pérdidas pudieron profundizar los primeros días en Ucrania. Siento en el alma que Kostenko no tuvo la dicha de vivir hasta nuestros días. Cayó como un héroe en una encarnizada batalla en la dirección de Jarkov siendo jefe adjunto del Frente Suroeste. Con él murió su amado hijo

mayor, Piotr. Imposible no querer a Piotr Kostenko. Desde muy niño aprendió Piotr el arte militar, le encantaba sobre todo cabalgar y manejar el sable. F. Ya. Kostenko se sentía muy satisfecho de su hijo y acariciaba la esperanza de que Piotr llegara a ser un digno comandante de caballería. Y no se equivocó.

Después del 19 regimiento del Manich, inspeccioné detenidamente los regimientos cosacos 20, 21, 23, el 4º de artillería y el 4º mecanizado. Luego, los escuadrones independientes. El que se hallaba en peor situación era el 20 regimiento de caballería, acantonado en la aldea de Koniuji, a 20 kilómetros de la ciudad de Slutsk. Era su comandante V. V. Kriukov, el mismo que en la Gran Guerra Patria mandó un cuerpo de caballería mencionado más de una vez en las órdenes del Mando Supremo. El regimiento se hallaba dislocado cerca de la frontera y era como la vanguardia de la división.

Pese a las duras condiciones, la moral de la gente era buena. Ni siquiera las esposas de los oficiales, que habían dejado sus buenos apartamentos de las cercanías de Leningrado, mostraban desánimo. Sólo se quejaban de la falta de escuelas para los niños.

Mandaba el 21 regimiento de cosacos I. N. Muzychenko. Yo lo conocía de la 14 brigada independiente de caballería, donde había sido ayudante del comisario de regimientos durante la guerra civil. La Gran Guerra Patria lo sorprendió mandando el 6º ejército en Ucrania, con el puesto de mando en Lvov. Tuvo mala fortuna al comienzo de la guerra. Constreñido a retirarse al interior de Ucrania, presionado por un enemigo muy superior, cayó prisionero gravemente herido y pasó toda la guerra atormentado en los campos de concentración de Alemania.

El 21 regimiento me produjo algo mejor impresión por su organización, el estado de los servicios y el orden general. Se percibía una buena labor organizativa de los jefes e instructores políticos.

El jefe del 4º regimiento mecanizado era V. V. Novikov. Durante la Gran Guerra Patria mandó un cuerpo mecanizado y un ejército y salió más de una vez en la orden del día del Mando Supremo, Novikov, veterano del 1er. Ejér-

cito de Caballería, desempeñó mucho tiempo el cargo de jefe de la sección de operaciones de la 4ª división de caballería. Comisario del regimiento era el magnífico bolchevique A. S. Zinchenko, que había luchado bajo los estandartes del 1er. Ejército de Caballería desde su formación. Durante la Gran Guerra Patria, Zinchenko fue comisario en muchos importantes hospitales de los frentes.

En las filas del 4º regimiento mecanizado se forjaron numerosos y excelentes comandantes e instructores políticos, que en la actualidad ocupan puestos de responsabilidad en el Estado Mayor General, en los departamentos centrales del Ministerio de Defensa y en unidades. Muchos ayer jóvenes obreros o campesinos hiciéronse destacados especialistas militares, altos oficiales y generales.

Dado que las unidades mecanizadas, y en especial los cuerpos de ejército, desempeñaron un papel relevante en la Gran Guerra Patria, y al comienzo de la contienda hubo ciertas dificultades para su formación, quisiera referirme someramente a la historia de la aparición de los cuerpos de ejército mecanizados, recalcando la prioridad de nuestro ejército en ello.

En 1929, el Consejo Militar Revolucionario de la URSS (a base del informe de Triandafillov) aprobó una disposición en la que se decía: «Considerando que un arma nueva como son las fuerzas blindadas no fue lo suficientemente estudiada, tanto en el sentido de su empleo táctico (independientemente y en combinación con la infantería y la caballería), como en el de las formas de organización más ventajosas: reconocer la necesidad de organizar, en 1929-1930, una unidad mecanizada experimental permanente».

En cumplimiento de la disposición, el mismo año se organizó un regimiento mecanizado experimental. Este regimiento, ya en 1929, participó ya en los ejercicios de todo el ejército celebrados en nuestra circunscripción. Los simulacros fueron dirigidos por K. E. Voroshilov, B. M. Shaposhnikov y V. K. Triandafillov.

En 1930, el regimiento se trasforma en brigada mecanizada, que inmediatamente actúa en las exhibiciones de la circunscripción. En 1932 organízanse los primeros cuerpos de ejército mecanizados del mundo, cada uno de los cuales

constaba de dos brigadas mecanizadas, una de fusileros y ametralladoras y un grupo independiente de artillería antiaérea. El cuerpo constaba con más de 500 tanques y 200 vehículos. A comienzos de 1936 teníamos ya formados 4 cuerpos mecanizados, 6 brigadas mecanizadas y otros tantos regimientos independientes de tanques, 15 regimientos mecanizados en las divisiones de caballería y más de 80 batallones y compañías de tanques en las divisiones de infantería.

La creación y la experimentación práctica de nuestras primeras grandes unidades mecanizadas sirvieron de excelente base para desarrollar la teoría del empleo de las tropas mecanizadas en gran escala.

Comenzamos la comprobación del 4º regimiento mecanizado por levantar a la gente a la señal de alarma de combate. Al mando, naturalmente, le pilló de sorpresa, pues acababa de recibir los últimos convoyes procedentes de la circunscripción de Leningrado. En el primer contacto debimos remachar a los jefes de las pequeñas unidades que lo principal para el regimiento mecanizado es el rápido despliegue de la unidad, el perfecto conocimiento del material y el dominio del cañón del blindado. Como cabía esperar, la alarma en una noche lluviosa sacó a relucir muchos defectos, particularmente en lo tocante a la conducción por terreno desconocido y al tiro.

Después de examinar las unidades fui al EM de la división y conocí a los jefes e instructores políticos de las unidades.

En el EM y en la Sección política observé no pocos defectos en la dirección práctica de las unidades. Entre otras cosas, estaba mal organizado el control de la preparación combativa, dejaba bastante que desear la exigencia en el cumplimiento de las órdenes. Iba con retraso el estudio: la síntesis y la divulgación de las mejores experiencias en la preparación para el combate. Cada unidad «se cocía en su propia salsa», en casos, alguna, a fuerza de gran trabajo «descubría» nuevos métodos, más perfeccionados, de uno u otro tipo de instrucción, en tanto que otra hacía ya mucho que los aplicaba.

Como ya dije, era jefe del Estado Mayor de la división A. I. Vertogradski, un exoficial del ejército zarista, buen cono-

cedor de la ciencia militar. Al frente de la Sección política de la división se hallaba N. A. Yung, muy capaz. Pronto fue ascendido a subjefe de la Sección Política del 3er cuerpo de caballería y se trasladó a Minsk.

Después de hacer el balance y discutirlo con los jefes de la división, para empezar decidimos convocar la organización del Partido y deliberar con los comunistas todos los aspectos positivos y negativos de la vida de la división. Luego pensábamos reunir a todo el personal de mando, comprendidos los sargentos de las pequeñas unidades, cuyo papel en la organización de todo el servicio interior era importantísimo.

La reunión de comunistas trascurrió muy bien. En las intervenciones palpitaba el afán de no transigir con los defectos existentes y se recusaban los ánimos que pretendían justificar la indisciplina y la débil preparación achacándolas a causas objetivas.

El coloquio aclaró que el decaimiento general de la división era consecuencia de la deficiente labor política e instrucción. Los ejercicios casi habíanse paralizado al dedicar todo el esfuerzo a la construcción. Por tanto, había que organizar sin pérdida de tiempo la preparación militar conforme a un plan, desarrollar en toda su dimensión la labor política y de partido, y en cuanto a los asuntos de la construcción y la economía, resolverlos en los días expresamente estipulados en el plan. A la vez, esperábamos conseguir del mando de la circunscripción una ayuda mucho mayor de la que había prestado hasta entonces.

La opinión de los comunistas y las propuestas del mando de la división fueron bien acogidas y apoyadas por la asamblea general de jefes e instructores políticos.

Tocante a la preparación combativa nos proponíamos centrar el esfuerzo en la preparación metódica de todos los eslabones de los cuadros de mando. Sobre la preparación táctica, me encargué yo mismo de dar un ciclo de lecciones demostrativas. Las de tiro se encomendaron al 21 regimiento, las de equitación, al 19, personalmente a F. Ya. Kostenko, gran perito en la materia. En cuanto a la instrucción en orden cerrado y la educación física ofrecióse a dirigirlas V. V. Kriukov. Se ordenó al 23 regimiento disponer y efectuar los ejercicios metódicos para la capaci-

tación de los cuadros de mando inferiores, y los regimientos 4º de artillería montada y 4º mecanizado encargáronse de la cooperación entre la artillería, los tanques y la caballería en el combate ofensivo.

Nos esperaba una gran labor organizativa y metodológica, pues sólo cabía esperar buenos frutos si los ejercicios transcurrían al más alto nivel e impresionaban a quienes los presenciaran.

En la instrucción táctica cargamos el acento sobre la preparación personal de los eslabones de mando medio y superior. Por mi larga experiencia estaba persuadido de que sólo los jefes tácticamente instruidos podían adiestrar en tiempo de paz, buenas unidades combativas y, en la guerra, lograr victorias con pérdidas mínimas.

Reitero que siempre me había seducido la táctica como rama importantísima de toda la preparación de las tropas para el combate. En ella me esforcé a lo largo de mis 43 años de servicio militar, desde soldado hasta ministro de defensa.

La mayor parte del tiempo de instrucción pasábalo la división en el campo, estudiando minuciosamente la organización y la práctica del combate en condiciones complejas. La rápida ocupación de las posiciones de partida y los trances críticos en la situación deparaban provecho a los mandos. Nos esforzábamos por que los jefes e instructores políticos asimilasen el arte de conducir con precisión a las unidades en el campo de batalla, sin lo cual no es posible derrotar al enemigo, dado el gran dinamismo del combate moderno.

La caballería era a la sazón el arma masiva más móvil de todas las tropas de tierra. Estaba destinada a efectuar rápidos rodeos, envolvimientos y ataques por los flancos y la retaguardia del enemigo. En el combate de encuentro se le requería ímpetu en el paso al orden de combate y en la apertura del fuego, el traslado audaz del grueso de las fuerzas a las bases de partida para el ataque y la persecución del enemigo en retirada.

El reforzamiento de la caballería con elementos blindados y la existencia de obuses en los regimientos de artillería montada permitía no ya sólo quebrar la resistencia del ene-

migo, sino también cumplir las misiones del combate ofensivo y de una defensa eficaz.

Claro que el dominio de los nuevos medios técnicos, en particular su empleo en operaciones, no siempre se daba bien. Lo impedía la insuficiente escolaridad de muchos soldados y mandos; eran frecuentes las averías e incoherencias técnicas, no todos comprendían la necesidad de los conocimientos técnicos y escaseaban los especialistas. Había que reorganizar las antiguas armas y crear nuevas unidades de tropas, hacer de los jefes de infantería y caballería, aviadores y tanquistas y, al mismo tiempo, mantener el nivel de la preparación combativa del ejército para caso de agresión. Simultáneamente efectuábase la reorganización de las tropas.

Entre tanto, el nuevo material atraía por sus inéditas posibilidades, despertaba el interés de las tropas. Por la prensa, la radio y el cine divulgábanse los conocimientos técnico-militares. Bajo la dirección de las organizaciones del Partido, los soldados rojos y sus jefes estudiaban en innumerables círculos de técnica militar (en el ejército y la marina, funcionaban por entonces casi 5 000, y el año 1932 en nuestra circunscripción, asistía a tales cursillos el 80% del personal). Leíanse conferencias e informes sobre temas técnico-militares, se participaba en concursos y emulaba en el conocimiento del material y el armamento.

En las unidades podían verse por doquier retablos y exposiciones fotográficas organizados por los komsomoles del ejército popularizando los conocimentos técnicos, mítines-relámpago y asambleas que exhortaban a cuidar el material. Se organizaban veladas bibliográficas sobre el libro técnico-militar y practicaban exhibiciones del armamento, así como campañas de masas para el título de tirador excelente.

Con el concurso del CC del Komsomol y de las diversas asociaciones voluntarias pro defensa, se habituaba a los futuros reclutas al manejo del material de guerra. Así, en 1934-1935, más de millón y medio de muchachos y muchachas aprobaron los exámenes de motores, y un millón de protección antiaérea y química.

En suma, el llamamiento del Partido «¡Dominar la técnica!» era la divisa principal que guiaba a los mandos e instruc-

tores políticos y a las organizaciones del Partido, de los sindicatos y el komsomol. Además, los soldados y los jefes no sólo dominaban con éxito la técnica, sino que trataban incluso de mejorarla. Sólo en nuestra circunscripción, en 1933 se hicieron más de 4 000 proposiciones encaminadas a mejorar la técnica. Naturalmente que ese proceso era estimulado por todos los medios.

Una de las tareas principales en la preparación de los cuadros de mando y de los estados mayores considerábamos que era el dominio del arte de la dirección en las acciones de encuentro y por sorpresa. Para ello, había que renunciar a las habituales órdenes por escrito, a los teléfonos y a todo cuanto se relaciona con el tendido de las líneas de comunicaciones por cables. Había que pasar resueltamente a la dirección por radio, al sistema de breves disposiciones de combate, a la «dirección desde la silla de montar» como a la sazón gustaban de decir los jinetes.

En la instrucción táctica de todos los eslabones de mando en la división y en los regimientos, procurábamos inculcar a nuestros comandantes la capacidad de enmascarar cuidadosamente las acciones de las unidades, para asegurar la sorpresa en los ataques al enemigo.

Todavía recuerdo un interesante ejercicio bilateral realizado por nosotros en 1933.

Se defendía el 21 regimiento de caballería cosaca reforzado, al mando de I. N. Muzychenko. Salió al campo dos días antes que el 20 regimiento, que debía atacar y, en ese plazo, organizó realmente la defensa en toda su profundidad táctica. El 20 regimiento no sabía nada acerca del ejercicio ni de que el 21 regimiento se hallaba en el campo y organizaba su defensa. Fue levantado al toque de alarma.

En la zona de concentración uniéronse al 20 regimiento los medios de refuerzo: un escuadrón de tanques y un grupo de obuses de la artillería montada. Allí mismo se informó al jefe del regimiento de la situación táctica, que demandaba una actuación inmediata. Había que efectuar una marcha de 46 kilómetros, como vanguardia de la división, con el fin de ocupar la base de partida en la que había organizado su defensa el 21 regimiento de caballería.

Al final de la jornada, las unidades de vanguardia del 20 regimiento entraron en contacto con la línea de cobertura del 21 regimiento. Oscurecía. Al no poder practicar con luz el reconocimiento de la defensa «enemiga», el comandante del regimiento, V. V. Kriukov, resolvió explorar durante la noche al «adversario» y atacarlo de madrugada. Naturalmente que no cabía otra decisión.

La historia muestra que el resultado del combate, a fin de cuentas, depende de la consecuencia, el grado de organización y la meticulosidad con que el jefe y su estado mayor organizan el ataque. En toda esa compleja labor es primordial la exploración. Determinados el dispositivo del enemigo, sus fuerzas y medios, así como las particularidades del terreno ocupado por el adversario, puede ser precisado el carácter de sus acciones.

Por la práctica sé cuán importante es una exploración meticulosa. Y es del todo inexcusable si el ataque ha de efectuarse al amanecer, puesto que durante la noche, protegido por la oscuridad, el enemigo puede cambiar fácilmente su dispositivo de combate. La exploración es tanto más indispensable cuando hay que actuar contra un adversario experto.

Es evidente que el jefe del 20 regimiento, Kriukov, conocía también teóricamente eso, pero manifestó una negligencia imperdonable y no tuvo en cuenta que su «enemigo» tenía también su misión: no permitir la ruptura y, si se daban las condiciones favorables, derrotar al atacante.

La decisión del comandante del 21 regimiento fue la siguiente:

1. Antes de oscurecer, con el fuego de la primera línea, apoyado por la artillería, rechazar los intentos del «enemigo» de romper la defensa e impedir que introduzca cuñas en ella.

2. Aprovechando el fragor del combate y tomando todas las medidas de enmascaramiento, retirar al caer la noche las fuerzas del regimiento a la segunda línea defensiva, prevista y preparada de antemano.

3. Para impedir que el «enemigo» advierta la maniobra, replegar las unidades que defienden la primera trinchera

del regimiento sólo antes del amanecer, dejando patrullas de reconocimiento para la observación del «adversario».

Al oscurecer, el jefe del 21 regimiento envió patrullas de reconocimiento reforzadas a la primera línea de la defensa. Al ser recibidas por el fuego, se pegaron al suelo ante las alambradas y comenzaron la observación. Durante la noche, el comandante del 20 regimiento recibió con regularidad informes acerca de que el «enemigo» seguía ocupando la primera trinchera e incluso había intentado hacer prisioneros. Kriukov estaba persuadido de que su «adversario», atrincherado, se defendería en las posiciones ocupadas.

Al amanecer, después de la preparación artillera, saboreando ya la victoria, el jefe del regimiento señaló con cohetes el comienzo del ataque. La artillería intensificó el fuego, emprendiendo un ataque enérgico. Los tanques se lanzan a gran velocidad y, sobre la marcha, atraviesan la primera trinchera, siguiendo hacia la segunda. ¡La primera trinchera ocupada! Pero ¿qué ocurre? ¿Por qué se paran los tanques?

—Camarada jefe de la división —le dice el comandante del 20 regimiento al dirigente del ejercicio—, permítame que me adelante y vea con mis propios ojos por qué se ha detenido el ataque.

—Bien, vaya y vea personalmente qué pasa.

Junto a la segunda trinchera, Kriukov encuentra al jefe del 2º escuadrón, E. M. Bush.

—¿Qué ocurre... ¿Por qué se han parado?

—Ya ve, compañero jefe del regimiento, estoy aconsejándome con el jefe del escuadrón de tanques para decidir qué hacer.

—¿Qué hacer? ¡Pues destruir al «enemigo»!

—Sí, pero no está aquí.

—¿Cómo que no está? ¿Dónde se ha metido? La exploración ha comunicado toda la noche que el «adversario» ocupaba las líneas de defensa.

—¡Permítame que le informe! —dirigiéndose al jefe del regimiento terció el árbitro tanquista—. Aquí en la trinchera han dejado colgando de un palo un papel. Tal vez explique algo.

El jefe del regimiento tomó el papel y leyó en alta voz: «Saludos a los de Salsk. Búsquennos como al viento en el campo. Les aconsejamos que en el futuro sean más vigilantes».

Había que ver la turbación en los rostros de los circundantes y el embarazoso desconcierto que originó la hábil maniobra del 21 regimiento, haciendo que los atacantes dispararan la dotación de proyectiles sobre un terreno abandonado. Y, sobre todo: ¿dónde estaba el «enemigo»?

—¡Menuda jugarreta le ha hecho el jefe del 21! —observó con malicia el árbitro superior en el 20 regimiento, F. Ya Kostenko.

—Cosas peores ocurren —comentó en alta voz Kriukov, ora consultando el plano, ora avistando el terreno que se extendía delante. Y como avalando estas palabras, los árbitros significaron con explosiones el fuego artillero del 21 regimiento contra las formaciones del 20, que no avanzaban.

La confusión fue total.

En el análisis de la exhibición fueron evaluadas en todos sus pormenores las acciones de una y otra parte y, en particular, los errores del 20 regimiento, que se permitió una pasividad imperdonable en la exploración del «adversario». En cuanto a la actuación del 21 regimiento, fue calificada de modelo de astucia.

El ejercicio fue recordado durante mucho tiempo por los que en él participaron, repitiéndose luego en distintas variantes.

En la instrucción y la educación de las unidades dedicábamos especial atención precisamente a determinar los objetivos y las tareas en condiciones complejas. ¿De qué manera?

Por lo general, el propósito del ejercicio lo guardaba yo en riguroso secreto. El regimiento era levantado al toque de alarma, marcándosele el lugar de concentración. Ya en

esta zona, se entregaba al mando la situación táctica y la orden de operaciones, que exigía efectuar una marcha-maniobra por terrenos accidentados, con pantanos o bosques. Solía elegirse un itinerario que requiriese grandes trabajos de tala y construcción de caminos, apertura de zanjas y tendido de puentes con materiales procurados por las unidades mismas. No proporcionábamos elementos ingenieriles de refuerzo, para habituar a los mandos de todos los grados a hallar salida de las situaciones difíciles por su propio esfuerzo y con los materiales encontrados al paso.

Tales ejercicios eran muy duros en el sentido físico. A veces, la gente literalmente no podía sostenerse en pie, con frecuencia rendida de sueño y carente de una alimentación normal durante varias jornadas. ¡Pero qué satisfacción experimentaban los soldados y oficiales cuando su unidad, tras de cumplir una ardua misión, alcanzaba el objetivo fijado! A la vez siguiente, si se hallaban en difícil situación, ya no dudaban de la posibilidad de lograr su empeño. El mando, las planas mayores y todo el personal adquirían hábitos prácticos y salían airosos de cualquier trance apurado.

Eran de gran utilidad para cultivar las requeridas cualidades morales en los soldados y oficiales las veladas de camaradería, que organizaban los instructores políticos después de los ejercicios. Los contendientes en las «batallas» intercambiaban impresiones, criticaban los errores, ponían en evidencia con espíritu camaraderil a quienes se habían acobardado ante los obstáculos o creado con sus descuidos nuevas dificultades.

Gracias a los esfuerzos de todo el personal de la división, en 1935 se dio cima a las obras: todas las unidades obtuvieron buenos acuartelamientos y una base material para la instrucción. Mejoró notablemnte el estado de los caballos.

Por entonces habíanse conseguido satisfactorios resultados en todos los tipos de preparación militar y política. Los índices de disciplina, servicios y organización general de las diferentes unidades eran elevados.

El año 1935 nos trajo grandes acontecimientos. En las revistas de inspección, todas las unidades de la división obtuvieron altas calificaciones, incluso en el tipo más difícil de

la preparación combativa de la caballería: el tiro. La división fue condecorada por sus logros en esta esfera con la más alta recompensa: la Orden de Lenin.

Se condecoró también a numerosos oficiales, sargentos y soldados. También yo fui galardonado con la Orden de Lenin. Todo ello me conmovió. Luego de leer la orden de la condecoración, recapacité profundamente en lo que debíamos hacer para elevar aún más la preparación combativa y el estado general de la división.

Aquel año fue memorable para nosotros, los militares, por otra medida tomada por el Partido para elevar la autoridad de los cuadros de mando: la implantación de grados militares personales. Los primeros mariscales de la Unión Soviética fueron V. K. Bliujer, S. M. Budionny, K. E. Voroshilov, A. I. Egorov y M. N. Tujachevski.

Un señalado suceso fue también la visita que nos giró S. M. Budionny. El mariscal comprobó meticulosamente la preparación combativa de la división, en especial en sus aspectos hípico, en orden cerrado y táctico. Todas las revistas transcurrieron con brillantez y fueron a manera de nueva comprobación del alto nivel de instrucción del personal.

Para la entrega de la Orden de Lenin, la división formó a caballo en una de las plazas de la ciudad. Los ánimos de todo el personal eran excelentes, en los flancos de cada unidad ondeaban las banderas de combate, bajo las cuales los veteranos combatientes de la unidad habían marchado al ataque contra los guardias blancos rusos y polacos.

En medio de un silencio solemne, después del toque de marcha y recibir el parte, Budionny sube a la tribuna. A una señal suya, me acerco con el séquito enarbolando la bandera de la división. Budionny prende en ella la Orden de Lenin, y nosotros, con la bandera, desfilamos al galope ante la formación.

El «hurra» de millares de voces y la potente salva artillera testimoniaban la gratitud más cordial de todos los hombres de la división al partido y al gobierno, que recompensaba altamente el esfuerzo de los soldados, sargentos y oficiales en el estudio y la preparación combativa en tiempo de paz.

Luego de pasar revista, Budionny dirigió una breve alocución a las tropas. Se notaba su emoción. ¡Y cómo no

emocionarse! La división por él forjada recibía la más alta recompensa. Hay que decir que los combatientes de la división sentían gran estima por Budionny, en particular aquellos que recorrieron con él el duro camino de la guerra civil.

Después de Budionny, que nos dirigió muchas palabras afectuosas, hablé yo en nombre de todos los combatientes e hice al mariscal el ruego de que transmitiera al Comité Central del Partido y al gobierno que la 4ª división, guardando como lo más sagrado las tradiciones de combate y enriqueciéndolas, estaría siempre lista para cumplir cualquier mandato de la patria.

Por último, desfilaron solemnemente las unidades. Después del desfile, el jefe de la división ofreció una comida en el curso de la cual, Budionny y los veteranos de la unidad evocaron episodios de la guerra civil, las campañas y a los héroes que no llegaron a vivir hasta nuestros días. También en este caso, el mejor narrador fue V. V. Novikov, comandante del 4º regimiento mecanizado. Su asombrosa memoria reverdeció incluso los más insignificantes pormenores de la vida de campaña.

En los años sucesivos de mi mando, Budionny estuvo tres veces en la división, y cada una de sus visitas fue grata para toda nuestra unidad. Hay que decir que S. M. Budionny sabía platicar con los soldados y oficiales. No acostumbraba a desarrollar con el personal, clases, ejercicios o juegos militares. Pero nadie se lo reprochaba.

Varias veces visitó también la división el jefe de la región militar de Bielorrusia, I. P. Uborevich. Era un auténtico jefe militar soviético. Dominaba a la perfección el arte tácticoperativo. Aparecía en las unidades cuando menos se le esperaba. Cada visita suya solía comenzar levantando a la tropa al toque de alarma y culminaba con ejercicios tácticos o sobre el plano con los mandos.

Por vez primera vino Uborevich a la división en 1934. Después de saludarme, me dijo que deseaba ver cómo se instruía a la gente. Le dije que estaba encantado, aunque, a decir verdad, me sentía preocupado.

—Le doy cuatro horas de plazo —dijo Uborevich— para sacar al campo el 21 regimiento y mostrar los progresos de

la división. El tema lo dejo a su elección. Esperaré a su ayudante *en el puesto de mando divisionario.*

—Es poco tiempo para la organización del ejercicio táctico —probé de objetar—. No podemos siquiera instruir a los árbitros y señalar el «enemigo».

—Sí, el tiempo es escaso —convino Uborevich— pero en la vida de campaña todo puede suceder.

Comprendí que era inútil toda objeción y que había que poner manos a la obra.

Después de transmitir al comandante del 21 regimiento, I. N. Muzychenko, por teléfono las consignas de alarma para el ejercicio y señalar base de partida, dicté por el plano una breve tarea táctica. Mientras escribían a máquina la orden, el jefe del EM y su ayudante dispusieron rápidamente los planos del ejercicio y los llevaron personalmente al 21 regimiento para conocimiento de los mandos. A la hora fijada todo estaba listo.

Exactamente a las cuatro horas, llegó a la base de partida Uborevich acompañado de mi ayudante.

Después de saludar al comandante del 21 regimiento, ordenó que le informase de la situación y de la decisión tomada.

Muzychenko informó inteligentemente de su resolución. Por la sonrisa de Uborevich, comprendí que se sentía satisfecho del comienzo del ejercicio.

—Está bien. ¡A caballo! —dijo—. Veamos cómo actúa el regimiento.

El ejercicio duró cinco horas. Durante ese tiempo, el jefe de la circunscripción logró recorrer todas las unidades del regimiento, que operaba como «vanguardia de la división». Cabalgó más de 80 kilómetros y, al parecer, fatigado, dio orden de alto.

Después del análisis, hecho por mí a caballo ante el regimiento formado, Uborevich nos agradeció a todos la participación en el ejercicio y, al despedirse del mando de la división, dijo:

—Instruyen a las unidades según los métodos modernos. Les deseo éxito. No puedo retenerme, pues me dirijo a la frontera. Les visitaré antes de las maniobras.

Todos nos sentimos satisfechos del ejercicio y, a decir verdad, de que Uborevich no tuviera tiempo para retenerse más en la división.

Más de una vez participé en grandes maniobras de la circunscripción, extrayendo de ellas una experiencia táctico-operativa valiosísima. Hay que rendir el merecido tributo a Uborevich; al jefe del EM de la región militar, B. I. Bobrov; al jefe de la sección de preparación combativa, N. A. Shumovich, y a todo el aparato de la misma, que supieron organizar magistralmente las maniobras, los ejercicios bilaterales y analizar los resultados.

Recuerdo en particular las maniobras de 1936 y, sobre todo, el paso del río Bereziná, el mismo donde, en 1812, Napoleón perdió a los restos de su ejército al retirarse de Rusia.

Sabíamos que a ellas asistirían el Comisario de Defensa, Kliment Efremovich Voroshilov, y otros altos jefes. Como es natural, todas las unidades esperaban anhelantes la llegada de Voroshilov. Y nosotros, los combatientes de la 4ª División de Cosacos del Don que llevaba su nombre, dábamos por hecho que el Comisario de Defensa nos visitaría sin falta. Pero ¿cuándo? Deseábamos que fuese con buen tiempo, para aparecer más animados y vistosos. Por desgracia, como ocurre a menudo en otoño, rompió a llover.

Concentradas las unidades divisionarias en la zona de forzamiento del río y convenientemente ocultas en el bosque, a 4-5 kilómetros del río, citamos a los comandantes al puesto de mando para impartirles las indicaciones verbales relativas a la cooperación táctica con las unidades vecinas después de cruzar el río. Todavía no habíamos desplegado los planos, cuando llegó al puesto de mando toda una hilera de automóviles. Del primero se apearon K. E. Voroshilov, A. I. Egorov e I. P. Uborevich. Me presenté al Comisario de Defensa y le informé brevemente de que la 4ª división se disponía a forzar el río y que los comandantes de las unidades se habían reunido en el lugar para recibir las últimas instrucciones.

—Está bien —dijo el Comisario— oiremos sus indicaciones. Voroshilov indagó con todo detalle la técnica de cruce del río por los tanques sobre la marcha. La profundidad del río superaba la altura del tanque *BT-5*. Después del informe detallado del comandante del regimiento mecanizado, el comisario de defensa se dirigió a los comandantes y comisarios de las unidades, que él conocía del Ejército de Caballería.

—¡Cómo ha cambiado nuestra caballería! —exclamó—. Durante la guerra civil, en todo el Ejército de Caballería, Budionny y yo disponíamos tan sólo de unos cuantos blindados primitivos. Ahora, cada división de caballería cuenta con todo un regimiento de excelentes tanques, capaces de vencer sobre la marcha difíciles obstáculos fluviales. ¿Qué piensas tú viejo amigo, de los tanques? —preguntó a F. Ya. Kostenko—. ¿No nos fallarán? ¿Tal vez sea más seguro el caballo?

—No, Kliment Efremovich —repuso Kostenko—. No olvidamos el caballo, el sable y la pica. Creo que es pronto aún para enterrar la caballería, todavía puede servir a la patria. Pero prestamos seria atención a los tanques, pues es una nueva arma móvil.

—¿Y qué piensa el comisario? —preguntó a A. S. Zinchenko, a quien también conocía del 1er. Ejército de Caballería.

—Me parece que el comandante ha hecho un informe correcto, Kliment Efremovich —contestó y añadió—. Yo sería un comisario malo, mejor dicho, inútil, del regimiento mecanizado si dudase del gran futuro del material blindado. Mi opinión es que hay que desarrollar con audacia las tropas blindadas, en particular las grandes unidades de tanques, de las que no andamos muy sobrados.

—Bueno, pues, Alexandr Ilich —dijo Voroshilov al jefe del Estado Mayor General— no molestemos al mando de la división. Les deseo éxito a todos, todavía nos veremos y cambiaremos impresiones.

Comprendimos que el comisario de defensa observaría personalmente el cruce del río, pues toda la columna de automóviles se dirigió al sector donde había de actuar nuestra división. Tras de una preparación artillera de 30 minutos, los destacamentos de vanguardia de las unidades divisio-

narias se aproximaron al río sobre un vasto frente. Una patrulla de aviones en vuelo rasante sobre la arteria fluvial tendió una cortina de humo, ocultando del «enemigo» las acciones del primer escalón de desembarco. Cuando el humo comenzaba a desvanecerse, las unidades de vanguardia se habían instalado ya en la ribera opuesta. En algunos puntos se oían «hurras», nutrido fuego de fusilería y disparos de artillería. Cuando la cortina se disipa por completo, vemos como 15 tanques del regimiento mecanizado irrumpen rugientes en la orilla «enemiga» y, disparando sobre la marcha, se acercan veloces a las unidades atacantes en la cabeza de puente. Pronto se halló toda la división al otro lado del río y, tras de arrollar al «adversario», siguió avanzando con éxito.

En el análisis de las maniobras, el comisario de defensa estimó en muy alto grado a nuestra división, elogió la buena organización del paso del río y el espíritu innovador de los tanquistas, que se arriesgaron a cruzar sobre la marcha un río tan profundo como el Berezíná.

En las reuniones regimentales hablamos de ello a los soldados, sargentos y oficiales. Y permanecieron largo rato sin retirarse a sus alojamientos, intercambiando animadamente sus impresiones de las pasadas maniobras.

A la mañana siguiente se celebró un gran desfile. El tiempo era espléndido y el sol parecía calentar complaciente nuestros corazones. Las tropas que habían intervenido en las maniobras, después de formar, esperaban la voz de «atención» para recibir al comisario de defensa.

Me pareció ver a los comandantes de la 4ta. división más emocionados que los demás. Pero no, sus rostros, igual que los semblantes del resto de la tropa, aparecían tranquilos, seguros de que todo saldría bien. Resonó la orden: «¡atención!» «¡Alineación derecha!» Llegaba el comisario de defensa.

Breve parte del jefe de la región militar, I.P. Uborevich, y el comisario se acerca a las tropas. Ha terminado la revista de las unidades de infantería. La banda de la división entona una marcha. El comisario, montado, se dirige a galope tendido hacia nuestra división. Voroshilov hace su primer alto ante el 19 regimiento de caballería del Manich,

al frente del cual más de una vez se lanzó al ataque contra las fuerzas de guardias blancos rusos y polacos.

—¡Salud, camaradas! —clama Voroshilov con cálida cordialidad, abarcando con la mirada a los combatientes.

Después de pasar revista a la 4ta división, vuelve a galopar hacia la 6ta división de cosacos de Chongar, unidad también célebre por sus proezas en la guerra civil. Junto con la nuestra, había peleado bajo los estandartes del 1er ejército de caballería.

Luego, Voroshilov sube a la tribuna y pronuncia un discurso aludiendo a la política y las medidas del partido en la construcción del socialismo, al panorama internacional y la necesidad de robustecer la defensa del país, y felicita a las tropas por el éxito de las maniobras de otoño. Después, a los viriles acordes de la música, se pone en marcha la infantería, marcando enérgicamente el paso. Le sigue la caballería.

Por lo general, la caballería solía desfilar al trote. Esta vez convencimos al jefe para que nos permitiera hacerlo a galope corto. Pero resultó que el galope corto, al acercarse a la tribuna se tornaba en galope largo, y cuando llegaron los carros de las ametralladoras las famosas «tachankas» el aire era ya de carrera. El comandante del cuerpo, S.K. Timoshenko, me miró inquieto, pero yo no podía hacer ya nada. Las «tachankas» volaban como flechas. Sólo temíamos que saltara una rueda de alguna de ellas, cosa que ocurría a veces en los desfiles, incluso en Moscú. Observé al comisario de defensa y me sentí aliviado. Sonreía a placer saludando con la mano a los bizarros ametralladores de la división.

En los años siguientes, la 4ta división de cosacos del Don participó siempre en las maniobras de la circunscripción. Acudía bien adiestrada, y jamás dejó de ser mencionada en la orden del día.

Recuerdo uno de los ejercicios que precedieron a las maniobras, realizado en el sector de la ciudad de Slutsk bajo el mando de I. P. Uborevich y de su adjunto, S. K. Timoshenko.

El tema del ejercicio era: *Combate de encuentro de la división de infantería con una división de caballería.*

Por entonces, la división de infantería era ya una unidad de combate bien equipada. Si diez años atrás, con 12 800 hombres, iba dotada de 54 piezas de artillería, 189 ametralladoras pesadas y 81 fusiles ametralladores, en 1935, con los mismos efectivos aproximadamente, disponía ya de 57 tanques, hasta de un centenar de cañones, 180 ametralladoras pesadas, más de 350 fusiles ametralladores y 18 ametralladoras antiaéreas.

El ejercicio comenzó una madrugada de setiembre. El tiempo era bueno. El frescor otoñal confortaba a los combatientes, todos daban muestras de excelente moral. La misión táctica se dio a conocer ya en la víspera, y durante la noche las unidades divisionarias se prepararon para el ataque. En la primera etapa había que tomar y franquear un angosto desfiladero.

La maniobra era muy importante, en especial para las unidades de vanguardia, puesto que tras la ciénaga emergía una línea de alturas, de valor táctico, pues dominaban una extensa zona. La propia configuración del terreno permitía el despliegue de la división sobre un amplio frente, factor nunca desdeñable en las batallas de encuentro. Como destacamento de vanguardia de la división decidimos designar a una parte de las fuerzas del 4º regimiento mecanizado, integrada por tanques ligeros, blindados, infantería mecanizada y artillería. Ese destacamento, gracias a su movilidad, nos aseguraba tomar y rebasar rápidamente el desfiladero, saliendo a líneas de importancia; nos facilitaba además entrar rápidamente en contacto con el «enemigo».

Por las distancias más cortas, apartadas de la dirección de la columna, donde la visibilidad del terreno era limitada, enviamos patrullas de caballería. En cuanto la radio nos anunció el paso del desfiladero por la vanguardia y la llegada de las unidades de cabeza a la primera línea, dimos orden por radio al grueso de las fuerzas de que atravesaran escalonadamente el desfiladero con el fin de alcanzar las bases de partida para tomar la línea principal.

Dos horas después, el grueso de las fuerzas, tras de salvar el espacio pantanoso, salió a sus direcciones. El puesto de mando y el EM de la división hallábanse en el centro del dispositivo. Por los informes de la vanguardia y de su servicio de reconocimiento, supimos que al encuentro de nuestra

división avanzaban en la dirección principal una columna formada por dos regimientos con artillería, más un regimiento de infantería reforzado con artillería formando otra columna. Los servicios de información del «adversario» habíanse despegado de las vanguardias de 6 a 8 kilómetros. Y dado que la aviación de reconocimiento no volaba, deducimos que «el enemigo» todavía no nos había descubierto.

Como siempre, inesperadamente, llegó al puesto de mando el jefe de ejército de I grado, I. P. Uborévich, acompañado de S. K. Timoshenko.

—¿Qué noticias tienen del «enemigo»? ¿Dónde están las unidades de su división? —inquirió.

Yo mostré en el plano la situación de las unidades del «enemigo» y el dispositivo de la división a mi mando. Uborévich pidió que marcásemos en su plano el lugar donde yo pensaba atacar al «enemigo» y la dirección de los ataques de los regimientos.

—Es una decisión provisional, por supuesto, si no se operan serios cambios en la situación —aclaré.

Por el rostro de Timoshenko comprendí que había dado en el blanco. Ello me infundió más seguridad.

—¿Cómo hará llegar su orden a los regimientos y dónde se hallará usted durante la aproximación y el comienzo del combate? —preguntó Uborevich.

Expliqué:

—En la columna derecha del 20 regimiento, que tiene como misión fijar al «enemigo», con el regimiento irá el jefe de la sección de operaciones, Arjipov. El 19 regimiento, reforzado con un grupo de artillería y un escuadrón de tanques, atacará al grueso de las fuerzas del «enemigo» de frente. La orden la entregará mi segundo, el comandante de brigada Dreyer. Al grueso de las fuerzas de la división, que deberá flanquear la agrupación «enemiga» y atacarla desde la retaguardia, le entregaré la orden yo mismo. Allí estaré hasta el final del combate. Ahora, al tiempo que parten mis enlaces, daré breves órdenes por radio.

—Le deseo éxito —dijo Uborevich y, subiendo al coche con Timoshenko, partió en dirección al «enemigo».

Así nos despedimos. Los regimientos 19 y 20 entablaron combate frontal con el «adversario» que se aproximaba, lo que permitió a nuestras fuerzas principales orientarse en la situación.

¡Pero qué despreocupado resultó nuestro «adversario»! Lo envolvimos por el flanco y desplegamos el grueso de nuestras fuerzas por su retaguardia, sin que nos advirtiera. Nos paramos en una altura y vimos que uno de los regimientos del «enemigo», tras de volver su frente hacia el oeste, trababa combate contra nuestro 19 regimiento, que había ocupado una excelente posición de fuego. Otro regimiento inició un movimiento envolvente por un campo labrado, al parecer con objeto de atacar de flanco al 19 regimiento, que el «adversario» había tomado por el grueso de nuestras fuerzas.

En aquel momento salieron de unos bosquecillos y avanzaron en formación de combate nuestros tanques, tras los cuales seguían en orden de aproximación las fuerzas principales de la división. Los carros y la artillería abrieron intenso fuego. Luego se oyó un enorme «hurra» lanzado por miles de voces. Como suele suceder en los combates de encuentro, lo que acaeció luego es difícil de comprender.

¿Y qué ocurrió de hecho? ¿Qué parte maniobró mejor, se desplegó con mayor rapidez y atacó con más éxito? Esto lo supimos sólo en el análisis que hizo en el terreno personalmente el jefe de la región militar, I. P. Uborevich.

Después de señalar toda una serie de defectos de importancia en las acciones de la 4ta división de infantería, Uborevich dijo que la 4ta división de caballería le había producido buena impresión.

Para nuestros jinetes fue grato el elogio del jefe, pero al propio tiempo nos disgustaron sinceramente los desaciertos de la 4ta división de infantería, que formaba parte de nuestra misma guarnición y con la que nos unían lazos de amistad.

En las maniobras, de nuevo tuvo mala suerte el mando de esta división. En el sector de Trostianets (no lejos de Minsk) volvió a caer en un cerco con otras divisiones. Y lo peor fue que actuó torpemente para salir de la bolsa. También esta vez su principal «adversario», como en Slutsk, era nuestra 4ta división de caballería.

Escapar de un cerco es, quizás, el tipo más difícil y complicado de las acciones combativas. Para romper con rapidez el frente del adversario se requiere del mando alta pericia, gran fuerza de voluntad, capacidad de organización y, sobre todo, una dirección precisa de las tropas.

El reagrupamiento oculto de las unidades para alcanzar al sector de ruptura, el potente fuego de la artillería y la aviación, el ataque impetuoso contra el adversario, impedir su observación artillera mediante cortinas de humo, son garantía del éxito de la ruptura y la salida del cerco. Por desgracia, el mando de la división no pudo organizar esas acciones.

En 1936, I. P. Uborevich inspeccionó por última vez nuestra división.

Gracias al esfuerzo de todo su personal, la unidad hallábase en excelente estado. Su preparación política, la disciplina, el nivel general de organización y su buena disposición combativa merecieron las calificaciones de «bueno» y «excelente». Uborevich, siempre parco en elogios, felicitó calurosamente al personal y a muchos les hizo valiosos regalos.

En 1937 fue nombrado jefe de la región militar de Bielorrusia I. P. Belov.

Echando una mirada retrospectiva, debo decir que el mejor jefe de la región militar fue el comandante de ejército de I grado, I. P. Uborevich. Nadie contribuyó tanto a la preparación tácticoperativa de los cuadros de mando y los estados mayores de las unidades como Uborevich y su EM.

Ejercí en el mando de la división más de cuatro años, y todo ese tiempo me guió una sola idea: hacer de la unidad que me había sido confiada la mejor del Ejército Rojo, la más avanzada. A la preparación de la división dedicamos gran esfuerzo, energía y trabajo, para sacarla a flote, enseñar a los mandos y los estados mayores el arte de la táctica moderna, la organización y los métodos de dirección de las unidades y de la división en su integridad.

No me atrevo a decir que lo hiciéramos todo. Hubo errores y faltas por nuestra parte, pero sí puedo afirmar con la conciencia tranquila que los jefes e instructores políticos

se consagraron a la obra de instruir y educar a la tropa con plena dedicación.

En su conjunto, la vida del ejército entre 1929 y 1936 estuvo ante todo asociada a la ejecución del programa leninista de la construcción del socialismo. A tenor del auge económico del país, de los adelantos de la ciencia y la técnica, el ejército, la aviación y la marina se proveyeron de material nuevo, se perfeccionó la estructura orgánica de las tropas, impulsándose la formación técnica de los cuadros. Auspiciaron fecundamente la educación patriótica del ejército el continuo robustecimiento de la unidad sociopolítica e ideológica del pueblo, fruto del triunfo del socialismo, la sólida amistad entre los pueblos de la URSS y el predominio de la concepción materialista.

No es casual que en este capítulo y en otros precedentes me haya detenido en diversos ejercicios y maniobras. Es que el dominio práctico por el ejército del nuevo material, de todas las vertientes, de por sí ya bastante complejas del arte militar, era por aquellos años la constante de nuestro desarrollo.

El Consejo Militar Revolucionario de la URSS, los aparatos central y regionales del comisariado de defensa, los mandos superiores, medios e inferiores, los organismos políticos, las organizaciones del partido y del komsomol, los combatientes de todas las armas resolvían con tesón, yo diría incluso con celo y entusiasmo, las tareas planteadas por el CC del Partido y el Consejo de Comisarios del Pueblo para la asimilación del nuevo material y de la táctica, que, al unísono con aquel, se perfeccionaba. Muchos pilotos dominaban brillantemente sus aviones, en las tropas de tierra sumaban millares los distinguidos en la preparación combativa y política.

Claro que no en todas partes marchaban las cosas bien. El adiestramiento de las tropas era a menudo insuficiente, máxime en las complejas condiciones dadas; en muchas unidades fallaba la dirección, los estados mayores no habían aprendido aún a organizar con rapidez y precisión la coordinación de las diferentes armas en el combate. Pero en su conjunto, gracias a la tenaz labor con los cuadros, se logró en los últimos años un viraje respecto al dominio del arte militar por los jefes de los estados mayores y las tropas.

A este respecto, fueron muy significativas las maniobras del otoño de 1936, practicadas en nuestra circunscripción de Bielorrusia al objeto de verificar el entrenamiento estival de las tropas. Participaron en ellas grandes formaciones saturadas de material. Los mandos y las tropas en su conjunto acreditaron su aptitud para conducir el combate en cooperación con todas las armas en los cambios rápidos de la situación. Estos y otros ejercicios patentizaron el creciente poderío del Ejército Rojo, su calidad de ejército de primera clase.

Cuando me destinaron a otro cargo, tomó el mando de la división el comandante del 21 regimiento de caballería, I. N. Muzychenko.

Han trascurrido desde entonces más de 30 años, pero aún conservo los mejores recuerdos de los jefes, instructores políticos y soldados de la 4ta división de cosacos del Don.

CAPÍTULO VI

En el mando del 3er cuerpo de caballería y del 6to de cosacos

Corría el año 1937. Los dos decenios de existencia del poder soviético, veinte años de dura lucha y de esplendentes victorias, el auge de la economía y la cultura y los eminentes progresos en todos los sectores de la construcción del socialismo testimoniaron la grandeza de las ideas de la Revolución de Octubre.

Se había hecho mucho, inauditamente mucho para un plazo histórico tan breve. Antes de la industrialización, el nivel técnico de nuestro país era cuatro veces inferior al de Inglaterra, cinco al de Alemania y diez al de los EE.UU. En los años del I (1929-1932) y del II (1933-1937) planes quinquenales aparecieron numerosas ramas nuevas de la industria, avanzaron mucho la metalurgia, la química, la energética y la construcción de maquinaria. La producción global de la industria en 1937 era cuatro veces superior al de 1929, y comparada con 1913, en el año prebélico de 1940 la producción de maquinaria y procesamiento de metales aumentó 35 veces. Durante los planes quinquenales de preguerra se construyeron cerca de 9 000 grandes empresas industriales, surgió una nueva y potente base industrial en el este del país, que tan útil nos fue durante la gran guerra patria. En su conjunto, la URSS, por el volumen de la producción industrial y el equipo técnico de las nuevas empresas industriales, pasó a ocupar el primer lugar en Europa y el segundo en el mundo.

Cuando ahora hablamos con los jóvenes de tales temas, no advertimos que estos datos y cifras les causen particular emoción. Tal vez en cierto sentido sea ello natural. Son otros los tiempos y también las magnitudes, las preocupaciones y los acicates. Mucho de lo hecho recibiéronlo ya preparado y los primeros peldaños de la escalera por la que ascendimos ya no se ven. Mas para quienes han cumplido ya los 50, y máxime para nosotros, los que conocimos la época anterior a la Revolución, esas cifras son muy elocuentes. Nosotros las estudiábamos, nos sentíamos orgullosos de ellas, las aprendimos de memoria. Tal vez, más que nada, porque eran retazos de nuestra vida, de nuestro esfuerzo, a menudo rayano en el autorrenunciamiento, siempre acompañado de la fervorosa convicción de que de nuestro esfuerzo dependía el bienestar general...

No es mi propósito moralizar, quejarme de la juventud de hoy, cosa en nuestros días tan en boga. Sólo quiero decir que, a lo largo del tiempo, si no con el corazón, al menos con el entendimiento, comprenda la joven generación que el ritmo del desarrollo de preguerra es un magno testimonio de la médula progresista de nuestro sistema, que a esos tiempos retornarán aún muchas veces los historiadores, sociólogos, filósofos y publicistas para describir y estudiar los secretos, los resortes de un avance tan impetuoso de la nueva formación social.

Así, pues, habíase echado el sólido cimiento para la defensa del país. ¿Qué aspecto ofrecía nuestro ejército después de la reconstrucción técnica, efectuada en los quinquenios de preguerra?

En su conjunto, se había convertido, de un ejército técnicamente atrasado, en avanzado, en moderno. Por la correlación entre las armas, su estructura orgánica y pertrechos, había alcanzado a los ejércitos de los países capitalistas industrializados.

Fueron montadas decenas y centenares de empresas de la industria de defensa. Recordemos que después de la guerra civil el país carecía de fábricas especiales de tanques, aviones, motores de aviación, potentes sistemas artilleros, material de transmisiones y otros equipos técnicos y armamentos. Casi en todo había que empezar de la nada. Dada la complejidad de la situación internacional, de la eventua-

lidad creciente de agresión por parte de los estados imperialistas, el partido trazó en los primero y segundo planes quinquenales ritmos de fomento para la industria de defensa superiores a los de otras ramas.

Requirióse de los científicos, ingenieros e inventores crear modelos de equipos militares y armamento que no cediesen a los extranjeros y pudieran aventajarlos en eficacia. Surgieron oficinas de diseño, laboratorios e institutos de investigación científica para cada arma, decenas de excelentes equipos de diseñadores que pusieron manos a la obra con entusiasmo.

La orientación general del desarrollo del armamento de infantería era simplificar sus mecanismos, aligerar su peso y elevar su cadencia de fuego. El célebre fusil ruso de tres estrías, construido por el capitán del ejército ruso Mosin, se modernizó. Pasaron a ser fabricados en serie el fusil automático de S. G. Simonov (modelo 1936), la carabina (modelo 1938), el fusil ametralladora de V. A. Degtiariov y las ametralladoras pesada, antiaérea y para aviones, basadas en él.

En 1938 es aceptada la primera ametralladora (fabricación nacional) de gran calibre Degtiariov-Shpaguin, con excelentes cualidades. En 1939 recibió el ejército una nueva ametralladora pesada sistema Degtiariov. La tropa acogió bien las metralletas para cartucho de pistola modelo Degtiariov *(PPD)* y en particular los nuevos modelos diseñados por G. S. Shpaguin *(PPSH)*. De 1930-1931 a 1938, la producción de fusiles acreció de 174 000 a 1 174 000; de ametralladoras, de unas 41 000 a 74 500. Por la cantidad de ametralladoras y fusiles ametralladores y por el número de balas por minuto y por soldado, el Ejército Rojo, a finales del segundo plan quinquenal, sobresalía de los ejércitos capitalistas coetáneos[1].

Creció rápidamente la fabricación de tanques. Durante el primer plan quinquenal se construyeron 5 000, y a finales del segundo disponía ya el ejército de 15 000 tanques y tanquetas de ellas 12 000 de los tipos principales. Todas estas máquinas distinguíanse por su elevada potencia de fuego y

[1] Archivo del Ministerio de Defensa de la URSS, fondo 7, inventario 21 536, expediente 75, hojas 54-55; fondo 1, inventario 1 762, expediente 66, hojas 192-199.

velocidad. Por entonces nuestros posibles adversarios carecían de máquinas de tipos análogos con tales cualidades. Cierto que no poseían gran capacidad de maniobra y eran muy vulnerables por el fuego artillero. Su calidad técnica y combativa estaba todavía a un nivel relativamente bajo y se inutilizaban con frecuencia. Los tanques eran accionados a bencina, por lo que se incendiaban con facilidad, su blindaje también dejaba que desear.

La producción anual de tanques, de 740 en 1930-1931 totalizó 2 271, en 1938.

El incremento de los tanques aparejó cierta subestimación a la artillería. Algunos militares pensaban incluso reducir la artillería de cañones a los tipos universales y semiuniversales. El CC del Partido señaló lo erróneo de tal tendencia y la justa correlación entre cañones y obuses. A partir de fines de 1937, algunas importantes fábricas de maquinaria pasan a producir equipos artilleros, al par que se potencian las especializadas. En 1930-1931 fabricábanse anualmente 2 000 cañones; en 1938, más de 12 500. En 1937 aparece el cañón-obús de 152 mm y se perfecciona el cañón de 122 mm. Y en 1938 empieza a producirse el obús de 122 mm.

Eran todas armas de calidad. El cañón antitanque de 45 mm, por ejemplo, podía perforar la coraza de los tanques de todos los tipos que a la sazón poseían los ejércitos de los países capitalistas.

A comienzos de 1939, el número de piezas de artillería del ejército ascendió de 17 000 (1934) a casi 56 000. Cierto que algunos tipos anticuados permanecieron excesivo tiempo en activo, múltiples problemas del equipo artillero aguardaban aún solución.

Durante el segundo quinquenio fue dotada la infantería de morteros de 50 mm. Mucho antes de la guerra, el prominente diseñador B. I. Shavyrin creó los morteros de 82 y 120 mm. Pero la masiva dotación del ejército con morteros data de más tarde.

La reconstrucción técnica transformó a nuestras fuerzas aéreas. La industria de aviación asimiló la producción en masa de diversos modelos propios de aviones. Nuestros pilotos militares dispusieron de los bombarderos ligeros bimotores *SB*, el bombardero pesado *TB*-3, bombarderos de

largo radio y los veloces y supermaniobrables cazas *I-15* e *I-16*.

¿Quién no recuerda los legendarios vuelos de M. Gromov, V. Chkalov y V. Kokkinaki? Piloteaban aparatos de construcción soviética. En 1937 nuestros pilotos establecieron cerca de 30 récords mundiales de altura, velocidad y longitud de vuelo. Por tanto, el nivel técnico de la aviación soviética no era en aquellos años inferior al extranjero. Por desgracia, las posibilidades económicas no nos permitían aún entonces fabricar en masa tan espléndidos modelos. En cuanto a la cantidad, la industria de aviación, en consonancia con las demandas de la época, en 1938 lanzó ya cerca de 5 500 aparatos, contra 860 en 1930.

Los progresos de la industrialización socialista permitieron asimismo elevar en alto grado el nivel técnico y la capacidad de combate de la flota naval. De 1929 a 1937 se botan 500 buques de guerra y auxiliares de tipos diversos. A iniciativa del CC del Partido creóse en 1932 la Flota del Pacífico, y en 1933 la Flotilla militar del Norte, fortaleciéndose al par las flotillas del Caspio, del Amur y del Dnieper. Es impulsada la construcción de grandes barcos para la flota oceánica, así como la producción en serie de submarinos tipo *K*, *L*, *SCH* y *S*; lanchas torpederas; destructores; cruceros ligeros tipo *Kirov y Chapaiev;* se emplaza baterías de costa y refuerza la aviación marítima. A fines de 1937 fue constituido el Comisariado del Pueblo de la Industria Naviera y trazado un plan de construcción de una gran flota para el nuevo quinquenio.

Después del requipamiento técnico del ejército y la marina era lógico el paso del sistema mixto (territorial-regular) al principio único de organización regular de nuestras fuerzas armadas. Pues el nuevo material modificaba de raíz los métodos de conducir la guerra, planteando nuevas tareas, peculiares y complejas, en la utilización de las armas y su cooperación en el combate. Los breves llamamientos eran ya insuficientes, requeríanse plazos más prolongados, una educación militar consecuente y sistematizada. Las posibilidades económicas del país (sostener un ejército activo costaba, claro, bastante más) permitían dar ese paso.

El Buró Político del CC del Partido y el gobierno aprobaron las proposiciones del Consejo Militar Revolucionario de la

URSS enderezadas a elevar el número de divisiones regulares y fortalecer el núcleo profesional en las restantes unidades territoriales. Este proceso iba acompañado de un incremento de los efectivos del Ejército Rojo. En 1933 alineaba 885 000 hombres, y a finales de 1937, más de millón y medio. El número de divisiones en activo se decuplicó. El tránsito al nuevo sistema culminó hacia 1939. A finales de 1938 integráronse casi por completo en él las divisiones de infantería de las circunscripciones fronterizas.

Debíamos estar permanentemente prevenidos para encarar cualquier contingencia. Las grandes potencias capitalistas habían empezado a desarrollar ejércitos masivos y asignaban crecientes recursos a los preparativos de una nueva guerra. La parte correspondiente a los gastos militares en los presupuestos del Japón, entre 1934 y 1938, ascendió del 43 al 70%; la de Italia, del 20 al 52%; triplicándose casi la de Alemania: de 21 a 61%.

En 1935, la Italia fascista invade Abisinia; en 1936, Alemania e Italia intervienen contra la República Española. Ya habían comenzado las batallas y las luchas no sólo y no simplemente de unos países contra otros, sino en un plano más amplio, de las fuerzas de la reacción y el fascismo contra las de la democracia y el socialismo.

Quienes han sobrepasado los cincuenta recuerdan bien como, en cumplimiento de nuestro deber internacional, ayudamos nosotros al gobierno legítimo y al pueblo de la República Española con todo cuanto pudimos: armamento, víveres, medicamentos. Movidos por un impulso romántico, revolucionario —fueron voluntarios a España— pilotos, tanquistas, artilleros, simples soldados y prominentes jefes militares.

En general era característico para aquellos tiempos un gran auge interno. Si nos referimos al país en su conjunto, la economía y la cultura prosperaban con ritmo impetuoso. La vida mejoraba a ojos vistas, millares de entusiastas establecían récords en la industria y el agro. Recordamos cómo sonaron sus nombres por todo el país.

Un pueblo grande precisa siempre de magnas ideas y de próceres nombres, para que haya en qué creer y a quién seguir.

En el ejército privaba el afán de estudiar, de dominar bien su cometido. Podía estimarse altamente las calidades morales y políticas de las tropas. Ese ambiente era propiciado por la ingente labor del partido para elevar la cultura general de las masas de soldados rojos, por el sistema de instrucción superdesarrollado y el cambio de la composición misma de los cuadros militares.

Hacia 1937, el Ejército Rojo estaba compuesto enteramente por hombres instruidos. Integraban sus filas jóvenes que poseían ya las especialidades de tractoristas, choferes, conductores de cosechadoras, etc. Se dedicaban colosales recursos a la obra cultural y educativa: más de 200 millones de rublos al año. El fondo de las bibliotecas del Ejército Rojo rayaba en los 25 millones de ejemplares, y el personal castrense suscribíase a innúmeras publicaciones periódicas; proliferaban las Casas del Ejército Rojo, los centros de radio, las instalaciones de cine fijas y móviles, los clubs. El ejército intervenía activamente en la vida política del país.

En 75 centros de enseñanza militar estudiaban jóvenes con escolaridad no inferior a siete grados. El komsomol, que patrocina a las fuerzas del aire, proporcionaba a la marina y a la aviación millares de excelentes mozos, de entre los que salieron magníficos pilotos, comandantes e instructores políticos. El proceso de formación constantemente perfeccionábase, los planes de estudio saturábanse de disciplinas teóricas y ejercicios prácticos, para el empleo adecuado de los nuevos pertrechos en el combate. Se hacía especial hincapié en la forja de cuadros para las nuevas armas y servicios del ejército que progresaban a gran ritmo y que, por lo general, eran objeto de resoluciones especiales del CC del Partido. Ampliábanse los estudios militares superiores. A fines del segundo quinquenio funcionaban ya trece academias, un instituto y cinco facultades militares en los centros civiles de enseñanza superior.

Se operaron saludables cambios en la composición de clase del ejército. De los viejos especialistas militares quedaron sólo aquellos que habían sido comprobados por la vida misma, los leales al poder soviético, y los nuevos profesionales eran ya obreros y campesinos de ayer que habían cursado la escuela de la guerra civil o recibido instrucción técnica y educación política en los centros de enseñanza mi-

litar. Los obreros y campesinos integraban hacia 1937 más del 70% de los mandos, y más de la mitad de los jefes eran comunistas y komsomoles.

En suma, los asuntos marchaban bien. Cierto que la Unión Soviética, por el momento, construía sola el nuevo mundo, ceñida por el hostil cerco capitalista, los servicios de inteligencia extranjeros no escatimaban fuerzas y recursos para entorpecer la obra de nuestro pueblo. Pero el país y el ejército se fortalecían rápidamente, de año en año, las vías del desarrollo económico y político estaban claras, aceptadas y aplaudidas por todos, entre las masas cundía el entusiasmo laboral.

Tanto más antinaturales, en pugna absoluta con las esencias del régimen y la situación concreta del país en 1937, eran los infundados arrestos practicados en el ejército aquel año.

Fueron detenidos destacados militares, lo que, naturalmente, no podía menos de hacer cierto impacto en el desenvolvimiento de nuestras fuerzas armadas.

En 1937, por orden del comisario de defensa fui destinado para mandar el 3er cuerpo de ejército de caballería, cargo que desempeñé unos siete meses. Luego, al ser designado el comandante del 6to cuerpo de cosacos E. I. Goriachev subjefe de la región militar especial de Kiev, me fue propuesto el mando de ese cuerpo. Acepté. Por su preparación y estado general, el 6to cuerpo aventajaba al 3ro y, además, encuadraba la 4ta División de Cosacos del Don. Yo la había mandado más de cuatro años y, naturalmente, sentía por ella singular afecto.

Para el mando del 3er cuerpo se designó a Ya. T. Cherevichenko, antiguo y experto oficial de caballería.

En el 6to cuerpo debí realizar una intensa labor operativa. Sobre todo, elaborábamos lo concerniente al empleo de la caballería en el ejército de caballería mecanizado. En aquel entonces eran cuestiones de capital importancia. Suponíamos que el ejército de caballería mecanizado, con 3-4 divisiones montadas, 2-3 brigadas de tanques, 1 división de infantería motorizada, en estrecha cooperación con la aviación de bombardeo y caza y, posteriormente, con unidades de desembarco aéreo, podía cumplir importantes misiones,

en el sistema del frente, y cooperar al éxito de los planes estratégicos.

Comprendíamos que el futuro pertenecía en grado considerable a las formaciones de tanques y mecanizadas, y por ello estudiábamos en todos sus pormenores lo referente a la cooperación con las unidades de tanques y la organización de la defensa antitanque en las operaciones.

Prácticamente, en los ejercicios y maniobras, tanto en el 3er cuerpo como en el 6to, tuve que que actuar con la 21 brigada independiente de tanques (comandante, M. I. Potapov) o con la 3ª (comandante, V. V. Novikov). Los tres habíamos servido juntos y nos comprendíamos «en situación de combate» sin necesidad de palabras.

El 6to cuerpo de cosacos, por su preparación de combate, superaba a otras unidades· Además de la 4ta división del Don, descollaba la 6ta de Chongar, igualmente bien adiestrada, especialmente en los aspectos táctico, hípico y de tiro. Hay que resaltar el mérito de su ex comandante, L. Ya. Vainer, que dedicó gran esfuerzo y energía a potenciar la división.

Algo más floja era la 29 de caballería, acantonada en la ciudad de Osipovichi, al mando de K. V. Pavlovski, hombre de carácter y temperamento impropios para la caballería. Además, cedía a los otros mandos en capacitación general.

Mandaba entonces la región militar el comandante de ejército de I grado, I. P. Belov. En el otoño de 1937 realizó con pericia las maniobras de la circunscripción, a las que en calidad de invitados asistieron generales y oficiales del EMG alemán. Las maniobras fueron observadas por el Comisario de Defensa, K. E. Voroshilov, y el jefe del Estado Mayor General, B. M. Shaposhnikov.

Después de I. P. Belov, se nombró para el mando de la circunscripción al comandante de ejército de II grado, M. P. Kovaliov.

A Kovaliov le conocía yo de la guerra civil. Al parecer, lo habían designado a título de ascenso del empleo de subjefe de circunscripción. Era un hombre sumamente afable, no discernía mal en materias estratégicoperativas, pero su fuerte era la táctica, que había asimilado teórica y prác-

ticamente muy bien. Era un poco más débil que Belov, templado, como suele decirse, en sus largos años de mando de numerosas circunscripciones.

A las unidades de la región militar llegaban nuevos hombres con insuficientes conocimientos y experiencia de mando. Debían esforzarse mucho para llegar a ser dignos jefes, capaces de educar a las tropas.

No puedo dejar de recordar a I. S. Kutiakov, con quien me unía una vieja amistad. Lo conocía desde hacía más de veinte años y siempre lo admiré como comandante y como hombre fuerte y volitivo. Kutiakov había sido soldado del ejército zarista. Gozaba de gran prestigio en su regimiento, y en los primeros días de la Revolución fue promovido por los soldados a jefe de la unidad. Ser elegido por los soldados del frente era un gran honor. Para ello había que poseer singulares dotes; ser en todo y siempre ejemplo para sus compañeros, poseer una inteligencia despejada y un corazón sensible, conocer y estimar a la gente, comprender sus pensamientos y afanes.

En la guerra civil, Kutiakov mandó una brigada de infantería de la 25 división de Chapaiev. Muerto Chapaiev, le sucedió en el mando de la división. Por sus méritos en los combates contra los guardias blancos, fue distinguido con tres órdenes de la Bandera Roja y otra similar de la República de Jorezma. En 1937, I. S. Kutiakov fue ascendido a subjefe de la región militar del Volga.

En la jefatura del 6to. cuerpo, trabajé intensamente en las cuestiones estratégico-operativas, pues consideraba no haber logrado todavía mucho en ese campo. Me daba clara cuenta de que el comandante de cuerpo en nuestro tiempo debe saber mucho y laborar con ahínco en el dominio de las ciencias militares.

Al leer materiales históricos de las pretéritas contiendas bélicas, las obras clásicas sobre arte militar y todo género de memorias, procuraba hacer deducciones sobre el carácter de la guerra moderna, de las operaciones y batallas en nuestro tiempo. Me fue de particular utilidad la elaboración personal de ejercicios tácticoperativos de división y cuerpo de ejército sobre el plano, entrenamientos de mando y Estado Mayor, maniobras con las tropas, etc.

Después de cada ejercicio, percatábame de que adquiría nuevos conocimientos y experiencia, lo cual era indispensable no sólo para mi formación personal, sino también para los jóvenes cuadros que me habían sido confiados. Qué alegría cuando el estudio o entrenamiento con alguna unidad, con el Estado Mayor o un grupo de oficiales nos reportaba un provecho palmario a todos. Yo lo valoraba como la mejor recompensa a mi labor. Si en un ejercicio nadie sacaba nada de nuevo y no extraía conocimientos del caudal del jefe superior, tal ejercicio, en mi opinión, era un reproche directo a la conciencia del comandante y recalcaba su incompetencia. Y por qué no decirlo: había comandantes que por sus conocimientos iban a la zaga de sus subordinados.

Si bien las cuestiones militares tuve que estudiarlas a fondo y de manera consecuente, paso a paso, así teórica como prácticamente, mi acceso a la teoría marxistaleninista fue un tanto esporádico, de lance en lance, con frecuencia sin sistema alguno y en forma fragmentada.

Eso no me ocurrió a mí solo entonces, sino a muchos otros comandantes también. Cierto que el partido se esforzaba por elevar el nivel ideológico de los cuadros de mando del Ejército Rojo. En todos los centros de enseñanza, el programa de marxismoleninismo estaba bastante saturado, pero, sin duda, se nos exigía mucho más en ese sentido. No muchos tuvieron la suerte de asistir a los cursos de la Academia Política Tolmachov.

En el mando del cuerpo de ejército comprendí la necesidad de estudiar seriamente las cuestiones políticas y del partido y a menudo me pasaba las noches leyendo las obras de los clásicos del marxismoleninismo. Confieso que no se me daban con facilidad, en particular *El Capital* de Carlos Marx y los tratados filosóficos de Lenin. Pero el sentido de responsabilidad me aguijoneaba. Luego me sentí satisfecho de no haber claudicado ante los obstáculos, de que me bastaran los ánimos para proseguir el estudio. Y ello me sirvió para discernir en las cuestiones de organización de nuestras fuerzas armadas y en la política interna y exterior de nuestro partido.

Al mismo tiempo que me esforzaba yo mismo, exigía de mis subordinados el estudio constante de la estrategia y táctica leninistas, sin las cuales no es posible dirigir las tropas,

instruirlas y educarlas, y cuando llegase el momento, combatir por la patria.

A fines de 1937, todos los comandantes de las unidades de la región militar fuimos convocados a una conferencia en la que se debatieron los balances y tareas en la preparación combativa de las tropas.

Hicieron uso de la palabra el jefe de la región M. P. Kovaliov y el miembro del Consejo Militar I. Z. Susaikov. La intervención de Kovaliov fue bien acogida. Hablaba con aplomo y conocimiento de causa, pero era evidente para todos que no estaba a la altura de Uborevich, ni siquiera de Belov. Saltaba a la vista que debía esforzarse mucho para llegar a ser un verdadero jefe de una circunscripción tan grande como lo era la región militar de Bielorrusia.

La conferencia acabó con unas indicaciones generales del Consejo Militar. No era lo que en tiempos de I. P. Uborevich, cuando toda conferencia iba acompañada de la demostración del nuevo material, de exhibiciones experimentales de las tropas de tierra y aire, ejercicios sobre el plano, e informes sobre diferentes temas históricos, etc.

En 1938, la instrucción de combate de las tropas transcurrió en lo fundamental normalmente, y las unidades del 6to cuerpo de cosacos llegaron al final del año con buenos índices.

A finales de 1938 me propusieron un nuevo cargo: el de subjefe de la región militar de Bielorrusia. Para el de primer subjefe, a la sazón habíase nombrado al comandante de cuerpo de ejército, F. I. Kuznetsov (el mismo Kuznetsov que en el primer período de la guerra mandó el frente noroeste). A mí me designaban en sustitución de I. R. Apanasenko, que pasaba a suplente de S. K. Timoshenko en la circunscripción de Kiev.

En tiempo de paz, mis funciones consistían en dirigir la preparación combativa de las unidades de caballería y las brigadas independientes de tanques, destinadas por el plan de movilización operativa para acciones conjuntas con la caballería. En caso de guerra, yo debía asumir el mando de una agrupación de caballería mecanizada, compuesta por 4 ó 5 divisiones montadas, 3 ó 4 brigadas independientes de tanques y otras unidades de refuerzo.

No sentía deseos de dejar el cuerpo de ejército, al que ya me había habituado. Pero la perspectiva de laborar con una gran unidad operativa era tentadora, y acepté.

En mi lugar, para el mando del 6to cuerpo de cosacos se designó al comandante de brigada A. I. Eremenko.

Después de despedirme de los comandantes e instructores políticos de las divisiones y demás unidades del cuerpo, partí para Smolensk, donde se hallaba el EM de la región militar de Bielorrusia. Me acogió con mucho afecto el jefe, M. P. Kovaliov.

La actuación en los 3ro y 4to cuerpos de ejército me proporcionó mucha experiencia y conocimientos y me sentí siempre reconocido a quienes me ayudaron en la tarea, a quienes trabajaron honestamente en aras de la gran obra de la defensa de nuestro país.

CAPÍTULO VII

La guerra no declarada en Jaljin-Gol

A finales de mayo de 1939, siendo subjefe de la región militar de Bielorrusia, me hallaba realizando en el sector de Minsk un simulacro en el campo. Participaban en él los jefes de las unidades de caballería y de algunas blindadas de la circunscripción y los jefes y oficiales de operaciones de los estados mayores.

El ejercicio ya había acabado y el 1ro de junio hacíamos su análisis en el puesto de mando del 3er cuerpo de ejército de caballería, en Minsk. De súbito, el comisario de división I. Z. Susaikov, miembro del Consejo Militar de la circunscripción, me comunicó que acababan de llamar de Moscú ordenando mi salida inmediata y que al día siguiente debía presentarme al comisario de defensa.

Tomé el primer tren que pasó, y la mañana del 2 de junio, me hallaba ya en el antedespacho de K. E. Voroshilov.

R. P. Jmelnitski, encargado de misiones especiales del comisario, me dijo que Voroshilov me esperaba ya.

—Entre. Mientras tanto ordenaré que le preparen la maleta para un largo viaje.

—¿Qué viaje?

—Pase. El comisario le dirá todo lo que haga falta.

Entré en el despacho y me presenté al comisario. Voroshilov se interesó por mi estado de salud, y me dijo:

—Las tropas japonesas han entrado por sorpresa en territorio de nuestra amiga Mongolia, a la que el gobierno soviético, por el tratado del 12 de marzo de 1936, se obligó a defender de toda agresión exterior. He aquí el plano del sector de invasión y la situación el 30 de mayo.

Me acerqué al plano.

—Aquí —indicó el comisario— por espacio de mucho tiempo han venido sucediéndose pequeños ataques de provocación a los guardafronteras mongoles, y aquí, las tropas japonesas —una agrupación de la guarnición de Hailar— han penetrado en territorio de la República Popular Mongola y agredido a las unidades de guardafronteras mongoles que cubren el sector del territorio al este del río Jaljin-Gol.

—Creo —prosiguió el comisario— que se trata de una grave aventura militar. De todos modos, la cosa no acaba ahí... ¿Puede usted salir inmediatamente en avión para allá, y, si es necesario, asumir el mando de las tropas?

—Estoy dispuesto a partir ahora mismo.

—Bien —dijo el comisario—. Tendrá listo el avión en el Aeródromo Central a las 16 horas. Vaya a ver a Smoródinov, reciba de él los materiales necesarios y póngase de acuerdo sobre el enlace con el Estado Mayor General. En el avión se le unirá un pequeño grupo de oficiales especialistas que se pondrá a disposición de usted. ¡Hasta la vista, le deseo éxito!

Después de despedirme del comisario del pueblo, me dirigí al EMG para ver a I. V. Smoródinov, subjefe interino del EMG, a quien conocía de antes. Sobre la mesa tenía desplegado un plano igual al del comisario de defensa. Me dijo que no podía agregar nada a la situación que me había esbozado el Comisario, por lo que la conversación versaría sólo sobre el enlace conmigo.

—Le ruego que, en cuanto llegue, vea qué ocurre allí y nos dé sinceramente su opinión.

Aquí me despedí de Smoródinov.

Nuestro avión no tardó en despegar y tomar rumbo a Mongolia. La última parada antes de salir de nuestro territorio fue en Chitá. Nos invitó el Consejo Militar de la circunscripción para informarnos. En el EM nos recibieron V. F. Yakovlev, comandante de la misma, y D. A. Gapanovich, miembro del Consejo Militar. Nos pusieron al tanto de los últimos acontecimientos: lo nuevo era que la aviación japonesa profundizaba muy al interior del espacio de la RPM y perseguía a nuestras máquinas tiroteándolas.

Hacia la madrugada del 5 de junio, llegamos a Tamtsak-Bulak, sede del Estado Mayor del 57 cuerpo de ejército especial, donde nos entrevistamos con su comandante, N. V. Feklenko, el comisario, M. S. Nikishev, el jefe del Estado Mayor A. M. Kuschev, y otros.

Poniéndonos al corriente de la situación, Kuschev observó que no se conocía lo suficiente.

Del informe deducimos que el mando del cuerpo ignoraba el verdadero estado de cosas. Yo pregunté a Feklenko si pensaba que se podía dirigir a las tropas a 120 kilómetros del campo de batalla.

—Claro que nos hallamos un poco lejos —respondió— pero el sector de los acontecimientos no lo tenemos preparado en el sentido operativo. Delante no hay un solo kilómetro de líneas telefónicas ni telegráficas, tampoco un puesto de mando dispuesto ni campos de aterrizaje.

—¿Y qué se hace para que haya todo eso?

—Pensamos enviar por madera y habilitar un puesto de mando.

Resultó que nadie del cuerpo de mando, a excepción del comisario, Nikishev, había estado en la zona de los acontecimientos. Propuse al comandante partir sin demora a la primera línea con el fin de estudiar en detalle la situación. Con el pretexto de que en cualquier momento podían llamarlo al teléfono desde Moscú, propuso que fuera conmigo Nikishev.

Por el camino, el comisario me describió pormenorizadamente el cuerpo de ejército, su capacidad de combate, el EM y algunos jefes e instructores políticos. Nikishev me causó

muy buena impresión. Era competente y conocía al personal, sus lados fuertes y flacos.

Un sondeo circunstanciado del teatro de los sucesos, los coloquios con los comandantes y comisarios de las unidades de nuestras tropas y del ejército mongol, y también con los oficiales de los estados mayores, nos permitieron comprender mejor el carácter y la dimensión de los hechos y determinar la capacidad combativa de las tropas japonesas. Precisamos los defectos en las acciones de las tropas nuestras y mongolas. Uno de los principales era la ausencia de una meticulosa observación sobre el enemigo.

Todo denotaba que no se trataba de un mero conflicto fronterizo, que los nipones no habían renunciado a sus objetivos de agresión contra el extremo oriente soviético y la RPM y que había que esperar para fecha próxima acciones de mayor envergadura.

Tras de evaluar la situación en su conjunto, llegamos a la conclusión de que con las fuerzas de que disponía nuestro 57 cuerpo de ejército especial en la RPM sería imposible atajar la aventura militar nipona, sobre todo si comenzaban acciones activas simultáneas en otros sectores y en otras direcciones.

De regreso al puesto de mando, y después de cambiar impresiones con el jefe del cuerpo, enviamos un informe al Comisario de Defensa. En él exponíamos brevemente el plan de acción de las tropas soviético-mongolas: mantener firmemente la cabeza de puente sobre la orilla derecha del Jaljin-Gol y, simultáneamente, preparar un contrataque desde la profundidad. Al día siguiente se recibió la respuesta. El comisario coincidía plenamente con nosotros en el enjuiciamiento de la situación y las medidas que trazábamos. El mismo día se recibió orden del comisario del pueblo destituyendo a N. V. Feklenko del mando del cuerpo de ejército y designándome jefe a mí.

Comprendiendo todo lo difícil del trance, solicité del comisario de defensa el reforzamiento de nuestras unidades de aviación y el envío al sector de operaciones, cuando menos, de tres divisiones de infantería y una brigada de tanques y fortalecer considerablemente la artillería, sin lo cual, en nuestra opinión, no podríamos vencer.

Un día después recibimos comunicación del EMG confirmando la aprobación de nuestras proposiciones. Se nos enviaban efectivos complementarios de aviación y, además, un grupo de pilotos compuesto por 21 héroes de la Unión Soviética al mando del célebre Ya. V. Smushkevich, a quien yo conocía bien de la circunscripción de Bielorrusia. Al propio tiempo, nos mejoraban el material de aviación: *I-16* modernizados y *Chaika.*

Los pilotos héroes de la Unión Soviética realizaron una gran labor de adiestramiento y educación y trasmitieron su experiencia de combate a los jóvenes pilotos, llegados como refuerzo. Los resultados no se hicieron esperar.

El 22 de junio, 95 cazas propios entablaron un encarnizado combate sobre el territorio de la RPM con 120 aparatos japoneses. En esta batalla aérea participaron muchos de los héroes de la Unión Soviética, quienes dieron una lección ejemplar a los pilotos nipones. El 24 de junio, la aviación japonesa repitió su ataque masivo, y de nuevo fue en firme batida. Derrotado, el mando japonés retiraba del combate los aparatos en desorden.

El 26 de junio aparecieron hasta 60 aviones en el área de «Mongolryba», cerca del lago Buir-Nur. Se entabló un combate duro y encarnizado con nuestros cazas. Según todos los indicios, en él contendían pilotos nipones más expertos y, no obstante, no pudieron vencer. Como supimos luego, el mando japonés había lanzado allí a las mejores fuerzas de sus unidades de aviación operantes en China.

En las batallas aéreas del 22 al 26 de junio, perdió el adversario 64 aviones.

Hasta el 1º de julio, si bien con menos tensión, siguieron casi a diario los combates aéreos. En esos encuentros, nuestros pilotos perfeccionaron su pericia y templaron su voluntad de victoria.

A menudo recuerdo con gratitud de soldado a los magníficos pilotos camaradas S. I. Gritsevits, G. P. Kravchenko, V. M. Zabaluev, S. P. Denisov, V. G. Rajov, V. F. Skobarijin, L. A. Orlov, V. P. Kustov, N. S. Guerasimov y a muchos, muchos otros. El comandante del grupo, Ya. V. Smushkevich, era un excelente organizador, admirable piloto y magistral experto en la técnica del combate aéreo.

Modesto sobre toda ponderación, competente jefe y comunista de principios, lo estimaban de verdad todos los pilotos.

La creciente actividad de la aviación enemiga no era casual. Veíamos que perseguía el fin de causar un serio desgaste a nuestra aviación y conquistar el dominio en el aire con miras a una gran operación ofensiva de las tropas niponas.

De hecho, como dilucidamos después, los japoneses habían concentrado durante el mes de junio sus tropas en el sector del Jaljin-Gol y las disponía para la operación denominada «Segundo período del incidente de Namonjan», inferida del plan de su agresión militar. El objetivo inmediato de la operación consistía en:

—cercar y destruir a toda la agrupación de tropas soviéticas y mongolas dislocadas al este del Jaljin-Gol;

—cruce del río y salida a su orilla occidental con objeto de batir a nuestras reservas; toma y ampliación de una cabeza de puente al oeste de dicha arteria fluvial como base de partida para ulteriores operaciones.

A tal fin, el enemigo trasladó del sector de Hailar tropas destinadas a operar, integradas en su 6º ejército.

La operación ofensiva proyectada, según cálculos del mando nipón, debería culminar en la primera mitad de julio, al objeto de finalizar antes de la entrada del otoño todas las acciones militares en territorio de la RPM. El mando japonés estaba tan seguro de su victoria que incluso había invitado al teatro de operaciones a corresponsales extranjeros y agregados militares para que presenciaran el triunfo de las armas niponas. Entre ellos había emisarios de la Alemania hitleriana y la Italia fascista.

Antes del amanecer del 3 de julio, el coronel I. M. Afonin, consejero superior del ejército mongol, se dirigió al monte Bain-Tsagan, para comprobar la defensa de la 6ª división de caballería mongola, y sorpresivamente descubrió allí tropas japonesas que habían cruzado ocultas por la noche el Jaljin-Gol y atacaban a las unidades mongolas. Con fuerzas superiores, los japoneses tomaron el monte y el sector adyacente. La 6ª división se replegó hacia el noroeste.

Percatado de la gravedad del trance, el coronel Afonin se personó inmediatamente en el puesto de mando de las tropas soviéticas (poco después, hacia el 15 de julio, el 57 cuerpo de ejército fue trasformado en la 1ª agrupación de ejército) e informó de la situación producida en el monte Bain-Tsagan. Estaba claro que en aquella zona nadie podía impedir que la agrupación nipona atacara por el flanco y la retaguardia al grueso de nuestras fuerzas.

En vista de ello, todas nuestras reservas fueron puestas en estado de alerta y se les dio la orden de avanzar en dirección al monte Bain-Tsagan y atacar al enemigo. A la 11 brigada de tanques, al mando de M. P. Yakovlev, le fue encomendado acometer al enemigo sobre la marcha. El 24 regimiento de infantería motorizada, reforzado con un grupo de artillería —mandado por I. I. Fediuninski— debería golpear en cooperación con la 11 brigada de tanques. La 7ª brigada motomecanizada del coronel A. L. Lesovoi embestiría desde el sur. En esa dirección concentrábase también el grupo acorazado de la 8ª división de caballería mongola.

En la mañana del 3 de julio, el mando soviético llegó a Bain-Tsagan. Se ordenó al grupo pesado del 185 regimiento de artillería practicar un reconocimiento en el monte y abrir fuego contra la agrupación japonesa. Y al par, a la artillería emplazada al otro lado del Jaljin-Gol (que apoyaba a la 9ª brigada motomecanizada), trasladar el fuego sobre el monte. Fue alertada toda nuestra aviación.

A las 7 de la mañana llegaron nuestros primeros grupos de bombarderos y cazas y empezaron a bombardear y ametrallar Bain-Tsagan. Importaba mucho sujetar y detener al adversario con el constante fuego de la aviación y la artillería en el monte hasta la llegada de nuestras reservas para el contrataque.

Con objeto de entorpecer que más fuerzas enemigas pasaran el río y se concentrasen en el área del monte, ordenamos intensificar el bombardeo y tener bajo el permanente fuego artillero el vado del Jaljin-Gol.

Cerca de las 9 de la mañana empezaron a llegar las vanguardias del batallón de avanzada de la 11 brigada de tanques.

La correlación de fuerzas en el sector del Bain-Tsagan era la siguiente.

El enemigo había conseguido concentrar en el monte más de 10 000 fusileros; nosotros podíamos concentrar algo más de mil. Los japoneses disponían de casi 100 cañones y hasta 60 piezas antitanque. Nosotros, poco más de 50 cañones, comprendidos los que apoyaban desde el otro lado del río.

En cambio, teníamos la heroica 11 brigada de tanques, dotada con cerca de 150 tanques, la 7ª brigada motomecanizada, con 154 máquinas blindadas, y el 8º grupo acorazado mongol provisto de cañones de 45 mm.

Así, nuestra ventaja principal consistía en las unidades blindadas, y decidimos aprovecharla sin demora, con objeto de batir sobre la marcha a las tropas niponas que acababan de cruzar el río e impedir que se fortificasen y organizasen la defensa antitanque. No se podía diferir el contrataque, pues el enemigo, al advertir la aproximación de nuestras unidades de tanques, se apresuró a tomar medidas de defensa y empezó a bombardear nuestras columnas de tanques, que no podían ocultarse, pues en cientos de kilómetros a la redonda no había ni siquiera matorrales.

A las 9 horas 15 minutos, me entrevisté con el comandante de la 11 brigada de tanques, Yakovlev, que iba en el grueso de las fuerzas del batallón de vanguardia y dirigía sus acciones. Después de cambiar impresiones sobre la situación, decidimos llamar a toda la aviación, acelerar la marcha de los tanques y la artillería y, no más tarde de las 10 horas 45 minutos, atacar. A las 10.45 las fuerzas principales de la 11 brigada desplegaron y atacaron sobre la marcha a las tropas niponas.

He aquí lo que anotó sobre estos eventos el soldado japonés Nakamura el 3 de julio en su diario:

«Varias decenas de tanques atacan de pronto a nuestras unidades. Se produce entre nosotros una terrible confusión: los caballos relinchan y huyen llevándose los avantrenes de los cañones; los vehículos corren en todas direcciones. En el aire son abatidos dos aviones nuestros. Todo el personal está desmoralizado. En labios de los soldados japoneses

menudean cada vez más las expresiones "terrible", "triste", "desmoralizados", "horroroso"».

El combate continuó el día y la noche del 4 de julio y sólo hacia las 3 de la madrugada del 5 la resistencia del enemigo quedó definitivamente sofocada. Las tropas niponas precipitábanse hacia el paso del río. Pero el puente lo habían volado sus propios zapadores, temiendo la ruptura de nuestros tanques. Los oficiales nipones se arrojaban al agua con todo el equipo, ahogándose literalmente a los ojos de nuestros tanquistas.

Los restos de las tropas niponas que tomaron el monte fueron aniquilados por completo en las laderas orientales, zona de los vados del Jaljin-Gol. Millares de cadáveres, una masa de caballos muertos, multitud de cañones aplastados y destrozados, morteros, ametralladoras y vehículos cubrían el Bain-Tsagan. En los combates aéreos de aquellos días se abatieron 45 aviones japoneses, de ellos 20 de bombardeo en picado.

El general Kamatsubara, jefe del 6º ejército nipón (el mismo que en otro tiempo fuera agregado militar en la Unión Soviética), al ver el feo cariz que tomaban las cosas, ya en la noche del 3 de julio se largó con su grupo de operaciones a la otra orilla del río. La retirada del general japonés con su séquito la describió así en su diario el suboficial Otani, del EM:

«El coche del general Kamatsubara se desliza suave y cauteloso. La luna ilumina el llano como si fuera de día. La noche es toda silencio y tensión, como nosotros. El astro nocturno dora el Jaljin en cuyas aguas resplandecen las bombas luminiscentes que lanza el adversario. Un panorama escalofriante. Por fin encontramos el puente y repasamos el río sin novedad. Dicen que nuestras unidades están cercadas por gran número de tanques enemigos y amenazadas de aniquilamiento. Hay que andarse con ojo».

La mañana del 5 de julio, en el Bain-Tsagan y sobre la orilla occidental del Jaljin-Gol todo quedó en calma. La batalla terminó con la derrota del grueso de las fuerzas niponas. Esta operación es un ejemplo clásico de defensa activa del Ejército Rojo, después de la cual los japoneses ya no se aventuraron a pasar a la otra orilla occidental del Jaljin-Gol.

Entre tanto, en la ribera oriental continuaba el combate con igual furia. El adversario, batido en el Bain-Tsagan, pudo retirar al otro lado del río los restos de sus fuerzas y trató de auxiliar al grupo de Yasuoka, que tenía la misión de fijar a nuestras fuerzas y que sufrió crecidas pérdidas sin tampoco lograr éxito.

La derrota de la importante agrupación japonesa en el Bain-Tsagan y el mantenimiento de la defensa en la orilla oriental del río fueron un gran estímulo para elevar el estado moral y político de nuestras tropas y de las unidades mongolas. Los soldados y oficiales, los comandantes de las unidades felicitaban sincera y cordialmente a sus vecinos y a sus amigos por la victoria.

El papel fundamental en la batalla de Bain-Tsagan lo desempeñaron la 11 brigada de tanques, la 7ª motomecanizada, el 8º grupo acorazado mongol, la artillería y las fuerza aéreas de cooperación. La experiencia de la batalla de Bain-Tsagan evidenció que las tropas de tanques y motomecanizadas, más la inteligente cooperación con la aviación y la artillería móvil eran el instrumento decisorio en operaciones rápidas con fines decisivos.

El enemigo se limitaba ahora a acciones de reconocimiento. Empero, el 12 de agosto, un regimiento de infantería reforzado con artillería, blindados y tanques, apoyado por 22 bombarderos, atacó al 22 regimiento de caballería mongol y ocupó en el sector sur del frente la altura Bolshíe Peskí.

El adversario realizaba una defensa activa en toda la línea: acarreaba madera, abría trincheras, construía fortines, preparaba una defensa reforzada con obras de ingeniería. Su aviación, tras de sufrir cuantiosas bajas (del 23 de julio al 4 de agosto, 116 aviones, circunscribíase a vuelos de reconocimiento y pequeños bombardeos del paso central del río, los emplazamientos artilleros y las reservas.

El mando de las tropas soviéticomongolas aprestaba cuidadosamente para no más tarde del 20 de agosto una ofensiva general con todo objeto de batir definitivamente las tropas que habían penetrado en el territorio de la República Popular Mongola.

A petición del Consejo Militar, llegaban apresuradamente de la Unión Soviética a la 1ª agrupación de ejército nuevas fuerzas y materiales.

Embarcóse un complemento de dos divisiones de infantería, una brigada de tanques, dos regimientos de artillería y otras unidades. Fue reforzada la aviación de bombardeo y de caza.

Para realizar la operación planeada, sumamente compleja, debimos trasportar por 650 kilómetros de terraplenes desde la estación de aprovisionamiento hasta el Jaljin-Gol, los siguientes pertrechos (en toneladas):

— munición de artillería:	18 000
— munición para la aviación:	6 500
— carburante y lubrificantes:	15 000
— víveres de todos los tipos:	4 000
— combustible:	7 500
— otros cargamentos:	4 000

Para el trasporte de las cargas antes de iniciar las operaciones se precisaban 3 500 camiones y 1 400 cisternas, mientras que la agrupación de ejército sólo disponía de 1 724 camiones y 912 cisternas. Después del 14 de agosto ascendieron a 1 250 y 375 respectivamente, llegados de la Unión Soviética. Pero hacían falta mucho más.

La mayor parte de los trasportes gravitaba sobre el parque automóvil de las tropas y los vehículos de los servicios de las unidades, comprendidos los remolques de la artillería. Apelamos a una medida tan extrema por carecer de otra salida y por considerar la defensa de nuestras tropas bastante sólida.

Los choferes —verdaderos titanes— hicieron lo imposible. Bajo un calor sofocante y los vientos sequizos, el recorrido de 1 200 a 1 300 kilómetros de los trasportes duraba cinco días.

En la organización de los servicios de retaguardia y los trasportes nos prestó gran ayuda la región militar de Transbaikalia. Sin ello, no hubiésemos podido, seguramente, concentrar en tan breve plazo las reservas de pertrechos y materiales indispensables para la operación.

Reputábamos factor determinante del éxito de la operación la sorpresa tácticoperativa, que debía impedir al adversario

aguantar nuestro ataque fulminante y emprender contramaniobra. En particular, teníamos en cuenta que la parte japonesa, carente de buenas unidades de tanques y tropas motomecanizadas, no podría trasladar con rapidez sus fuerzas de los sectores secundarios y de la profundidad de su retaguardia para lanzarlas contra nuestras agrupaciones de choque que atacaran los flancos de la defensa enemiga con objeto de cercar al 6º ejército nipón.

A fin de ocultar y mantener en el más riguroso secreto nuestros preparativos, el Consejo Militar de la agrupación de ejército elaboró, simultáneamente al plan de operaciones, otro de engaño tácticoperativo del adversario, que consistía en lo siguiente:

—ocultar los desplazamientos y la concentración de las tropas de refuerzo que llegaban de la Unión Soviética;

—ocultar los reagrupamientos de las fuerzas y medios realizados en la defensa al otro lado del Jaljin-Gol;

—trasladar en secreto las tropas y las reservas de materiales a través del Jaljin-Gol;

—practicar reconocimientos en las bases de partida, sectores y direcciones de acción de las tropas;

—asegurar el más riguroso secreto en las misiones de todas las armas que intervenían en la operación;

—practicar en secreto la exploración complementaria por todas las armas;

—realizar actos de desorientación y engaño del adversario para confundirle respecto a nuestros propósitos.

Así nos proponíamos dar al enemigo la impresión de que no tomábamos medidas de carácter ofensivo, de que nos dedicábamos a intenso trabajos defensivos y sólo defensivos. Para ello decidimos realizar todos los desplazamientos, concentraciones y reagrupamientos sólo durante la noche, cuando las posibilidades de la aviación de reconocimiento y la observación visual eran sumamente limitadas.

Hasta el 17-18 de agosto prohibimos terminantemente trasladar tropas a los sectores desde donde nos proponíamos atacar para alcanzar los flancos y la retaguardia de toda la agrupación enemiga. Los oficiales que ejecutasen los re-

conocimientos sobre el terreno deberían llevar uniformes de soldado y utilizar exclusivamente camiones.

Sabíamos que el enemigo practicaba la escucha de radio y telefónica, y trazábamos, con el propósito de engañarlos, todo un programa de mensajes por radio y teléfono. Sólo se hablaba de la defensa y de su preparación para la campaña de otoño-invierno. La desorientación por radio hacíase mediante un código fácil de descifrar.

Imprimimos millares de octavillas y varias instrucciones para el soldado en la defensa. E hiciéronse llegar al enemigo, para que viera la línea que seguía el adoctrinamiento político de las tropas soviético-mongolas.

La concentración de las fuerzas —las agrupaciones de choque de los flancos— y su traslado a las bases de partida para el ataque proyectánronse para la noche del 19 al 20 de agosto. Al amanecer debían hallarse ocultas en la maleza a lo largo del río y en escondrijos especialmente dispuestas. La artillería, los morteros, medios de remolque y otros eran cuidadosamente enmascarados con redes confeccionadas con materiales locales. Las unidades de tanques ocuparon las bases de partida por pequeños grupos, desde diversos puntos, momentos antes de comenzar la preparación artillera y el bombardeo previo de la aviación. Sus velocidades lo permitían.

Todos los desplazamientos nocturnos enmascaráronse con el ruido de aviones, el fuego de la artillería, los morteros y las ametralladoras y los fusiles, que efectuaban las unidades de acuerdo con un horario riguroso, sincronizado con los desplazamientos.

Para disimular los desplazamientos utilizamos también instalaciones sónicas que imitaban bien el estruendo de las mazas al hincar estacas, el rugido de los aviones y de los tanques, etc. Habituábamos al enemigo a los ruidos de 12 a 15 días antes del desplazamiento de las agrupaciones de choque que se formaban. Al principio, los japoneses tomaron la ficción por actividades reales de las tropas y disparaban sobre los puntos de donde se oían los diferentes ruidos. Luego, o bien porque se acostumbraron, o porque cayeron en la cuenta, dejaron de prestarles atención, lo que

para nosotros era de suma importancia durante los verdaderos reagrupamientos y concentraciones.

Para que no llegasen al enemigo noticias de la proyectada ofensiva, confeccionaron el plan de la misma, en el EM de la agrupación, personalmente el jefe, el miembro del Consejo Militar, los jefes de la Sección política, del EM y de la Sección de operaciones. Los comandantes de las armas y el jefe de los servicios logísticos encargáronse sólo de ciertos menesteres especiales conforme al plan aprobado por el mando. Para la copia del plan de operaciones, las órdenes, las disposiciones de combate y demás documentación similar utilizóse a una sola mecanógrafa.

Según se acercaba el plazo, era dado a conocer el plan a los diferentes niveles jerárquicos, de 4 días a 24 horas antes de comenzar las acciones. Los soldados y clases recibieron las misiones tres horas antes del ataque.

Los acontecimientos ulteriores y toda la marcha de la ofensiva atestiguaron que las medidas preventivas de desinformación y enmascaramiento y otras con vistas a lograr la sorpresa desempeñaron un señalado papel. De hecho, se cogió al enemigo desprevenido.

En los preparativos de la operación de agosto se dedicó especial atención a organizar una meticulosa observación del enemigo. Muchos jefes, estados mayores y secciones de información dieron muestras de insuficiente experiencia al comienzo de las operaciones. De los servicios de información se requirió una multiplicidad de misiones en parte impracticables o secundarios. Como consecuencia, se dispersó el esfuerzo en menoscabo de las finalidades principales de la exploración. A menudo, los propios exploradores desorientaban al mando con sus deducciones basadas en indicios o especulaciones.

La historia de los combates, batallas y operaciones registra casos en que tales supuestos se justificaron, pero nosotros no podíamos basar una acción tan seria en datos dudosos. Para la futura operación de cerco y aniquilamiento del ejército adversario nos interesaba fundamentalmente conocer su dispositivo exacto y sus efectivos.

Dificultaba la obtención de datos acerca del enemigo el hecho de que en la zona de las operaciones no había po-

blación civil, de la que pudiéramos entresacar algo. Tampoco se pasaban japoneses a nuestro lado. Y los evadidos aborígenes no sabían por regla general nada de la situación y los efectivos de las unidades japonesas. La mejor fuente de datos eran los combates de reconocimiento. Pero calaban sólo a las primeras líneas y a los emplazamientos cercanos de artillería y morteros.

Nuestra observación aérea nos proporcionaba buenas fotos de la defensa enemiga en su profundidad, mas no debía perderse de vista que el adversario hacía frecuente uso de maquetas y otros ardides. Debíamos, pues, ser sumamente cautos en nuestras deducciones y, mediante repetidas comprobaciones, establecer lo auténtico y lo falso.

Las infiltraciones por pequeños grupos de exploración en la profundidad de la defensa del adversario eran raras, pues los japoneses vigilaban bien los terrenos adyacentes al área de dislocación de sus tropas.

No obstante, pese a esas circunstancias desfavorables, logramos organizar la exploración y obtener valiosos datos.

Actuaban bien los servicios de reconocimiento del 149 regimiento de infantería motorizada. De ello se preocupaba personalmente su jefe, el mayor I. M. Remizov, héroe de la Unión Soviética, que conocía a fondo el trabajo de información. Le vi en unos ejercicios. Enseñaba la mejor forma de hacer prisioneros en emboscadas, cómo infiltrarse en el dispositivo de seguridad del enemigo durante la noche. Remizov era un gran experto en materia de exploración y los soldados exploradores se mostraban muy satisfechos de que les intruyera el propio comandante del regimiento, a quien respetaban y querían.

Opinábamos que el lado más débil del adversario eran los flancos de su sistema defensivo y la ausencia de reservas móviles. En cuanto al terreno, por todas partes era difícil para las tropas atacantes.

El plan para asegurar la operación desde el ángulo de la acción política del Partido plasmaba en tareas concretas. Comprendía dos etapas, la de preparación y la de ejecución.

La etapa preparatoria estipulaba ante todo la cooperación a las medidas adoptadas por el Consejo Militar de la agru-

pación con vistas a concentrar las fuerzas y el material para la operación; la labor entre las tropas que llegaban del interior del país, con objeto de trasmitirles la experiencia de los combates. Para su cumplimiento requeríase de todos los comunistas, instructores políticos y jefes redoblar la actividad directamente en las pequeñas unidades. Había que dedicar gran atención a los servicios logísticos, de los que dependía en alto grado el suministro del material y los medios técnicos que demandaba la operación.

Las tropas soviéticas tenían conciencia de que nuestro deber proletario, internacionalista, consistía en no abandonar al fraterno pueblo mongol en momentos de duras pruebas.

Realizaba una gran labor política el periódico *Gueroicheskaya Krasnoarmeiskaya.* En cada número divulgaba las valerosas hazañas de los soldados, clases y oficiales de la agrupación y las tradiciones combativas del Ejército Rojo.

Colaboraban regularmente en el periódico los escritores V. Stavski, K. Símonov, L. Slavin, B. Lapin, Z. Jatsrevin y los incansables reporteros gráficos H. Bernhtein y V. Temin. Quiero referirme en particular a Vladimir Stavski. Brillante literato y propagandista, compartía la vida de los soldados. Creo que era un excelente corresponsal de guerra. Lástima que este auténtico escritor militar cayera en 1941 como un soldado en los combates de Velikie Luki. Dirigía el periódico D. Ortenberg, muy capaz y diligente. Supo cohesionar al personal de redactores y recabar la colaboración activa de numerosos soldados, jefes e instructores políticos y del Partido.

Desde el comienzo de la operación, la redacción debía editar y difundir con rapidez hojas para asegurar la información de los soldados, clases y oficiales.

El 20 de agosto de 1939, las tropas soviético-mongolas iniciaron la ofensiva general con vistas al cerco y el aniquilamiento de las fuerzas japonesas.

Era domingo. El tiempo, apacible y cálido. El mando japonés, persuadido de que las tropas soviético-mongolas no pensaban en atacar, concedió permiso dominical a los generales y altos oficiales. Muchos de ellos se encontraban ese día lejos de sus unidades: unos en Hailar, otros en Ganchur o en Dzhin-Dzhin-Sume. Nosotros habíamos con-

siderado esa circunstancia nada desdeñable al comenzar la operación en domingo.

A las 5.45, nuestra artillería abrió repentino y potente fuego contra las baterías y las ametralladoras antiaéreas del adversario. Algunas piezas disparaban proyectiles de humo sobre los objetivos que debía bombardear nuestra aviación.

En el sector del río Jaljin-Gol arreciaba el rugir de los motores de la aviación. Despegaron 150 bombarderos y cerca de 100 cazas. Sus potentes ataques entusiasmaban a nuestras tropas.

A las 8.15, la artillería y los morteros de todos los calibres abrieron fuego sobre los objetivos del enemigo, intensificándolo hasta el límite de sus posibilidades técnicas. A las 8.30 llegó de nuevo nuestra aviación. Por todos los hilos telefónicos y las radios se dio la orden, de acuerdo con el código establecido, de iniciar el ataque general dentro de 15 minutos.

Exactamente a las 8.45, cuando nuestra aviación asaltaba al adversario y machacaba sus emplazamientos artilleros, se dispararon los cohetes de señales rojas indicando el comienzo de la ofensiva. Las unidades atacantes, protegidas por el fuego artillero, se lanzaron con ímpetu adelante.

El golpe de nuestra aviación y nuestra artillería fue tan potente y eficaz, que el enemigo quedó moral y físicamente aplastado y por espacio de hora y media no fue capaz de responder con su artillería. Los puestos de observación, las comunicaciones y los emplazamientos artilleros japoneses quedaron destrozados.

El ataque se desarrolló exactamente de acuerdo con el plan de la operación en general y los planes de los combates. Únicamente la 6ª brigada de tanques no pudo franquear por completo el río, interviniendo sólo parte de sus fuerzas en los combates del 20 de agosto. Pasó el río y acabó de concentrarse al atardecer.

Los días 21 y 22 libráronse enconados combates, sobre todo en el sector de Bolshíe Peskí, donde el enemigo opuso una resistencia más seria de lo que suponíamos. Para enmendar el error, tuvimos que meter en acción a la 9ª brigada motomecanizada, de la reserva, y reforzar la artillería.

Derrotadas las agrupaciones enemigas en los flancos, nuestras unidades acorazadas y mecanizadas culminan el cerco del 6º ejército japonés al anochecer del 26 de agosto y a partir de esa fecha comienzan la desintegración y aniquilamiento del adversario por partes.

Complicaban la lucha las arenas movedizas, hondas quebradas y dunas.

Los japoneses se batían hasta el último hombre. Mas poco a poco iban comprendiendo los soldados la falacia de la propaganda oficial sobre la invencibilidad del ejército imperial, pues sufrió crecidísimas bajas sin haber ganado ni una sola batalla en los cuatro meses de guerra.

Son interesantes las notas de algunos soldados y oficiales japoneses, que caracterizan su estado de ánimo en aquellos momentos.

He aquí el diario de Fakuta:

20 de agosto de 1939

El tiempo era bueno desde por la mañana. Los cazas y bombarderos del enemigo, unos 50, aparecieron por grupos en el aire. A las 6.30, la artillería adversaria empezó a disparar con toda potencia. Los proyectiles braman sobre las cabezas.

Nubes de proyectiles de artillería caen cerca de nosotros. Es algo terrible. El equipo de observación utiliza todos los medios para descubrir la artillería del enemigo, pero sin resultado porque los bombarderos machacan y los cazas ametrallan a nuestras tropas. El adversario triunfa por todo el frente.

Las 7.45

La cosa se pone de miedo. Los lamentos y las explosiones recuerdan el infierno. Mal panorama. Estamos cercados. Si la noche es oscura, todos deberemos hallarnos en los pasos de comunicación en fila... El alma del soldado se ensombrece... Nuestra situación es mala, difícil, complicada.

Las 8.30

La artillería enemiga no deja de disparar sobre nuestras unidades. Dondequiera que uno se meta, no halla salvación,

por todas partes llueven proyectiles, nuestra salvación está sólo en Bodisatva.

Las 14.40

Se combate implacablemente, no sabemos cuántos muertos y heridos hay... El tiroteo no cesa.

21 de agosto

Una enormidad de aparatos de la aviación soviético-mongola bombardea nuestras posiciones, la artillería también nos hostiga constantemente. Después del bombardeo y el fuego de la artillería se lanza al ataque la infantería enemiga. El número de muertos crece sin cesar. Durante la noche, la aviación adversaria bombardeó nuestra retaguardia.

22 de agosto. Las 9.30

La infantería comenzó el ataque, las ametralladoras del adversario abrieron intenso fuego. Corríamos gran peligro y nos asustamos terriblemente. Los ánimos decaen a ojos vistas. Muertos todos los oficiales, me nombraron jefe de la compañía. Eso me inquietó mucho y no dormí en toda la noche.

Aquí acaban el diario y la vida de Fakuta.

En el ejército japonés de aquella época se desplegaba entre la tropa una intensa propaganda ideológica contra el Ejército Rojo. Presentábase a nuestro ejército como técnicamente atrasado y, desde el punto de vista combativo, era equiparado al viejo ejército zarista de la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. Por ello, lo que los soldados nipones vieron en las batallas del Jaljin-Gol, bajo los pujantes ataques de los tanques, la aviación y la artillería, y las unidades de infantería bien organizadas, fue para ellos una desconcertante sorpresa.

Al soldado japonés le inculcaban que si caía prisionero, lo fusilarían, mas no sin antes atormentarlo hasta dejarlo medio muerto. Y hay que decir que esa labor hacía impacto en los soldados japoneses.

Pero la realidad desmintió esas imposturas. Recuerdo que al amanecer de uno de los días de agosto me trajeron al puesto de observación a un soldado japonés prisionero, des-

figurado por las picadas de los mosquitos. El soldado fue capturado por las patrullas del regimiento de I. I. Fediuninski en unos cañaverales.

A mi pregunta, de quién y dónde lo había puesto así, respondió que lo habían apostado por la tarde con otro soldado secretamente en los cañaverales para observar las acciones de los rusos, sin darles mosquiteros. El jefe de la compañía les ordenó no moverse para que no los descubrieran. Por la noche atacaron a los soldados los mosquitos, pero aguantaron sin rechistar el terrible tormento, y allí permanecieron hasta la mañana, sin moverse, para no delatar su presencia.

—Y cuando los rusos gritaron y nos apuntaron con los fusiles —contaba el prisionero— yo levanté las manos, pues no podía soportar más aquel martirio.

Necesitábamos informes sobre las tropas japonesas en el sector donde se había hecho aquel prisionero. Para desatarle la lengua, ordené que le ofrecieran medio vaso de vodka. Cuál no sería mi sorpresa cuando, al ver el vaso, dijo:

—Le ruego que tome usted un sorbo, pues tengo miedo de que me envenenen. Mi padre tiene una tienda de quincalla, y soy el único heredero.

Nuestro intérprete observó que, según la cartilla con que el mando nipón había provisto sus soldados, debían morir audazmente con la palabra «banzay» en los labios. El prisionero se sonrió y dijo:

—Mi padre me encargó que regresara vivo, y no muerto.

El 30 de agosto de 1939, el 6º ejército japonés, que había invadido el territorio de la República Popular Mongola, quedó destrozado por completo. Al visitar nuestras unidades, el camarada Choibalsán agradeció cordialmente a los combatientes soviéticos que con su sangre sellaron la lealtad a los compromisos adquiridos. La respuesta contundente de las tropas soviéticas y mongolas, la demoledora derrota de las tropas selectas del ejército japonés obligaron a los gobernantes nipones de la época a revisar sus conceptos sobre el potencial de las Fuerzas Armadas Soviéticas y, en particular, sobre la firmeza moral de nuestros combatientes.

El Comisario de Defensa, K. E. Voroshilov, en la orden del 7 de noviembre de 1939, decía: «Se han cubierto de verdadera gloria los soldados y oficiales que participaron en los combates de Jaljin-Gol. Por el valor y el heroísmo, por el cumplimiento brillante de las órdenes de combate, las tropas que participaron en esas batallas merecen la máxima gratitud».

El alma de las heroicas acciones de nuestros combatientes fue el Partido Comunista y su destacamento del frente: la organización del Partido en el ejército. Los comunistas, con su valeroso ejemplo, inspiraron las proezas a la tropa.

Quiero destacar a los mandos e instructores políticos que con su actividad organizativa, labor de partido e inteligente dirección aceleraron la derrota de las tropas niponas abrillantando la gloria de las armas soviéticas.

Recuerdo con cariño al comisario de división M. S. Nikishev. Hábil dirigente y comunista de los más elevados principios. Supo organizar la labor del Consejo Militar de tal modo que, pese a toda la complejidad y tensión del momento, no hubo entre nosotros el menor malentendido ni discrepancia. Y todos nosotros, los combatientes del Jaljin-Gol, nos sentimos hondamente doloridos por su muerte al comienzo de la guerra patria. Cayó en Ucrania, siendo miembro del Consejo Militar del 5º ejército del Frente Suroeste.

No podemos olvidar las gestas de los pilotos Ya. V. Smushkevich, S. I. Gritsevets, V. M. Zabaluev, G. P. Kravchenko, V. F. Skobarijin, V. G. Rajov y otros, admirables ejemplos de valor.

Un día, al perseguir un grupo de aviones japoneses, el piloto de caza S. I. Gritsevets, héroe de la Unión Soviética, advirtió que no iba en la formación el aparato de su comandante, V. M. Zabaluev, también héroe de la Unión Soviética. Luego de disparar varias ráfagas contra el enemigo en huida, Gritsevets interrumpió la persecución y se puso a buscar el avión perdido. Evolucionó sobre el área del último ataque y lo descubrió en la estepa, en territorio ocupado por los japoneses.

En vuelo rasante, vio a Zabaluev junto a su aparato. Al parecer, había sufrido avería. ¿Qué hacer? Pese al riesgo extremo, Gritsevets no vaciló en tomar la decisión: salvar

a toda costa a su comandante. Como es costumbre entre nosotros desde los tiempos de Suvorov: «muere, si es preciso, pero auxilia al compañero».

Valeroso, con su habitual sangre fría, el piloto aterrizó magistralmente sobre un terreno todo salpicado de embudos. Viró hacia Zabaluev, y literalmente embutió a su comandante en la cabina del aparato monoplaza. Luego, a la vista de los soldados adversarios estupefactos, colocó el aparato contra el viento y despegó con doble carga, llegando sin novedad al aeródromo.

En uno de los combates de reconocimiento con los japoneses, en el destacamento del mayor I. L. Kasperovich fue averiado un *GAZ*. El soldado Timojin, su conductor, no abandonó el camión. Permaneció en el campo de batalla, en tierra de nadie, tratando de reparar la avería. Observado por los japoneses, éstos trataron de apresarlo vivo. Timojin se defendió como un verdadero soldado soviético. Aun herido de gravedad, siguió resistiendo.

En aquel momento, el mayor Kasperovich, a despecho de lo arriesgado del trance, decidió acudir en socorro de su soldado. Ordenó centrar en puntería directa el fuego de los cañones sobre los puestos de tiro de los japoneses, desplegó una compañía y atacó al enemigo. El propio comandante se lanzó a toda marcha en un blindado hacia el vehículo de Timojin, lo enganchó y sacó a remolque. Cuando lo llevaban a terreno propio, Timojin agradeció con los ojos en lágrimas al comandante y a sus compañeros que, despreciando sus vidas, lo habían salvado de una muerte cierta.

—Yo sabía que no me olvidarían, que acudirían en mi auxilio —dijo antes de ser enviado al hospital—. En cuanto me cure, estaré de nuevo con ustedes, queridos amigos.

El primer teniente, V. F. Skobarijin, piloto, héroe de la Unión Soviética, para ayudar a su compañero, el primer teniente V. N. Vuss, embistió intrépido a un caza japonés y, después de abatirlo, trabó combate con otros dos aparatos. Los pilotos japoneses, al ver con quién se las habían, volvieron grupas y se dirigieron hacia sus aeródromos. V. F. Skobarijin, no obstante los desperfectos, pudo llegar felizmente a su base. Cuando aterrizó, en el ala de su aparato se hallaron restos del fuselaje del caza japonés.

En las batallas aéreas brilló el primer teniente V. G. Rajov, héroe de la Unión Soviética. El 29 de julio hizo cara a un as nipón. Rajov maniobró y presentó combate al adversario. Takeo, tal era el nombre del piloto japonés, hizo gala de singular pericia, pero Rajov logró incendiar el aparato de Takeo. El japonés saltó en paracaídas y, al ver que había caído en terreno mongol, intentó suicidarse, pero lo capturaron vivo.

Repuesto del sofoco y al encontrar un buen trato de parte de los jefes del Ejército Rojo, Takeo pidió que le mostrasen al piloto que con tan portentosa maestría había combatido, derribándole. Al acercarse Rajov, el japonés lo acogió con una profunda reverencia, como saludo al vencedor.

Recuerdo con gratitud a muchos comandantes con los que serví en aquellos tiempos. Al comienzo de las acciones militares, en el sector de Jaljin-Gol I. I. Fediuninski era segundo jefe de regimiento. Cuando necesitamos un jefe para el 24 regimiento motorizado, la primera candidatura que propusimos fue la de Fediuninski. Y no nos equivocamos. En todas las difíciles situaciones supo Fediuninski hallar la decisión correcta, y cuando iniciamos la ofensiva general, el regimiento a su mando peleó victoriosamente.

Finalizadas las operaciones del Jaljin-Gol, Fediuninski fue designado para el mando de la 82 división. Esta unidad, en el primer período de la Guerra Patria se batió con singular denuedo en la dirección de Mozhajsk, y su ex comandante, I. I. Fediuninski, mandó con acierto un cuerpo de ejército en el Frente Suroeste.

El comandante de brigada M. I. Potapov era mi adjunto. Sobre él recayó la gran labor de organizar la cooperación entre las distintas armas y, cuando emprendimos la ofensiva general, tomó el mando del grueso de las fuerzas en el ala derecha del frente. Potapov se distinguía por su carácter inmutable. No perdía jamás la serenidad. En la situación más complicada y peligrosa permanecía impasible, lo que era bien acogido por las tropas. Así fue también en la Guerra Patria al mando del 5º ejército en el Frente Suroeste.

En las operaciones desempeñan un papel determinante las trasmisiones. Por ello quiero rendir merecido tributo al coronel A. I. Leonov, quien en no importa qué trance aseguraba al mando una comunicación ininterrumpida.

Ya me he referido a la acción política en nuestras unidades. Las organizaciones del Partido hicieron una ingente contribución a la buena marcha de las operaciones. Descollaron en esta labor el comisario de división P. I. Gorojov, jefe de la Sección política de la agrupación; el comisario de regimiento R. P. Babiichuk; el secretario de la Comisión del Partido del cuerpo de ejército A. M. Pomogailo; el comisario I. V. Zakovorotny.

Entre los instructores políticos distinguíase en particular el comisario de la 9ª brigada motomecanizada V. A. Sychov, ex obrero metalúrgico de los Urales. Sychov prestó una valiosa ayuda al comandante de la brigada. En situaciones difíciles poníase al frente de las pequeñas unidades, enardeciendo con su audacia personal a los soldados. En la Guerra Patria, siendo miembro del Consejo Militar de un ejército, cumplía con idéntico valor las misiones que le eran encomendadas.

Día y noche laboraban tensamente en las duras condiciones de campaña los trabajadores de la medicina, salvando las vidas y la salud de nuestros soldados y mandos, y no sólo de los nuestros. Era humano en grado sumo su trato a los prisioneros japoneses heridos.

Recuerdo bien mis entrevistas con el profesor M. N. Ajutin. En cierta ocasión me informaron de que extenuado por las innumerables operaciones, en un estado en que literalmente apenas podía tenerse en pie, el profesor ordenó que le sacaran sangre para su transfusión a un comandante herido. Yo le llamé por teléfono y le sugerí que tomaran la sangre a otro médico más joven. Me respondió brevemente:

—No tengo tiempo para buscar el grupo de sangre necesario. Y tras de pedir que no se le entretuviera, donó su sangre al herido.

El profesor Ajutin concibió y organizó un sistema único de tratamiento de los heridos por etapas. Y prestó una gran ayuda a los servicios sanitarios del fraterno ejército de Mongolia. Trabajando de 15 a 18 horas diarias, dedicó gran esfuerzo a la formación y el perfeccionamiento de los cirujanos, y creo no equivocarme si digo que quienes trabajaron con el profesor Ajutin y aprendieron de él han

prosperado mucho en el arte de la cirugía. Bajo sus auspicios se inició con éxito el notable cirujano A. A. Vishnevski, en la actualidad académico y personalidad de extendido renombre en nuestro país y en el extranjero.

Las fuerzas mongolas que actuaron en la zona de Jaljin-Gol cooperaron excelentemente con las tropas soviéticas. Tuve ocasión de observar personalmente el arrojo de los soldados mongoles y de sus jefes en los combates. Quiero recordar los nombres de quienes se destacaron en particular. El soldado Olzvoy, el conductor de blindado Hayanhirva, los apuntadores de cañones antiaéreos Chultem y Gambosuren, el jinete Herloo. Realizó una fecunda labor el Estado Mayor del Ejército Popular Revolucionario Mongol, dirigido por Zh. Lhogvasuren, adjunto del comandante en jefe.

A los héroes caídos en el Jaljin-Gol se les erigió un monumento en el que se esculpieron palabras muy justas:

> «Gloria eterna a los heroicos combatientes del Ejército Soviético y a los valerosos soldados del Ejército Popular Revolucionario Mongol caído en los combates contra los invasores japoneses en la zona del río Jaljin-Gol por la libertad y la independencia del pacífico pueblo mongol, por la paz y la seguridad de los pueblos, contra la agresión imperialista».

El gobierno soviético, para resaltar los eminentes méritos de los combatientes soviéticos, confirió a setenta de ellos el título de héroe de la Unión Soviética. Se impuso la segunda Estrella de Oro de Héroe de la Unión Soviética a los pilotos S. I. Gritsevets, Ya. V. Smushkevich y G. P. Kravchenko.

Terminadas las operaciones, el mando y el EM de la agrupación de ejército (a finales de octubre de 1939) regresaron a Ulan-Bator, la capital de la RPM. Antes, yo tenía idea de Mongolia sólo por los libros y periódicos. Ahora se me brindaba la oportunidad de conocer de cerca este país.

Es muy grato recordar la cordial sencillez del pueblo mongol, su bondad y su fe sincera en la Unión Soviética. Dondequiera que me hallara —en las yurtas o las casas, en las instituciones o las unidades militares— en todas partes vi en el lugar más honroso el retrato de Vladimir Lenin, de quien todo mongol hablaba con afecto y amor entrañables.

Nuestros combatientes visitaban con frecuencia a sus amigos mongoles, y los compañeros mongoles presenciaban nuestros ejercicios y las competiciones deportivas, en que procurábamos trasmitirles las experiencias adquiridas en los pasados combates.

El pueblo mongol profesaba gran respeto y estima a Jorloguiin Choibalsan. Con él trabé amistad en agosto, cuando me visitó en el puesto de mando en el monte de Hamar-Daba. Era un hombre excepcional, sumamente afable y amigo leal de la Unión Soviética. Un verdadero internacionalista que consagró su vida a la lucha contra el imperialismo y el fascismo. Por última vez lo vi durante la Gran Guerra Patria, cuando llegó al frente con los regalos del pueblo mongol para los combatientes del Ejército Rojo.

Comprobamos el inmenso prestigio de que goza entre el pueblo el camarada Yumzhaguiin Tsedenbal, secretario del CC del Partido Revolucionario Popular Mongol. Hombre de clara inteligencia, vasta cultura, laboró lustros con Choibalsan y otros miembros del CC del Partido. Después de la muerte de J. Choibalsan, Yu. Tsedenbal timonea por espacio de largos años el partido y el estado, conduciendo con buen éxito la construcción del socialismo.

Adelantándome un poco, quiero recalcar la ayuda que, a su vez, brindó el pueblo mongol a la Unión Soviética durante la Guerra Patria contra la Alemania fascista.

Sólo en 1941 se recibieron de la República Popular Mongola 140 vagones de diversos donativos para los combatientes soviéticos por un valor total de 65 millones de tugriks. En el Banco del Comercio Exterior ingresaron 2 500 000 tugriks, 100 000 dólares norteamericanos y 300 kilos de oro. Con esos recursos fabricamos 53 tanques, de ellos, 32 tipo *T-34,* que llevaban los nombres gloriosos de Suje-Bator y otros héroes de la República Popular Mongola. Muchos de estos tanques combatieron victoriosamente contra las tropas alemanas y llegaron al mismo Berlín, encuadrados en la 112 brigada del 1er. ejército de tanques de la Guardia.

Además, se hizo entrega a las Fuerzas Aéreas Soviéticas de la escuadrilla *El arat mongol,* que pasó a integrar el 2do regimiento de aviación de la Guardia de Orsha. La escuadrilla *El arat mongol* terminó su ruta victoriosa en la zona de Koenisberg, formando parte del 3er Frente de Bielorrusia.

Entre 1941 y 1942, el Ejército Rojo recibió como regalo de Mongolia 35 000 caballos, que pasaron a engrosar las unidades de caballería soviéticas.

A lo largo de toda la Guerra Patria, los trabajadores de la República Popular Mongola, guiados por J. Choibalsan, Yu. Tsedenbal y otros hombres de estado, visitaron con frecuencia a nuestros combatientes. Y cada una de esas visitas fortaleció aún más los lazos fraternales que unen a los pueblos soviético y mongol.

En el período de las operaciones del Jaljin-Gol realizó una eficaz labor I. A. Ivanov, embajador soviético en la RPM. Gracias a sus desvelos, nuestras tropas no padecieron agobios en el avituallamiento. Ivanov gozaba de gran estima entre el pueblo mongol, entre los dirigentes del estado y del partido, a quienes se esforzaba por ayudar con palabras y con hechos.

Nuestras tropas, de regreso a los cuarteles de invierno, hicieron el balance de los combates. Era grato ver cuánto había prosperado el saber de soldados y mandos. A las unidades que no habían intervenido directamente en las operaciones enviábamos los mejores soldados y oficiales para trasmitir las experiencias cosechadas en las batallas contra las tropas niponas. Reajustábase a fondo el aspecto político de la instrucción de las tropas.

Todo ello, en su conjunto, dio resultados óptimos en el adiestramiento y en la aptitud de las tropas para el combate. No es casual que las unidades que se hallaron en 1939-1940 en Mongolia, al ser trasladadas en 1941 al sector de Moscú, se batieran contra los alemanes por encima de todo encomio.

A primeros de mayo de 1940 recibí orden de Moscú de presentarme en el Comisariado de Defensa para ser destinado a otro empleo.

Por los días en que llegué a Moscú, apareció la disposición del gobierno, por la que se establecían los grados de general para los altos jefes del Ejército Rojo. Con otros dos compañeros, me fue conferido el grado de general de ejército.

Unos días después fui recibido personalmente por I. V. Stalin y designado jefe de la región militar especial de Kiev.

No había tenido hasta ese momento ocasión de entrevistarme con Stalin, y fui a la audiencia hondamente emocionado.

Además de Stalin, en el despacho se hallaban M. I. Kalinin, V. M. Molotov y otros miembros del Buró Político.

Después de saludarnos, Stalin encendió su pipa y, sin más preámbulos, me preguntó:

—¿Qué opinión le merece el ejército japonés?

—El soldado japonés que peleó contra nosotros en el Jaljin-Gol está bien entrenado, en particular para el combate cercano —respondí—. Es disciplinado, diligente y tenaz en la lucha, sobre todo a la defensiva. Los mandos inferiores están bien instruidos y se baten con tesón fanático. Por regla general, no se entregan prisioneros, y no reparan en recurrir al «harakiri». La oficialidad, en particular la superior, se halla débilmente preparada, carece de iniciativa y propende a actuar con arreglo a esquemas.

En cuanto al estado técnico del ejército japonés, lo considero atrasado. Los tanques japoneses del tipo de nuestros *MS-1* son francamente anticuados, están mal armados y tienen poca autonomía de marcha. Debo decir que, al comienzo de la campaña, la aviación nipona batía a la nuestra. Sus aparatos eran superiores a los nuestros hasta que recibimos el *Chaika* perfeccionado y el *I-16*. Cuando nos llegó el grupo de pilotos héroes de la Unión Soviética, al mando de Ya. V. Smushkevich, nuestro dominio en el aire se hizo patente.

Hay que recalcar que nos tuvimos que enfrentar con fuerzas selectas, las llamadas unidades imperiales del ejército japonés.

Stalin me escuchó con mucha atención y luego preguntó:

—¿Qué tal actuaron nuestras tropas?

—Nuestras tropas regulares se batieron bien, especialmente la 36 división motorizada, al mando de Petrov, y la 57 de infantería, a las órdenes de Galanin, llegada de Transbaikalia. La 82 de infantería, procedente de los Urales, al principio peleó mal. Integrábanla soldados y mandos deficientemente instruidos. Esta división fue formada y nutrida con reclutas llamados a filas poco antes de su envío a Mongolia.

Combatieron muy bien las brigadas de tanques, sobre todo la 11, mandada por el comandante de brigada Yakovlev, Héroe de la Unión Soviética, pero los tanques *BT-5* y *BT-7* se incendian con facilidad. De no haber contado con dos brigadas de tanques y tres motomecanizadas, es indudable que no hubiésemos podido cercar y aniquilar con tanta rapidez al 6to ejército japonés. Creo que debemos fomentar las unidades de tanques y mecanizadas de nuestras fuerzas armadas.

Nuestra artillería superó a la japonesa en todos los órdenes, sobre todo en tiro. En su conjunto, nuestras tropas son muy superiores a las japonesas.

Las tropas mongolas, luego de recibir experiencia, temple y apoyo de las unidades del Ejército Rojo, se batieron bien, especialmente el grupo blindado en el monte de Bain-Tsagan. Hay que decir que la caballería mongola era sensible a las incursiones de la aviación y al fuego de la artillería, y sufrió cuantiosas bajas.

—¿Qué tal le ayudaron Kulik, Pavlov y Voronov? —inquirió Stalin.

—Voronov contribuyó bien a planear el fuego artillero y a organizar el trasporte de la munición. En cuanto a Kulik, no puedo señalar una labor útil de parte suya. Pavlov ayudó a nuestros tanquistas, compartiendo con ellos las experiencias obtenidas en España.

Yo observaba atentamente a Stalin y me pareció que me escuchaba con interés. Proseguí:

—Para todas nuestras tropas, para los comandantes de las unidades grandes y pequeñas y, personalmente para mí, la batalla del Jaljin-Gol ha sido una buena escuela de experiencia de combate. Creo que también la parte japonesa hará ahora deducciones más correctas sobre la fuerza y la capacidad del Ejército Rojo.

—Diga: ¿con qué dificultades chocaron nuestras tropas en el Jaljin-Gol? —terció en la conversación M. I. Kalinin.

—Las dificultades principales —dije— estaban relacionadas con el aprovisionamiento material y técnico de las tropas. Tuvimos que trasportar todo cuanto necesitábamos para el combate y la vida de las tropas a 650-700 kilómetros. Las

estaciones más próximas de abastecimiento se hallaban en la región militar de Transbaikalia. Incluso la leña para las cocinas había que llevarla a 600 kilómetros. El recorrido de los camiones era de 1 300 a 1 400 kilómetros, de ahí el gasto colosal de bencina, que había que traer también de la Unión Soviética.

A vencer esas dificultades nos ayudó bien el Consejo Militar de la región de Transbaikalia y el coronel general Shtern con su plana mayor. Causaron grandes molestias a nuestras tropas los mosquitos que proliferan en el Jaljin-Gol. Por las tardes nos devoraban literalmente. Los japoneses se protegían con mosquiteros especiales. Nosotros carecíamos de ellos, y los confeccionamos con gran retraso.

—¿Qué objetivo perseguía, a su parecer, el gobierno japonés al emprender la invasión? —preguntó Kalinin.

—El objetivo inmediato era apoderarse del territorio de la RPM extendido al otro lado del Jaljin-Gol y luego construir en el río una línea fortificada, con el fin de proteger el segundo ferrocarril estratégico que proyectaban y que debía acercarse hacia la frontera de nuestra Transbaikalia, al oeste del ferrocarril de la China Oriental.

—Ahora ya tiene usted experiencia de combate —concluyó Stalin—. Hágase cargo de la región militar de Kiev y utilice esa experiencia en la instrucción de las tropas.

Mientras estuve en la RPM no pude seguir al detalle la marcha de las acciones militares entre Alemania y el bloque anglo-francés. Aprovechando la ocasión, pregunté:

—¿Cómo comprender el carácter extremamente pasivo de la guerra en el oeste, y cómo imaginar el futuro desarrollo de los acontecimientos militares?

Stalin se sonrió y dijo:

—El gobierno francés, presidido por Daladier, y el inglés, encabezado por Chamberlain, no quieren entrar seriamente en guerra contra Hitler. Todavía confían en empujarle a la guerra contra la Unión Soviética. Al negarse en 1939 a formar con nosotros un bloque antihitleriano, no quisieron atar las manos a Hitler en su agresión contra la Unión Soviética. Pero no lograrán nada. Ellos mismos tendrán que sufrir las consecuencias de su política miope.

De regreso al hotel *Moskva,* tardé mucho en poder conciliar el sueño, bajo la impresión de mi plática con los miembros del Buró Político.

La semblanza de Stalin, su voz mesurada, la concisión y hondura de sus juicios, el dominio de las cuestiones militares y la atención con que escuchó mis explicaciones me impresionaron vivamente.

CAPÍTULO VIII

En la región militar especial de Kiev

El haber sido nombrado jefe de la región militar especial de Kiev —la mayor de las circunscripciones— lo consideré como un gran honor e hice todo lo posible para justificar la alta confianza depositada en mí por el Comité Central del Partido y el gobierno.

Esta región militar era una de las más sobresalientes. Cuando, en el período de 1922-1939, serví en la circunscripción de Bielorrusia, los «bielorrusos» sentíamos respeto por las tropas de la región de Kiev, estimábamos mucho su preparación combativa y la madurez tácticoperativa del personal superior de los estados mayores y del mando.

Me alegró también que en la región colaboraría con expertos jefes militares e instructores políticos. A muchos los conocía personalmente, de otros oí hablar ya antes a oficiales y generales; con algunos incluso había prestado yo servicio largos años.

El jefe del EM de la región militar especial de Kiev era a la sazón el teniente general M. A. Purkaev. Habíamos trabajado juntos en la circunscripción de Bielorrusia, de la que fuera él jefe del Estado Mayor. Era un general de experiencia, buen conocedor de sus funciones, hombre de vasta cultura y doctísimo especialista.

Mandaba la artillería de la circunscripción el general N. D. Yakovlev, muy entendido en la esfera de la técnica y del empleo del arma en campaña. Al frente de los dos ejércitos estaban los generales I. N. Muzychenko y F. Ya. Kostenko, con los que había actuado mucho tiempo en la 4ta. División de Cosacos del Don. El jefe de la sección de operaciones del EM era el coronel P. N. Rubtsov, a quien conocí cuando formaba parte del aparato central del Comisariado del Pueblo de Defensa. Pronto lo sustituyó el coronel I. J. Bagramián, que me pareció un militar muy reflexivo, sereno, laborioso, dinámico y preparado. El jefe de Servicios de Retaguardia de la circunscripción, resultó ser mi viejo amigo V. E. Belokoskov.

Quisiera dedicar unas palabras encomiásticas al general E. S. Ptujin, comandante de las fuerzas aéreas de la región, magnífico piloto y jefe, fiel hijo de nuestro Partido y un gran camarada.

En poco tiempo conocí de cerca a los demás mandos de la región. Formaban parte de él jefes eficaces e instruidos, que cumplían las funciones del servicio con entera competencia, puntualidad y esfuerzo creador.

Una vez al tanto del estado de la circunscripción, me consideré obligado a presentarme a los secretarios del CC del PC de Ucrania. Luego de referirles las operaciones de nuestras tropas para derrotar al 6to. ejército japonés en el Jaljin-Gol y exponerles mis primeras impresiones sobre la región militar, recabé su concurso para el abastecimiento material de la misma. Encontré en ellos la más favorable disposición y me satisfizo que todo tomase tan buen cariz.

Durante el mes de junio de 1940 estuve en casi todas las unidades grandes y medias. Después, con el EM de la circunscripción hice un largo recorrido comprobando —en condiciones similares a las de campaña— los medios de enlace en las zonas de Ternopol, Lvov, Vladimir-Volynski y Dubno, sobre las que un año después, en 1941, los alemanes lanzarían, conforme al plan Barbarroja, su ataque principal contra Ucrania.

Este ejercicio mostró que al frente de los ejércitos, de las unidades y de sus estados mayores había oficiales y generales jóvenes y capaces. Verdad es que carecían aún de una

sólida preparación tácticoperativa, pues hacía poco que habían sido ascendidos de empleos inferiores. A este problema se requirió la atención del mando.

En el verano y el otoño de 1940 llevamos a efecto una intensa instrucción de las tropas de la región militar. Fueron adiestradas en la experiencia táctica adquirida por el Ejército Rojo en la guerra con Finlandia y en los combates contra los japoneses en el Jaljin-Gol. También aprovechamos las enseñanzas desprendidas de las operaciones de los ejércitos germanofascistas contra varios países europeos.

En aquel tiempo crepitaba ya el incendio de la segunda guerra mundial. Bastante antes, a finales de 1936, Alemania e Italia amalgamaron el malhadado «eje Berlín-Roma», y Alemania y Japón, el «pacto Antikomintern», que, supuestamente enfilado contra la Internacional Comunista, agrupaba, en realidad, a los agresores en su lucha por el dominio mundial. En 1937, Italia se sumó a este pacto. En seguida, el Japón reanudó la guerra con el fin de anexarse toda China. En 1938 dejó de existir Austria como estado independiente. A la vez, maduraba el ataque armado a Checoslovaquia. «Mañana puede ser ya tarde —advirtió el gobierno soviético en su llamamiento a las naciones adictas a la paz— pero hoy todavía hay tiempo para ello si todos los estados, en particular las grandes potencias, adoptan una firme e inequívoca actitud en el problema de la salvación colectiva de la paz.»

Las propuestas de la Unión Soviética no fueron aceptadas.

En la tristemente Conferencia de Munich del 29 y 30 de setiembre de 1938, Inglaterra y Francia se mostraron conformes con ceder a Alemania la región de los Sudestes, para «salvar la paz en el último minuto». La delegación checoslovaca esperó ante puertas cerradas que se decidiera sobre los destinos de su país. La URSS fue excluida de las negociaciones. Nosotros estábamos dispuestos a ayudar a Checoslovaquia; la aviación y los tanques se hallaban listos para el combate. En las zonas inmediatas a la frontera occidental teníamos concentradas 40 divisiones. Sin embargo, las esferas a la sazón gobernantes en Checoslovaquia desecharon esta ayuda, prefiriendo una vergonzosa capitulación. El 15 de marzo de 1939 Alemania ocupó Praga. El «apaciguamiento» de Hitler había dado su fruto natural.

Este giro de los acontecimientos, sobre el que había alertado más de una vez la Unión Soviética, hizo que Inglaterra y Francia se preguntaran: ¿Y si, de pronto, Hitler, que ellas habían empujado hacia el este, se volvía contra occidente? Inicióse una nueva tanda de negociaciones, entrevistas y conferencias enderezadas a intimidar un poco a Hitler con la eventualidad de una alianza militar con la URSS. A la par que exigían de la Unión Soviética asistencia en el caso de una agresión por parte de Alemania. Daladier y Chamberlain no deseaban asumir ningún compromiso serio. Las negociaciones de 1939, incluidas las celebradas entre las misiones militares de los tres países, quedaron empantanadas. De ellas volveremos a tratar en seguida.

En una palabra, refiriéndonos a Europa, lo imperante en ella era la presión de Hitler y la pasividad de Inglaterra y Francia. Numerosas medidas y propuestas de la URSS orientadas a crear un sistema eficiente de seguridad colectiva no encontraban apoyo entre los líderes de los estados capitalistas. Esto era lógico. Todo lo complejo, contradictorio y dramático de la situación provenía del deseo de los círculos gobernantes de Inglaterra y Francia de propiciar el choque frontal entre Alemania y la URSS.

Mientras las bombas no estallaron en su propia casa, los intereses de clase de los viejos aliados en la lucha contra el primer estado socialista les movieron a una sola cosa: recular ante Hitler. Daladier y Chamberlain creyeron que lograrían ser más astutos que nadie, que escaparían a tiempo del pardo muro fascista, ya ladeado y a punto de caer, y lo empujarían en el último momento contra la Unión Soviética. Incluso cuando el 1ro. de setiembre Alemania atacó a Polonia, sus aliadas, Inglaterra y Francia, aunque declararon la guerra a Alemania, en realidad no se movieron de su sitio.

«Si ya en 1939 no fuimos derrotados —reconoció en el proceso de Nuremberg el jefe del Estado Mayor de la dirección de las operaciones del alto mando alemán, Jodl— fue tan sólo porque las 110 divisiones francesas e inglesas, aproximadamente, que durante nuestra guerra con Polonia estaban en occidente frente a 23 divisiones alemanas, permanecieron en completa inactividad.»

El gobierno de la Polonia de los *panes* rechazó la ayuda de la URSS. Con gran «clarividencia», había construido líneas defensivas y fortificaciones en el este, preparándose para la guerra contra la Unión Soviética, por lo que las tropas hitlerianas atacaron desde el oeste, el norte y el sur y se apoderaron con rapidez de los depósitos de armamento. Pese a la heroica lucha de los patriotas polacos, las fuerzas alemanas encerraron al ejército polaco en una enorme bolsa. El teatro de la segunda guerra mundial dilataba cada vez más su geografía.

¿Qué era nuestro Ejército Rojo en aquellos tiempos inquietantes?

En el XVIII Congreso del Partido (marzo de 1939), el Comisario del Pueblo de Defensa, Mariscal de la Unión Soviética K. E. Voroshilov, informó que, con relación a 1934, los efectivos del ejército habían aumentado en más del doble, y su motorización, en el 260%. Aportó datos globales sobre la potencia de fuego de nuestros cuerpos de ejército, no inferior a las posibilidades de los cuerpos de ejército alemanes o franceses. La caballería engrosó en el 50%, notablemente reforzada (en un promedio de 35%), con artillería, ametralladoras y tanques. El parque de tanques era casi el doble, y su potencia de fuego, cerca de cuatro veces superior. Habíase incrementado la artillería de largo alcance y la rapidez de tiro de los sistemas artilleros, en particular la de los tanques y la antitanque. Mientras que en 1934 toda la flota aérea sólo podía levantar en un vuelo 2 000 toneladas de bombas, en 1939 su capacidad de carga había aumentado en 208%. No sólo los cazas, sino también los bombarderos, desarrollaban velocidades superiores a los 500 kilómetros-hora.Con techos de 14 000 a 15 000 metros.

En su informe al XVIII Congreso sobre la gestión del CC del PC(b) de la URSS, I. V. Stalin, consignando el peligro de una nueva guerra imperialista, manifestó que nuestro país, a la vez que aplicaba una invariable política encauzada al mantenimiento de la paz, había desplegado una intensa labor para mejorar la aptitud combativa de nuestros Ejército Rojo y Marina de Guerra. Y así era, ciertamente.

Digamos de pasada que en nuestro país escapan con bastante frecuencia a la investigación histórica documentos muy importantes, en razón de su paternidad y del momento en que

fuesen pronunciados o escritos. A veces resuenan como revelaciones, ideas y estimativas sobre los años de anteguerra obtenidas de datos indirectos y de investigaciones complementarias, aunque esas mismas ideas y, más aún, los hechos figuran en libros que es fácil conseguir en las bibliotecas.

Por ejemplo, los documentos de los congresos del partido de aquellos años contienen un copioso material histórico y reflejan el ingente trabajo realizado por el partido y el pueblo en todas las esferas de la vida. Con la particularidad de que tal documentación no es obra de individualidades sino de centenares y millares de especialistas bien calificados que remueven montañas de datos fidedignos, ante de incluir una sola cifra en un informe de responsabilidad.

Por supuesto, al intervenir en el XVIII Congreso del Partido, el comisario del pueblo de defensa no podía dar las cifras absolutas que caracterizaban el poderío del ejército. En cambio, en los coloquios de las misiones militares de la URSS, Inglaterra y Francia, celebrados en agosto de 1939 y que, lógicamente, fueron secretos, se aportaron datos concretos.

Dichas negociaciones ofrecen un gran interés. En ellas se traslucen claramente el afán y la responsabilidad con que el gobierno soviético procuraba instaurar la seguridad colectiva en Europa, así como nuestra disposición práctica y real para hacer mucho en aras de ello. El gobierno soviético encomendó directamente a sus delegados militares «firmar una convención militar acerca de los problemas relacionados con la organización de la defensa militar de Inglaterra, Francia y la URSS contra la agresión en Europa».

Sin embargo, Inglaterra y Francia enviaron a las negociaciones, digámoslo sin tapujos, personalidades de segundo rango, y no más que para «palpar» y «sondear», sin un interés sincero en el éxito de la colaboración militar. En una instrucción secreta a la misión inglesa decíase sin ambages que el gobierno de Inglaterra «no desea asumir ningún compromiso concreto» que pudiese «atarle las manos». Se encargó a las misiones sostener «muy despacio» el diálogo, «ser reservadas» con los rusos y «tratar de limitarse cuanto sea posible a formulaciones generales» respecto al convenio militar.

He aquí fragmentos de las actas de aquel tiempo, que testimonian las posibilidades de nuestro ejército, preparado para el despliegue en las fronteras occidentales de la URSS.

ACTA DE LA REUNIÓN DE LAS MISIONES MILITARES DE LA URSS, INGLATERRA Y FRANCIA

15 de agosto de 1939

La reunión empezó a las 10.7 horas.
Terminó a las 13.20 horas.

...*Comandante de ejército B. M. Shaposhnikov.* En las reuniones anteriores de las misiones militares hemos escuchado el plan de despliegue del ejército francés en occidente. De acuerdo con la petición de las misiones militares de Inglaterra y Francia, por encargo de la misión militar de la URSS, expongo el plan de despliegue de las Fuerzas Armadas de la URSS en sus fronteras occidentales.

Contra la agresión en Europa, el Ejército Rojo en la parte europea de la URSS despliega y sitúa en el frente:

120 divisiones de infantería, 16 divisiones de caballería, 5 000 piezas pesadas (comprendidos cañones y obuses), de 9 000 a 10 000 tanques, de 5 000 a 5 500 aviones de combate (sin contar la aviación auxiliar), es decir, bombarderos y cazas.

En ese número no figuran las unidades de las regiones fortificadas, ni de la defensa antiaérea, defensa costera, de reposición de bajas ni de retaguardia.

Sin entrar en detalles sobre la organización del Ejército Rojo, diré brevemente: la división de infantería consta de tres regimientos de fusileros y dos de artillería. Los efectivos de la división en tiempo de guerra totalizan 19 000 hombres.

El cuerpo de ejército lo integran tres divisiones y tiene artillería propia: dos regimientos. (El almirante Draks, dirigiéndose al general Haywood, pregunta si alguno de los oficiales toma nota de la información del comandante de ejército B. M. Shaposnikov y se le da respuesta afirmativa.)

Los ejércitos con cuerpos de diferente composición —de cinco a ocho cuerpos— disponen de artillería, aviación y tanques propios.

La puesta en disposición de combate de las unidades de las regiones fortificadas, 4-6 horas, a contar desde la señal de alarma.

La URSS tiene regiones fortificadas a lo largo de toda su frontera occidental, desde el océano Glacial Artico hasta el mar Negro.

La concentración del ejército se efectúa en un plazo de ocho a veinte días. La red de ferrocarriles permite no sólo concentrar las fuerzas junto a la frontera en el plazo señalado, sino también maniobrar en toda la extensión del frente. Tenemos a lo largo de la frontera occidental de tres a cinco vías de «enroque» en una profundidad de 300 kilómetros.

En la actualidad disponemos de suficiente cantidad de potentes locomotoras y grandes vagones de mercancías con un gálibo ciento por ciento mayor al de antes. Nuestros trenes circulan con el doble de peso que anteriormente. Y es superior su velocidad.

Contamos con un considerable parque automóvil y con carreteras aptas para concentrar los transportes a lo largo del frente...

...Ahora expondré tres variantes, aprobadas por la misión militar de la URSS, de posibles operaciones conjuntas de las fuerzas armadas de Inglaterra, Francia y la URSS en caso de agresión en Europa.

La primera variante prevé el ataque del bloque de los agresores a Inglaterra y Francia. En este caso, la URSS pondría en línea el 70% del total de las fuerzas armadas que Inglaterra y Francia lanzasen directamente contra el principal agresor: Alemania. Lo aclararé. Por ejemplo, si Francia e Inglaterra alineasen directamente contra Alemania 90 divisiones de infantería la URSS opondría 63 divisiones de infantería y 6 divisiones de caballería con la correspondiente cantidad de artillería, tanques y aviones; un total aproximado de dos millones de hombres...

...La flota del Norte de la URSS efectuaría cruceros en el litoral de Finlandia y Noruega, fuera de sus aguas territo-

riales, en cooperación con la escuadra anglo-francesa... La flota soviética del Báltico podría desarrollar operaciones de crucero y submarinas y minar las costas de Prusia Oriental y de Pomerania. Los submarinos de la flota soviética del Báltico dificultarían el trasporte de materias primas industriales desde Suecia para el agresor principal.

(En el transcurso de la exposición del plan de operaciones por el comandante de ejército B. M. Shaposhnikov, el almirante Draks y el general Haywood marcan la situación en sus croquis.)

La segunda variante de las operaciones militares se refiere al caso en que la agresión fuese enfilada contra Polonia y Rumania...

...La participación de la URSS en la guerra sólo podría ser (realizada) si Francia e Inglaterra se pusieran de acuerdo con Polonia y, a ser posible, con Lituania, y también con Rumania, sobre el paso de nuestras tropas y sus operaciones por el corredor de Vilna, por Galitzia y Rumania.

En este caso, la URSS avanzaría el 100% de las fuerzas armadas que lanzasen directamente Inglaterra y Francia contra Alemania. Por ejemplo, si Francia e Inglaterra ponen contra Alemania 90 divisiones de infantería, la URSS pondría 90 divisiones de infantería y 12 divisiones de caballería, con el correspondiente apoyo de artillería, aviación y tanques.

Las misiones de las flotas de Inglaterra y Francia serían las señaladas en la primera variante...

...En el sur, la flota del mar Negro de la URSS cerraría la desembocadura del Danubio a la penetración en él de submarinos del agresor y de otras eventuales fuerzas navales y taponaría el Bósforo evitando la entrada en el mar Negro de escuadras de superficie y submarinos del enemigo.

Tercera variante. Esta variante prevé el caso en que el agresor principal, utilizando el territorio de Finlandia, Estonia y Letonia, desate su agresión contra la URSS. En este caso, Francia e Inglaterra deberían entrar inmediatamente en la guerra contra el agresor o el bloque de agresores.

Polonia, unida por tratados a Inglaterra y Francia, debería entrar obligatoriamente en guerra contra Alemania y dejar pasar a nuestras tropas, por acuerdo de los gobiernos de

Inglaterra y Francia con el de Polonia, por el corredor de Vilna y Galitzia.

Más arriba se ha indicado que la URSS desplegará 120 divisiones de infantería, 16 divisiones de caballería, 5 000 piezas de artillería pesada, de 9 000 a 10 000 tanques y de 5 000 a 5 500 aviones. Francia e Inglaterra deberán alinear en este caso un contigente igual al 70% de las fuerzas de la URSS que se acaba de señalar e iniciar inmediatamente operaciones activas contra el agresor principal.

Las operaciones de la Marina de Guerra anglo-francesa deberían desenvolverse conforme queda indicado en la primera variante...

ACTA DE LA REUNIÓN DE LAS MISIONES MILITARES DE LA URSS, INGLATERRA Y FRANCIA

17 de agosto de 1939

La reunión empezó a las 10.07 horas.
Terminó a las 13.43 horas.

Mariscal K. E. Voroshilov (presidente). Declaro abierta la reunión de las misiones militares.

En la reunión de hoy escucharemos la información sobre las fuerzas aéreas de la Unión Soviética. Si no hay ninguna pregunta, me permito conceder el uso de la palabra al comandante de ejército de II rango, jefe de las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo, Loktionov.

Comandante de ejército A. D. Loktionov. En su informe, el jefe del EMG del Ejército Rojo, comandante de ejército de I rango Shaposhnikov, ha dicho aquí que en el teatro europeo occidental de las operaciones el Ejército Rojo desplegaría de 5 000 a 5 500 aviones de combate. Esta cantidad refiérese a la aviación de primera línea, sin la reserva.

De la cifra indicada, la aviación moderna constituye el 80%, con las siguientes velocidades; cazas, de 465 a 575 kilómetros-hora y más; bombarderos, de 460 a 550 kilómetros-hora. La autonomía de vuelo de la aviación de bombardeo es de 1 800 a 4 000 kilómetros. La capacidad de carga de bombas,

desde 600 kg en los aviones de tipos antiguos hasta 2 500 kg...

...La correlación de la aviación de bombardeo, de caza y de las tropas es: de bombardeo, 55%, de caza, 40%, y de las tropas, 5%.

En la actualidad, las fábricas de aviación de la URSS funcionan en un turno laboral, y sólo algunas en dos turnos, y construyen para las necesidades indispensables un promedio de 900 a 950 aviones al mes, además de los civiles y de instrucción.

Debido al incremento de la agresión en Europa y en Oriente, nuestra industria aeronáutica ha adoptado las medidas pertinentes a fin de impulsar su producción hasta los índices necesarios para cubrir las demandas de la guerra.

...Para poner en pie de guerra las unidades fundamentales de aviación a la señal de alarma se requiere de una a cuatro horas. Las de guardia están en alerta permanente.

En el período inicial de la guerra, las operaciones de las fuerzas aéreas corresponderán a los planes elaborados por el Estado Mayor General. El principio general de las acciones de las fuerzas aéreas responde a la exigencia de concentrar los esfuerzos de todos los medios, tanto terrestres como aéreos, en la dirección del golpe principal. De ahí que la aviación actúe en estrecha colaboración con las tropas terrestres en el campo de batalla y en la profundidad de la operación que se realiza.

Los objetivos de la aviación de bombardeo serán: la fuerza viva del enemigo y varias de sus instalaciones militares importantes. Además, la aviación de bombardeo recibirá misiones para operar sobre objetivos militares en la retaguardia más profunda del enemigo. La aviación soviética no se propone arrojar bombas sobre la población civil.

La aviación de caza tiene el cometido, además de custodiar importantes instalaciones militares, ferrocarriles y carreteras, de proteger las concentraciones de tropas terrestres y aéreas, así como las grandes ciudades en sincronizada cooperación con la artillería antiaérea y otros medios, combatir la aviación enemiga y asegurar las acciones de la aviación de

bombardeo y de asalto sobre el campo de batalla en armónica colaboración con ellas...

Mariscal K. E. Voroshilov. Tiene la palabra el mariscal Bernet.

Mariscal Bernet. Quisiera, en nombre de las misiones francesa e inglesa, expresar nuestro reconocimiento al general Loktionov por su precisa exposición. Me han impresionado hondamente la energía y el esfuerzo organizativo con que la Unión Soviética ha conseguido tan eminentes resultados en la formación de su aviación...[1]

A los historiadores y autores de memorias les place preguntarse: «¿Y qué hubiera ocurrido si...?» En efecto, si en 1939 los gobiernos de Inglaterra y Francia hubiesen querido agrupar sus fuerzas militares con la Unión Soviética contra la agresión, como nosotros proponíamos, el destino de Europa habría sido otro...

En marzo de 1940 celebró una reunión el Buró Político del CC del PC (b) de la URSS que tuvo gran trascendencia para el ulterior desarrollo de nuestras fuerzas armadas. Deliberó el balance de la guerra con Finlandia. El debate fue muy áspero, fue acremente criticado el sistema de instrucción y educación de las tropas y planteado el problema de elevar considerablemente la capacidad combativa del ejército y la flota.

A mediados de abril, por recomendación del Buró Político del CC, tuvo lugar una conferencia ampliada del Consejo Militar Superior. Fueron invitados a ella participantes en la guerra con Finlandia y las direcciones del aparato central, de las regiones militares y de los ejércitos. En esta conferencia se elaboraron los principios cardinales de la organización del adiestramiento de las tropas en consonancia con las exigencias del momento. Por decisión del CC del Partido y del Gobierno, la labor del comisariado del pueblo de defensa fue inspeccionada por una comisión especial presidida por A. A. Zhdanov y N. A. Voznesenski. La comisión exigió del aparato central del departamento militar una considerable intensificación de todo el trabajo para fortalecer el ejército, la aviación y la flota. En base de las

[1] Revista *Mezhdunarodnaya zhizn*, número 3 de 1959, Moscú. En ruso.

indicaciones del CC del Partido y las recomendaciones del Consejo Militar Superior, el comisario de defensa promulgó la orden: «La preparación militar y política de las tropas en el período estival de 1940».

¿Cuál era el fondo de las demandas presentadas a nuestras fuerzas armadas por el partido y el gobierno a mediados de 1940?

Considerando el balance del conflicto fino-soviético y, ante todo, el carácter de las operaciones de la guerra mundial, ya iniciada, a las tropas se planteó —seriamente y con toda amplitud —aprender hoy lo que mañana será necesario en la guerra. Se procedió a reorganizar todas las armas y fueron tomadas severas medidas para robustecer el mando único, el orden y la disciplina entre las tropas. De los mandos y jefes de todos los grados, así como de los estados mayores, la orden del comisario de defensa exigía reajustar el sistema de adiestramiento y educación de las tropas por un prisma único: como lo reclama la guerra. Instruir a la tropa en las condiciones más similares posibles a la realidad del combate; entrenar al personal de modo que fuese capaz de soportar una continuada tensión física, efectuar ejercicios tácticos día y noche, con cualquier tiempo, o sea, contando con el factor sorpresa, observando el principio de estar siempre listos para el combate. La Orden exigía de los mandos de tropas generales un profundo estudio de los potenciales y peculiaridades combativas de las diversas armas, al objeto de poder cooperar acertadamente con ellas en todas las modalidades del rápido combate moderno.

Me pasé todo el verano entre las tropas, en compañía de V. N. Borisov, miembro del Consejo Militar de la circunscripción, y de los jefes de las secciones de instrucción y de operaciones. Nos esforzamos por adiestrar en condiciones de campaña a los mandos, estados mayores y tropas de todas las armas.

En setiembre de 1940 llegó a la región militar el comisario de defensa, S. K. Timoshenko, para comprobar el estado de las fuerzas (Timoshenko fue nombrado Comisario del Pueblo de Defensa el 8 de mayo de 1940).

Del 22 al 24 de setiembre se examinó la capacitación táctica de la 41 división de infantería en la zona de Rava-Russkaya.

En los ejercicios bilaterales sobre el terreno participó la aviación de la región militar. La artillería de la 41 división mostró su buena aptitud.

Del 25 al 27 de setiembre, la 99 división practicó con excelente resultado simulacros y fue distinguida con la Bandera Roja. A la artillería de la división se le hizo entrega de la Bandera Roja circulante de la artillería del Ejército Rojo.

Del 27 de setiembre al 4 de octubre realizaron ejercicios de campaña los estados mayores de los 37 y 6º cuerpos de ejército, de la 36 brigada de tanques y de la 97 división de infantería. Los estados mayores demostraron buena organización e iniciativa, lo que brindaba al mando todas las premisas para conducir sin discontinuidad a las tropas en una situación compleja y de rápidas mutaciones. Por su excelente preparación se concedió al EM del 37 cuerpo de ejército la Bandera Roja circulante del Estado Mayor General del Ejército Rojo y se premió con relojes de oro al comandante del cuerpo S. M. Kondrusev, y al jefe de su EM, Mendrov. Muchos jefes recibieron valiosos regalos.

No habría de pasar un año desde esos ejercicios del 37 cuerpo y de las 41, 99 y 97 divisiones de infantería hasta el momento en que estas unidades debieran cruzar sus armas con selectas tropas fascistas. Los soldados y oficiales soviéticos derrocharon heroísmo en aquellos primeros días, los más duros de la guerra.

Debe decirse que los entrenamientos en el terreno en presencia de jefes militares superiores resultaron muy instructivos y estimulantes. S. K. Timoshenko conocía bien la preparación combativa del soldado y de las unidades y cooperaba a ello con agrado. Desde que fuera nombrado Comisario de Defensa, la instrucción de las tropas tomó un rumbo certero: enseñar lo que hará falta en la guerra. Sobre todo, empezamos a poner mucho empeño en la exploración y el uso del terreno tanto para el ataque como para la defensa.

Inculcábamos con ahínco a los soldados, sargentos y oficiales que las unidades, pequeñas y grandes, sólo serían una fuerza temible para el enemigo cuando todos sus componentes estuviesen perfectamente preparados. A este propósito, recuerdo con respeto al jefe del departamento de divulgación

política de la circunscripción, el comisario de división E. T. Pozhidaev, que hizo mucho por la educación de las tropas.

Me he referido sólo a una revista, efectuada en la región por el Comisario de Defensa, Timoshenko. Pero el mando de la región militar realizó en 1940 muchos ejercicios semejantes, y por eso no es casual que en los primeros días de la guerra lucharan con destreza y valentía las tropas del Frente Suroeste, asestando sensibles golpes al enemigo.

A fines de setiembre de 1940 recibimos un mensaje del Estado Mayor General anunciando que por disposición del Comité Central del Partido en diciembre tendría lugar en Moscú una conferencia de mandos superiores del ejército. Se me encargó de pronunciar un informe sobre el «Carácter de la operación ofensiva moderna». Además, había sido previsto efectuar un gran simulacro estratégico-operativo, en el que yo debería participar del lado de los «azules». El comisario de defensa ordenó que se le presentara el proyecto de informe el 1º de noviembre.

Debido a la complejidad del tema y al alto nivel de la conferencia, fue preciso trabajar muchas horas diarias durante todo un mes para confeccionar el informe. Me prestó una valiosa ayuda el jefe de la Sección de operaciones del EM de la región militar, I. J. Bagramian.

En la fecha señalada se presentó el proyecto de informe al comisario. Dos semanas después me telefoneó el jefe del Estado Mayor General, K. A. Meretskov, y me dijo que el proyecto había sido aprobado por la dirección y que debía prepararme para pronunciarlo.

La conferencia se celebró a finales de diciembre de 1940. En sus labores participaron los jefes de las regiones militares y de los ejércitos, los miembros de los consejos militares y los jefes de los estados mayores de las circunscripciones y de los ejércitos, los directores de todas las academias militares, los profesores y doctores en ciencias militares, los Inspectores generales de todas las armas, los jefes de las direcciones centrales y el personal dirigente del Estado Mayor General. Asistieron también miembros del Buró Político del CC del Partido.

Fueron leídos importantes trabajos. El general de ejército I. V. Tiulenev preparó el informe fundamental: «Carácter

de la operación defensiva moderna». Conforme a la tarea planteada, no rebasó el marco de la defensa de ejército ni mostró la específica de la defensa estratégica moderna.

El tema «Las Fuerzas Aéreas en la operación ofensiva y en la lucha por el dominio en el aire» corrió a cargo del jefe de la Dirección Principal de las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo, teniente general P. V. Rychagov, especialmente distinguido en España. Fue una disertación muy sustanciosa.

El teniente general A. K. Smirnov presentó la ponencia «El combate de la división de infantería en el ataque y la defensa.»

De los problemas generales del adiestramiento y capacitación operativa de las tropas del Ejército Rojo trató el jefe del Estado Mayor General, K. A. Meretskov. Hizo hincapié en la insuficiente formación de los mandos superiores y de los estados mayores de todos los grados. En aquellos momentos esta deficiencia provenía en cierta medida de la promoción masiva para cargos superiores de cuadros jóvenes, aún no del todo preparados para el trabajo táctico-operativo y de Estado Mayor.

Llamó la atención de todos el informe del jefe de la región militar especial de Bielorrusia, coronel general D. G. Pavlov, sobre el tema «Empleo de las unidades mecanizadas en la operación ofensiva moderna». Entonces era un problema nuevo y muy importante. En su exposición, bien argumentada, Pavlov mostró con acierto la gran movilidad y fuerza perforadora del cuerpo de ejército de tanques y mecanizado, así como su menor vulnerabilidad, comparado con otros tipos de tropas, al fuego de la artillería y de la aviación.

Mi informe «Carácter de la operación ofensiva moderna» fue bien acogido. Los participantes en la conferencia hicieron una serie de adiciones y observaciones críticas de valor.

Todos los oradores y el comisario de defensa, que pronunció el discurso de clausura, coincidieron en que si la Alemania fascista desencadenaba la guerra contra la URSS, nuestro país tendría que hacer frente al ejército más poderoso de Occidente. En la conferencia se subrayó su equipamiento con tropas acorazadas y mecanizadas y una fuerte

aviación, como también su gran experiencia en punto a la organización y conducción de la guerra moderna.

Y convinieron que era menester continuar formando unidades de tanques y mecanizadas del tipo de división y cuerpo de ejército, a fin de igualar la correlación de fuerzas con el ejército alemán. Se habló mucho de la reorganización de las fuerzas aéreas, de la defensa antiaérea y antitanque de las tropas, de su dotación con nuevo armamento y de la necesidad de autopropulsar la artillería, al objeto de acrecentar su movilidad y desplazamiento fuera de las carreteras.[1]

El conjunto, la labor de la conferencia mostró que el pensamiento teórico-miltar soviético determinaba justamente, en lo fundamental, las líneas cardinales del desarrollo del arte militar contemporáneo. Era necesario que todo esto se llevase cuanto antes a la práctica. En base de las conclusiones de la conferencia, algún tiempo después adoptáronse nuevas medidas para elevar la disposición combativa de las tropas de las regiones fronterizas y perfeccionar la competencia de los estados mayores. En las circunscripciones se emprendió un nuevo ciclo de grandes ejercicios y maniobras estratégico-operativos, fue elaborado un plan de defensa de la frontera y fortalecida la organización en las tropas.

Ya al día siguiente de la conferencia hubiera debido tener lugar un gran juego militar, pero inesperadamente fuimos llamados por I. V. Stalin.

Nos recibió con bastante sequedad, saludándonos con un movimiento de cabeza apenas perceptible, y nos invitó a sentarnos.

Reprochó a Timoshenko haber clausurado la conferencia sin conocer su opinión acerca del discurso de clausura del comisario. Timoshenko contestó que el había enviado el proyecto de su intervención y supuso que lo conocía y no tenía objeciones.

—¿Cuándo empiezan ustedes el juego militar? —preguntó Stalin.

—Mañana por la mañana —contestó Timoshenko.

[1] A. I. Erémenko en su libro *A comienzos de la guerra* (pp. 47, 48 y 49) esboza el contenido de un discurso de I. V Stalin en la última sesión de la conferencia de altos mandos militares. En las memorias de Erémenko se ha deslizado un error: Stalin no asistió a dicha conferencia.

—Bien, realícenlo, pero no dejen marchar a los jefes. ¿Quién juega del lado «azul» y quién del «rojo»?

—Del «azul» (occidental), el general de ejército Zhukov, y del «rojo» (oriental), el coronel general Pavlov.

A la mañana siguiente se dio comienzo al ejercicio. Como base de la situación estratégica tomáronse eventos que, en caso de ataque de Alemania a la Unión Soviética, podrían suceder en la frontera occidental.

Dirigían el ejercicio el comisario de defensa, Timoshenko, y el jefe del EMG, Meretskov; «operaban» en la dirección estratégica suroccidental. La parte «azul» (los alemanes) era convencionalmente atacante. La «roja» (el Ejército Rojo) se defendía.

El juego estratégico-operativo perseguía, en lo esencial, comprobar la viabilidad y conveniencia de los principios fundamentales del plan de cobertura y operaciones de las tropas en la fase inicial de la guerra.

Debe reconocerse el mérito del EMG: en todos los materiales confeccionados para el ejercicio veíanse reflejadas en notable medida las últimas operaciones de las tropas germano-fascistas en Europa.

En la dirección estratégica occidental, el supuesto enmarcaba el área comprendida desde Prusia Oriental hasta Polesie. La composición de los frentes era: la parte occidental («azul»), más de 60 divisiones; la oriental («roja»), más de 50 divisiones. Las operaciones de las tropas terrestres eran apoyadas por grandes fuerzas aéreas.

El desarrollo del juego abundó en momentos dramáticos para la parte oriental. Más tarde habría de verse que fueron muy parecidos a los que acaecieron después del 22 de junio de 1941, cuando la Alemania fascista atacó a la Unión Soviética...

Al terminar los ejercicios, el comisario de defensa nos ordenó a los jefes de las partes —a Pavlov y a mí— que hiciésemos un análisis parcial y señaláramos las deficiencias y los aspectos positivos en las operaciones.

I. V. Stalin propuso que se hiciera el análisis general en el Kremlin, adonde invitó a la dirección del Comisariado de

Defensa y del Estado Mayor General, a los jefes de las regiones militares y de sus estados mayores. Además de Stalin, asistieron miembros del Buró Político.

Sobre el desarrollo del ejercicio informó el jefe del EMG, general de ejército K. A. Meretskov. Cuando ilustraba con datos la correlación de fuerzas de las partes y la superioridad de los «azules» al comienzo de las acciones, sobre todo en tanques y aviación, Stalin, contrariado por el revés de los «rojos», le interrumpió:

—No olvide que en la guerra es importante no sólo la mayoría aritmética, sino también el arte de los jefes y de las tropas.

Después de hacer algunas otras observaciones, Stalin preguntó:

—¿Quién desea hablar?

Intervino el comisario, Timoshenko. Consignó el progreso táctico-operativo de los comandantes generales y de los jefes de los estados mayores de las regiones militares y el indudable provecho de la conferencia y del juego celebrados.

—En el año lectivo de 1941 —dijo—, las tropas tendrán posibilidad de prepararse con mayor precisión y más organizadamente, ya que para entonces deberán instalarse en sus nuevas áreas de dislocación.

Luego habló el coronel general Pavlov. Empezó haciendo una apreciación de la conferencia.

—¿En qué estriba la causa de las desafortunadas operaciones de la parte «roja»? —preguntó Stalin.

Pavlov intentó salir del trance con una broma. Dijo que en los ejercicios militares todo puede ocurrir. Pero la salida no le hizo gracia a Stalin, quien replicó:

—El jefe de las tropas de una circunscripción debe dominar el arte militar y saber tomar en cualquier circunstancia decisiones acertadas, lo que no le ha resultado a usted en el juego. ¿Alguien más desea hablar?

Pedí la palabra.

Después de señalar el gran valor de tales ejercicios para el crecimiento del nivel estratégico-operativo de los mandos

superiores, propuse practicarlos con más frecuencia, a pesar de toda la complejidad de su organización.

Para elevar la competencia militar de los jefes y de los estados mayores de las regiones militares y de los ejércitos —dije— es necesario ensayar sobre el terreno grandes ejercicios de mandos y estados mayores con medios de transmisión, dirigidos por el comisario de defensa y el Estado Mayor General.

Después me referí a la construcción de regiones fortificadas en Bielorrusia.

—A mi juicio, en Bielorrusia las líneas fortificadas se construyen demasiado cerca de la frontera y tienen una configuración operativa desfavorable en extremo, sobre todo en la zona del saliente de Belostok. Esto permite al enemigo atacar desde el área de Brest y Suvalki la retaguardia de toda nuestra agrupación de Belostok. Además, debido a su poca profundidad estas regiones fortificadas no pueden mantenerse mucho tiempo, ya que son batidas de parte a parte por el fuego de la artillería. Considero que las regiones fortificadas deben construirse a mayor profundidad.

—¿Y en Ucrania las regiones fortificadas se construyen bien? —me preguntó Pavlov, descontento, por lo visto, de que yo criticase su región militar.

—Yo no elegí las líneas a fortificar en Ucrania, pero pienso que también allí deberían haber sido erigidas más lejos de la frontera.

—Las regiones fortificadas se construyen conforme a los planes ratificados por el Consejo Militar Superior y de la dirección concreta de la construcción se encarga el vicecomisario de defensa, mariscal B. M. Shaposhnikov —replicó tajante K. E. Voroshilov.

En vista de que se enzarzaba una polémica, dejé de hablar y me senté.

Luego, algunos otros generales superiores intervinieron sobre diversos problemas.

Habló con gran sentido práctico el jefe de la Dirección Principal de las Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo, general P. V. Rychagov. Insistió en la necesidad de acelerar el desa-

rrollo de nuestras fuerzas aéreas a base de los aviones más modernos y estimó indispensable elevar la pericia del personal de vuelo.

Extrañaron las palabras del Vicecomisario de Defensa para el armamento, mariscal G. I. Kulik. Propuso aumentar la plantilla de la división de infantería hasta 16 000-18 000 hombres y propugnó la artillería arrastrada por caballos. De la experiencia de las operaciones militares en España deducía que las unidades blindadas debían operar principalmente como tanques de apoyo directo a la infantería y sólo por compañías y batallones.

—Por ahora —dijo Kulik— hay que abstenerse de la formación de cuerpos de ejército de tanques y mecanizados.

El comisario de defensa le replicó:

—La dirección del ejército comprende bien la necesidad de la más rápida mecanización de las tropas. Sólo Kulik sigue embrollado en estos problemas.

Stalin cortó la discusión, censurando a Kulik por sus atrasadas opiniones.

—La victoria en la guerra —observó— será de la parte que tenga más tanques y en mayor grado motorizadas las tropas.

Al día siguiente del análisis de los ejercicios fui llamado por Stalin.

Después de saludarnos, me dijo:

—El Buró Político ha decidido relevar a Meretskov del cargo de jefe del Estado Mayor General y designarle a usted en su lugar.

Yo esperaba cualquier cosa menos semejante decisión, y permanecí callado, sin saber qué contestar. Al cabo de un rato, dije:

—Nunca he trabajado en los estados mayores. Siempre he mandado tropas. No puedo ser jefe del Estado Mayor General.

—El Buró Político ha decidido nombrarle a usted —insistió Stalin, acentuando el término «ha decidido».

Comprendiendo que toda objeción era inútil, agradecí la confianza y agregué:

—Pero si no sale de mí un buen jefe del Estado Mayor General, rogaré que se me vuelva a enviar con las tropas.

—¡Muy bien, de acuerdo! Mañana aparecerá la disposición del CC —concluyó Stalin.

Un cuarto de hora después estaba yo ante el Comisario de Defensa. Sonriendo, me dijo:

—Ya sé que rehusabas el cargo de jefe del Estado Mayor General. Acaba de telefonearme el camarada Stalin. Ahora vuelve a la circunscripción y vente cuanto antes a Moscú. Para sustituirte, se designará jefe de la región militar al coronel general Kirponos, pero no lo esperes. De momento se puede dejar al mando de la región al jefe del Estado Mayor, Purkaev.

Con M. P. Kirponos yo no había trabajado, pero a juzgar por las opiniones de los que habían colaborado con él, era un jefe de tropas generales muy competente, que había servido ya en el viejo ejército. En el período de la Revolución de Febrero de 1917 fue elegido presidente del comité de soldados de su regimiento. Ingresó en el Partido en mayo de 1918. De 1934 a 1939 había sido director de la Escuela de Infantería de Kazan, que ostentaba el nombre del Soviet Supremo de la RSSA de Tartaria. Por su acertado mando de la 70 división de infantería en campaña, se le distinguió con el título de héroe de la Unión Soviética. En 1940 Kirponos fue nombrado jefe de la región militar de Leningrado.

Me alegré de que la región militar especial de Kiev fuese confiada a un jefe tan digno. Por supuesto, no poseía aún, como sucedía con otros muchos, los conocimientos y hábitos necesarios para dirigir una circunscripción fronteriza tan grande, mas su experiencia de vida, laboriosidad y talento natural garantizaban que de Kirponos saldría un gran jefe de región militar.

La tarde de aquel mismo día fui a Kiev, para de allí volver a Moscú. Sinceramente, me iba de mal talante. Siempre me habían encantado Ucrania y el maravilloso y viejo Kiev. El pueblo ucraniano me hizo honor y depositó en mí su confianza, eligiéndome diputado al Soviet Supremo de

Ucrania y al Soviet Supremo de la Unión Soviética. El CC del Partido Comunista de Ucrania asistía con presteza a las tropas de la región militar en la organización de los entrenamientos en el terreno y la labor educacional, como asimismo en el aspecto material.

En el corto espacio de mi permanencia en la jefatura de la región militar, pude estimar altamente la laboriosidad e iniciativa del personal de mando de la circunscripción, en particular de I. J. Bagramian, E. S. Ptujin, N. D. Yakovlev y los jefes de los ejércitos y de otras grandes unidades. Tenía profunda fe en aquellos hombres y presentía que en la hora de las pruebas bélicas se podría confiar en ellos por completo.

De Moscú había telefoneado más de una vez el comisario de defensa pidiendo que finalizase cuanto antes los asuntos en la región militar.

En Kiev me detuve poco tiempo, y el 31 de enero ya estaba en Moscú. Al día siguiente, después de transmitirme los asuntos K. A. Meretskov, empecé a desempeñar mis funciones de jefe del Estado Mayor General.

CAPÍTULO IX

En vísperas de la Gran Guerra Patria

Todo el mes de febrero estuve dedicado al minucioso estudio de los asuntos concernientes a la actividad del Estado Mayor General. Trabajaba de quince a dieciséis horas diarias y con frecuencia pernoctaba en mi despacho oficial. No puedo decir que entrase en seguida al corriente de la múltiple actividad del EMG. Todo eso no lo logré de inmediato. Me prestaron gran ayuda N. F. Vatutin, G. K. Malandin, A. M. Vasilevski, V. R. Ivanov, A. I. Shimonaev, N. I. Chetverikov y otros de sus funcionarios.

¿Qué teníamos al comienzo de la guerra? ¿Estaban preparados el país y sus fuerzas armadas para hacer debidamente frente el enemigo?

Dar una respuesta exhaustiva a esta pregunta capital, englobando los aspectos políticos, económicos, sociales y militares y teniendo en cuenta todos los factores objetivos y subjetivos, exige una inmensa labor de investigación. Estoy seguro de que nuestros científicos e historiadores saldrán airosos de este menester.

Por mi parte, estoy dispuesto a expresar mi opinión, ante todo en lo que se refiere al asunto militar de la cuestión, restableciendo en la medida de mis fuerzas y posibilidades el panorama general describiendo algunos acontecimientos de los febriles meses y días de la primera mitad de 1941.

Empecemos por lo principal, por el desarrollo de nuestra economía e industria, los pilares del potencial defensivo del país.

El tercer plan quinquenal (1938-1942) era la continuación lógica del segundo y del primero. Sabido es que aquellos dos planes quinquenales fueron cumplidos con creces. Por lo que atañe a la industria, durante cuatro años del primer quinquenio aumentó en el doble; el segundo estipulaba un incremento del 110%, pero se alcanzó en realidad el 120%. Luego, el XVIII Congreso del PC (b) de la URSS aprobó para el tercer quinquenio un alza de la producción industrial del 90%. ¿Existía alguna razón para considerar este plan irreal e impracticable? No, ninguna, todo lo contrario.

A comienzos de junio de 1941, la producción global de la industria habíase situado ya al 86%, y la circulación de mercancías por ferrocarril, al 90% del nivel prescrito para finales de 1942. Habían sido puestas en función 2 900 fábricas, centrales eléctricas, minas, yacimientos y otras empresas industriales.

En cuanto a las inversiones en su expresión monetaria, el plan asignaba 182 000 millones para el montaje de nuevas empresas y potenciación de las antiguas, frente a 103 000 millones en el segundo quinquenio y 39 000 millones en el primero. Estos datos muestran que durante el tercer plan quinquenal, habida cuenta el encarecimiento de la construcción en sus últimos años, entraron en servicio más potenciales productivos que en los dos anteriores planes quinquenales sumados.

¿Cómo estaban las cosas respecto a la industria pesada, en particular la de guerra? En el informe al XVIII Congreso del Partido sobre el plan de fomento de la economía nacional se indicaba que en el curso del cumplimiento de los planes precedentes había sido necesario, al complicarse la situación internacional, introducir importantes enmiendas en el desarrollo de la industria pesada, elevando considerablemente el ritmo de incremento previsto para la industria de la defensa. Conforme al plan del tercer quinquenio, las ramas pesadas y bélica siguieron avanzando con celeridad.

En efecto, la producción anual de toda la industria creció en un promedio del 13%, y la de la industria militar, en el

39%. Una serie de grandes fábricas de maquinaria y de otras ramas pasaron a producir material para la defensa y se desplegó la construcción de potentes fábricas de armamento especializadas.

El Comité Central del Partido ayudaba a las empresas productoras de nuevo material de guerra en el suministro de materias primas deficitarias y de las instalaciones más modernas. A fin de que las grandes fábricas de armamento dispusieran de todo lo necesario y aseguraseu el cumplimiento de los programas, se enviaba a trabajar en ellas como organizadores del Partido designados por el CC a expertos militantes y a magníficos especialistas. Debo decir que I. V. Stalin realizó personalmente una gran labor con las empresas de la industria de la defensa, conocía bien a decenas de directores, organizadores del Partido e ingenieros principales de las fábricas y se reunía a menudo con ellos, procurando con la perseverancia que le caracterizaba el cumplimiento de los planes estipulados.

Por tanto, desde el punto de vista económico, era evidente el desarrollo continuo y rápido, y yo hasta diría que a marchas forzadas, de la industria de guerra.

En este sentido, no debe olvidarse que, en primer término, ese gigantesco crecimiento se realizaba, en gran medida, a costa de una extraordinaria tensión laboral de las masas, y, en segundo término, con detrimento para el ascenso de la industria ligera y de otras ramas que proveían directamente de productos alimenticios y artículos industriales a la población. Del mismo modo, tampoco debe olvidarse que el auge de las industrias pesadas y bélica tenía lugar sobre el contexto de una economía civil y en el marco de un estado adicto a la paz, no militarizado.

Por eso, una presión o un viraje mayores aún en esta dirección habría significado pasar de los cauces del desenvolvimiento pacífico del país a los del desarrollo para la guerra y también cambiar, transformar la estructura misma de la economía nacional, militarizarla, en perjuicio directo de los intereses de los trabajadores.

Naturalmente, viendo las cosas con la óptica de posguerra es fácil decir que hubiera sido preciso cargar el acento en una clase de armamento y hacer menos hincapié en otra.

Mas incluso desde ese ángulo es imposible exigir ningún cambio cardinal y general con relación a la economía de preguerra.

Diré más. Recordando lo que los militares demandábamos de la industria, y cómo lo reclamábamos de ella en los últimos meses de paz, comprendo ahora que a veces no calibrábamos bien las posibilidades económicas reales del país. Aunque me parece que nosotros, desde nuestro punto de vista, llamémoslo así, departamental, teníamos razón.

Por ejemplo, por circunstancias objetivas se limitaron las propuestas del Comisario de Defensa respecto a impulsar la fabricación masiva de los modelos más modernos de aviones, tanques, tractores de artillería, camiones, medios de transmisiones y otro material de guerra.

Sin duda, en la esfera industrial, de la defensa, había muchas deficiencias y dificultades, de las que hablaremos más adelante. Debido a la enorme envergadura de la construcción, sentíase escasez de mano de obra calificada y faltaba también experiencia en punto a encauzar la fabricación de nuevo armamento y organizar su producción masiva. La necesidad de material de guerra y de armamento era cada vez más imperiosa.

El trámite para aprobar la fabricación masiva de un nuevo modelo de armamento era el siguiente.

A los modelos se los sometía primero a la prueba fabril, visada por representantes militares, y luego a la prueba por las tropas. Sólo después emitía su dictamen el comisariado de defensa. Luego el gobierno, con intervención del comisario de defensa, de los comisarios de la industria bélica y los diseñadores principales, examinaba la propuesta y adoptaba la decisión definitiva.

Todo esto requería tiempo. Y solía ocurrir también que, en el curso del aprestamiento y verificación del nuevo material, los diseñadores habían ultimado ya un tipo nuevo, más perfecto, siendo muy lógico que en este caso la aprobación de nuevo armamento se aplazara hasta terminar las pruebas del último modelo.

En su conjunto, los ingentes potenciales productivos creados en los dos quinquenios prebélicos y, en especial, durante

los tres años precedentes a la guerra, sentaban el cimiento de la defensa del país.

Desde el punto de vista militar, tuvo extraordinaria importancia la política del Partido orientada a impulsar el desarollo industrial en las regiones orientales y ubicar en ellas empresas paralelas de numerosas ramas constructoras de maquinaria, refino del petróleo y producción química. Allí se levantaron tres cuartas partes de todos los altos hornos nuevos; surgió la segunda base petrolera, entre el Volga y los Urales; fueron construidas factorías metalúrgicas en Transbaikalia, los Urales y la región del Amur; grandes empresas de la metalurgia no ferrosa en Asia Central y de la industria pesada en el Extremo Oriente; fábricas de montaje de automóviles; complejos de la industria del aluminio; empresas de laminación de tubos y centrales hidroeléctricas. Durante la guerra, junto con las empresas evacuadas allí, en el este del país se creó la base industrial que aseguró la resistencia frente al enemigo y su derrota.

Quisiera decir unas palabras sobre las reservas materiales acumuladas en vísperas de la contienda. Consistía su finalidad en garantizar el tránsito de la economía a los cauces bélicos y el aprovisionamiento de las tropas hasta que la economía pudiese atender por completo las necesidades de la guerra. De 1940 a junio de 1941, el valor total de las reservas materiales del estado engrosó de 4 000 a 7 600 millones de rublos.[1]

Comprendían las existencias de potenciales productivos, energía, metales ferrosos y no ferrosos y víveres. Estas reservas acumuladas en vísperas de la guerra, aun siendo modestas, coadyuvaron a que la economía, a pesar del duro año 1941, cobrase el ritmo y la envergadura indispensables para conducir con éxito la guerra.

Así, pues, el pulso de la industria pesada y de la industria de guerra era acelerado, alcanzando en los años y meses prebélicos la más alta tensión y plenitud. La vida del estado en conjunto se hizo más austera, diríamos que más reconcentrada.

[1] N. A. Voznesenski. *La economía de guerra de la URSS en el período de la guerra patria.* Gospolitizdat. Moscú, 1947. p. 154. En ruso.

La IV Sesión (extraordinaria) del Soviet Supremo de la URSS, celebrada en setiembre de 1939, aprobó la Ley de servicio militar obligatorio. Con arreglo a ella, deberían incorporarse al ejército todos los ciudadanos que hubiesen cumplido 19 años; la edad de llamamiento a filas se fijaba en 18 años para los que habían terminado la enseñanza media. A fin de perfeccionar la pericia militar, fue alargado el plazo del servicio activo: para los mandos inferiores de infantería y aviación, de dos a tres años; para toda la tropa de aviación y la tropa y los mandos inferiores de las fuerzas de guardafronteras, a cuatro años; y para los buques y las unidades de la flota, a cinco años.

El cumplimiento del tercer plan quinquenal en su conjunto, y especialmente de las tareas relativas a las industrias pesada y bélica, más la amenaza de agresión militar suspendida sobre la URSS, exigieron prolongar la jornada de trabajo en la economía nacional. A este respecto, el Presídium del Soviet Supremo de la URSS promulgó el 26 de junio de 1940 el Decreto *Sobre el paso a la jornada laboral de ocho horas y a la semana de siete días y sobre la prohibición de abandono arbitrario de las empresas e instituciones por los obreros y empleados*. Fue instituido un nuevo sistema de formación de mano de obra calificada en escuelas de oficios industriales y ferroviarias, y de aprendizaje fabril, que capacitaron un promedio de ochocientos mil a un millón de jóvenes trabajadores al año.

También entonces, a mediados de 1940, el Presídium del Soviet Supremo de la URSS promulgó el Decreto *Acerca de la responsabilidad por la producción defectuosa y por la inobservancia de los patrones obligatorios por parte de las empresas industriales*. Se adoptaron severas medidas que contribuyeron a mejorar la dirección de las empresas; robusteciéronse la disciplina, el sentido de responsabilidad y el orden.

También en el aparato del estado y la dirección de la industria se introdujeron importantes cambios, que los hicieron más flexibles; púsose fin a los organismos supervoluminosos y a la excesiva centralización. El Comisariado del Pueblo de la Industria de Defensa fue dividido en cuatro comisariados nuevos: de Aviación, de la Industria de Construcción de Barcos, de Municiones y de Armamento. El

Comisariado del Pueblo de la Industria de Maquinaria se desdobló en los de Maquinaria Pesada, Mediana y General.

Se constituyeron nuevos comisariados del pueblo (de Trasporte por Automóvil, de la Construcción y otros), relacionados directamente con el fortalecimiento de la defensa del país. Fue reorganizada la labor del Consejo de Economía adjunto al Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS. A base de él formáronse consejos económicos para la industria de defensa, la metalurgia, el combustible, la construcción de maquinaria, etc. Se nombró presidentes de los consejos a relevantes hombres de Estado, como los vicepresidentes del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS N. A. Voznesenski, A. N. Kosyguin, V. A. Malyshev y otros.

Todas estas mudanzas obedecían al extraordinario aumento del volumen del trabajo y las exigencias de los preparativos para la defensa activa contra la agresión, cuya inminencia de mes en mes se hacía más tangible.

En consonancia con el momento y también con la nueva Ley de servicio militar obligatorio, fueron reorganizados el aparato central militar y los organismos locales de la dirección militar. En las repúblicas autónomas, regiones y territorios se formaron comisariados de guerra, adoptándose nuevos reglamentos sobre su actividad.

Los problemas cardinales del Comisariado de Defensa eran discutidos en el Consejo Militar Superior del Ejército Rojo. Presidía este organismo el Comisario de Defensa y formaban parte de él los vicecomisarios y un miembro del Buró Político del CC del PC(b) de la URSS. Los problemas de especial importancia eran planteados y resueltos, de ordinario, en presencia de I. V. Stalin y otros miembros del Buró Político.

Por disposición del CC del Partido y del gobierno soviético (8 de marzo de 1941), se precisó la distribución de funciones en el Comisariado del Pueblo de Defensa de la URSS.

La dirección del Ejército Rojo ejercíala el Comisario del Pueblo de Defensa a través del Estado Mayor General, de los vicecomisarios de Defensa y del sistema de direcciones generales y centrales. Asimismo estaban subordinadas directamente a él la Dirección General de Tropas Motorizadas y

Blindadas, la Dirección Administrativa, la Dirección Financiera, la Dirección de Cuadros y la Oficina de Inventos.

A punto de estallar la guerra, las funciones en el Comisariado del Pueblo de Defensa estaban distribuidas de la siguiente manera:

G. K. Zhukov, Vicecomisario de Defensa, jefe del EMG, general de ejército: Dirección de comunicaciones, Dirección de abastecimiento de combustible, Dirección Central de la Defensa Antiaérea, Academia del Estado Mayor General y Academia M. V. Frunze.

S. M. Budionny, primer vicecomisario de defensa, mariscal de la Unión Soviética: Dirección Central de Intendencia, Dirección de sanidad y veterinaria del Ejército Rojo y Sección de fondos materiales.

G. I. Kulik, vicecomisario de defensa para la artillería, mariscal de la Unión Soviética: Dirección Central de artillería, Dirección de la defensa química y Academia de Artillería.

B. M. Shaposhnikov, vicecomisario de defensa, mariscal de la Unión Soviética: Dirección Central de ingenieros militares y Dirección de obras de defensa.

K. A. Meretskov, vicecomisario de defensa para la preparación combativa, general de ejército: la inspección de tropas de todas las armas, la dirección de los centros docentes militares y de preparación combativa del Ejército Rojo.

P. V. Rychagov, vicecomisario de defensa, general de ejército: jefe de la Dirección Principal de Fuerzas Aéreas del Ejército Rojo.

A. I. Zaporozhets, Vicecomisario de Defensa, comisario de ejército de I rango: jefe de la Dirección Central de divulgación política del Ejército Rojo, dirección de las instituciones editoras, culturales y educativas del Ejército Rojo, Academia Político-Militar V. I. Lenin, Academia Jurídico-Militar y escuelas políticas militares.

Quisiera recordar que al frente del Estado Mayor General halláronse: desde 1931, el Mariscal de la Unión Soviética A. I. Egorov; desde 1937, el Mariscal de la Unión Soviética B. M. Shaposhnikov, y desde agosto de 1940, el general de ejército K. A. Meretskov.

Veámos ahora qué aspecto ofrecían nuestras fuerzas armadas en vísperas de la guerra. A este respecto, para comodidad del lector y al objeto de facilitar las conclusiones, será mejor que expongamos todo siguiendo este esquema: lo que se había hecho ya por el pueblo, el partido y el gobierno; lo que nos proponíamos hacer a la mayor brevedad, y lo que no pudimos o no supimos hacer. Por supuesto, todo ello a grandes rasgos, utilizando un pequeño número de datos.

Infantería. En abril de 1941 se adoptaron para las tropas de infantería las plantillas del tiempo de guerra. La división de infantería era la gran unidad básica de tropas generales del Ejército Rojo. Constaba de tres regimientos de infantería y dos de artillería, un grupo antitanque y otro antiaéreo, un batallón de zapadores y otro de comunicaciones, unidades y servicios de retaguardia. Según las plantillas del tiempo de guerra, la división debería tener unos 14 500 hombres, 78 cañones de campaña, 54 cañones antitanque de 45 mm, 12 piezas antiaéreas, 66 morteros de 82-120 mm, 16 tanques ligeros, 13 autos blindados y más de 3 000 caballos. La división de infantería con tales efectivos podía representar una gran unidad suficientemente móvil y temible en el combate.

En 1939, 1940 y la primera mitad de 1941, las tropas recibieron más de 105 000 ametralladoras ligeras, pesadas y de gran calibre y alrededor de 85 000 subfusiles. Con la particularidad de que en aquel tiempo se había reducido un tanto la fabricación de armas portátiles y de artillería, debido a que los tipos anticuados fueron retirados de la producción, mientras que los nuevos, a causa de su complejidad y de las peculiaridades de diseño, no resultaba fácil producir en serie.

A mediados de marzo, S. K. Timoshenko y yo pedimos autorización a I. V. Stalin para llamar a filas los contingentes de la reserva destinados a las divisiones de infantería, con el fin de poder readaptarlos rápidamente a las exigencias del momento. Al principio se rechazó nuestra petición, diciéndonos que la incorporación a filas de la reserva en tales proporciones podía servir de pretexto a los alemanes para provocar la guerra. Sin embargo, a finales de marzo fue decidido llamar a medio millón de soldados y clases y enviarlos a las regiones militares próximas a la frontera para

encuadrarlos en las unidades a fin de elevar los efectivos de las divisiones de infantería por lo menos a 8 000 hombres.

Para no volver más a este extremo, diré que días después se autorizó llamar a 300 000 reservistas al objeto de nutrir con especialistas las regiones fortificadas y diversas armas, la artillería de reserva del Alto Mando, las tropas de ingenieros, de comunicaciones, la Defensa Antiaérea y el servicio logístico de la aviación. Así, pues, en vísperas de la guerra, el Ejército Rojo fue engrosado con unos 800 000 hombres, que deberían incorporarse a filas entre mayo y octubre de 1941.

En suma, en vísperas de la guerra, del número total, no pequeño, de grandes unidades estacionadas en las regiones militares fronterizas —170 divisiones y 2 brigadas—, 19 divisiones contaban con hasta 5 000-6 000 hombres, 7 divisiones de caballería tenían un promedio de 6 000 hombres, y 144 divisiones, entre 8 000 y 9 000. En las regiones interiores, la mayor parte de las divisiones tenían también efectivos reducidos, y muchas divisiones de infantería estaban en formación e iniciaban su adiestramiento.

Tropas blindadas. Al referirme ante la industria de tanques soviética, señalé ya el alto ritmo de su desarrollo y la gran perfección del diseño de las máquinas nacionales. En 1938, con relación al comienzo de los años treinta, la producción de tanques había aumentado en más del 200%. Habida cuenta las nuevas necesidades de la defensa del país, el CC del Partido y el gobierno recabaron de los diseñadores y constructores crear tanques de coraza y armamento más potentes, muy móviles y seguros. En 1939 y 1940 se dio brillante solución a este mandato.

El grupo de talentosos diseñadores guiado por Zh. Ya. Kotin ingenió el tanque *KV*, y el que dirigían M. I. Koshkin, A. A. Morozov y N. A. Kucherenko, el famoso tanque mediano *T-34*. Los constructores de motores produjeron el potente propulsor diesel *V-2* para tanques. Las máquinas *KV* y *T-34* demostraron ser los mejores carros de combate fabricados en vísperas de la guerra. Y en el curso de ella mantuvieron firmemente su superioridad sobre los tipos análogos de tanques del enemigo. El quid de la cuestión estribó entonces en poner a punto cuanto antes su fabricación masiva.

A indicación del CC del Partido, el Comité de Defensa informó al CC en diciembre de 1940, después de haber estudiado el estado de la producción de los nuevos tanques, que algunas fábricas no cumplían los planes, que se tropezaba con grandes dificultades en la elaboración del proceso tecnológico y que el pertrechar a las tropas con carros *KV* y *T-34* iba con suma lentitud. El gobierno adoptó las medidas pertinentes. A la vez, el CC del Partido y el Consejo de Comisarios del Pueblo tomaron acuerdos de capital importancia para la defensa del país, con miras a organizar la fabricación de tanques en la región del Volga y en los Urales.

De enero de 1939 al 22 de junio de 1941, el Ejército Rojo recibió más de 7 000 tanques; en 1941 pudo la industria dar ya unos 5 500 tanques de todos los tipos. En cuanto a los *KV* y *T-34*, las fábricas lograron producir 1 861 unidades hasta el comienzo de la guerra. Claro que eso era poco. En realidad, sólo en la segunda mitad de 1940 comenzaron a recibir los nuevos tanques las tropas de las circunscripciones fronterizas.

A las dificultades relacionadas con el aspecto cuantitativo del problema, se unían las organizacionales. Quizás el lector recuerde que nuestro ejército fue el iniciador de grandes unidades mecanizadas: brigadas y cuerpos de ejército. Sin embargo, la experiencia del uso de tales formaciones en las condiciones específicas de España fue erróneamente estimada, y en consecuencia se suprimieron los cuerpos de ejército mecanizados en nuestras fuerzas armadas. Entre tanto, ya en la batalla del Jaljin-Gol conseguimos mucho con el empleo activo de unidades blindadas móviles. Alemania utilizó ampliamente poderosas formaciones blindadas en sus operaciones agresivas contra los países de Europa.

Fue preciso reanudar con rapidez la formación de grandes unidades acorazadas.

En 1940 iniciamos la formación de nuevos cuerpos de ejército mecanizados y divisiones de tanques y motorizadas. Constituimos nueve cuerpos mecanizados. En febrero de 1941, el EMG elaboró un plan de organización de tropas blindadas y motorizadas más vasto del previsto en las decisiones del gobierno en 1940.

Considerando la cantidad de tropas acorazadas en el ejército alemán, el comisario de defensa y yo pedimos que, al formarse los cuerpos mecanizados, se utilizaran las brigadas de tanques existentes e incluso las grandes unidades de caballería, como fuerzas más similares a los tanques por su «espíritu de maniobra».

Stalin, quizás por no tener una opinión firme sobre el particular, dudaba. Fue pasando el tiempo, y sólo en marzo de 1941 se tomó el acuerdo de formar los 20 cuerpos mecanizados que habíamos pedido.

Sin embargo, nosotros no calibramos debidamente las posibilidades objetivas de nuestra industria de tanques. Para equipar por entero los nuevos cuerpos de ejército hacían falta 16 600 carros sólo de los nuevos tipos, y en total unos 32 000. En un solo año no era posible sacar de parte alguna tal cantidad de máquinas; faltaban cuadros técnicos y de mando.

Por tanto, al empezar la guerra sólo habíamos podido pertrechar menos de la mitad de los nuevos cuerpos de ejército. Fueron ellos precisamente los que desempeñaron un gran papel en el rechazo de los primeros golpes del enemigo.

Artillería. Según datos exactos de los archivos, desde el 1ro. de enero de 1939 hasta el 22 de junio de 1941, al Ejército Rojo le proporcionó la industria 29 637 piezas de campaña y 52 407 morteros; en total, incluidas piezas, morteros y cañones de tanques, 92 578 unidades. La inmensa mayoría de este armamento era para las tropas de artillería integradas en las unidades. La artillería de las tropas de las regiones militares fronterizas contaba, en general, con las piezas estipuladas en las plantillas.

En la misma víspera de la guerra disponíamos de 60 regimientos de obuses y 14 de cañones de la reserva general. La artillería de la reserva general comprendía, aproximadamente, un 8% de toda la artillería. Esto era a todas luces insuficiente.

En la primavera de 1941 comenzamos a formar 10 brigadas de artillería antitanque, pero en junio no habíamos podido encuadrarlas por entero. Por añadidura, la propulsión artillera, de escasa aptitud de rodaje, no permitía maniobrar fuera de las carreteras, sobre todo en el período de otoño

e invierno. Pese a ello, las brigadas de artillería antitanque jugaron un papel extraordinario en la destrucción de los tanques del enemigo. En algunos casos, fueron el único medio seguro para contener los ataques masivos de carros.

El mariscal Kulik, informante principal de Stalin en lo relacionado con la artillería, no siempre le orientaba bien respecto a la eficiencia de unos u otros modelos de piezas y morteros.

A punto de comenzar la guerra, la Dirección General de Artillería no había sabido valorar plenamente la eficacia de un arma reactiva tan poderosa como las *BM-13 (katiushas)*, cuyas primeras descargas en la zona de Orsha hicieron huir en desbandada a las unidades del invasor. Sólo en junio el Comité de Defensa dispuso su fabricación en serie.

Hay que encomiar a nuestros constructores de armamento por su diligencia y fecunda laboriosidad. Hicieron todo lo posible para que a los diez o quince días de estallar la guerra las tropas recibieran las primeras partidas de esta temible arma.

También se podía haber hecho más a su debido tiempo con respecto a los morteros. El programa era claro: lo precisó la decisión del Buró Político de CC del Partido (30 de enero de 1940) *Sobre el incremento de la producción de morteros y minas*. Sin embargo, sólo ya a punto de empezar la guerra comenzó el ejército a recibir en la proporción debida morteros de 82 y 120 mm. En junio de 1941, nuestros morteros ya superaban considerablemente a los alemanes en cantidad y calidad.

Stalin consideraba que la artillería era el medio más importante de la guerra y dedicó mucha atención a su perfeccionamiento. El Comisario de Armamento durante la contienda fue D. F. Ustinov, y el de Municiones, antes y durante la conflagración, B. L. Vannikov; diseñadores jefes de los sistemas de artillería eran los generales I. I. Ivanov y V. G. Grabin.

A todos estos hombres los conocía Stalin bien, a menudo se entrevistaba con ellos y tenía plena confianza en sus cualidades laborales.

Tropas de comunicaciones y de ingenieros. Ferrocarriles y carreteras. Una comisión del CC del Partido y del Consejo

de Comisarios del Pueblo de la URSS que actuó a mediados de 1940 señaló justamente que el número de tropas de ingenieros en tiempo de paz no podía asegurar su normal despliegue en caso de guerra.[1]

En la preguerra, las plantillas de tales unidades fueron ampliadas, constituyéronse nuevas formaciones, se mejoró la preparación general de las tropas de ingenieros, la estructura y el equipo operativo de las unidades de comunicaciones; los jefes de comunicaciones de las grandes unidades dedicaron un esfuerzo mayor a la obra de aprestar este cuerpo para actuar en condiciones de guerra; las tropas comenzaron a recibir nuevo material de ingenieros y de transmisiones. Sin embargo, al estallar la guerra no habíamos logrado subsanar todas las deficiencias en estas tropas.

A fines de febrero, el Comisario de Defensa y yo examinamos detenidamente cómo transcurría la construcción de la línea fortificada a lo largo de la frontera y el estado de los ferrocarriles, carreteras, caminos y medios de comunicación.

Los generales Vatutin, Malandin y Vasilevski informaron en detalle de la situación. Las conclusiones, en resumen, fueron las siguientes:

La red de carreteras en Bielorrusia Occidental y Ucrania Occidental estaba en mal estado. Muchos puentes no resistían el peso de los tanques medianos y de la artillería; los caminos vecinales exigían una reparación general.

El primer subjefe del Estado Mayor General, N. F. Vatutin, presentó un minucioso informe al Comisario de Defensa sobre el estado de los ferrocarriles de todas las regiones militares fronterizas.

Las zonas ferroviarias fronterizas están poco adaptadas para el transporte masivo de tropas —informó Vatutin—. Prueba de ello son las siguientes cifras: los ferrocarriles alemanes que van hasta la frontera de Lituania tienen una capacidad de tráfico de 220 trenes al día, mientras que nuestro ferrocarril lituano, que llega a la frontera de Prusia Oriental, sólo admite 84 trenes. La situación no es mejor en Bielorrusia Occidental y Ucrania Occidental. Allí tenemos casi

[1] Archivo del Ministerio de Defensa de la URSS, fondo 2, inventario 75 593, expediente 14. hoja 59.

la mitad de líneas férreas que el enemigo. Las tropas ferroviarias y las organizaciones constructoras no pueden cumplir, sin duda, en 1941 el trabajo que debe efectuarse.

En respuesta, el comisario indicó que, por encargo del CC del Partido, el Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación elaboró en 1940 un plan septenal de reforma técnica de los ferrocarriles occidentales. Sin embargo, hasta entonces no se había hecho nada serio, aparte del ensanche de las vías y obras elementales para adaptar las instalaciones a la carga y descarga masivas de tropa y armamento.

Sabíamos que el jefe de la región militar Occidental, D. G. Pavlov, había enviado el 18 de febrero de 1941 el informe No. 867 a nombre de I. V. Stalin, V. M. Molotov y S. K. Timoshenko, en el que pedía asignar considerables recursos para la construcción y reparación de carreteras y caminos. Entre otras cosas, decía:

«Estimo que el teatro occidental de operaciones militares debe estar inexcusablemente listo en el curso de 1941, y por eso considero absolutamente imposible alargar la construcción por varios años.»

El jefe de las tropas de comunicaciones del Ejército Rojo, mayor general N. I. Gapich, nos había informado de la escasez de medios modernos de enlace y reservas movilizables e intangibles de material.

En efecto, la radio del EMG constaba de emisoras tipo *RAT* sólo en el 39%, y del tipo *RAF* y *11-AK*, que reemplazaban a estas últimas, en el 60%; de equipos de carga, en el 45%, etcétera. La región militar fronteriza Occidental disponía de emisoras sólo en un 27% de la norma; la de Kiev, en un 30%, y la del Báltico, en el 52%. La situación era semejante en cuanto a otros medios de transmisión por radio y alámbrica.

Antes del conflicto opinábase que, para dirigir los frentes, las circunscripciones interiores y las tropas de la reserva del Alto Mando, en caso de guerra serían utilizados preferentemente los equipos de los comisariados de Comunicaciones y del Interior. Los nudos de comunicaciones del Alto Mando, del EMG y de los frentes recibirían todo lo necesario de los organismos locales del Comisariado de Comunicaciones, que,

como habría de verse después, no estaban preparados para funcionar en condiciones de guerra.

Del estado de los organismos locales de comunicaciones yo me había percatado durante las maniobras y ejercicios sobre el terreno para mandos, cuando hube de utilizar sus servicios por arriendo. Ya entonces nos asaltaron dudas acerca de la capacidad de los organismos locales para asegurar a las fuerzas armadas un enlace estable en caso de guerra.

Todas estas circunstancias implicaron un defecto en la preparación de los jefes y de los estados mayores de las grandes unidades y de las agrupaciones: la insuficiente competencia para conducir a las tropas en las complejas y rápidamente mudables condiciones de campaña. Los jefes soslayaban el empleo de la transmisión por radio, prefiriendo la alámbrica. Es bien sabido lo que esto acarreó en los primeros días de la guerra. La radio transmisión interior en las unidades de aviación, en la red de aeródromos y unidades de tanques, donde la comunicación alámbrica es impracticable en general, no se realizaba con la precisión necesaria.

Urgía adoptar medidas para poner en el debido orden la red de teléfonos y telégrafos, de radio y radiodifusión. No existía en absoluto red de cables enterrados, indispensable para el servicio de las instancias operativas y estratégicas.

Las conversaciones sobre estos problemas con el Comisariado de Comunicaciones no dieron fruto alguno. Y no porque alguien se resistiese a cargar con una tarea más: el mejoramiento de la organización de las comunicaciones era una necesidad evidente. Es que el Comisariado no podía físicamente cumplir las exigencias del ejército. Lo que se hizo a finales de 1940 y comienzos de 1941 para mejorar las transmisiones locales y las de algunos centros con Moscú no podía resolver el problema planteado.

Después de oír nuestra información, Timoshenko dijo:

—Estoy de acuerdo con la estimación de ustedes. Mas pienso que difícilmente se podrá hacer algo serio para subsanar en seguida todas esas deficiencias. Ayer estuve con el camarada Stalin. Había recibido un telegrama de Pavlov y ordenó transmitirle que, a pesar de toda la justedad de sus demandas, carecemos hoy de la posibilidad de satisfacerlas.

Fuerzas Aéreas. Ya he dicho que el partido y el gobierno dedicaron siempre gran atención al desarrollo de la aviación soviética. En 1939, el Comité de Defensa acordó construir nueve fábricas de aviones y siete de motores de aviación; al año siguiente, siete más, pertenecientes a otras ramas de la economía nacional, fueron readaptadas para la industria de aviación. Se equipaba las empresas con las más modernas instalaciones. A finales de 1940, la industria de aviación había crecido en más del 70% con relación a 1939. Paralelamente montábanse fábricas de motores de aviación y de aparatos de navegación aérea en los recintos de empresas de otros ramos traspasadas a la industria de aviación.

Según datos exactos de los archivos, desde el 1ro. de enero de 1939 hasta el 22 de junio de 1941, el Ejército Rojo recibió de la industria 17 745 aviones de combate, de ellos 3 719 de nuevos modelos.

Comenzó una nueva etapa en el desarrollo de la aviación. Fue prácticamente reorganizado por completo el Instituto Central de Aeronáutica, fundáronse nuevas oficinas de diseños de aviación militar. Los talentosos constructores S. V. Iliushin, A. I. Mikoyan, S. A. Lavochkin, V. M. Petliakov y A. S. Yakovlev, asistidos por sus jóvenes colectividades laborales, ofrecieron a la aviación militar los cazas *YAK-1, MIG-3 y LAGG-3,* el avión de asalto *IL-2,* el bombardero en picado *PE-2* y muchos otros; en total, unos veinte tipos.

A finales de 1940 y comienzos de 1941 se rivaliza en el empeño por acelerar la producción en serie de los mejores tipos de aviones. El CC del Partido y Stalin personalmente dedicaron mucho tiempo y atención a los diseñadores de aviones. Puede decirse incluso que la aviación era, en cierta medida, una pasión de Stalin.

Mas la industria no lograba marchar al compás de las exigencias del momento. En vísperas de la guerra lo que cuantitativamente predominaba en la aviación eran los modelos de construcción anticuada. Del 75 al 80% aproximadamente de la totalidad de los aparatos era inferior por sus índices técnicos a los tipos similares de la Alemania fascista. Las nuevas técnicas sólo empezaban a ser asimiladas y pudimos dotar de material moderno no más que al 21% de las unidades aéreas.

Verdad es que el número de las unidades de aviación crecía con gran celeridad: en junio de 1941 había aumentado considerablemente, con relación a 1939, el número de regimientos en activo. La unidad táctica superior de aviación de caza, asalto y bombardeo pasa a ser la división, preferentemente mixta, integrada por cuatro o cinco regimientos. Cada regimiento componíase de cuatro o cinco escuadrillas.

Este sistema de organización de las fuerzas aéreas permitía asegurar mejor la coperación en el combate entre las diferentes clases de aviación y entre la aviación y las fuerzas terrestres. En vísperas de la guerra, la correlación entre las clases más importantes de las FA era la siguiente: regimientos de bombardeo, 45%; de caza, 42%; de asalto, reconocimiento y otros, 13%.[1]

A fines de 1940, el Comisario de Defensa y el EMG, junto con el EM de las FA, elaboraron y presentaron al CC del Partido propuestas para un reajuste y rearme de la aviación. Nuestras sugerencias fueron pronto estudiadas y aprobadas.

La disposición *Sobre la reorganización de las fuerzas aéreas del Ejército Rojo* estipulaba la formación de nuevas unidades (106 regimientos), el ampliar y fortalecer las escuelas de aviación y equipamiento de las unidades de combate con nuevos modelos de aparatos. A finales de mayo de 1941 se había conseguido organizar y casi integrar plenamente 19 regimientos.

Muy pronto se dio otro paso para robustecer la aviación militar: el 10 de abril de 1941 el CC del Partido y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS aprobaron una disposición concerniente a la reorganización del sistema logístico de las FA. Se acordó estructurar su retaguardia con arreglo al principio territorial; segregar de las unidades operantes los organismos y establecimientos logísticos, crear zonas de dislocación aérea y batallones de servicio de aeródromo.

Las zonas de dislocación aérea se integraban en los sistemas de retaguardia de las FA de los ejércitos, regiones militares y frentes. La zona debía tener bases aéreas con una división cada una, enlazadas por los batallones de servicio de

1 Archivo del Ministerio de Defensa de la URSS, fondo 35, inventario 107 559, expediente 13, hoja 160.

aeródromo, a razón de uno por cada regimiento de aviación. La aviación de reconocimiento y de ejército continuó con sus plantillas de retaguardia. El paso a la nueva estructura, más flexible, de la retaguardia de las FA debería haber culminado en julio de 1941. En realidad, hubo que ultimarlo en el curso de la guerra.

El propio carácter de las posibles operaciones militares requería incrementar bastante las tropas de desembarco aéreo. En abril de 1941 iniciamos la formación de cinco cuerpos de ejército de este género. El 1ro. de junio ya había sido encuadrado su personal, pero el material escaseaba. Por eso, rotas las hostilidades, las misiones de las tropas de desembarco aéreo sólo pudieron ser ejecutadas por las antiguas brigadas de esa clase integradas en los nuevos cuerpos de ejército, utilizando como fusileros a la mayoría de los efectivos de las grandes unidades de nueva formación.

En febrero de 1941, el CC del Partido y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS aprobaron un plan adicional de construcción de aeródromos. Se preveía instalar 190 nuevos aeródromos en las regiones occidentales. Al empezar la guerra estaban estas obras en su apogeo, pero la gran mayoría de los aeródromos no acabó de construirse.

Así, pues, la guerra sorprendió a nuestras fuerzas aéreas en una fase de vasta reorganización, en el proceso de tránsito a nuevas técnicas y recalificación del personal. Sólo algunas grandes unidades pudieron prepararse para vuelos complejos, y para incursiones nocturnas, no más del 15% del personal de vuelo. El mando de las FA se preocupó mucho del estudio del nuevo material por el personal de vuelo, pero descuidó un tanto la disposición combativa de los aviones antiguos.

De un año a año y medio después, nuestra aviación presentaría un aspecto completamente nuevo, con gran capacidad combativa.

Tropas de defensa antiaérea. La amenaza de ataque aéreo a la URSS fue perfilándose cada vez más claramente en los años de preguerra. Por eso, el CC del Partido exigió más de la defensa antiaérea del país y trazó medidas concretas para reforzarla. Ante todo, lleváronse a efecto importantes

modificaciones orgánicas, ya que el sistema de la DAA adoptado en 1932 era evidentemente anticuado.

El territorio del país fue dividido en zonas de la DAA que correspondían a las demarcaciones de las regiones militares existentes entonces: Norte, Noroeste, Oeste, Kiev, Sur, Cáucaso Norte, Transcaucasia, Asia Central, Transbaikalia, Extremo Oriente, Moscú, Oriol y Jarkov. Cada zona se subdividía en distritos, que constaban de puestos de defensa antiaérea. Las zonas eran atendidas por unidades destinadas a la protección de las ciudades e instalaciones enclavadas en su territorio.

A los jefes de las regiones militares se les exigió mayor responsabilidad por el estado de la defensa antiaérea; la aviación dedicada a la defensa contra aeronaves siguió subordinada a las fuerzas aéreas de la región. Por supuesto, hubiera sido mejor asegurar la unidad de dirección y centralizar el mando de la DAA a escala de todo el país. Esto se hizo sólo en noviembre de 1941.

¿Cómo estaban armadas las fuerzas de la defensa antiaérea? En junio de 1941 tenían, más o menos el 85% de los cañones de calibre medio y el 70% de las piezas de pequeño calibre que les correspondían. La plantilla de aviones de caza no estaba cubierto en un 40% (en vísperas de la guerra se destinó para los objetivos de la DAA 39 regimientos de aviación, aunque continuaron dependiendo de los jefes de las fuerzas aéreas de las regiones militares, quienes los utilizaron después para otros fines bélicos). Sólo tenían el 70% de las ametralladoras antiaéreas correspondientes y la mitad de globos de barrera y reflectores antiaéreos.

Las fuerzas de la DAA de las regiones fronterizas occidentales y de Moscú y Leningrado estaban mejor armadas. Las regiones occidentales habían recibido material nuevo en mayor cantidad que las otras; disponían del 90 a 95% de cañones antiaéreos y de nuevos medios de detección y vigilancia del enemigo aéreo. Las tropas que defendían Moscú, Lenigrado y Bakú contaban con más del 40% de todas las baterías antiaéreas, de calibre medio. En las zonas de Leningrado y Moscú, la defensa antiaérea contaba con 30 estaciones radar *RUS-2*.

De acuerdo con nuestro informe, el CC del Partido y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS acordaron formar

cuerpos de aviación de caza para reforzar la defensa antiaérea de la capital y de Leningrado. Como es sabido, estos cuerpos aéreos desempeñaron un papel extraordinario en el rechazo de los vuelos de la aviación fascista sobre Moscú y la ciudad de Lenin.

Al comenzar la guerra, el nuevo sistema de la DAA no había sido implantado por completo, sólo se empezaba a dotarlo del material más moderno y no estaban aún bien precisados los límites de la «zona amenazada» (tope de alcance de la aviación de bombardeo del enemigo). El transporte hallábase en mal estado.

Marina de Guerra. Después de asumir las funciones de jefe del Estado Mayor General, el corto espacio de tiempo y la urgente necesidad de atender todo un conjunto de asuntos directamente relacionados con el Ejército Rojo, me impidieron conocer a fondo la situación de la Marina de Guerra. Sabía que su personal estaba bien preparado y que los mandos de las flotas y flotillas y sus estados mayores hallábanse prestos para el combate. El Estado Mayor de la Marina de Guerra lo dirigía el almirante I. S. Isakov, un hombre de talento, emprendedor y enérgico.

El ritmo de equipamiento de la Marina de Guerra se había acelerado. Sólo en once meses de 1940 fueron botados 100 torpederos, dragaminas, submarinos y lanchas torpederas, que se distinguían por sus buenas cualidades para el combate. A finales de 1940 habíanse construido unos 270 buques de todas las clases. Se establecieron nuevas bases navales y fueron habilitadas zonas complementarias en los mares Báltico del Norte y Negro. En todas las flotas fueron reforzadas considerablemente las escuadras con nuevas unidades de destructores y de lanchas torpederas. En vísperas de la guerra, la armada disponía de submarinos y unidades ligeras de superficie bien dispuestos, capaces de cumplir con éxito las misiones combativas.

En total, al romperse las hostilidades la Marina de Guerra contaba con unos 600 buques en servicio, de ellos 3 acorazados, 7 cruceros, 49 destructores, 211 submarinos, 279 lanchas torpederas, más de 1 000 cañones de defensa costera y más de 2 500 aviones.

Una Marina de Guerra moderna es muy costosa. Sobre todo los grandes barcos, que, de otro lado, son un buen blanco

para los ataques aéreos y los torpedos. En 1939, el Comité de Defensa, anexo al Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, acordó acertadamente reducir, y más tarde suspender por completo, la construcción de acorazados y de cruceros pesados, que requería ingentes gastos, gran cantidad de metal y el trabajo de elevado número de ingenieros, técnicos y obreros de la industria naviera.

Por otra parte, no se prestaba la debida atención a la defensa de costas y antiaérea, como tampoco a las minas y torpedos. Un serio error del Comisariado del Pueblo de la Marina de Guerra fue subestimar el papel de la flota del Norte, que en la guerra habría de desempeñar una importantísima función.

En general, en vísperas de la contienda, la armada soviética producía gran impresión, y luego hizo frente con dignidad al enemigo.

En su interesante libro *En la víspera*, el almirante N. G. Kuznetsov escribe, a propósito de mi nombramiento como jefe del Estado Mayor General: «Al principio creí que sólo era yo quien no lograba arreglar las relaciones con G. K. Zhukov y que su colega, el jefe del Estado Mayor de la Marina de Guerra, I. S. Isakov, llegaría a entenderse con él. Sin embargo, Isakov tampoco logró nada».

No recuerdo ahora si los mencionados camaradas «no lograron nada conmigo» o si a mí «no me resultó nada con ellos», pero esto, en definitiva, no tiene ninguna importancia.[1] Mas con el fin de dejar sentada la verdad histórica, debo decir que, en general, cuando se discutían los problemas de la Marina de Guerra ante I. V. Stalin no se invitaba al Comisario de Defensa, S. K. Timoshenko, ni al jefe del Estado Mayor General.

El crecimiento numérico de nuestras fuerzas armadas demostraba también la gran envergadura de las medidas aplicadas por el partido y el gobierno para reforzar la defensa del país

[1] En muchas memorias, libros y artículos se expresan juicios diferentes acerca de mi actividad en los años de la gran guerra patria. Declaro mi sincero agradecimiento a los autores de elogiosas palabras. De mis deficiencias y errores, que yo tuve como cualquier persona, hablo en este libro. En cuanto a las observaciones críticas, sobre todo las de carácter general y emocional, he decidido no polemizar con ellas a no ser que se trate de grandes problemas cuya errónea interpretación podría ir en menoscabo de la verdad.

en 1939-1941. Durante este período, sus efectivos aumentaron en el 180%, formándose 125 divisiones; el 1ro. de enero de 1941 encuadraban las tropas terrestres, la aviación militar, la armada y la defensa antiaérea más de 4 200 000 hombres.

En uno de los primeros capítulos de este libro me he referido en dos palabras al papel del entrenamiento militar de la población. La costumbre de preparar a la población civil, en primer término a la juventud, para defender su patria antes de incorporarse a filas, estaba muy extendidas entre el pueblo. A esta labor de adiestramiento de las masas para la defensa se dedicaba la organización *Osoaviajim.* Para el 1ro. de enero de 1941 agrupaba más de trece millones de adherentes; cada año, decenas de millares de entusiastas de la aviación, paracaidistas, tiradores o mecánicos se especializaban en más de trescientos aeroclubs y automotoclubs escuelas de vuelo y clubs de planeadores. ¡Qué útiles fueron después estos conocimientos a los combatientes de las milicias populares y a los guerrilleros!

En cuanto al adiestramiento profesional de los mandos de todos los grados, centenas de millares de ellos recibieron una buena formación en más de doscientas escuelas militares del Ejército Rojo y de la Marina de Guerra, en diecinueve academias, en diez facultades militares de centros docentes superiores civiles y en siete academias superiores navales. En una disposición del Consejo Militar Superior y en la Orden No. 120 del Comisario de Defensa se estipularon medidas para perfeccionar el sistema de enseñanza en los centros docentes militares.

En las frecuentes visitas a la Academia del Estado Mayor General, de la que debía ocuparme en razón de mi cargo, pude persuadirme una vez más de que en las cátedras militares, en los libros, en los programas de estudio y en los ejercicios de los alumnos se enseñaba en vísperas de la guerra la teoría militar moderna, tomándose debidamente en consideración la experiencia de la segunda guerra mundial, en curso.

A los alumnos se les inculcaba la idea de que en la época actual las guerras no se declaran y que el agresor trata de aprovechar todas las ventajas del ataque por sorpresa. Se daba por supuesto que desde el principio del conflicto par-

ticiparía en las operaciones el grueso de las fuerzas de las partes contendientes, con todas las peculiaridades estratégicas y operativas derivadas de ello. Recalcábase el carácter irreconciliable y encarnizado de la confrontación bélica, la posibilidad de que fuese duradera y la necesidad de poner en tensión las energías de todo el pueblo y de ensamblar el frente y la retaguardia en la lucha.

La estrategia militar erigíase ante todo en la certera idea de que el agresor sólo se le puede derrotar con operaciones ofensivas. Pero, al mismo tiempo, no se analizaban con suficiente profundidad otras variantes de la lucha, tales como las batallas de encuentro, las operaciones de repliegue obligado y el combate en situación de cerco (refiriéndonos, claro está, no a tales o cuales obras, sino a la orientación en la enseñanza de las disciplinas militares).

A reanudar mi labor en el sistema del Comisariado de Defensa, me interesé, como de costumbre, por saber cómo marchaba la preparación de los reglamentos y ordenanzas que reflejaran las nuevas y avanzadas concepciones sobre el carácter y los métodos de combate. El departamento de instrucción del Ejército Rojo y las direcciones centrales de las diferentes armas había meditado y distribuido en los últimos dos años decenas de valiosos reglamentos y ordenanzas. Sin embargo, no todos ellos, ni mucho menos, se habían llevado a las tropas y bastantes adolecían, como antes, de provisionalidad.

En general, la teoría militar de aquellos años, expuesta en obras y conferencias y avalada en los reglamentos, estaba, como suele decirse, al nivel de la época. No obstante, la práctica iba rezagada, en cierto grado, de la teoría...

Estudiando los problemas estratégico-operativos, llegué a la conclusión de que en la defensa de un país tan gigantesco como el nuestro se acusaban deficiencias sustanciales. Esta opinión la compartían los más altos oficiales del Estado Mayor General, por quienes supe que también mis predecesores en el cargo se habían manifestado más de una vez en el mismo sentido.

La concentración de grandes tropas alemanas en Prusia Oriental, Polonia y los Balcanes nos inquietaba sobremanera.

Al par que la insuficiente disposición combativa de nuestras fuerzas estacionadas en las circunscripciones occidentales.

Luego de analizar en todas sus facetas estos problemas. acompañado de N. F. Vatutin, informé minuciosamente al comisario de defensa de los defectos observados en la organización y el adiestramiento de nuestras tropas, así como del estado de las reservas, sobre todo en lo concerniente a proyectiles y bombas de aviación. Además, indiqué que la industria no cumplía a tiempo nuestros pedidos de material bélico.

—Todo esto lo conoce bien la dirección. Creo que, en la situación actual, el país no está en condiciones de darnos nada más —reiteró S. K. Timoshenko.

Una vez me llamó y dijo:

—Ayer estuve con el camarada Stalin. Tratamos de los lanzacohetes. Me preguntó si habías reemplazado ya a Meretskov y cómo te sentías en el nuevo trabajo y ordenó que le fueses a ver para informarle.

—¿Para qué debo prepararme? —le pregunté.

—Para todo. Pero ten en cuenta que no escuchará un informe largo. Todo lo que a mí me relates en el curso de unas horas, deberás decírselo a él en diez minutos.

—¿De qué puedo informar en diez minutos? Son grandes problemas y exigen seria atención. Hay que comprender su importancia y adoptar las medidas estatales necesarias.

—Lo que tú vayas a comunicarle, lo conoce él en lo fundamental —me previno el comisario de defensa—. Así que procura ceñirte sólo a las cuestiones esenciales.

Llevando una lista de los problemas que me disponía a exponer, un sábado por la tarde fui a ver a I. V. Stalin, a la casa de campo donde se encontraba. Ya estaban allí los mariscales S. K. Timoshenko y G. I. Kulik, como también algunos miembros del Buró Político.

Después de saludarnos, Stalin me preguntó si conocía los lanzacohetes *(katiushas)*.

—He oído hablar de ellos, pero no los he visto.

—Entonces, con Timoshenko, Kulik y Aborenkov, debe ir usted en estos días al polígono y ver su tiro. Ahora, háblenos de los asuntos del Estado Mayor General.

Repetí brevemente aquello de lo que ya había informado al comisario de defensa y dije que, en vista de la complejidad de la situación político-militar, era indispensable tomar medidas urgentes y subsanar a tiempo los defectos que existían en la defensa de las fronteras occidentales y en las fuerzas armadas.

Me interrumpió V. M. Molotov:

—¿Cree usted, pues, que tendremos que combatir con los alemanes?

—Espera... —le cortó Stalin.

Luego de oír el informe, Stalin nos invitó a todos a cenar. Proseguimos la conversación interrumpida. Stalin me preguntó qué opinión tenía de la aviación alemana. Le dije lo que pensaba:

—La aviación de los alemanes no es mala. Su personal de vuelo ha hecho una buena práctica de combate en cooperación con las fuerzas terrestres. En cuanto al material, nuestros nuevos cazas y bombarderos no tienen nada que envidiar a los alemanes, y yo diría que son mejores... Lo único lamentable es que hay muy pocos.

—Sobre todo hay muy poca aviación de caza —puntualizó Timoshenko.

Alguien lanzó una réplica:

—Timoshenko piensa sobre todo en la aviación defensiva.

El comisario del pueblo no respondió. Creo que, por ser un poco sordo, no llegó a captar la indirecta.

La cena fue muy sencilla. Un espeso *borsch* ucraniano y un abundante plato de carne cocida con papilla de alforfón bien condimentada. De postre, compota y frutas. Stalin estaba de buen ánimo, bromeó mucho, bebió *Jvanchkara,* el suave vino georgiano, e invitó a los demás, pero los comensales prefirieron coñac.

Finalmente, Stalin dijo que era preciso pensar y promover las cuestiones primordiales y presentarlas a la aprobación del gobierno. Pero que se debía tener en cuenta las posibilidades reales y no fantasear acerca de lo que por entonces no podíamos asegurar materialmente.

Volví muy entrada la noche al Estado Mayor General y tomé nota de todo lo que había dicho Stalin, resaltando los problemas que deberían resolverse en primer término. Estas propuestas fueron presentadas al gobierno.

Del 15 al 20 de febrero de 1941 se celebró la XVIII Conferencia del PC (b) de la URSS, a la que asistí. La Conferencia requirió la atención de las organizaciones del Partido hacia las necesidades de la industria y del transporte, en primer término de las empresas que trabajaban para la defensa. Exigió una responsabilidad más elevada. En sus resoluciones decíase que los dirigentes de los comisariados del pueblo de las industrias de aviación, química, eléctrica, municiones y otras ramas de la economía nacional vinculadas con la defensa, deberían sacar enseñanzas de la crítica expresada en la Conferencia y mejorar mucho su trabajo. En caso contrario, serían relevados de sus cargos.

El plan económico para 1941, último plan del tiempo de paz, aprobado por la Conferencia estipulaba un crecimiento considerable de la industria bélica.

La Conferencia eligió miembros suplentes del CC del Partido y miembros de la Comisión Revisora Central a muchos militares: I. V. Tiulenev, M. P. Kirponos, I. S. Yumashev, V. F. Tributs, F. S. Oktiabrski y otros camaradas. En mí se depositó también una alta confianza. Fui elegido miembro suplente del CC del PC (b) de la URSS.

En vísperas de la guerra, nuestro Estado Mayor General era un colectivo compenetrado y unido de generales y oficiales competentes. Sólo mencionaré a algunos de ellos.

El primer subjefe del EMG era el teniente general N. F. Vatutin, bien conocido en el país y que se distinguía por su extraordinaria laboriosidad y gran amplitud de concepciones estratégicas. Subjefe del EMG para los asuntos de organización era el teniente general V. D. Sokolovski, designado para este cargo a comienzos de la primavera de 1941 cuando era jefe del EM de la región militar de Moscú. En los años de la guerra reveló Sokolovski dotes y capacidad de gran jefe militar. Al frente de la Dirección de operaciones estaba el mayor general G. K. Malandin, hombre muy instruido y eminente especialista.

También colaboraba allí el mayor general A. M. Vasilevski. En la guerra, Vasilevski descolló como un notable jefe de nuestras fuerzas armadas. Bajo su dirección se llevó a cabo una serie de grandes y brillantes operaciones. En el Estado Mayor General, Vasilevski ocupábase en vísperas de la guerra del plan operativo para las direcciones noroccidental y occidental.

Además de los militares citados, en el EMG actuaban otros talentosos y enérgicos jefes que con su fecundo esfuerzo cooperaron a elevar a gran altura la capacidad laboral de este organismo.

Como aparato fundamental del Comisariado de Defensa, el EMG realizaba una ingente labor operativa, de organización y movilización. En caso de guerra sería convertido en órgano del Alto Mando.

Ahora bien, la acción del propio mecanismo del Estado Mayor General adolecía de deficiencias. Así, al estudiar en la primavera de 1941 la situación, pudo verse que tanto el EMG como el Comisario de Defensa y los comandantes generales de las diversas armas no habían dispuesto para caso de guerra puestos de mando desde los que se pudiera conducir las fuerzas armadas, transmitir rápidamente a las tropas las órdenes del Gran Cuartel General y recibir y estudiar los partes de éstas.

En los años prebélicos no se había aprovechado el tiempo para construir puestos de mando. Y así resultó que, cuando empezó la contienda, el Alto Mando, el EMG y todos los estados mayores de las diferentes armas y direcciones centrales debían dirigir desde sus despachos de tiempo de paz, lo que complicaba tremendamente su trabajo.

Al estallar la guerra no estaban resueltas las cuestiones relacionadas con los órganos del Cuartel General del Alto Mando: su estructura, personal, emplazamiento, servicio y medios tecno-materiales.

En cinco años de preguerra se habían sucedido cuatro jefes del Estado Mayor General. Este frecuente cambio de dirección no había permitido dominar por completo lo concerniente a la defensa del país y analizar a fondo todos los aspectos del conflicto que se avecinaba.

¿Qué problemas fundamentales iban estudiándose durante aquellos meses en el Estado Mayor General?

Ahora algunos autores de memorias militares afirman que en vísperas de la guerra no teníamos planes de movilización de las fuerzas armadas ni de despliegue estratégico.

La verdad es que el Estado Mayor General disponía, naturalmente, de tales planes. La elaboración y correción de los mismos no cesó en ningún momento. Una vez terminados, se informaba sobre ellos a la dirección del país y, en cuanto eran ratificados, transmitíanse sin demora a las regiones militares. En vísperas de la guerra la Dirección de operaciones —generales G. K. Malandin, A. M. Vasilevski, A. F. Anisov y otros— dedicó mucho espacio al estudio de los planes operativos y de movilización. Hasta que me incorporé al EMG, los planes se confeccionaron bajo la dirección del mariscal Shapohsnikov y, luego, del general de ejército Meretskov y del teniente general Vatutin.

En el otoño de 1940, el plan operativo fue modificado sustancialmente, aproximándolo a las tareas que deberían resolverse en caso de agresión. No obstante, adolecía aún de errores estratégicos, derivados de una hipótesis equivocada.

Creíase que la dirección estratégica más peligrosa era la suroccidental —Ucrania— y no la occidental —Bielorrusia— en la que el alto mando hitleriano concentró y lanzó al combate en junio de 1941 las más potentes agrupaciones terrestres y aéreas.

A consecuencia de ello, ya en los primeros días de la guerra fue preciso trasladar a la dirección occidental e introducir apresuradamente en combate como fuerzas del Frente Occidental el 19 ejército, una serie de unidades del 16 ejército, concentrados en Ucrania, adonde habían sido llevados hacia poco tiempo. Esta circunstancia se reflejó, sin duda, en el curso de las operaciones defensivas en la dirección occidental.

Al confeccionar el plan operativo en la primavera de 1941 (febrero-abril), no subsanamos por completo este equívoco.

Stalin estaba seguro de que, en la guerra contra la Unión Soviética, los hitlerianos tratarían en primer término de apoderarse de Ucrania y de la cuenca del Donetz, con el fin

de privar a nuestro país de las zonas económicas más importantes y adueñarse del cereal ucraniano, de la hulla del Donetz y, luego, del petróleo del Cáucaso. Al analizar el plan operativo en la primavera de 1941, Stalin dijo: «Sin estos valiosísimos recursos vitales, la Alemania fascista no podrá hacer una guerra grande y duradera».

Todos nosotros teníamos a Stalin por la mayor autoridad y entonces a nadie se le ocurría dudar siquiera de sus juicios y apreciaciones de la situación. Sin embargo, este supuesto de Stalin no consideraba los planes fascistas de guerra relámpago contra la URSS, aunque, claro, tenía su fundamento.

La última variante del plan de movilización de las fuerzas armadas (problemas de organización y materiales) se aprobó en febrero de 1941 con el nombre de MP-41. Fue enviada a las regiones militares con la indicación de que corrigieran hasta el 1º de mayo de 1941 los antiguos planes de movilización.

En 1940 fue acordado trasladar inmediatamente parte de las tropas de las regiones occidentales a las nuevas zonas del territorio occidental reincorporado a la Unión Soviética. Aunque estas zonas no estaban debidamente preparadas aún para la defensa, en ellas dislocáronse los primeros escalones de tropas de las circunscripciones occidentales.

Aquí desearía referirme a la suerte de las nuevas y de las antiguas regiones fortificadas. A principios de 1940 se inició la construcción de nuevas zonas fortificadas en la frontera occidental. El proyecto de construcción fue aprobado por Stalin sobre la base de un informe de Voroshilov.

Hasta el comienzo de la guerra pudimos construir unas 2 500 obras de hormigón armado, de las cuales 1 000 fueron armadas con artillería y las 1 500 restantes con ametralladoras. Sin embargo, no se completó la construcción de las regiones fortificadas.

Por lo que concierne a Ucrania, las áreas mejor dispuestas para el combate en junio de 1941 eran las de Rava-Russkaya y Peremyshl, que en los primeros días de la guerra desempeñaron un papel muy positivo, de lo que hablaremos más adelante.

Ahora quisiera proyectar luz en cuanto a la retirada del armamento artillero emplazado en las antiguas regiones fortificadas.

Entre febrero y marzo de 1941 se discutió dos veces en el Consejo Militar Superior del Ejército Rojo cómo rematar cuanto antes la construcción de las nuevas regiones fortificadas y dotarlas de armamento. Recuerdo bien la viva polémica entablada en las reuniones del Consejo. Pero aunque hubo mucha discusión, no se dio con una salida práctica que permitiese acelerar la fabricación de artillería para las fortificaciones y asegurar el equipo que precisaban.

El mariscal Kulik, a la sazón vicecomisario para el armamento, el mariscal Shaposhnikov, Vicecomisario para las zonas fortificadas, y también A. A. Zhdanov, miembro del Consejo Militar Superior, propusieron retirar una parte de la artillería de algunas regiones fortificadas antiguas y emplearla para armar las regiones fortificadas en construcción.

El Comisario de Defensa, mariscal Timoshenko, y yo disentimos de esta propuesta, manifestando que las viejas regiones fortificadas podrían ser útiles aún.

En vista de las discrepancias surgidas en el Consejo Militar Superior, se informó del asunto a Stalin, que, de acuerdo con la opinión de Kulik, Shaposhnikov y Zhdanov, ordenó retirar parte del armamento artillero de los sectores de segundo orden y trasladarlo a las direcciones occidental y suroccidental.

Las antiguas regiones fortificadas habían sido construidas en el período de 1929-1935. Los emplazamientos de tiro permanentes estaban en su mayoría provistos de ametralladoras. En 1938 y 1939, algunos fueron reforzados con cañones. Por disposición del Consejo Militar Superior del 15 de noviembre de 1939, la plantilla de las antiguas regiones fortificadas fue reducida en más de un tercio. Como consecuencia, de varios sectores se retiró el armamento.

No obstante, después de informar por segunda vez a Stalin, se nos autorizó a mantener parte del armamento en los sectores desarmados.

Con respecto a las zonas fortificadas cuya construcción se había emprendido en 1938 y 1939, el EMG cursó a los co-

mandantes generales de las regiones militares especiales Occidental y de Kiev directivas expresadas en los siguientes términos:

«En adelante, hasta nueva orden especial, mantener en estado de conservación las regiones fortificadas de Slutsk, Sebezh, Shepetovka, Iziaslav, Starokonstantinov y Ostropol.

A fin de utilizar dichas zonas fortificadas en tiempo de guerra, se aprestarán y pondrán en práctica las siguientes medidas:

—formar personal de mando de las áreas fortificadas...

—al objeto de perfeccionar el sistema de fuego de artillería y ametralladoras en cada nudo de la defensa y punto de apoyo, acondicionar terrenos para obras de madera y tierra u hormigón y piedra, deberán construirse en los primeros diez días de la guerra por las propias tropas en campaña...

—sobre la base de los proyectos e instrucciones técnicas de la Dirección de obras de defensa del Ejército Rojo, calcular la necesidad de armamento y del más elemental equipo interior...

—en el cómputo de fuerzas, medios y planes de obras, incluir las instalaciones de hormigón armado construidas en 1938 y 1939 en las zonas fortificadas de Letichev Moguiliov, Yampol, Novograd-Volynski, Minsk, Polotsk y Mozyr...

El jefe de la Dirección de obras de defensa elaborará y enviará a las regiones hasta el 1.5.41 instrucciones técnicas sobre la instalación de armamento y del más elemental equipo interior en las construcciones de 1938 y 1939».[1]

Las regiones fortificadas de la antigua frontera estatal no fueron desmanteladas, como se dice en algunas memorias y ensayos históricos. Mantuviéronse en todos los sectores y direcciones más importantes, existiendo además el propósito de reforzarlas. Mas el curso de las operaciones al comienzo de la guerra impidió llevar a efecto por entero las medidas previstas y aprovechar debidamente las antiguas fortificaciones.

Por lo que atañe a las nuevas zonas fortificadas, el Comisariado del Pueblo de Defensa y el Estado Mayor General impartieron repetidas indicaciones a las regiones militares

1 Archivo del Ministerio de Defensa de la URSS. fondo 73. inventario 12 109, expediente 5 789, hojas 108, 109, 111. 112.

para acelerar la construcción. En la fortificación de las nuevas fronteras trabajaron diariamente casi 140 000 hombres. También Stalin nos apremiaba a nosotros a este respecto.

Me permito citar una de tales directivas del EMG, la del 14 de abril de 1941:

«A pesar de diversas indicaciones del Estado Mayor General del Ejército Rojo, el montaje del armamento de casamata en las obras militares permanentes y la puesta de las mismas en disposición de combate se efectúa con intolerable lentitud.

El Comisario del Pueblo de Defensa ha ordenado:

1. Todo el armamento disponible en la región para las zonas fortificadas montarlo urgentemente en las obras militares y aprestar éstas para el combate.

2. En caso de no disponer de armamento especial, instalar provisionalmente en los huecos y cajas de las troneras ametralladoras sobre afustes de campaña y, donde sea posible, cañones.

3. Poner las obras a punto para el combate, aun faltando el resto de la dotación de equipo para las mismas, mas montando inexcusablemente puertas blindadas, metálicas y enrejadas.

4. Organizar el cuidado y la conservación correspondientes del armamento montado en las obras.

5. El jefe de la Dirección de obras de defensa del Ejército Rojo enviará sin demora a las zonas instrucciones técnicas sobre la instalación del armamento provisional en las construcciones de hormigón armado.

De las medidas adoptadas se informará hasta el 25, 4, 41 al Estado Mayor General del Ejército Rojo.

El Jefe del Estado Mayor General del Ejército Rojo, general de ejército
G. Zhukov

Doy fe: el Jefe de la Sección de regiones fortificadas del Estado Mayor General del Ejército Rojo, mayor general
S. Shiriaev.»[1]

[1] Archivo del Ministerio de Defensa de la URSS, fondo 73, inventario 12 109, expediente 5 789, hoja 114.

En marzo de 1941 dio cima el EMG al plan de movilización de la industria de guerra para caso de conflicto bélico. De este plan informé yo, en unión del general V. D. Sokolovski, subjefe del Estado Mayor General, al presidente del Comité de Defensa, anexo al Consejo de Comisarios del Pueblo.

El EMG preparó un informe especial sobre municiones y lo envió al CC y al Consejo de Comisarios del Pueblo. El informe estaba dedicado por entero al aseguramiento de la artillería. Nos referíamos a la extrema penuria en proyectiles de artillería y minas. Faltaban proyectiles para obuses, cañones antiaéreos y antitanques. Particularmente mala era la situación respecto a municiones para los sistemas de artillería más modernos.

I. V. Stalin encargó que fuera examinado nuestro informe y, de acuerdo con los comisariados de municiones y de defensa, se le comunicara lo que en realidad podía y debía hacerse.

N. A. Voznesenski y otros camaradas estimaron demasiado ambiciosas nuestras demandas e informaron a Stalin de que la petición para 1941 debería satisfacerse como máximo en el 20%. Estas propuestas fueron aprobadas.

Sin embargo, después de reiterados informes, Stalin dispuso promulgar una disposición que estipulaba un sensible aumento de la producción de municiones en la segunda mitad de 1941 y principios de 1942.

Durante la primavera de 1941, los organismos centrales de aprovisionamiento del Comisariado de Defensa llevaron a efecto una gran labor para incrementar las reservas intangibles de todas las regiones militares fronterizas a expensas de las reservas estatales en orden a combustible, víveres y equipo. Se repuso los depósitos de artillería de las circunscripciones con considerable cantidad de municiones procedentes de las bases del Comisariado de Defensa.

El Comisario de Defensa y el EMG estimábamos necesario, ante la guerra que se avecinaba, acercar más los medios tecno-materiales a las tropas, a sus consumidores. Esta medida parecía lógica, mas luego habría de verse que todos nos habíamos equivocado. Cuando estalló la guerra, el enemigo logró en breve lapso apoderarse de las reservas tecno-materiales de las regiones militares, lo cual dificultó el suministro a las tropas y la formación de reservas.

Al modificar los planes operativos en la primavera de 1941 (a lo que ya he aludido) no se tuvo plenamente en cuenta los nuevos métodos de conducción de la guerra en el período inicial. El Comisariado de Defensa y el EMG entendían que una guerra entre grandes potencias como Alemania y la Unión Soviética podría entablarse conforme al viejo esquema: el grueso de las tropas entraría en combate varios días después de las batallas fronterizas. Ambos países eran equiparados en punto a los plazos de concentración y despliegue de los ejércitos. Pero lo cierto era que las fuerzas y las condiciones distaban mucho de ser idénticas.

¿Cuáles eran las posibilidades económicas de Alemania en el momento de atacar a la Unión Soviética?

Habiéndose adueñado de casi todos los recursos económicos y estratégico-militares de Europa, Alemania dotó a sus tropas de armamento moderno y suficiente cantidad de medios materiales. La inexistencia en aquel tiempo de fuerzas que operaran activamente en Europa Occidental permitió a los hitlerianos concentrar todos sus efectivos principales contra la URSS.

En vísperas de la guerra, Alemania fundía, contando los países ocupados, 31,8 millones de toneladas de acero, y ella misma extraía 257,4 millones de toneladas de carbón, y con sus satélites, 439 millones. La Unión Soviética sólo obtenía 18,3 y 165,9 millones de toneladas, respectivamente. El punto flaco de Alemania era la extracción de petróleo, pero esto lo compensaba en cierta medida la importación del carburante rumano y, también, las reservas formadas y la producción de combustible sintético.

Luego de anular descaradamente las restricciones del tratado de Versalles, la dirección hitleriana, para respaldar sus planes agresivos, había subordinado toda la política económica a los intereses de la guerra de conquista que tenía en perspectiva. La industria alemana fue orientada íntegramente por los cauces de la economía bélica. Todo lo demás fue relegado a último plano.

Creó un ingente potencial económico-militar; en un plazo relativamente corto fueron construidas más de 300 grandes fábricas de guerra. En 1940 la producción bélica en Alemania se había incrementado en dos tercios con relación a

1939 y en 22 veces respecto a 1932. En 1941, la industria germana lanzó más de 11 000 aviones, 5 200 tanques y blindados, 30 000 cañones de diverso calibre y alrededor de 1 700 000 carabinas, fusiles y subfusiles. A esto hay que añadir las grandes reservas de armamento robado y los potenciales de producción de los satélites de Alemania y de los países ocupados por ella.

¿Qué sabíamos entonces de las fuerzas armadas de Alemania concentradas contra la Unión Soviética?

Según datos de la Dirección de información de nuestro EMG, a cuyo frente estaba el general F. I. Golikov, los traslados complementarios de fuerzas alemanas a Prusia Oriental, Polonia y Rumania comenzaron a finales de enero de 1941. El servicio de información militar calculó que entre febrero y marzo la agrupación de tropas del enemigo había engrosado en nueve divisiones: tres de infantería alineadas frente a la región militar del Báltico; dos de infantería y una de tanques frente a la región Occidental, y una división de infantería y tres regimientos de tanques frentes a la de Kiev.

De los partes que nos proporcionaba el jefe de la Dirección de información, general Golikov, dábamos cuenta en el acto a I. V. Stalin. Ignoro si el general Golikov comunicaba personalmente a Stalin los datos conseguidos por su departamento.

Para el 4 de abril de 1941, las tropas alemanas habían aumentado desde el Báltico hasta Eslovaquia, según datos del general Golikov, en 5 divisiones de infantería y 6 de tanques. En total, frente a la URSS había 72 ó 73 divisiones concentradas, además de las nueve divisiones de infantería y una motorizada alemanas dislocadas en Rumania.

El 5 de mayo de 1941, según informe del general Golikov, los contingentes de tropas germanas estacionadas frente a la URSS se cifraban en 103-107 divisiones, comprendidas 6 situadas en la zona de Danzig y Poznan y otras 5 en Finlandia. Del total, 23 ó 24 divisiones hallábanse en Prusia Oriental; 29 en Polonia, frente a la región militar Occidental, y de 31 a 34 también en Polonia, frente a la circunscripción de Kiev; en Rumania y Hungría había 14 ó 15 divisiones.

El enemigo realizaba grandes obras para aprestar el teatro de las operaciones militares: tendía segundas líneas férreas en Eslovaquia y Rumania, ampliaba la red de aeródromos y pistas de aterrizaje, instalaba presurosamente depósitos militares. En las ciudades y establecimientos industriales organizábase el adiestramiento en la defensa antiaérea, se construían refugios y ensayaban movilizaciones.

Cuatro cuerpos del ejército húngaro estaban en la Ucrania Subcarpática, y parte considerable de las tropas rumanas fue dislocada en los Cárpatos.

En Finlandia habían desembarcado en el puerto de Abo del 10 al 29 de abril, hasta 22 000 soldados y oficiales alemanes, trasladados luego a la zona de Rovaniemi y, más adelante, a Kirkenäs. El general Golikov estimaba posible que las tropas alemanas fuesen reforzadas próximamente con unidades traídas de Yugoslavia.

El 1ro. de junio de 1941, según los informes de la Dirección de información, frente a la URSS había dispuestas unas 120 divisiones alemanas.

En la primavera de 1941, los hitlerianos no temían operaciones serias de sus enemigos occidentales, y el grueso de las fuerzas armadas de Alemania fue concentrado a todo lo largo del territorio entre el mar Báltico y el mar Negro.

En junio de 1941 Alemania había elevado los efectivos totales de su ejército a 8 500 000 hombres, 3 500 000 más que en 1940, o sea, hasta 208 divisiones. En junio teníamos nosotros, contando los contingentes complementarios incorporados, alrededor de 5 000 000 de hombres.

Hitler consideró que había llegado el momento de atacar a la Unión Soviética. Se apresuraba, y tenía sus razones para ello...

Los mayores desplazamientos masivos de tropas hacia el Este los inició el mando hitleriano el 25 de mayo de 1941. Por entonces, los ferrocarriles alemanes pasan al gráfico de máxima circulación. En total, del 25 de mayo a mediados de junio se trasladó hacia las fronteras de la Unión Soviética 47 divisiones alemanas, entre ellas 28 de tanques y motorizadas.

En lo que a nosotros se refiere, sucedía lo siguiente. Durante los meses de marzo y abril de 1941, el EMG realizó

una intensa labor para precisar los planes de cobertura de las fronteras occidentales y de movilización en caso de guerra. Al puntualizar el plan de cobertura, informamos a Stalin de que, según nuestros cálculos, las tropas estacionadas en las regiones militares del Báltico, Occidental, de Kiev y de Odesa serían insuficientes para rechazar el ataque de las fuerzas alemanas. Era necesario poner en pie de guerra con urgencia varios ejércitos y trasladarlos, lo más tarde a principios de mayo, a los países bálticos, Bielorrusia y Ucrania.

Se decidió desplazar a Ucrania y Bielorrusia, aparentando llamamientos para instrucción móvil de campamento, a razón de dos ejércitos de campaña con efectivos reducidos. Fuimos advertidos de la necesidad de observar suma cautela y los requisitos del más riguroso secreto operativo.

Por aquellas fechas, Stalin dio orden de intensificar al máximo la construcción de la red de aeródromos fundamental y de campaña. Mas sólo fue permitido utilizar la mano de obra después de finalizadas las labores agrícolas de primavera.

Una vez, al final de nuestras habituales entrevistas, Stalin preguntó cómo marchaba el llamamiento de reservistas.

El comisario de defensa le contestó que iba normalmente y que los contigentes de la reserva estarían a fines de abril en las circunscripciones fronterizas. A principios de mayo comenzaría su instrucción complementaria en las unidades.

El 13 de mayo, el EMG cursó a las regiones militares la directiva de adelantar hacia el oeste tropas de las circunscripciones interiores. De los Urales se desplazó a la zona de Velikie Luki el 22 ejército; del Volga a la zona de Gómel, el 21 ejército; del Cáucaso Norte a la zona de Belaya Tserkov, el 19 ejército; de Jarkov a la línea del río Dvina Occidental, el 25 cuerpo de ejército, y de Transbaikalia a Ucrania (área de Shepetovka) el 16 ejército.

En total, durante el mes de mayo se llevó de las regiones militares interiores a lugares más próximos a las fronteras occidentales 28 divisiones de infantería y cuatro direcciones de ejército.

A finales de mayo, el EMG ordenó a los jefes de las circunscripciones fronterizas iniciar con urgencia la preparación

de los puestos de mando, y a mediados de junio dispuso instalar en ellos las direcciones de los frentes: la del Frente Noroeste, en la zona de Panevejis; la del Oeste, en el área de Obuz-Lesna, y la del Suroeste, en Ternopol. La región militar de Odesa, en calidad de dirección de ejército, pasaría a Tiraspol. Las direcciones de campaña de los frentes y de los ejércitos deberían llegar a esos puntos del 21 al 25 de junio.

Las fuerzas más próximas al eventual enemigo eran 47 destacamentos fronterizos terrestres y 6 marítimos, 9 comandancias fronterizas especiales y 11 regimientos de las tropas operativas del Comisariado del Pueblo del Interior, así como las divisiones de infantería de los escalones adelantados de los ejércitos de cobertura, estacionadas cerca de la frontera, pero no desplegadas en orden de combate.

En suma, las regiones militares fronterizas y las flotas contaban con 2 900 000 hombres, más de 1 500 aviones de nuevos tipos y un número bastante elevado de aviones de construcción anticuada, casi 35 000 cañones y morteros (sin contar los de 50 mm), 1 800 tanques pesados y medianos (de ellos, dos tercios de nuevos tipos) y considerable cantidad de tanques ligeros con recursos motorizados restringidos.

La instrucción de combate y la orientación para caso de guerra en las regiones militares fronterizas eran diferentes y dependían de muchos factores: las tradiciones en la educación de las tropas, la iniciativa y el sentido de responsabilidad del personal de mando y el grado de organización y de perseverancia en el cumplimiento de las exigencias de los reglamentos de combate. Ahora es difícil reconstituir detalladamente todo lo que se hacía en las circunscripciones fronterizas y reflejar el clima en que fueron sorprendidas por la guerra. Recuerdo que yo, sobre todo en los primeros tiempos de mi actuación en el EM, no podía olvidar la región de Kiev, que acababa de dejar. ¿Cómo irían las cosas allí?

A este propósito, quisiera citar algunos fragmentos de las memorias del mariscal I. J. Bagramian, entonces coronel, jefe de la Sección de operaciones de la región militar especial de Kiev. Me parece que estas páginas reflejan fielmente el estado de cosas en el ejército, con todas las dificultades de los últimos años prebélicos.

«Apenas acabábamos de despedir a nuestro jefe-delegado a la XVIII Conferencia del Partido —escribe Bagramian—, cuando recibimos del Estado Mayor General la siguiente disposición: el jefe del EM de la región militar, junto con el grupo de generales y oficiales que han participado en la elaboración del plan de protección de la frontera estatal, deberán llegar rápidamente a Moscú. Con M. A. Purkaev marcharon a Moscú los generales N. A. Laskin, jefe del EM de las fuerzas aéreas; I. I. Trutko, subjefe del EM de la región militar, encargado de los problemas operativos de retaguardia; D. M. Dobykin, jefe de comunicaciones de la región; el coronel A. A. Korshunov, jefe de las vías militares de la región; yo mismo y mi adjunto, el coronel A. I. Danilov.

En Moscú nos enteramos de lo que se trataba. Todos nosotros deberíamos participar en el estudio de las medidas de orden estratégico para la región militar.

...Proseguíamos nuestro trabajo cuando, de pronto, se nos ordenó regresar sin pérdida de tiempo a Kiev para cumplir las obligaciones dimanantes de nuestros cargos. Allí tuvimos que dedicarnos ante todo a examinar los planes de los ejércitos para la protección de la frontera, confeccionados por sus estados mayores a tenor de las instrucciones cursadas por el mando de la región militar. Con gran satisfacción por nuestra parte, advertimos que los planes no requerían grandes modificaciones. Sólo hubo que hacer algunas enmiendas insignificantes.

Sin embargo, muy pronto, inmediatamente después que los fascistas empezaron a ocupar Yugoslavia, el Estado Mayor General ordenó introducir sustanciales correcciones en el plan de protección de la frontera. Se ordenó al mando de la circunscripción acrecentar bastante las fuerzas destinadas a la cobertura directa de la frontera estatal...

El general Kirponos, a su juicio, deploró el evidente debilitamiento de su agrupación de reserva y que para la «defensa pasiva» fuesen designadas fuerzas muy superiores a las que él estimaba necesarias. Pero era una orden, y había que cumplirla. El 18 de abril trasmitimos a los ejércitos las correspondientes instrucciones para que hicieran tales cambios en el plan. Por esta causa, no logramos en abril «de-

sembarazarnos» de los planes de los ejércitos para la protección de la frontera.

De nuevo convocó el EM de la región militar a los jefes de los estados mayores de los ejércitos, acompañados de los que habían tomado parte en la elaboración de los planes. Todo comenzó de nuevo. Una gran dificultad que dilataba el trabajo era que los planes articulados por los generales y oficiales debían ser escritos de su puño y letra desde la primera hasta la última hoja.

Para el 10 de mayo ya debían haber sido modificados. Por fortuna, aquéllas fueron las últimas correcciones substanciales, pues de otro modo aún no se habrían acabado cuando las tropas fascistas iniciaron la agresión.

En la segunda mitad de abril, la dirección del Ejército Rojo aceleró visiblemente la aplicación de las medidas encaminadas a reforzar las regiones militares fronterizas. Recuerdo que el 26 de abril recibió nuestra circunscripción orden de Moscú de formar para el 1ro. de junio cinco brigadas móviles de artillería antitanque y un cuerpo de desembarco aéreo. Cuatro de nuestras divisiones de infantería fueron reorganizadas como divisiones de montaña. Púsose en conocimiento del mando de la región que hacia el 25 de mayo llegaría también del Extremo Oriente para sumarse a sus tropas la dirección del 31 cuerpo de ejército.

El último mes de la primavera no aportó calor alguno al clima de las relaciones internacionales. El inesperado nombramiento de I. V. Stalin para el cargo de presidente del consejo de comisarios del pueblo lo interpretamos todos en el EM de la circunscripción como testimonio de la complicación del ambiente internacional. Por primera vez en la época soviética la dirección suprema del Partido y del Estado se concentraba en una sola mano. Percibíanse asimismo otros síntomas probatorios de que la amenaza crecía por momentos.

En la segunda quincena de mayo recibimos una directiva del EMG ordenando al mando de la región militar recibir e instalar en campamentos a la dirección del 34 cuerpo de ejército con sus unidades, a 4 divisiones de infantería integradas por 12 000 hombres cada una y una división de

montaña, procedentes de la región militar del Cáucaso Norte.

Para ejercer el mando de estas tropas debía llegar de dicha región un grupo operativo encabezado por el teniente general M. A. Reiter, primer subjefe de la circunscripción. El EMG decidió él mismo también la dislocación de las fuerzas trasladadas. Por la misma directiva conocimos que las tropas empezarían a llegar el 20 de mayo. Aunque, por lo visto, la directiva no sorprendió al mando, sí le preocupó mucho, pues era preciso estacionar en breve plazo a casi todo un ejército. Estas nuevas prevenciones inesperadas que se nos habían venido encima nos obligaron a demorar los entrenamientos del Estado Mayor de los ejércitos, que habían sido proyectados para la segunda mitad de mayo.

A fines de mes empezaron a llegar a la región militar convoyes tras convoyes. La Sección de operaciones se convirtió en algo así como un punto de dirección del tráfico ferroviario, recibiendo toda la información sobre el movimiento y estado de las tropas procedentes del Cáucaso Norte. Recuerdo un hecho significativo. Los jefes de las divisiones que se incorporaban a nuestra región recalcaban, al informar de la aptitud combativa de las mismas, que todas estaban formadas con arreglo a las plantillas de tiempo de paz, por lo que les faltaba no sólo un considerable número de soldados y mandos, sino también de material, en primer término medios de trasporte y de trasmisión, que deberían recibir una vez declarada la movilización.

Sin duda, el afán de observar con todo rigor las condiciones del tratado con la Alemania fascista jugó también en este orden de cosas un papel de no poca importancia.

Anticipándome, debo señalar que, rotas las hostilidades, estas divisiones fueron urgentemente trasladadas a la dirección estratégica occidental, debiendo entablar combate sobre la marcha.

Aún no habían sido concentradas del todo las cinco divisiones del Cáucaso Norte en el área de nuestra región militar, cuando el EMG, en las primeras fechas de junio, comunicó que por directiva del comisario de defensa se había formado la dirección del 19 ejército, que arribaría el 10 de junio a Cherkassy. Integrarían este ejército las cinco divisiones del

34 cuerpo y tres divisiones del 25 cuerpo de la circunscripción del Cáucaso Norte. Además, se indicó que el nuevo ejército quedaría a las órdenes del comisario del pueblo. Como jefe del mismo fue designado el comandante de la región militar del Cáucaso Norte, teniente general I. S. Konev.

Un día después, el EMG apercibió al mando de la circunscripción de que debería recibir e instalar otro ejército, el 16, mandado por el teniente general M. F. Lukin, enviado desde Transbaikalia. Habíase previsto concentrar las tropas del general Lukin en el territorio de la región militar especial de Kiev entre el 15 de junio y el 10 de julio.

Así, pues, en brevísimo plazo tuvimos que acoger y estacionar en el territorio de la región a este segundo ejército. Eso nos alegró. Había desaparecido el peligro de que en caso de guerra nos encontráramos sin tropas en profundidad. Ahora estaba bien claro que el comisario de defensa y el EMG se habían preocupado del asunto al disponer se aprestase el desplazamiento de todas las fuerzas de la región militar hacia la frontera.»[1]

Nos parece que ya es hora de aludir al error principal de aquel tiempo, error del que, como es lógico, dimanaron muchos otros. Se trata del fallo al determinar los plazos de la eventual agresión de las tropas germano-fascistas.

El plan operativo de 1940, que, después de precisado, tenía vigencia en 1941, preveía para caso de guerra:

—poner en disposición de combate todas las fuerzas armadas;

—efectuar inmediatamente en el país la movilización militar;

—incrementar los efectivos de las tropas hasta los establecidos en las plantillas de tiempo de guerra, conforme al plan de movilización;

—concentrar y desplegar todas las tropas movilizadas en las zonas de las fronteras occidentales conforme al plan de las regiones militares fronterizas y del Alto Mando.

[1] I. J. Bagramian. «Notas del jefe de una Sección de operaciones». Revista *Voenno-istoricheski zhurnal.* No. 1 de 1967, Moscú, p. 60. En ruso.

La puesta en práctica de las medidas estipuladas en los planes operativo y de movilización requería una disposición especial del gobierno. Esta disposición sólo apareció el 21 de junio por la noche. Las disposiciones de la dirección dictadas los últimos meses prebélicos no prescribían ninguna de las medidas necesarias que hubieran debido ser puestas en ejecución con toda rapidez en momentos de grave amenaza de guerra.

Aquí, por supuesto, cabe preguntar: ¿por qué la dirección, presidida por I. V. Stalin, no llevó a efecto las medidas del plan operativo que ella misma había ratificado?

De estos yerros y faltas se culpa las más de las veces a Stalin. Sin duda alguna, Stalin incurrió en equivocaciones, mas no es posible evaluarlas disociadas de los procesos y fenómenos objetivos históricos y del conjunto de los factores económicos y políticos.

Nada más fácil que, una vez conocidas todas las consecuencias, remitirse al comienzo de los sucesos y emitir opiniones diversas. Y nada más complejo que comprender los problemas en su integridad, en toda la porfía de fuerzas y la contraposición de los múltiples hechos, opiniones y datos concernientes a un momento histórico dado.

Al confrontar y analizar todas las conversaciones que, en presencia mía, sostuvo Stalin en los medios de las personas más próximas a él, llegué a la firme convicción de que todos sus pensamientos y acciones estaban penetrados por el único afán de evitar la guerra y por la certeza de que lo conseguiría.

Stalin avizoraba bien las horrendas calamidades que podría acarrear a los pueblos de la Unión Soviética la guerra contra un enemigo tan fuerte y avezado como la Alemania fascista, y por eso él, como todo nuestro Partido, se esforzaba por conjurarla.

Ahora, por nuestro campo visual desfilan mayormente —sobre todo en las publicaciones de gran tirada— hechos que alertaban ante la agresión que se fraguaba contra la URSS, frente a la concentración de tropas en nuestras fronteras, etc. Pero en aquel entonces como atestiguan los documentos descubiertos después de la derrota de la Ale-

mania fascista, a la mesa de Stalin llegaban muchos informes de índole muy diferente. He aquí uno de los ejemplos.

Por orden de Hitler, dada en una reunión del 3 de febrero de 1941, el jefe del Estado Mayor del alto mando, mariscal de campo Keitel, dictó especialmente el 15 de febrero de 1941 la «Directiva para desinformar al enemigo». A fin de encubrir la preparación de las operaciones previstas en el plan *Barbarroja*, la sesión de información y contraespionaje del Estado Mayor Central tramó y llevó a cabo muchas acciones para la difusión de bulos y noticias falsas. El traslado de las tropas al Este se presentaba «a la luz de la maniobra de desorientación más grande de la historia, con miras a desviar la atención de los últimos preparativos para invadir Inglaterra».

Fueron impresos en tiradas masivas mapas y datos topográficos sobre Inglaterra. Se incorporaron intérpretes de inglés a las unidades militares. En algunas zonas costeras del Canal de la Mancha, Paso de Calais y Noruega se preparó el «acordonamiento». Difundiéronse informes acerca de un ficticio cuerpo de desembarco aéreo. En la costa fueron instaladas falsas baterías de cohetes. Entre las tropas se hizo correr rumores en dos sentidos: uno, que recibirían permiso antes de atacar a Inglaterra, y otro, que se les dejaría pasar por territorio soviético para combatir contra la India. Para dar más verosimilitud a la versión del desembarco en Inglaterra, planeáronse operaciones especiales cifradas con los nombres de *Tiburón* y *Arpón.* La propaganda se volcó contra Inglaterra y cesó sus habituales ataques a la Unión Soviética. A esta faena sumáronse también los diplomáticos, etc.

Los datos e informaciones de este jaez y las deficiencias existentes en la preparación general de las fuerzas armadas inclinaban a Stalin a mostrar una excesiva cautela al ejecutar las medidas básicas previstas en los planes operativo y de movilización para organizar el rechazo de una eventual agresión.

Como hemos dicho, Stalin consideraba también la circunstancia de que el paso del sistema territorial al principio de ejército regular había implicado la presencia, al frente de las unidades y grandes formaciones, de mandos e instructo-

res políticos sin el debido dominio aún del arte operativo y táctico correspondiente a los cargos ejercidos.

En base de las resoluciones del XVIII Congreso y ulteriores indicaciones del CC del Partido acerca de la selección, enseñanza y educación de cuadros militares, el mando y los órganos políticos y del Partido del ejército realizaron hasta el verano de 1941 una gran labor didáctica que permitió elevar el nivel teórico general y los hábitos profesionales de los mandos.

No obstante, en 1940-1941 el problema de la formación de los mandos en las fuerzas armadas seguía siendo agudo. La promoción en masa de jefes jóvenes y no fogueados a cargos superiores rebajó por algún tiempo la capacidad combativa del ejército. En vísperas de la guerra, al ser puestas en práctica importantes y amplias medidas organizativas, notábase la insuficiencia de mandos calificados, de tanquistas, artilleros y personal de aviación especializados: se dejaba sentir el considerable aumento numérico de nuestras fuerzas armadas. Calculábase que esta deficiencia podría quedar subsanada, en lo fundamental, para finales de 1941.

Deseoso de mantener la paz, como condición decisiva para la construcción del socialismo en la URSS, I. V. Stalin no perdía de vista que los gobiernos de Inglaterra y de los EE.UU. hacían todo lo posible por empujar a Hitler a la guerra contra la Unión Soviética y que Inglaterra y otros países occidentales, que atravesaban una grave situación militar y querían preservarse de la catástrofe, estaban sumamente interesados en la agresión de Alemania a la URSS. De ahí que recelase tanto de las noticias de los gobiernos occidentales sobre los preparativos de Alemania para atacar a la Unión Soviética.

Me limitaré a recordar algunos hechos que, conocidos por él, pudieron fomentar su desconfianza respecto a tales informaciones. Son los diálogos secretos de Londres con la Alemania fascista, en 1939, el mismo año que la URSS sostuvo negociaciones militares con Inglaterra y Francia, a las que ya me he referido.

La diplomacia inglesa propuso a los hitlerianos un entendimiento sobre la delimitación de las esferas de influencia a escala mundial. El ministro de Comercio inglés, Hudson,

en sus entrevistas con Wohlthat, consejero de estado secreto alemán y persona próxima al mariscal de campo Goering, declaró que ambos estados avistaban tres extensas zonas que constitutían un inmenso campo para la actividad económica: el Imperio Británico, China y Rusia. Deliberaron problemas políticos y militares, asuntos relacionados con la adquisición de materias primas por Alemania, etc. En las conversaciones participaron otros personajes. El embajador alemán en Londres, Dirksen, informó a Berlín que se confirmaba «la tendencia a una política constructiva en los círculos gubernamentales locales».

Me parece oportuno consignar de pasada que cuando Hitler insinuó a la Unión Soviética pensar juntos en la idea de división del mundo en esferas de influencia, encontró una tajante e inequívoca negativa de la parte soviética, incluso para hablar tan siquiera de este tema. Así lo prueban los documentos de la visita (y los participantes en ella) de V. M. Molotov a Berlín en noviembre de 1940.

Como es sabido, a finales de abril W. Churchill dirigió a I. V. Stalin un mensaje, en el que se decía: «He recibido fidedigna información de un agente que merece confianza acerca de que los alemanes, cuando ya creían tener a Yugoslavia en sus redes, es decir, el 20 de marzo, comenzaron a trasladar a la parte meridional de Polonia tres divisiones acorazadas de las cinco que hay en Rumania. En cuanto se enteraron de la revolución servia, quedó suspendido este traslado. A su Excelencia le será fácil valorar la importancia de estos hechos».

Stalin desconfiaba de este mensaje. En 1940 empezó a rumorarse en la prensa mundial que los círculos gubernamentales británicos y franceses se disponían a atacar el Cáucaso del Norte y bombardear Baku, Grozny y Maikop. Luego aparecieron documentos que confirmaban eso. Así, pues, no sólo la acción y las manifestaciones antisoviéticas y anticomunistas de Churchill, nunca ocultadas por él, sino también muchos hechos concretos de la actividad diplomática de aquel tiempo, pudieron inclinar a Stalin a acoger con reserva la información de los círculos imperialistas.

En la primavera de 1941 arreció en los países occidentales la difusión de provocadoras noticias a propósito de unos grandes preparativos militares de la Unión Soviética contra

Alemania. La prensa alemana hinchó por todos los medios tales patrañas, lamentando que ensombreciesen las relaciones sovieto-alemanas.

—Vean ustedes —decía Stalin—. A nosotros nos asustan con los alemanes, a los alemanes los asustan con nosotros y nos azuzan a unos contra otros.

Por lo que se refiere al pacto de no agresión concertado con Alemania en 1939, en los momentos en que nuestro país podía haber sido atacado desde dos frentes, por Alemania y por el Japón, no hay fundamento alguno para afirmar que Stalin confiara en él. El CC del Partido y el gobierno soviético consideraban que el pacto no había librado a la Unión Soviética de la amenaza de agresión fascista, pero permitía ganar tiempo para reforzar nuestra defensa e impedía la formación del frente único antisoviético. En todo caso, yo no oí nunca de Stalin ninguna opinión tranquilizadora respecto al pacto de no agresión.

El 5 de mayo de 1941, Stalin pronunció un discurso ante los alumnos de las academias del Ejército Rojo en la recepción celebrada en honor de la nueva promoción.

Después de felicitarlos por la terminación de sus estudios, habló de las trasformaciones que se habían operado últimamente en el ejército.

Camaradas, dijo, ustedes dejaron el ejército hace tres o cuatro años, ahora volverán a sus filas y no lo conocerán. El Ejército Rojo es muy diferente de lo que era hace unos años. Hemos creado un ejército nuevo, pertrechado con material moderno. Ha cambiado la fisonomía de nuestros tanques, aviación y artillería. Al reintegrarse a las formaciones, verán muchas cosas nuevas.

A continuación, Stalin caracterizó los cambios en algunas armas.

De la capital llegarán a las unidades, prosiguió, los soldados rojos y los mandos les preguntarán: ¿Qué sucede ahora? ¿Por qué ha sido vencida Francia? ¿Por qué es derrotada Inglaterra y triunfa Alemania? ¿Es realmente invencible el ejército alemán?

El pensamiento militar del ejército alemán avanza. Sus tropas se han armado con el material más moderno, han

sido instruidas en los nuevos métodos de conducción de la guerra, han adquirido una gran experiencia. Es un hecho que Alemania posee el mejor ejército, tanto por el material de guerra como por la organización. Mas en vano los alemanes piensan que su ejército es ideal, invencible. No hay ejércitos invencibles. Alemania no tendrá éxito bajo los lemas de las guerras de agresión, de conquista, bajo los lemas de avasallamiento de otros países, de sumisión de otros pueblos y naciones.

Al tratar las causas de las victorias militares de Alemania en Europa, Stalin aludió a la actitud hacia el ejército en algunos países, donde no se mostraba la debida preocupación por él ni se le prestaba apoyo moral. Así aparece una nueva moral, dijo, que disgrega el ejército. A los militares se les empieza a mirar con menosprecio. El ejército debe gozar de extraordinaria solicitud y amor del pueblo y el gobierno; en ello reside la grandiosa fuerza moral del ejército. Hay que cuidar con ternura del ejército.

La escuela militar debe y puede instruir a los mandos sólo a base del material de guerra moderno, aprovechando ampliamente la experiencia de la guerra moderna. Luego de esbozar las tareas de los artilleros, tanquistas, aviadores y jinetes, del personal de trasmisiones y de la infantería en la guerra, Stalin subrayó que nos era necesario reformar nuestra propaganda, agitación y prensa. Prepararse bien para la guerra no sólo exige tener un ejército moderno; es preciso prepararse políticamente.

Así, pues, ¿qué conclusiones dimanan de los hechos aducidos? ¿Cómo valorar lo hecho hasta la guerra, lo que nos proponíamos realizar en el tiempo más próximo y lo que no pudimos o no supimos hacer para reforzar la capacidad defensiva de nuestra patria? Bien entendido que debemos evaluarlo hoy, después de todo lo vivido, apreciando con espíritu crítico lo pasado y, a la vez, situándonos mentalmente en las vísperas de la gran guerra patria.

He meditado largo tiempo sobre todo esto y he aquí las conclusiones a que he llegado.

Creo que la obra de la defensa del país, en sus rasgos y orientaciones básicos y principales, se realizaba bien. A lo largo de muchos años se hizo todo o casi todo lo que fue

posible en los aspectos económico y social. En cuanto al período comprendido entre 1939 y mediados de 1941, el pueblo y el Partido pusieron particular empeño en robustecer la defensa, que requería todas las energías y recursos.

El desarrollo de la industria y del régimen koljosiano, la alfabetización general, la unidad de las naciones, la fuerza del estado socialista, el sublime patriotismo del pueblo y la dirección del Partido, dispuesto a formar un todo único del frente y la retaguardia, fueron el vigoroso cimiento del potencial defensivo de nuestro gigantesco país, la fragua del grandioso triunfo que alcanzamos en la guerra contra el fascismo.

La circunstancia de que, a pesar de las enormes dificultades y pérdidas en cuatro años de la guerra, la industria soviética lanzase una cantidad colosal de armamento —casi 490 000 cañones y morteros, más de 102 000 tanques y piezas automotrices y más de 137 000 aviones de combate— demuestra que, desde el punto de vista militar, de la defensa, se había sabido asentar la economía sobre sólidos cimientos.

Volviendo a seguir mentalmente el curso de la organización de las Fuerzas Armadas Soviéticas desde los tiempos de la guerra civil, debo decir asímismo que en lo esencial, también en este aspecto marchamos por buen camino. La doctrina militar soviética, los principios de la educación e instrucción de las tropas, la forja de los mandos y la estructura y organización del ejército no dejaron de perfeccionarse en las direcciones necesarias. Siempre fueron extraordinariamente elevados el espíritu moral y combativo de las tropas y su conciencia y madurez política.

Por supuesto, si fuese posible recorrer de nuevo todo este camino, habría que desechar algunas cosas. Sin embargo, yo no puedo señalar hoy ninguna orientación fundamental, de principio, en la organización de nuestras fuerzas armadas que mereciera ser tachada, arrojada por la borda, suprimida. El mismo período comprendido entre 1939 y mediados de 1941 se caracterizó en conjunto por trasformaciones que dos o tres años después darían al pueblo soviético un magnífico ejército.

En los aspectos principales, básicos —y son ellos precisamente los que, en definitiva, deciden el destino del país en

la guerra, los que determinan la victoria o la derrota— el Partido y el pueblo aprestaron a su patria para la defensa.

Yo doy fe de ello no para exonerarme de una parte de la responsabilidad por las faltas de aquel período. Viene a cuentas decir que cualquier persona sensata comprende que, incluso desde las posiciones del elevado cargo de jefe del Estado Mayor General del Ejército Rojo, no se puede conseguir todo en cuatro meses y medio. De algunos de mis errores he hablado ya; de otros trataré más adelante. Lo que a mí me importa no es eso, sino ayudar a configurar el panorama del verdadero estado de cosas.

La historia nos reservó, en efecto, un lapso de tiempo de paz demasiado pequeño para que pudiéramos poner todo en su lugar. Mucho lo iniciamos con tino y mucho no pudimos llevarlo hasta el fin. Dejóse sentir el error en la apreciación del momento posible del ataque de la Alemania fascista. A ello iban ligadas las faltas en la preparación para el rechazo de los primeros golpes.

Los factores positivos, de los que ya he hablado, ejercieron su acción constantemente, desarrollándose con amplitud y vigor acrecentados en el curso de toda la guerra, desde el primero hasta el último día, y fueron la clave de la victoria. El factor negativo —el error en el cálculo del tiempo— actuó también, amortiguado poco a poco, pero agigantó las iniciales ventajas objetivas del enemigo, agregó a ellas otras temporales y fue la causa determinante de nuestra grave situación en los comienzos de la guerra.

En 1940 el partido y el gobierno adoptaron una serie de disposiciones complementarias para reforzar la defensa del país. Mas las posibilidades económicas no permitieron llevar en tan corto lapso a la práctica las medidas organizativas y de otro orden con relación a las fuerzas armadas. La guerra sorprendió al país en la fase de reorganización, rearmamento y recapacitación de las fuerzas armadas, así como de formación de las necesarias reservas movilizables y estatales. El pueblo soviético, que no tramaba la guerra y procuraba evitarla, dedicaba todas sus energías al cumplimiento de los planes económicos de paz.

En el período de maduración de la temible coyuntura bélica, probablemente los militares no hicimos todo lo debido

para convencer a I. V. Stalin del inminente conflicto con Alemania y demostrarle la imperiosa necesidad de aplicar las urgentes disposiciones que estipulaba el plan operativo y de movilización.

Claro que esas medidas no habrían garantizado un éxito completo en el rechazo de la embestida del enemigo, ya que las fuerzas de las partes eran muy desiguales. Pero nuestras tropas hubieran podido entrar en combate de manera más organizada y, en consecuencia, inferir al invasor bajas considerablemente mayores. Así lo confirman las operaciones ofensivas realizadas con éxito por nuestras unidades en las zonas de Vladimir-Volynski, Rava-Russkaya y Peremyshl y en sectores del Frente Sur.

Ahora circulan diferentes versiones a propósito de si conocíamos o no la fecha exacta del comienzo de la guerra y el plan de la misma.

No puedo precisar si I. V. Stalin fue informado con verasidad y si le comunicaron, en efecto, la fecha del comienzo de la guerra. Los datos importantes de este género que, quizá, había recibido personalmente, Stalin no me los comunicó.

Cierto que una vez me dijo:

—Una persona nos trasmite informes muy importantes sobre las intenciones del gobierno hitleriano, pero tenemos algunas dudas...

Es posible que se tratara de R. Sorge, del que sólo tuve noticias después de la contienda.

¿Podía la dirección militar, por sí misma y a debido tiempo, descubrir el arribo directo de las tropas enemigas a las zonas de partida desde las que empezó su invasión el 22 de junio? En las condiciones de entonces era difícil en extremo.

Por añadidura, como se supo por los mapas y documentos tomados al enemigo, el mando de las tropas alemanas hizo la concentración en las mismas fronteras sólo en el último momento, y sus fuerzas acorazadas, que tenía a bastante distancia, fueron trasladadas a las zonas de partida el 22 de junio antes del amanecer.

Por desgracia, incluso de las informaciones que se poseían no siempre eran hechas conclusiones correctas que hubieran

podido orientar en forma concreta y autorizada a la dirección suprema. Veamos, a este propósito, algunos documentos de los archivos militares.

El 20 de marzo de 1941, el jefe de la Dirección de información, general F. I. Golikov, presentó al Alto mando un informe que contenía datos de excepcional importancia.

En este documento se exponían las variantes de las posibles direcciones de los ataques de las tropas fascistas alemanas al agredir a la Unión Soviética. Como habría de verse más tarde, reflejaban paso a paso la trama del plan *Barbarroja* tejida por el mando hitleriano, y en una de las modalidades aparecía expresada la esencia de este plan.

En el informe se decía: «De las operaciones militares más probables planeadas contra la URSS, merecen atención las siguientes:

Variante Nº 3, según datos de... febrero de 1941: "... para atacar a la URSS se forman tres agrupaciones de ejércitos: la 1ª agrupación, mandada por el mariscal de campo Bock, atacará en dirección de Petrogrado; la 2ª agrupación, al mando del mariscal de campo Rundstedt, en dirección de Moscú, y la 3ª agrupación, a las órdenes del mariscal de campo Leeb, en dirección de Kiev. Comienzo de la ofensiva contra la URSS: el 20 de mayo aproximadamente».

Según la comunicación de nuestro agregado militar del 14 de marzo —indicábase más adelante en el informe—, un comandante alemán ha manifestado: «Cambiamos totalmente nuestro plan. Nos dirigimos hacia el Este, contra la URSS. Tomaremos a la URSS cereales, carbón y petróleo. Entonces seremos invencibles y podremos continuar la guerra contra Inglaterra y América...»

Por último, este documento, haciendo referencia a una comunicación del agregado militar enviada desde Berlín, consignaba que «el comienzo de las operaciones militares contra la URSS debe esperarse entre el 15 de mayo y el 15 de junio de 1941».

Sin embargo, las conclusiones derivadas de los datos contenidos en la exposición restaban a éstos, en esencia, todo su alcance. Al final de su informe, el general Golikov escribía:

«1. Basándome en todos los testimonios y posibles variantes de operaciones en la primavera de este año que se citan más arriba, estimo que la fecha más probable del comienzo de las operaciones contra la URSS será posterior a la victoria sobre Inglaterra o después de concertar con ella una paz honrosa para Alemania.

2. Los rumores y documentos que anuncian la inevitabilidad de la guerra contra la URSS en la primavera de este año deben ser considerados como desorientación proveniente del servicio de información militar inglés e incluso, quizá, del alemán».

El 6 de mayo de 1941, el comisario del pueblo de la marina de guerra, almirante N. G. Kuznetsov, envió la siguiente nota a I. V. Stalin:

«El agregado naval en Berlín, capitán de navío Vorontsov, informa: ... que según palabras de un oficial alemán del gran cuartel general de Hitler, los alemanes preparan para el 14 de mayo la irrupción en la URSS a través de Finlandia, los países bálticos y Rumania. A la vez, se han pleaneado potentes incursiones aéreas sobre Moscú y Leningrado y el desembarco de paracaidistas en los centros fronterizos...»

Los datos expuestos en este documento también eran sumamente valiosos. Mas las conclusiones presentadas a la dirección por el almirante Kuznetsov no estaban en consonancia con tales hechos.

«Opino —decía en una nota— que las informaciones son falsas y que han sido enviadas especialmente por este canal para comprobar cómo reaccionará la URSS ante ellas.»

... La situación era cada vez más tensa. Y cuanto más cundía la amenaza de la guerra, con mayor febrilidad laboraba la dirección del Comisariado del Pueblo de Defensa. El alto personal del Comisariado y del Estado Mayor General, sobre todo el mariscal Timoshenko, trabajaba entonces 18 ó 19 horas al día. Con frecuencia el Comisario pasaba la noche en su despacho.

El 13 de junio, en mi presencia, Timoshenko telefoneó a I. V. Stalin pidiéndole autorización para ordenar que las tropas de las regiones militares fronterizas fuesen aprestadas

para el combate y desplegados los primeros escalones conforme a lo previsto en los planes de cobertura.

—Lo pensaremos —le contestó Stalin.

Al día siguiente fuimos otra vez a ver a Stalin. Yo le informé de los sobresaltados ánimos en las regiones militares y de la necesidad de poner en pie de combate a las tropas.

—¿Ustedes proponen hacer la movilización en el país, levantar ahora a las tropas y llevarlas a las fronteras occidentales? ¡Pero eso es la guerra! ¿Comprenden esto ustedes dos, o no?

Pero unos instantes después preguntó:

—¿Cuántas divisiones tenemos en las regiones militares del Báltico, Oeste, Kiev y Odesa?

Le informamos que en las cuatro circunscripciones fronterizas occidentales habría, en total, para el 1º de junio 149 divisiones y una brigada especial de infantería. Estos efectivos estaban distribuidos así:

—región militar del Báltico: 19 divisiones de infantería, 4 de tanques, 2 motorizadas y una brigada especial;

—región militar Oeste: 24 divisiones de infantería, 12 de tanques, 6 motorizadas y 2 de caballería;

—región militar de Kiev: 32 divisiones de infantería, 16 de tanques, 8 motorizadas y 2 de caballería;

—región militar de Odesa: 13 divisiones de infantería, 4 de tanques, 2 motorizadas y 3 de caballería.

—¿Acaso es poco? —dijo Stalin—. Según nuestros datos, los alemanes no tienen tal cantidad de tropas.

Yo alegué que, conforme a los datos de servicio de información, las divisiones alemanas estaban formadas y armadas de acuerdo con las plantillas de tiempo de guerra, con efectivos de 14 000 a 16 000 hombres. Mientras que las nuestras, incluso las de 8 000 hombres, sólo poseían, en realidad, la mitad del potencial que las alemanas.

Stalin comentó:

—No se puede creer en todo lo que dice el servicio de información...

Durante nuestro diálogo con Stalin, entró en el despacho su secretario, A. N. Poskrebyschev, y le comunicó que desde Kiev telefoneaba N. S. Jruschov. Stalin tomó el auricular. Por sus respuestas comprendimos que hablaban de la agricultura.

—Está bien —dijo Stalin.

Por lo visto, Jruschov le informaba en subidos colores de las buenas perspectivas de la cosecha...

Salimos del Kremlin con un oprimente peso en el alma.

Decidí dar un corto paseo. Mis pensamientos no eran nada optimistas. En el Jardín Alexandrovski, junto al Kremlin, jugaban descuidadamente los niños. Pensé también en mis hijas y sentí lacerante la inmensa responsabilidad que gravitaba sobre todos nosotros por los niños, por su futuro, por todo el país...

Cada época de paz tiene sus rasgos, su colorido y su encanto. Mas quisiera dedicar unas cálidas palabras a aquellos tiempos de preguerra, distinguidos por un incomparable y original entusiasmo, por el optimismo, por una singular espiritualidad y, a la vez, diligencia, modestia y sencillez en el trato humano. ¡Qué bien empezábamos a vivir!

¿Qué economista, filósofo o escritor podría describir verídicamente lo esplendoroso que sería nuestro país hoy, lo lejos que habríamos llegado, de no haber obstruído el cataclismo la caudalosa, pacífica e impetuosa corriente de aquellos años?...

Me he referido ya a las disposiciones adoptadas con el fin de no dar pretexto a Alemania para desencadenar el conflicto bélico. El comisario de defensa, el EMG y los jefes de las regiones militares fronterizas fueron advertidos de que respondían personalmente por las consecuencias que pudieran derivar de actos imprudentes de nuestras tropas. Se nos prohibió en absoluto adelantar tropas a las líneas avanzadas conforme al plan de protección sin autorización personal de Stalin.

El Comisario de Defensa recomendó a los jefes de las regiones militares practicar simulacros tácticos de grandes unidades en dirección a la frontera, al objeto de situar a las

tropas más cerca de las zonas de despliegue señaladas en el plan de protección. Estas recomendaciones del comisario fueron ejecutadas, mas con una salvedad esencial: no intervino parte considerable de la artillería.

Ello fue debido a que la artillería de división, de cuerpo de ejército y la antiaérea no había cursado aún a comienzos de 1941 la instrucción de tiro en polígono y no estaba lista para cumplir las tareas de combate. Por eso los jefes de las circunscripciones decidieron enviar parte de la artillería a los polígonos para su entrenamiento. A consecuencia de ello, algunos cuerpos y divisiones de las tropas de cobertura quedaron faltos de notable parte de artillería al desencadenar la Alemania fascista el ataque.

En la tarde del 21 de junio me telefoneó el jefe del EM de la región militar de Kiev, teniente general M. A. Purkaev, para comunicarme que a los guardafronteras se había presentado un sargento alemán evadido, el cual aseguró que las tropas alemanas se acercaban a las zonas de partida de la ofensiva y que ésta comenzaría en la mañana del 22 de junio.

Acto seguido enteré al comisario de defensa y a Stalin de lo que me había trasmitido Purkaev. Stalin me dijo:

—Venga con el comisario al Kremlin.

Tomé el proyecto de directiva a las tropas y, en unión del comisario de defensa y del teniente general N. F. Vatutin, marché al Kremlin. En el camino nos pusimos de acuerdo para conseguir a toda costa la decisión de poner a las tropas en pie de guerra.

Stalin nos recibió solo. Evidentemente, estaba preocupado.

—¿No habrán lanzado los generales alemanes a este evadido para provocar el conflicto? —preguntó.

—No —le respondió Timoshenko—. Creemos que dice la verdad.

En ese momento entraron en el despacho los miembros del Buró Político.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Stalin.

Nadie respondió.

—Hay que trasmitir inmediatamente la directiva de poner a todas las tropas de las regiones militares fronterizas en plena disposición de combate —propuso el comisario de defensa.

—Léanla —pidió Stalin.

Leí el proyecto de directiva. Stalin opuso reparos:

—Es prematuro dar ahora semejante directiva, quizás se pueda zanjar aún el problema por vía pacífica. Hay que dar una directiva corta, señalando que el ataque puede empezar con actos provocadores de unidades alemanas. Las tropas de las regiones militares fronterizas no deben dejarse arrastrar por ninguna provocación, al objeto de evitar complicaciones.

Sin pérdida de tiempo, Vatutin y yo fuimos a otra pieza y con rapidez redactamos el proyecto de directiva del comisario de defensa.

Al volver al despacho, pedimos permiso para informar.

Stalin, después de escuchar la lectura del proyecto de directiva y de leerlo él mismo, hizo algunas enmiendas y se lo entregó al comisario para que lo firmara.

Dada su particular importancia, reproduzco por entero esta directiva:

«A los consejos militares de las circunscripciones de Leningrado, el Báltico, Oeste, Kiev y Odesa.

Copia: al comisario del pueblo de la Marina de Guerra.

1. En el curso del 22-23. 6.41, es posible el ataque por sorpresa de los alemanes en los frentes de las mencionadas regiones militares. El ataque puede empezar con actos provocadores.

2. La tarea de nuestras tropas consiste en no dejarse arrastrar por ninguna provocación, susceptible de acarrear grandes complicaciones. Al mismo tiempo, las tropas de las regiones militares de Leningrado, el Báltico, Oeste, Kiev y Odesa deben ser puestas en plena disposición de combate y hacer frente al posible golpe por sorpresa de los alemanes o sus aliados.

3. Ordeno:

a) durante la noche del 21 al 22. 6.41; ocupar ocultamente los puestos de tiro de las zonas fortificadas de la frontera del estado;

b) antes de amanecer el 22. 6.41, diseminar por los aeródromos de campaña toda la aviación, incluida la de ejército, y enmascararla cuidadosamente;

c) poner todas las unidades en orden de combate. Mantener a las tropas desconcentradas y ocultas;

ch) aprestar para el combate la defensa antiaérea sin llamar más personal de remplazo. Apercibir todas las medidas de enmascaramiento de luces en las ciudades y otros objetivos;

d) no tomar ninguna otras medidas sin orden expresa.

Timoshenko. Zhukov.

21.6.41».

Con esta directiva, Vatutin fue inmediatamente al Estado Mayor General para trasmitirla en el acto a las regiones militares. La trasmisión terminó a las 00.30 minutos del 22 de junio de 1941.

Una copia de la directiva se entregó al comisario del pueblo de la Marina de Guerra.

Abrumados por una extraña y compleja sensación, volvimos Timoshenko y yo de la visita a Stalin.

Por una parte, parecíamos haber hecho cuanto estaba a nuestro alcance para afrontar con la máxima presteza la inminente amenaza bélica: habían sido puestas en práctica vastas medidas organizativas de orden movilizativo-operacional; en la medida de lo posible habían sido reforzadas las regiones militares occidentales, las que en primer término habrían de cruzar las armas con el enemigo, y, por último, se nos acababa de autorizar a cursar la directiva para la puesta en pie de guerra de las tropas de las regiones militares fronterizas.

Mas, por otra parte, las tropas alemanas podían lanzarse al día siguiente a la ofensiva y no habíamos dado cima aún a una serie de capitales medidas. Esto podría complicar seriamente la lucha con un experto y fuerte enemigo. La directiva que en aquellos momentos trasmitía el EMG a las regiones militares podía llegar tarde.

Hacía mucho que había oscurecido. Expiraba el 21 de junio. Timoshenko y yo llegamos hasta el portal del comisariado de defensa, ambos callábamos, pero yo sentía que a él le agobiaban los mismos pensamientos que a mí. Al salir del automóvil, convinimos en que diez minutos después nos veríamos en su despacho oficial.

CAPÍTULO X

La guerra

En la noche del 21 al 22 de junio de 1941 se ordenó a todo el personal del Estado Mayor General y del Comisariado del Pueblo de Defensa que permaneciera en sus puestos de trabajo. Era preciso trasmitir cuanto antes a las regiones militares la directiva sobre la puesta de las tropas fronterizas en disposición de combate. Durante este tiempo, el comisario y yo sostuvimos incesantes conversaciones con los comandantes generales y los jefes de los estados mayores de las circunscripciones, quienes nos comunicaron que al otro lado de la frontera aumentaba el ruido. Así habían informado los guardafronteras y las unidades de cobertura avanzadas.

Serían las doce de la noche del 21 de junio cuando el jefe de la región militar de Kiev, M. P. Kirponos, me llamó por el teléfono de campaña desde su puesto de mando en Ternópol, para decirme que, además del evadido sobre el que informara el general Purkaev, a nuestras unidades se había presentado otro soldado alemán, del 222 regimiento de la 74 división de infantería. Después de cruzar el río, comunicó a nuestros guardafronteras que las tropas alemanas pasarían a la ofensiva a las cuatro de la madrugada. Se ordenó a Kirponos trasmitir con toda rapidez la directiva a las tropas y ponerlas en disposición de combate.

Todo mostraba que las tropas alemanas se acercaban más a la frontera. A las 00:30 de la noche informamos de ello a

Stalin, que nos preguntó si había sido trasmitida la directiva a las regiones militares. Le contesté afirmativamente.

Según ciertas versiones aparecidas después del fallecimiento de I. V. Stalin, en la noche del 21 al 22 de junio algunos comandantes generales y sus estados mayores estaban durmiendo en paz o divirtiéndose despreocupadamente, ignorantes de lo que sucedía. Eso no es verdad. La última noche de paz fue todo lo contrario. Como ya he dicho, el comisario de defensa y yo, después de volver del Kremlin, hablamos repetidamente por el teléfono de campaña con los comandantes de regiones militares F. I. Kuznetsov, D. G. Pavlov y M. P. Kirponos y con sus jefes del Estado Mayor, que se hallaban en los puestos de mando de los frentes.

La madrugada del 22 de junio, Timoshenko, Vatutin y yo nos encontrábamos en el despacho del comisario de defensa.

A las 3.17 horas me telefonea el jefe de la Flota del mar Negro, almirante F. S. Oktiabrski: «El sistema de observación y vigilancia antiaéreas de la flota comunica la aproximación por el mar de gran número de aviones desconocidos; la flota está dispuesta para el combate. Pido instrucciones».

Pregunté al almirante:

—¿Cuál es su decisión?

—No hay más que una: recibir a los aviones con el fuego de la defensa antiaérea de la flota.

Después de consultar a Timoshenko, contesté a Oktiabrski:
—Proceda así y de parte a su Comisario del Pueblo.

A las 3.30 horas, el jefe del EM de la región militar Oeste, general V. E. Klimovskij, nos informó de vuelos de la aviación alemana sobre ciudades de Bielorrusia. Tres minutos después el jefe del EM de la región militar de Kiev, general M. A. Purkaev, dio cuenta de incursiones aéreas sobre ciudades de Ucrania. A las 3.40 horas telefoneó el jefe de la circunscripción del Báltico, general F. I. Kuznetsov, notificando vuelos de la aviación enemiga sobre Kaunas y otras ciudades.

El comisario me ordenó telefonear a I. V. Stalin. Lo hice. Nadie tomaba el auricular. Llamé sin interrupción. Al fin,

oí la voz soñolienta del general de servicio de la jefatura de guardia. Le pedí que avisara a Stalin.

Unos tres minutos después, Stalin tomó el auricular.

Le informé de la situación y le pedí autorización para emprender operaciones de contraataque. Stalin callaba. Sólo oía su respiración.

—¿Me ha comprendido usted?

Siguió el silencio.

Al fin, respondió:

—¿Dónde está el comisario de defensa?

—Habla por el teléfono de campaña con la región militar de Kiev.

—Venga al Kremlin con Timoshenko. Y diga a Poskrebiyshev que avise a todos los miembros del Buró Político.

A las cuatro horas volvía a hablar con Oktiabrski. Con tono sosegado me informó:

—Ha sido rechazada la incursión de la aviación enemiga. Se ha frustrado el intento de golpear sobre los buques. Pero en la ciudad hay destrucciones.

Quisiera consignar que la flota del mar Negro, al mando del almirante Oktiabrski, fue una de nuestras grandes unidades que primero hizo frente en forma organizada a la agresión enemiga.

A las 4.10 horas las regiones militares Oeste y del Báltico comunicaron que las tropas alemanas habían roto las hostilidades en los sectores terrestres de ambas circunscripciones.

A las 4.30 de la mañana estaban presentes todos los miembros del Buró Político avisados. Al comisario de defensa y a mí se nos invitó a entrar en el despacho.

Stalin estaba pálido, sentado detrás de la mesa, con la pipa llena de tabaco en la mano. Dijo:

—Hay que telefonear en seguida a la embajada alemana.

De la embajada contestaron que el embajador, conde von Schulenburg, pedía ser recibido para hacer una comunicación urgente.

Se encargó a V. M. Molotov de recibir al embajador.

Mientras tanto, el primer subjefe del Estado Mayor General, Vatutin, anunció que las tropas terrestres alemanas, tras una fuerte preparación artillera, habían pasado a la ofensiva en varios sectores de las direcciones noroccidental y occidental.

Poco después, en el despacho entró apresuradamente Molotov:

—El Gobierno alemán nos ha declarado la guerra.

Stalin se dejó caer sobre la silla, profundamente ensimismado.

Siguió una pausa prolongada y angustiosa.

Me atreví a romper el silencio. Sugerí lanzar inmediatamente todas las fuerzas disponibles en las regiones militares fronterizas contra las unidades invasoras para detener su avance.

—No detenerlas, sino aniquilarlas —precisó Timoshenko.

—Den la directiva —dijo Stalin.

A las 7.15 horas del 22 de junio la directiva No. 2 del comisario del pueblo de defensa fue trasmitida a las regiones militares. Pero, dada la correlación de fuerzas en presencia y la situación producida, era de todo punto irreal, y no podía ser cumplida.

Algo más tarde supimos que el 22 de junio, poco antes del amanecer, en todas las regiones fronterizas occidentales habíase inutilizado la comunicación alámbrica con las tropas, no pudiendo los estados mayores de las circunscripciones y de los ejércitos trasmitir rápidamente sus órdenes. Los agentes y grupos de sabotaje arrojados a nuestro territorio por los alemanes rompían las comunicaciones alámbricas, mataban a los enlaces y atacaban a los jefes que acudían a la señal de alarma. Como ya he dicho, parte considerable de las tropas de las circunscripciones fronterizas no disponía de medios de transmisión por radio.

A los estados mayores de las regiones empezaron a llegar desde diversas fuentes las informaciones más contradictorias, con frecuencia provocadoras.

En cuanto al EMG, no podía lograr partes verídicos de los estados mayores de las regiones y de las tropas, lo cual, como es lógico, puso en crítica situación por algún momento al Alto Mando y al Estado Mayor General.

A las ocho de la mañana del 22 de junio, el EMG pudo determinar que:

—habían sido objeto de fuertes bombardeos aéreos muchos aeródromos de las regiones militares Occidental, de Kiev y del Báltico, donde fue seriamente castigada, sobre todo, la aviación que no pudo levantar el vuelo a tiempo y diseminarse por los aeródromos de campaña;

—habían sido bombardeados muchas ciudades y nudos ferroviarios de los países bálticos, Bielorrusia y Ucrania, así como las bases navales de Sebastopol y del Báltico;

—habíanse entablado cruentas batallas con las tropas terrestres alemanas a lo largo de toda nuestra frontera occidental. En muchos sectores, los alemanes ya habían entrado en combate con las unidades avanzadas del Ejército Rojo:

—las unidades de infantería del primer escalón de cobertura levantadas por alarma de combate debieron entrar en acción sobre la marcha, antes de ocupar las posiciones preparadas;

—el sector de la región militar de Leningrado estaba en calma por el momento; el enemigo no daba muestras de actividad.

Timoshenko telefoneó a Stalin pidiéndole autorización para ir al Kremlin a exponer el proyecto de Decreto del Presidium del Soviet Supremo de la URSS sobre la movilización del país, la formación del Cuartel General del Alto Mando, y otros asuntos.

A las nueve de la mañana, el comisario de defensa y yo llegamos al Kremlin. Stalin nos recibió al cabo de media hora.

Una vez informado de la situación, anunció:

—A las doce hablará por radio Molotov.

Luego de leer el proyecto de Decreto de movilización y de reducir las proporciones trazadas por el EMG, Stalin se lo entregó a Poskrebyshev, para su refrendo por el Presidium

del Soviet Supremo. El Decreto declaraba la movilización a partir del 23 de junio de todos los hombres sujetos a servicio militar nacidos desde 1905 a 1918 en el territorio de catorce regiones militares —todas, excepto Asia Central, Transbaikalia y el Extremo Oriente—, y proclamaba el estado de guerra en la parte europea del país. Ahí, todas las funciones de los organismos del estado relativas a la defensa, orden público y seguridad eran transferidas a las autoridades militares. Estas eran facultadas para emplear la mano de obra y los necesarios medios de transporte en obras defensivas y en la protección de las principales instalaciones militares y de utilidad económica.

El proyecto relativo a la institución del Cuartel General del Alto Mando quedó en manos de Stalin, que dijo sería discutido por el Buró Político.

El 23 de junio fue anunciada la composición del Cuartel General del Alto Mando algo diferente a la que nosotros habíamos propuesto. Estos cambios no fueron concordados con el comisario de defensa, cuando hubiérase debido adoptar nuestro proyecto, que estipulaba la designación de I. V. Stalin como jefe supremo.

Pues, dado el orden de cosas vigente, de cualquier modo el comisario de defensa no podía decidir nada fundamental sin el visto bueno de Stalin. Así resultaban dos jefes supremos: el comisario del pueblo de defensa, S. K. Timoshenko, jurídicamente, conforme a la disposición, e I. V. Stalin, de hecho. Esto complicó el trabajo de dirección de las tropas y motivó una inevitable y excesiva pérdida de tiempo en la elaboración de las decisiones y el trámite de las órdenes. Habíamos propuesto también que el general Vatutin subjefe del Estado Mayor General formase parte también del Gran Cuartel General, pero Stalin no lo aceptó.

Por disposición del CC del Partido y del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, el Cuartel General del Alto Mando quedó constituido por el Comisario del Pueblo de Defensa, S. K. Timoshenko (presidente); el jefe del Estado Mayor General, G. K. Zhukov; I. V. Stalin; V. M. Molotov; los mariscales K. E. Voroshilov y S. M. Budionny, y el comisario del pueblo de la marina de guerra, almirante N. G. Kuznetsov.

El 22 de junio, las regiones militares del Báltico, Occidental y de Kiev fueron transformadas, respectivamente, en los frentes Noroeste, Oeste y Suroeste.

A la una de la tarde, poco más o menos, del 22 de junio me telefonea Stalin:

—Nuestros comandantes generales de los frentes no poseen suficiente experiencia en la dirección de las operaciones de las tropas y, por lo visto, se han desconcertado un poco. El Buró Político ha decidido enviarle a usted al Frente Suroeste como representante del Cuartel General del Alto Mando. Al Frente Oeste mandaremos a los mariscales Shaposhnikov y Kulik. Ya les he llamado aquí y les he dado instrucciones. Usted debe partir inmediatamente en avión a Kiev, y de allí, con Jruschov, al Estado Mayor del Frente, en Ternopol.

Pregunté:

—¿Quién va a ejercer la dirección del Estado Mayor General en esta situación tan complicada?

Stalin contestó:

—Deje por usted a Vatutin.

Luego, un poco irritado, añadió:

—No pierda tiempo, aquí ya nos las arreglaremos de alguna manera.

Telefoneé a casa para que no me esperasen, y cuarenta minutos después ya estaba en el aire. Tan sólo entonces me acordé de que desde el día anterior no había probado bocado. Me atendió la tripulación, obsequiándome con té cargado y bocadillos.

Al declinar el día estaba ya en Kiev, en el CC del Partido de Ucrania, donde me esperaba Jruschov. Me advirtió que era peligroso seguir adelante en avión. Los pilotos alemanes atacaban los aviones de transporte. Había que hacer el camino en automóvil. Después que N. F. Vatutin nos comunicó por teléfono de campaña los últimos datos sobre la situación, marchamos a Ternopol, donde entonces tenía su puesto de mando el jefe del Frente Suroeste, coronel general M. P. Kirponos.

Al puesto de mando llegamos al atardecer y en seguida enlacé por teléfono de campaña con Vatutin.

He aquí lo que me dijo:

—Al declinar el 22 de junio, a pesar de las enérgicas medidas adoptadas, el EMG no ha podido recibir de los estados mayores de los frentes, de los ejércitos y de las fuerzas aéreas datos exactos sobre nuestras tropas y las del enemigo, Las informaciones acerca de la profundidad de la penetración del invasor en nuestro territorio son bastante contradictorias. Se carece de datos exactos sobre las pérdidas de la aviación y de las tropas terrestres. Lo único cierto es que la aviación del Frente Oeste ha sufrido muy crecidas pérdidas. El EMG y el comisario de defensa no ha podido enlazar con los jefes de los frentes, coronel general F. I. Kuznetsov y general de ejército D. G. Pavlov, que, sin dar cuenta al comisario, se han ido no sabemos a qué unidades. Los estados mayores de estos frentes ignoraban en ese preciso momento dónde estaban sus comandantes generales.

Según datos de la aviación de reconocimiento, se lucha en las zonas de nuestras líneas fortificadas y, parcialmente, a una profundidad de 15 a 20 kilómetros en nuestro territorio. Los intentos de los estados mayores de los frentes de establecer comunicación directa con las tropas han sido infructuosos, ya que la mayoría de los ejércitos y cuerpos de ejército especiales no tenía comunicación alámbrica ni por radio.

Después, el general Vatutin me dijo que I. V. Stalin había aprobado el proyecto de directiva No. 3 del comisario de defensa y había ordenado que figurase mi firma.

—¿Qué directiva es ésa? —pregunté.

—La directiva prescribe a nuestras tropas pasar a operaciones contraofensivas con la misión de batir al enemigo en las direcciones principales y entrar en su territorio.

—Pero si todavía no sabemos exactamente dónde y con qué fuerzas el enemigo asesta sus golpes —objeté—. ¿No será mejor esperar hasta la mañana a conocer lo que sucede en el frente y adoptar entonces las disposiciones pertinentes?

—Comparto su punto de vista, mas es un asunto decidido.

—Bien —dije—. Ponga mi firma.

Esta directiva la recibió el jefe del Frente Suroeste a eso de las doce de la noche. Como me lo esperaba, suscitó la resuelta impugnación del jefe del EM del Frente, M. A. Purkaev, pues consideraba que el Frente no contaba con fuerzas y medios para cumplirla.

En el Consejo Militar del Frente analizamos en detalle la situación. Propuse a Kirponos dar inmediatamente la orden preventiva de concentrar los cuerpos de ejército mecanizados para lanzar un contragolpe sobre la agrupación principal de ejércitos Sur, que había penetrado en la zona de Sokal. Participaría en el contragolpe toda la aviación del Frente y parte de la de bombardeo lejano dependiente del Alto Mando. El mando y el EM del Frente, luego, de elaborar rápidamente las disposiciones previas de combate, las trasmitieron a los ejércitos y a los cuerpos de ejército.

Debo mencionar las excelentes cualidades de mando y dotes organizadoras del jefe del EM del Frente, M. A. Purkaev, y del jefe de su Sección de operaciones, I. J. Bagramian, patentizadas por ellos en aquellos complejísimos momentos del primer día de la guerra.

A las 9 de la mañana del 23 de junio llegamos al puesto de mando del jefe del 8vo. cuerpo mecanizado, teniente general D. I. Riabyshev. Yo le conocía bien desde que servimos juntos en la región militar especial de Kiev. Por el aspecto del jefe del cuerpo y de los oficiales del EM, no era difícil adivinar que habían recorrido un penoso camino. Con gran rapidez pasaron de la zona de Drogobycz a la de Brody. Sus ánimos eran envidiables. Contemplando a estos hombres rememoré la gloriosa 11 brigada de tanques y su valeroso jefe, M. P. Yakovlev, y cómo batieron al enemigo el año 1939 en el Jaljin-Gol.

«Sí —me dije— estos hombres no pelearán peor. Lo único que hace falta es no retrasarse en el contragolpe...»

Riabyshev mostró en el mapa dónde y cómo estaba el cuerpo de ejército. Informó brevemente del estado de sus unidades:

—El cuerpo necesita un día entero para concentrarse por completo, poner a punto el material y repostarse. En estas veinticuatro horas se practicarán decisiones de reconocimiento y se organizará la dirección del cuerpo de ejército. Por consiguiente, podrá entrar en combate con todas sus fuerzas en la mañana del 24 de junio.

—De acuerdo —respondí—. Hubiera sido mejor, claro, emprender el contragolpe junto con los 9no., 19 y 22 cuerpos mecanizados, pero, por desgracia, arribarán con retraso a las zonas de partida. La situación no nos permite esperar la plena concentración de los cuerpos de ejército. Al contragolpe del 8vo. cuerpo mecanizado, el enemigo puede oponer una fuerte cobertura antitanque y artillera. Considerando esta circunstancia, es preciso reconocer con la mayor atención el terreno y al enemigo.

Iba a decirme algo Riabyshev, cuando resonó la señal de alarma aérea.

—Todo mi gozo en un pozo —deploró tranquilo—. No hemos tenido tiempo ni de abrir las zanjas antiaéreas. Así que, camarada general de ejército, no nos queda más remedio que figurarnos que ya estamos en ellas.

—Dmitri Ivanovich, ¿usted quería decirme alguna cosa más? —inquirí.

—Pues sí, quería decirle que no estaría mal que tomáramos un bocado.

—Es una buena idea. Creo que en la máquina traigo algo.

En la tienda entraron el jefe y algunos oficiales del EM del cuerpo de ejército. No habían terminado de hacer su presentación, cuando oímos el bramido característico del bombardero en picado alemán y la explosión de bombas de aviación. Me fijé en Riabyshev y los oficiales presentes. Pensaban en sus asuntos. Parecían sentirse, poco más o menos, como en los ejercicios de campaña.

«Son magníficos —pensé—. Con hombres como éstos no se pierde la guerra...»

Luego de concordar con el jefe del cuerpo las cuestiones principales, al atardecer regresamos a Ternopol, al puesto de mando del Frente.

El jefe del EM del Frente, teniente general Purkaev, y el comandante, coronel general Kirponos, me informaron:

—Se combate en todos los sectores del Frente. Las batallas más virulentas tienen lugar en la zona de Brody— Dubno y Vladimir-Volynski. Los 9 y 19 cuerpos de ejército meca-

nizados llegarán el 25 de junio al bosque de Rovno. Hemos decidido —dijo el comandante del Frente— iniciar el 24 de junio, sin aguardar la concentración total de los cuerpos, el contragolpe sobre Klevan y Dubno. El jefe del 5to. ejército debe ensamblar las operaciones de los 22, 9no. y 19 cuerpos mecanizados y prestarles la ayuda necesaria.

La decisión era razonable y coincidí con el mando del Frente, si bien le propuse comprobar la cooperación entre los cuerpos de ejército y la aviación del Frente.

El 24 de junio pasó a la ofensiva el 8vo. cuerpo mecanizado de Riabyshev en dirección a Beresteczko. Teníamos puestas grandes esperanzas en él. Estaba mejor dotado que otras de novísimos tanques y lo formaban hombres bien adiestrados. El 15 cuerpo mecanizado, al mando del general I. I. Karpezo, atacó al este de Radejov. Las tropas alemanas acusaron muy pronto los zarpazos de estos cuerpos, en particular del 8vo. mecanizado. Esto se dejó sentir sobre todo después de la derrota de la 57 división de infantería, que cubría el flanco derecho del 48 cuerpo motorizado de la agrupación de Kleist.

Ese día se vio en un trance bastante apurado el 48 cuerpo motorizado alemán, los hitlerianos debieron lanzar toda su aviación para contener nuestro contragolpe. Sólo eso les salvó de la derrota. El invasor tuvo que recurrir también a su 44 cuerpo de ejército y otras tropas.

He aquí lo que escribió aquel día en su diario el jefe del EMG de las tropas terrestres del ejército alemán, coronel general Halder:

«El enemigo trae continuamente de la profundidad tropas frescas que arroja contra nuestra cuña blindada... Como era de esperar, ha pasado a la ofensiva con bastantes fuerzas de tanques contra el flanco meridional de la 1ra. agrupación acorazada. En los demás sectores se ha observado movimiento de tropas.»

Así fue cómo nuestras fuerzas del Frente Suroeste asestaron con éxito al enemigo uno de los primeros contragolpes. Su vigor hubiera podido ser mayor aún de haber dispuesto el mando del Frente de más aviación para cooperar con los cuerpos mecanizados y, al menos, de uno o dos cuerpos más de infantería.

Desde el puesto de mando del Frente Suroeste, centramos la atención en la dirección de Dubno, donde se reñían las batallas principales en Ucrania.

Por las conversaciones telefónicas con los jefes del 6to. y 26 ejércitos, generales I. N. Muzychenko y F. Ya. Kostenko, respectivamente, supe que el 17 ejército germano dirigía su principal ataque en dirección a Lvov. Los prisioneros alemanes declararon que, conquistada Rava-Russkaya, su mando se proponía introducir en combate el 14 cuerpo motorizado.

Desde los primeros instantes de la guerra defendieron la región fortificada de Rava-Russkaya los 35 y 140 batallones independientes de ametralladoras, la 41 división de infantería, a las órdenes del general mayor G. N. Mikushev, y el destacamento de guardafronteras del mayor Ya. D. Maly.

El mando del 17 ejército alemán desplegó cinco divisiones de infantería en este sector. A pesar del potente fuego artillero, los golpes de la aviación y los insistentes ataques, las tropas enemigas no lograban apoderarse de esta región fortificada y vencer la resistencia de la 41 división de infantería. El 22 de junio por la tarde, la 41 división, que encuadraba dos regimientos de artillería, fue reforzada con el 209 regimiento de artillería de cuerpo de ejército, pertrechado con piezas de 152 mm. Ese día las tropas fascistas sufrieron cuantiosas pérdidas sin conseguir éxito alguno.

Defendían la región fortificada de Peremyshl los 52 y 150 batallones independientes de ametralladoras y el 92 destacamento de guardafronteras. Estas unidades ocuparon sus posiciones a las seis de la mañana del 22 de junio y fueron las primeras que, en unión de los destacamentos armados de obreros y empleados, hicieron frente a los ataques del invasor.

Los valerosos defensores de la ciudad contuvieron durante varias horas la presión de un enemigo superior en fuerzas. Después, por orden del jefe del 92 destacamento de guardafronteras, se replegaron a otra línea, tras la ciudad, donde otra vez contuvieron a los hitlerianos. Eso permitió acercar a Peremyshl la 99 división de infantería, mandada por el coronel N. I. Dementiev. El 23 de junio la división junto con un batallón de guardafronteras, contratacó y desalojó de la ciudad a los fascistas.

El 23 de junio reanudaron los alemanes sus ataques, fuertes, sobre todo en la dirección de Rava-Russkaya. En algunos sitios, las unidades enemigas consiguieron abrir brechas en el dispositivo de la 41 división, pero gracias a la energía del general Mikushev se arrojó de nuevo a los alemanes a las posiciones de partida.

Sin embargo, al declinar el día, las tropas fascistas dieron con el punto vulnerable: embistieron con energía en la unión de las regiones de Rava-Russkaya y Peremyshl, donde se defendían las 97 y 159 divisiones de infantería. Esta última, sin acabar su despliegue, contaba con muchos soldados sin instruir. No pudiendo contener el ataque enemigo, empezó a replegarse, lo que puso en grave aprieto a las unidades vecinas. Las contramedidas adoptadas por el jefe del 6to. ejército, general Muzychenko, no lograron enderezar las cosas, y al declinar el 24 de junio la defensa en este sector quedó rota en una extensión de 40 kilómetros.

Las regiones fortificadas de Rava-Russkaya y Peremyshl seguían rechazando con éxito los ataques del enemigo. La 99 división, causando grandes pérdidas a las fuerzas alemanas, no cedió un solo palmo de sus posiciones. Por el heroísmo derrochado, fue condecorada con la Orden de la Bandera Roja.

Con idéntico denuedo peleaba la 41 división de infantería. Y únicamente porque un fuerte grupo de tropas enemigas penetró en el sector de la 159 división, amenazando envolver las regiones fortificadas, la 41 se replegó antes de amanecer el 27 de junio, cumpliendo órdenes del comandante del Frente, a líneas de retaguardia.

En cuanto a la 99 división de infantería, se mantuvo en Peremyshl del 23 al 28 de junio y sólo en la mañana del 29 abandonó la ciudad por orden del mando.

Los días 25 y 26 de junio, las operaciones prosiguieron con acrecida violencia. Los alemanes volcaron allí su aviación. En aire y tierra ardía implacable la pelea. Ambas partes sufrieron muchas bajas. A menudo la aviación fascista no aguantaba los audaces golpes de nuestros pilotos y escapaba a sus aeródromos.

Al ganar la zona de Dubno las unidades avanzadas del enemigo, el general Riabyshev recibió orden de desviar hacia

allí su 8vo. cuerpo. El 15 mecanizado enfiló el grueso de sus fuerzas en la dirección general de Beresteczko, siguiendo luego hacia Dubno, adonde se dirigieron también el 36 cuerpo de infantería y el 19 mecanizado. En esta zona se libró el 27 de junio una porfiadísima batalla.

Los alemanes reforzaron a toda prisa sus tropas con el 55 cuerpo. Y eso salvó a la agrupación alemana en Dubno de la completa derrota. Debilitado por las colosales pérdidas, el adversario debió trasladar a Dubno tropas de otras direcciones.

Nuestras fuerzas no pudieron destruir plenamente a los hitlerianos y detener su ofensiva, pero consiguieron lo principal: la agrupación de choque alemana, obstinada en avanzar hacia la capital de Ucrania, fue detenida y diezmada en la región de Brody-Dubno.

A las 17 horas del 24 de junio hablé por *baudot* con el jefe del 5to. ejército, general M. I. Potapov.

Antes de exponer en síntesis nuestra conversación, quisiera decir que Potapov era un general de gran experiencia, con una buena práctica en los combates del Jaljin-Gol, un jefe de ejército valeroso y prudente. Por algo el mando fascista conocía bien el 5to. ejército, del que había recibido sensibles golpes más de una vez.

Reproduzco sucintamente nuestro diálogo bastante típico para los primeros días de la guerra.

Al aparato, Potapov.

Zhukov: Informe de la situación.

Potapov: En el frente Wladowa-Ustilug operan cinco divisiones de infantería y unos dos mil tanques.[1] La principal agrupación blindada del enemigo está en el frente Dubienka-Gorodlo. De Ustilug a Sokal, seis divisiones de infantería con la 14 acorazada. La dirección principal de esta división blindada es Vladimir-Volynski-Lutsk. En el empalme entre los 5to. y 6to. ejércitos hay desplegadas unidades mecanizadas cuyas fuerzas no han sido determinadas. El enemigo lanza su ataque principal en la dirección de Vladimir-Volynski-Lutsk, y el auxiliar, desde Brest-Litovsk hacia Kowel.

1 Los datos sobre los tanques eran bastante exagerados

Informo de la situación de las unidades de nuestro ejército a las 14.20 del 24.6.41:

Fediuninski ocupa el frente Pulemec-Kusniszczi-Wisnew-Nikiticzi. Su 87 división de infantería con dos regimientos se mantiene en la zona fortificada de Ustilug y combate cercada. Padece escasez de municiones.

De la 124 división no tengo noticias desde la tarde de ayer.

La 41 división de tanques está en la zona de Matzeiuw-Koszary; después de los combates sostenidos, pone en orden su material.

La 135 división, en cooperación con la 19 de tanques y un regimiento de la 87 de infantería y el apoyo de la 1ra. brigada antitanque y toda la artillería del cuerpo de ejército, ataca desde las 14.00 horas en dirección de Vladimir-Volynski.

Lutsk tiene defensa circular pero muy débil. Lo que más temo es el ataque de las unidades acorazadas del enemigo desde el sur en dirección de Lutsk, pues ello entrañaría la amenaza de tener que luchar en dos frentes.

Carezco en absoluto de fuerzas para detener el ataque en la dirección sur...

Pido acrecentar la ayuda con acciones de la aviación de bombardeo, impedir que crucen el río las unidades de tanques hacia el frente Dubienka-Gorodlo, y contener su avance de la dirección Brest-Litovsk, cooperar con aviación de asalto y caza al aniquilamiento de la agrupación alemana de Vladimir-Volynski.

No tengo ninguna reserva. El 9no. cuerpo mecanizado podrá concentrarse no antes de dos días, con hasta doscientos tanques antiguos, en la zona de Olyka.

La comunicación telefónica está destrozada por doquier; apenas la restablecemos, el enemigo vuelve a inutilizarla con la aviación. Mantengo comunicación estable por radio con los cuerpos de infantería...

Pido instrucciones para ulteriores operaciones.

Zhukov: Primero. Su vecino de la derecha combate en la zona de Pruzany-Horodec.

El acercamiento a Kowel desde Brest de parte de las fuerzas del enemigo es consecuencia de la deficiente organización de las operaciones de Korobkov.

Ustedes deben volver el flanco en dirección a Brest-Litovsk y cerrar los accesos a Kowel.

Segundo. Muzychenko combate con éxito al norte de Kamenka-Strumilovskaya, Rava-Russkaya y, más adelante, por la línea de la frontera. El enemigo, con un potente grupo de tanques, ha roto el contacto entre los 5to. y 6to. ejércitos y trata de apoderarse de Brody.

Tercero. Karpezo y Riabyshev contratacan en las siguientes direcciones: Karpezo, a través de Brody, hacia el noroeste; los principales combates se desarrollan en este momento, al parecer, a unos quince kilómetros al noroeste de Brody; Riabyshev a la izquierda, en la dirección norte. Con esta maniobra se les prestará ayuda a ustedes.

El objetivo del contragolpe consiste en derrotar al enemigo en el área de Brody-Krystynopol y, más adelante, hacia el norte, dándoles a ustedes la posibilidad de poner en orden las unidades y organizar un frente estable... A la zona de Lutsk, al norte y al sur, arribarán el 19 y el 9no. cuerpos mecanizados y dos cuerpos de infantería para reforzar su agrupación.

Respecto a la aviación, se tomarán medidas.

Por radio no se ha recibido ni descifrado nada de ustedes.

Hay que enviar en avión a un especialista para aclarar las diferencias técnicas en la trasmisión por radio y en el cifrado.

Repito: cierren en firme desde el norte los accesos a Kowel, no se lancen con las divisiones de infantería a contrataques sin tanques, pues eso no da nada. Hay que ayudar con proyectiles y municiones a la 87 división de infantería. Piensen si es posible sacarla del cerco durante la noche.

¿Cómo se portan sus *KV* y los otros? ¿Perforan el blindaje de los tanques alemanes? ¿Cuántos carros, aproximadamente, ha perdido el enemigo en su frente?

Potapov: Tengo bajo mi mando la 14 división aérea, que en la mañana de hoy contaba con 41 aviones. En la orden

del Frente se dice que nos cubren las 62 y 18 divisiones de bombardeo. Ignoro dónde se hallan. No tengo comunicación con ellas.

Disponemos de 30 tanques *KV* grandes. Todos ellos carecen de proyectiles para piezas de 152 milímetros.

Tenemos también tanques *T-26* y *BT*, en su mayoría de tipos antiguos, incluso los de dos torretas.

Hemos destruido un centenar de carros de asalto alemanes, poco más o menos.

Su orden está clara para mí. Pero no estoy seguro de que pueda plegar el flancoderecho de Fediuninski y cerrar con firmeza los accesos desde el norte, pues los tanques alemanes están en estos momentos en la zona de Ratno. De todos modos, ahora mismo adoptaré todas las medidas para cumplir la orden recibida.

Zhukov. Las piezas de 152 mm de los *KV* disparan con proyectiles modelo de 1909 y 1930. Por eso, ordene la entrega inmediata de proyectiles contra hormigón de dicho modelo y su empleo. Zurrará de lo lindo a los carros enemigos.

En lo demás, organizaremos la ayuda.

Tengo gran confianza en usted y en Nikishev.

Esta noche o mañana estaré ahí. Hasta la vista.»

A fin de continuar la ofensiva en la dirección de Kiev, el mando alemán tuvo que sacar de las reservas estratégicas una considerable agrupación de tropas y centenares de tanques con sus tripulaciones para reponer las unidades de Kleist.

Si en el Frente Suroeste hubieran estado mejor organizados el reconocimiento terrestre y aéreo y la cooperación y dirección de las tropas, el contragolpe habría sido más fructífero.

En aquellos encuentros mostraron excelentes cualidades el 22 cuerpo mecanizado, al mando del mayor general S. M. Kondrusev, el 27 cuerpo de infantería del 5to. ejército y el 8vo. cuerpo mecanizado, a las órdenes de D. I. Riabyshev.

Las acciones del 8vo. cuerpo mecanizado habrían surtido mayor efecto si su jefe no le hubiera dividido en dos grupos

y, por añadidura, confiado el mando de uno de ellos al general N. K. Popel, carente de la necesaria preparación táctico-operativa para dirigir grandes operaciones.

Por desgracia, el 15 cuerpo mecanizado, conducido por el general I. I. Karpezo, no cumplió en la plena medida de sus posibilidades, considerables para aquel tiempo, la misión encomendada.

Nuestros historiadores sólo aluden de pasada a esta magna batalla fronteriza del período inicial de la contienda contra la Alemania fascista. Debiera haberse analizado pormenorizadamente la conveniencia operativa de aplicar ahí el contragolpe de los cuerpos mecanizados contra la principal agrupación enemiga que había penetrado y la organización misma del contragolpe. Porque fue cabalmente el resultado de estas operaciones de nuestras tropas en Ucrania lo que frustró en sus propios comienzos el plan hitleriano de impetuosa incisión hacia Kiev. El enemigo padeció colosales bajas y pudo convencerse del valor de los combatientes soviéticos, dispuestos a pelear hasta el último aliento.

Ofrece interés la estimación que de este combate se hace en las memorias del general Hoth, antiguo jefe de la 3ra. agrupación de tanques alemana:

«El grupo *Sur* padeció más que ningún otro. Las tropas enemigas que se defendían frente a las unidades del ala norte fueron arrojadas de la frontera, pero se repusieron rápidamente del inesperado golpe y detuvieron el avance de las fuerzas alemanas con contrataques de sus reservas y de las unidades de tanques dislocadas en profundidad. La ruptura operativa de la 1ra. agrupación de tanques, agregada al 6to. ejército, no se consiguió hasta el 28 de junio. Los potentes contragolpes del adversario fueron un gran obstáculo en la ofensiva de las unidades alemanas.»

Por las conversaciones telefónicas sostenidas aquellos días con Moscú, con el general N. F. Vatutin, supe que en los frentes Oeste y Noroeste los comandantes generales y sus estados mayores no tenían hasta entonces comunicación estable con los jefes de los ejércitos. Las divisiones y los cuerpos se veían obligados a luchar aisladamente, sin cooperación con las tropas vecinas y la aviación y faltos de la dirección debida por parte de las instancias superiores. De

las informaciones de Vatutin quedó claro para mí que en los frentes Oeste y Noroeste se había producido una situación grave en extremo.

El general Vatutin me dijo que I. V. Stalin denotaba nerviosismo, se inclinaba a culpar de todo al mando del Frente Oeste y a su EM y reprochaba falta de actividad al mariscal G. I. Kulik. Por los partes del mariscal B. M. Shaposnikov, que estuvo en el EM del Frente Oeste, sabíase que Kulik había estado la mañana del 23 de junio en el EM del 3er. ejército, pero después quedó cortada la comunicación con él.

Sin embargo, al cabo de cierto tiempo pudo el EMG determinar, valiéndose de diversas fuentes, que grandes agrupaciones acorazadas y motorizadas del enemigo habían roto en diversos sectores de estos frentes y avanzaban con rapidez por el territorio de Bielorrusia y países bálticos...

Advenía una época de duras pruebas para el pueblo soviético.

En los últimos años se ha hecho corriente culpar al Gran Cuartel General de que no ordenó el desplazamiento del grueso de nuestras fuerzas desde la profundidad del país para hacer frente al adversario y rechazar sus ataques. No me atrevo a afirmar si habría resultado mejor o peor de hacerlo así. Es muy posible que nuestras tropas, insuficientemente dotadas de medios de defensa antitanque y antiaérea y con menos movilidad que las enemigas, no hubiesen podido resistir los pujantes ataques frangentes de las fuerzas blindadas fascistas, cayendo en la misma situación en que se vieron algunos ejércitos de las regiones fronterizas. Tampoco podríamos decir qué situación habría podido crearse después en las proximidades de Moscú y Leningrado y en el sur del país.

El 26 de junio a la madrugada, el general Vatutin me llamó al puesto de mando de Ternopol y me comunicó que las operaciones en los países bálticos y en Bielorrusia se desenvolvían de la manera más desfavorable. El 8vo. ejército del Frente Noroeste se replegaba a Riga. El 11 ejército abríase camino en dirección de Polotsk. Para reforzar el frente, acudía de la región militar de Moscú el 21 cuerpo mecanizado.

Stalin había ordenado formar el Frente de Reserva y desplegarlo en la línea Suschevo-Nevel-Vitebsk-Moguiliov-Zhlobin-Gomel-Chernigov-río Desna-río Dnieper. Componían el Frente de Reserva los 19, 20, 21 y 22 ejércitos.

En lo fundamental, era la misma línea que el comisario de defensa, S. K. Timoshenko, y un grupo de altos oficiales del EMG habían reconocido en mayo de 1941.

En aquellos días, el mando de los frentes, el Cuartel General del Alto Mando y el EMG no disponían aún de información completa sobre las tropas enemigas desplegadas contra nuestros frentes. Respecto a los tanques, aviación y unidades motorizadas, los datos que el EMG recibía de los frentes eran evidentemente exagerados. Ahora, cuando poseemos datos casi exhaustivos acerca de las agrupaciones de fuerzas de ambas partes, deberíamos ver, para completar el cuadro de los primeros días de la guerra, cuál era la dislocación de las tropas soviéticas en las regiones militares fronterizas y cuál la de las fuerzas alemanas que invadían entonces nuestro país.

En torno a esto se han escrito bastantes artículos y libros, aunque, en muchos casos, en forma indocumentada y tendenciosa.

En vísperas de la guerra teníamos acantonadas 170 divisiones en un vasto territorio espaciado hasta 4 500 kilómetros de frente entre el mar de Barentz y el mar Negro y 400 de profundidad.

Mas debe tenerse presente que la distancia entre ambos mares suma 4 500 kilómetros contando, además de los sectores terrestres de las cinco regiones fronterizas, el litoral, protegido únicamente por la defensa de costas y la Marina de Guerra. De Tallin a Leningrado no había tropas en la costa. Por eso, nuestras 170 divisiones cubrían, en realidad, 3 375 kilómetros. A lo largo de la frontera terrestre, las fuerzas soviéticas componían agrupaciones de muy dispar densidad.

Por ejemplo, en el Frente Norte (circunscripción de Leningrado), con una extensión de 1 275 kilómetros, había 21 divisiones y una brigada de infantería, correspondiendo a cada división un promedio de 61 kilómetros.

En el sector terrestre de las regiones militares especiales del Báltico, Oeste y Kiev y la circunscripción de Odesa, a lo largo de 2 100 kilómetros, teníamos 149 divisiones y una brigada. En esta importantísima área correspondía, por término medio, poco más de 14 kilómetros a cada división.

En vísperas de la guerra, estas fuerzas se hallaban dislocadas del siguiente modo:

Región del Báltico (jefe, coronel general F. I. Kuznetsov; miembro del Consejo Militar, comisario de cuerpo P. A. Dibrova; jefe del EM, general mayor P. S. Klionov): 25 divisiones y una brigada de infantería, incluidas cuatro divisiones de tanques y dos motorizadas.

Región Occidental (jefe, general de ejército D. G. Pavlov; miembro del Consejo Militar, comisario de cuerpo A. F. Fominyj; jefe del EM, mayor general V. E. Klimovskij): 24 divisiones de infantería, 12 de tanques, seis motorizadas y dos de caballería.

Región de Kiev (jefe, coronel general M. P. Kirponos; miembro del Consejo Militar, comisario de división E. P. Rykov; jefe del EM, teniente general M. A. Purkaev): 32 divisiones de infantería, 16 de tanques, ocho motorizadas y dos de caballería.

Circunscripción de Odesa (jefe, teniente general Ya. I. Cherevichenko; miembro del Consejo Militar, comisario de cuerpo A. F. Kolobiakov; jefe del EM, mayor general M. V. Zajarov): 13 divisiones de infantería, cuatro de tanques, dos motorizadas y tres de caballería.

Así, la agrupación más fuerte de nuestras tropas se hallaba en la dirección suroccidental (región militar especial de Kiev y circunscripción de Odesa) Contaba con 45 divisiones de infantería, 20 de tanques, 10 motorizadas y cinco de caballería.

De las 149 divisiones y una brigada pertenecientes a las cuatro regiones militares fronterizas occidentales, 48 constituían el primer escalón del ejército de cobertura, distantes de 10 a 50 kilómetros (las de infantería más cerca y las de tanques a más profundidad) de la frontera. El grueso de las fuerzas de las regiones fronterizas distaba entre 80 a 300 kilómetros de la frontera.

Los flancos de las regiones militares con litoral cubríalos la Marina de Guerra y la defensa de costas, integrada principalmente por artillería.

La frontera estaba protegida directamente por unidades fronterizas del Comisariado del Pueblo del Interior.

Ya me he referido a algunas circunstancias que determinaron nuestros reveses al principio de la guerra. A otros hechos análogos aludiremos más adelante. Aquí desearía consignar que los yerros cometidos por la dirección no eximen de culpa al mando militar de todos los niveles por sus faltas y equivocaciones.

Ningún jefe militar que obrara erróneamente tiene derecho moral para eludir su responsabilidad alegando la subordinación a las instancias superiores. En cualquier situación, las tropas y sus jefes, en conformidad con los reglamentos, deben estar siempre en disposición de cumplir sus misiones de combate. Sin embargo, en vísperas del conflicto, incluso en la noche del 21 al 22 de junio, los jefes de grandes unidades y agrupaciones que integraban el escalón de cobertura de la frontera esperaron hasta el último momento, en algunos casos, órdenes superiores, sin tener sus tropas debidamente apercibidas para la lucha, y eso cuando del otro lado de la frontera oían ya el ronroneo de los motores y el chirriar de las cadenas de los tanques.

El alto mando alemán lanzó de súbito al ataque 153 divisiones, de ellas 29 contra la región militar del Báltico; 50 (incluidas 15 de tanques) contra la región Occidental; 33 (9 de tanques y motorizadas) contra la región de Kiev, y 12 contra la de Odesa, además de las 5 que tenía en Finlandia. Como reserva, disponía de 24 divisiones que avanzaban en las direcciones estratégicas principales.

Estos datos los conocimos en el curso del período inicial de la contienda, sobre todo por declaraciones de prisioneros y los documentos tomados al enemigo. En vísperas de la guerra, I. V. Stalin, el Comisario de Defensa y el EMG estimaban, basándose en los datos del servicio de información, que el mando hitleriano debería mantener en Occidente y en los países ocupados no menos de la mitad de sus tropas y fuerzas aéreas.

Mas lo cierto fue que en el momento del inicio de la agresión a la URSS, el mando hitleriano sólo había dejado allí menos de un tercio de sus divisiones, que eran, además, de segundo orden. Muy pronto redujo también este número.

Con los grupos de ejércitos *Norte*, *Centro* y *Sur*, el enemigo lanzó al combate 3 712 tanques y piezas de asalto. Las fuerzas terrestres eran apoyadas por 4 950 aviones. Las tropas agresoras superaban a nuestra artillería casi en el doble; en lo fundamental, su tracción artillera estaba motorizada.

Más de una vez, rememorando los primeros días de la conflagración, he tratado de comprender y analizar los errores estratégico-operativos cometidos por los militares propiamente, por el comisario de defensa, el EMG y el mando de las regiones militares, en vísperas y al comienzo de la guerra. Y he aquí las conclusiones a que he llegado.

Nosotros no previmos en toda su magnitud el paso inesperado a una ofensiva de tal envergadura, desencadenada de golpe con todas las fuerzas disponibles y de antemano desplegadas en las direcciones estratégicas principales, es decir, no previmos el carácter del propio ataque. Ni el comisario de defensa ni yo, ni mis predecesores, Shaposhnikov y Meretskov, ni los que componían la dirección del EMG calculamos que el enemigo concentraría tal masa de tropas acorazadas y motorizadas y las lanzaría al combate el primer día, formando potentes agrupaciones compactas, en todas las direcciones estratégicas, con el objetivo de asestar demoledores golpes frangentes.

Además, en vísperas de la guerra, el 10º ejército y otras unidades de la región militar Occidental hallábanse dislocadas en el saliente de Belostok, arqueado hacia el lado del enemigo. El 10º ejército estaba situado del modo más desfavorable. Tal configuración operativa de las tropas implicaba el peligro de profundo envolvimiento y cerco de las mismas por Grodno y Brest mediante ataques contra los flancos. Entre tanto, la dislocación de las tropas del frente en las direcciones de Grodno-Suvalki y Brest no era todo lo profunda y potente que hacía falta para impedir allí la ruptura y el envolvimiento de la agrupación de Belostok. Este despliegue —error cometido en 1940— no fue rectificada hasta ya estallado el conflicto. Cuando las princi-

pales agrupaciones alemanas arrollaron los flancos de las fuerzas de cobertura y penetraron en las zonas de Grodno y de Brest, hubiera sido preciso replegar rápidamente el 10º ejército, así como los flancos contiguos a él del 3º y 4º ejércitos, para evitar el peligro de cerco, enroscándolos por líneas de retaguardia hacia los sectores amenazados. Así hubieran podido acrecentar bastante la resistencia de las fuerzas que operaban allí. Pero eso no se hizo.

Análogo error se repitió con los ejércitos del Frente Suroeste, que también fueron retirados con retraso de la amenaza de cerco.

En todo ello se dejó sentir la insuficiente experiencia que teníamos entonces todos nosotros de conducir acertadamente las tropas en el complejo contexto de grandes y enconadas batallas reñidas en espacios inmensos.

Debe señalarse otra falta más en que incurrieron el Alto Mando y el EMG, a la que sólo me he referido en parte. Se trata de la contraofensiva emprendida conforme a la directiva Nº 3, del 22, 6, 41.

Al decidir la contraofensiva, el Cuartel General del Alto Mando desconocía la situación real existente al declinar el 22 de junio. También la desconocía el mando de los frentes. Al tomar su decisión, el Alto Mando no partió de un análisis de la situación real y de cálculos fundamentados, sino movidos por la intuición y el afán de actuar, sin considerar las posibilidades de las tropas, cosa que nunca debe hacerse en los momentos responsables de la lucha armada.

Tal como estaban las cosas al expirar el 22 de junio, lo único correcto hubieran sido contragolpes de los cuerpos mecanizados a las cuñas de las agrupaciones acorazadas del enemigo. Los contraataques emprendidos estuvieron mal organizados en su mayoría, y por eso no se alcanzaron los objetivos perseguidos.

Otra circunstancia repercutió desfavorablemente en el curso de las batallas desde los primeros días. Algunos jefes de ejército, en vez de organizar un riguroso control desde sus puestos de mando y mantener contacto con los vecinos y el EM del Frente, íbanse a las unidades y daban órdenes sin conocer la situación real en los demás sectores del ejército, lo que ponía en grave aprieto a los comandantes de las uni-

dades. Carentes de comunicación estable con el mando superior, debían operar por su cuenta y riesgo, como mejor les parecía, bastante a menudo en perjuicio de los vecinos.

Por ejemplo, el repliegue desorganizado del 3er ejército desde la zona de Grodno y el del 4º desde la de Brest complicó sobremanera la situación del 10º ejército, mandado por el mayor general K. D. Golubev. Este ejército, sobre el que los fascistas no ejercieron una fuerte presión, siguió peleando, respaldado en la región fortificada de Osovets.

Acudió allí el segundo jefe del Frente Oeste, teniente general I. V. Boldin, y asumió el mando de una agrupación de caballería y fuerzas mecanizadas, compuesta por los 6º y 11 cuerpo mecanizados y unidades del 6º de caballería.

El 23 de junio se contratacó el flanco de la agrupación enemiga en el saliente de Suvalki. Mas sin éxito. Boldin no consiguió concentrar todas las unidades para asestar el contragolpe, debido a su extrema dispersión. Los alemanes asfixiaron la iniciativa de nuestras fuerzas.

El 23 de junio sólo operó allí activamente, en realidad, el 11 cuerpo mecanizado, a las órdenes del mayor general D. K. Mostovenko. El 6º cuerpo mecanizado (mayor general M. G. Jatskilevich), que se defendía, formando parte del 10º ejército, en el río Narev, no pudo concentrarse oportunamente para el contragolpe. En salir del combate y reunir las fuerzas perdió demasiado tiempo. Las unidades del 6º cuerpo de caballería (mayor general I. S. Nikitin), continuamente hostigadas por la aviación alemana, sufrieron grandes pérdidas, retrasando la marcha.

Durante el día 24 de junio se libró una encarnizada batalla en la zona de Grodno.

Pese a tener superioridad en el aire, el enemigo se vio en situación muy apurada. El mando del grupo *Centro* debió lanzar ahí otros dos cuerpos y hacer retornar algunas unidades de la 3ª agrupación de tanques.

Los sangrientos combates prosiguieron el día 25, mas por falta del debido apoyo logístico no pudieron las tropas de la agrupación de contragolpe sostener con eficacia la batalla ofensiva. Padecieron sensibles bajas y comenzaron a reple-

garse. Los tanquistas no lograron retirar todo el material por falta de combustible.

De esta batalla no volvió el comandante de cuerpo M. G. Jatskilevich. Era un jefe competente y valeroso. Me unía a él una amistad de largos años, iniciada cuando servimos juntos en la Inspección de Caballería a comienzos de los años 30. También cayó el general I. S. Nikitin, que gozaba de merecida reputación como militar capaz, enérgico y valiente del cuerpo de caballería.

La más potente formación de fuerzas terrestres y aéreas alemanas en nuestra dirección estratégica occidental apuntaba su ariete contra Moscú. En el Frente Oeste atacaba el grupo *Centro*, integrado por dos ejércitos de campaña (4º y 9º) y dos agrupaciones de tanques (2ª y 3ª). El grupo de ejércitos *Centro* era apoyado por la 2ª flota aérea, que disponía de todo un cuerpo de bombarderos en picado. Las tropas de dicho grupo estaban bien dotadas de artillería del alto mando, de formaciones motorizadas y de ingenieros y numeroso equipo auxiliar de campaña.

En este frente, en todas las direcciones de sus ataques principales, las fuerzas alemanas eran 5-6 veces superiores a las nuestras. La acción de sus agrupaciones fundamentales iba apoyada continuamente con ataques desde el aire.

En el área de Brest deviene sombrío el panorama. Pero el enemigo no pudo doblegar a los defensores de la legendaria fortaleza; los héroes cercados dieron una digna réplica al adversario. La epopeya de Brest fue algo completamente inesperado para los alemanes. La agrupación acorazada de Guderian y el 4º ejército de campaña tuvieron que flanquear la ciudad.

Sobre las tropas de nuestro 4º ejército (mayor general A. A. Korobkov) se abatió un zarpazo similar al asestado en Grodno al 3º ejército (teniente general V. I. Kuznetsov). Sin embargo, teniendo en sus manos el heroico Brest y las fuerzas, dislocadas cerca, de la 32 división de tanques y de las 6ª, 42, 49 y 75 de infantería, el mando del 4º ejército hubiese podido realizar más ordenadamente las operaciones defensivas. Pero, por desgracia, no ocurrió así, ni siquiera cuando se puso a su disposición el 14 cuerpo mecanizado.

¿Qué sucedía por aquellas fechas en las proximidades de Minsk?

Sin conocer con exactitud el estado de cosas en los 3º, 10º y 4º ejércitos y sin cabal idea de las agrupaciones acorazadas alemanas atacantes, el jefe del Frente, general de ejército D. G. Pavlov, tomaba a menudo decisiones que no correspondían a la realidad.

Fuertemente desgastados en los encuentros fronterizos, los 3º, 10º y 4º ejércitos se replegaban hacia el este, repeliendo con denuedo al acosante enemigo. También retenían con intrepidez el embate germano las cuatro divisiones del 13 ejército: los días 26 y 27 de junio peleaban en la región fortificada de Minsk.

A indicación del Cuartel General del Alto Mando, el general de ejército Pavlov ordenó a los 3º y 10º ejércitos replegarse hacia el este y ocupar posiciones defensivas en la línea Lida-Slonim-Pinsk. Pero eso no pudo ser cumplido, toda vez que estos ejércitos estaban medio cercados y desfallecidos, abriéndose paso con dificultad bajo los continuos golpes de la aviación y las tropas blindadas alemanas.

El 26 de junio, el 39 cuerpo motorizado enemigo avistó la región fortificada de Minsk. Con él chocaron las unidades del 44 cuerpo de ejército, al mando del general V. A. Yushkevich, que se dirigían allí.

Para reforzar la defensa de Minsk por la parte de Molodechno, a los accesos noroccidentales de la ciudad arribó en seguida el 2º cuerpo de ejército, a las órdenes del mayor general A. N. Ermakov, integrado por las 100 y 161 divisiones.

Al frente de la 100 división, condecorada con la Orden de Lenin, iba el mayor general I. N. Russianov. Siendo yo jefe de la 4ª división de caballería en la ciudad de Slutsk, Russianov mandó magníficamente un regimiento de infantería de la 4º división, que ostentaba el nombre de *Proletariado Alemán.* En todos los ejercicios en el terreno era ese regimiento un ejemplo por sus logros en el dominio de la táctica, por su disciplina y orden. Aquellas unidades sostuvieron una lucha heroica en las cercanías de Minsk contra la 3ª agrupación de tanques alemana, causándole crecidas bajas.

Sin embargo, al ganar los accesos suroccidentales de Minsk el 47 cuerpo motorizado de la agrupación blindada de Guderian, agravó extremamente la situación de las tropas defensoras.

El enemigo bombardeó Minsk con ferocidad. La ciudad quedó envuelta en llamas. Perecieron millares de civiles. Al morir, aquellos seres inocentes maldecían a los desalmados aviadores fascistas.

En las proximidades de Minsk ardía con acrecido furor la lucha. Allí se distinguieron en el combate las unidades de las 64, 100 y 161 divisiones de infantería. Destruyeron más de un centenar de tanques alemanes y aniquilaron a millares de hitlerianos.

El 26 de junio me telefonea I. V. Stalin al puesto de mando del Frente Suroeste en Ternópol y me dice:

—En el Frente Oeste la situación es grave. Tenemos al enemigo a las puertas de Minsk. Es incomprensible qué pasa con Pavlov. Tampoco sabemos dónde está el mariscal Kulik. El mariscal Shaposhnikov ha caído enfermo. ¿Puede usted salir inmediatamente en avión para Moscú?

—Hablaré ahora mismo con los camaradas Kirponos y Purkaev sobre las sucesivas acciones y saldré para el aeródromo.

A última hora del 26 de junio llegué a Moscú y desde el aeródromo me fui a ver a Stalin. En su despacho estaban ante él en atención el comisario de defensa, Timoshenko, y mi primer suplente, el teniente general Vatutin. Pálidos, demacrados, enrojecidos los ojos de insomnio. Stalin no denotaba mejor estado que ellos.

Me saludó con un movimiento de cabeza e instó:

—Piensen juntos y digan qué puede hacerse en el momento presente —y arrojó sobre la mesa el mapa del Frente Oeste.
—Necesitamos unos cuarenta minutos para orientarnos.
—Bien, informen dentro de cuarenta minutos.

Nos retiramos a una pieza contigua y nos pusimos a examinar el estado de cosas y nuestras posibilidades en el Frente Oeste.

En efecto, el panorama era allí en extremo difícil. Al oeste de Minsk estaban cercados y peleaban en desigual combate los restos de los 3º y 10º ejércitos, inmovilizando considerables fuerzas del enemigo. Algunas unidades del 4º ejército retrocedieron a los bosques del Pripiat. De la línea Dokszyce-Smolewiczi-Slutsk-Pinsk retiránronse al río Breziná unidades dispersas, que en los precedentes combates habían tenido cuantiosas bajas. Potentes formaciones enemigas perseguían a estas debilitadas fuerzas.

Luego de analizar la situación, no pudimos proponer nada mejor que mantener la línea Dvina Occidental - Polotsk - Vitebsk - Orsha - Moguiliov - Mozyr y utilizar para la defensa a los 13, 19, 20, 21 y 22 ejércitos. Además, se debía proceder sin demora a disponer la defensa en la línea de retaguardia Selizharovo - Smolensk - Roslavl - Gomel con las fuerzas de los 24 y 28 ejércitos, de la reserva del Gran Cuartel General. Sugerimos también formar otros dos o tres ejércitos con las divisiones de la milicia popular de Moscú.

Todas estas propuestas fueron aprobadas por Stalin y sin perder un instante fomulamos las correspondientes disposiciones.

En nuestras sugerencias, partimos de la tarea principal: montar en las vías hacia Moscú una defensa escalonada en profundidad, extenuar al enemigo y, deteniéndolo en una de las líneas defensivas, organizar la contraofensiva, reuniendo a tal fin las fuerzas necesarias, en parte con las unidades del Extremo Oriente y, con nuevas formaciones.

Entonces ignorábamos aún dónde podría ser detenido el invasor, cuál sería la línea de partida favorable para la contraofensiva y qué fuerzas agruparíamos para ello. De momento, esto era sólo un propósito.

A las 10.05 del 27 de junio trasmití personalmente por *baudot* la orden del Cuartel General del Alto Mando al jefe del EM del Frente Oeste, general Klimovskij, en los siguientes términos:

«*Zhukov*:—Oiga esta orden en nombre del Cuartel General del Alto Mando.

Su tarea es:

Primero. Localizar con urgencia a todas las unidades, enlazar con sus mandos y explicarles la situación, la dislocación del enemigo y de nuestras fuerzas, detallando, especialmente los puntos adonde han profundizado las vanguardias mecanizadas del adversario. Señalar dónde han quedado nuestras bases de combustible, municiones, víveres y forraje, al objeto de que abastezcan a las unidades con todo lo necesario para el combate.

Marcar a las unidades la misión, bien de combatir, bien de concentrarse en las zonas boscosas y, en este caso, por qué caminos y en qué dispositivo.

Segundo. Averiguar a qué unidades debe proveerse de combustible y municiones por avión, a fin de no abandonar material de guerra costoso, sobre todo tanques pesados y artillería pesada.

Tercero. A las tropas que queden, replegarlas en tres direcciones:

—a través de Dokszyce y Pólotsk, reuniéndolas tras las regiones fortificadas de Lépel y Pólotsk;

—en dirección de Minsk, reunirlas tras la zona fortificada de Minsk;

—La tercera dirección, los bosques de Glusk y hacia Bobruisk.

Cuarto. Tener en cuenta que el primer escalón mecanizado del enemigo se ha despegado mucho de su infantería; en esto reside ahora la debilidad del adversario, tanto del escalón distanciado como de la propia infantería, que avanza sin tanques. Si los mandos a usted subordinados pueden tomar en sus manos las unidades, en especial las de tanques, es posible asestar un golpe demoledor, tanto al primer escalón como a la infantería. Si puede, organice primeramente un vigoroso ataque a la retaguardia del primer escalón mecanizado del enemigo, que avanza hacia Minsk y hacia Bobruisk, después de lo cual será posible emprenderlo con éxito contra la infantería.

Esta audaz operación cubriría de gloria a las tropas de la región militar Occidental. El éxito será mayor si logra organizar el ataque de noche contra las unidades mecanizadas.

Quinto. Retirar la caballería a los bosques de Pinsk y, apoyándose en Pinsk y Luninets, desplegar las más audaces y vastas ofensivas contra la retaguardia de las unidades y las propias unidades alemanas. Distribuya por todas las carreteras pequeños grupos de caballería al frente de mandos medios fieles y valerosos».

A las dos de la madrugada del 28 de junio sostuve una conversación complementaria por hilo directo con el general Klimovskij. Cito fragmentos de la misma.

Al aparato, Zhukov:—Informe de lo que sepa sobre los 3º 10º y 4º ejércitos, ¿en manos de quién está Minsk? ¿Dónde se halla el enemigo?

Klimovskij: Minsk sigue siendo nuestro. Se nos ha comunicado que entre Minsk y Smolewiczi ha hecho el enemigo un desembarco áereo. Con el esfuerzo del 44 cuerpo de ejército está siendo liquidado el desembarco en el área de Minsk.

La aviación enemiga ha bombardeado casi todo el día la carretera de Borisov - Orsha. Han sufrido daños las estaciones y las vías. No hemos logrado enlazar por radio con el 3º ejército.

Según los últimos partes, el adversario estaba ante la región fortificada.

Hasta esta tarde, las ciudades de Baranovichi, Bobruist y Pujovichi eran nuestras.

Zhukov:—¿Dónde están Kulik, Boldin, Korobkov? ¿Dónde están los cuerpos mecanizados y el de caballería?

Klimovskij:—De Kulik y Boldin no tenemos noticias. Hemos enlazado con Korobkov, está en el puesto de mando al este de Bobruisk.

La gran unidad de Jatskilevich se ha concentrado cerca de Baranovichi; la de Ajliustin, en las inmediaciones de Stolbtsy.

Zhukov:—¿Cuándo ha sido eso?

Klimovskij:—En esos puntos empezaron a concentrarse al declinar el día 26. Ayer, alrededor de las 19.00 marchó a ellas el segundo jefe del cuerpo, Svetlitsin. Mañana enviamos paracaidistas con la tarea de entregar las órdenes a Kuznetsov y Golubev.

Zhukov:—¿Sabe usted que el 21 cuerpo de ejército se ha replegado en buen estado a la zona de Molodechno - Vileika?

Klimovskij:—Conocíamos que el 21 cuerpo de ejército se proponía retirarse en dirección de Molodechno, pero no hemos recibido confirmación.

Zhukov:—¿Dónde está la artillería pesada?

Klimovskij:—La mayor parte, en nuestras manos. No tenemos datos de los 375 y 120 regimientos de obuses.

Zhukov:—¿Dónde está la caballería? ¿Y los 13, 14 y 17 cuerpos mecanizados?

Klimovskij:—El 13 cuerpo, en Stolbtsy. Del 14 han quedado algunos tanques, ya incorporados al 17, que está en Baranovichi. Se desconoce el paradero de la caballería.

Korobkov sacó los restos de las 42, 6ª y 75 divisiones. Hay motivo para pensar que la 49 división de infantería está en Belovezhskaya Puscha. Para comprobarlo y sacarla de allí, al amanecer se lanzará un paracaidista especial. Esperamos la salida de Kuznetsov a lo largo de ambas orillas del Niemen.

Zhukov:—¿Qué combate hubo hoy con un cuerpo mecanizado enemigo ante la región fortificada de Minsk y dónde está ahora el adversario, que se hallaba ayer en Slutsk y ante la región fortificada de Minsk?

Klimovskij:—Ha librado ese combate la 64 división de infantería. Desde Slutsk, el enemigo ha profundizado hacia Bobruisk, pero hasta el atardecer no había ocupado todavía la ciudad.

Zhukov:—¿Cómo interpretar «no había ocupado todavía»?

Klimovskij:—Suponíamos que los alemanes intentarían entrar en Bobruisk sobre la marcha. No ha sucedido así.

Zhukov:—Procuren que el enemigo no envuelva desde el norte la región fortificada de Minsk. Cierren la dirección Logoisk - Zembin - Pleshenitsy, pues de lo contrario, los fascistas, flanqueando la región fortificada, llegarán antes que ustedes en Borisov. Es todo, por mi parte. Hasta otra vez.

Pese al heroísmo masivo de soldados y mandos, pese a la indoblegable entereza de los jefes, la situación siguió empeorando en todos los sectores del Frente Oeste. La tarde del 28 de junio, nuestras tropas se retiran de Minsk.

Los fascistas hacen estragos en la ciudad invadida. Exterminan ferozmente a sus habitantes, incendian y destrozan tesoros culturales, monumentos antiguos.

En el Gran Cuartel General y el EMG causó profunda consternación el abandono de la capital de Bielorrusia por nuestras tropas. Todos comprendíamos la trágica suerte reservada a la población civil que no pudo evacuar hacia el este.

El 29 de junio, I. V. Stalin estuvo dos veces en el comisariado del pueblo de defensa y en la sede del Gran Cuartel General, y en ambas ocasiones reaccionó con suma acritud ante el estado de cosas presente en la dirección estratégica occidental.

A las 6.45 del 30 de junio, por indicación de Timoshenko, mantuve una conversación por *baudot* con el jefe del Frente Oeste, general de ejército D. G. Pavlov, de la que inferí que él mismo conocía mal la situación.

He aquí unos fragmentos de nuestro diálogo:

«*Zhukov:*—No podemos tomar ninguna resolución sobre el Frente Occidental sin conocer lo que sucede en Minsk, Bobruisk y Slutsk.

Le pido que me informe de ello en esencia.

Pavlov:—En la región de Minsk, el 44 cuerpo de ejército se repliega al sur de la carretera de Moguiliov; Stajov - Cherven es la línea señalada en la que debe detenerse.

En la zona de Slutsk ayer, según las observaciones de la aviación, la 210 división motorizada de infantería combatió en el sector de Shishetsa.

En el área de Bobruisk, el enemigo ha tendido hoy a las cuatro horas un puente por el que han pasado doce tanques.

Zhukov:—Los alemanes trasmiten por radio que al este de Belostok han cercado dos ejércitos. Por lo visto, en ello hay algo de verdad. ¿Por qué su Estado Mayor no organiza el

envío de enlaces para localizar a las tropas? ¿Dónde están Kulik, Boldin y Kuznetsov? ¿Dónde el cuerpo de caballería? No puede ser que la aviación no haya visto a la caballería.

Pavlov:—Sí, hay una gran parte de verdad. Sabemos que los días 25 y 26 de junio las unidades estaban en el río Shara, combatiendo por el paso del río con el enemigo, que ocupaba su orilla oriental. El 3º ejército tendía a replegarse por ambos lados del Shara. El 21 cuerpo de ejército está en la zona de Lida. Con este cuerpo hemos tenido comunicación por radio hasta ayer; se abre camino para salir del cerco en la dirección que se le ha indicado. Nuestra aviación no puede dar con la caballería y las formaciones mecanizadas porque están cuidadosamente ocultas en los bosques para no ser descubiertas por la aviación enemiga. Hemos enviado un grupo provisto de estación de radio con la misión de localizar a Kulik y nuestras fuerzas. Hasta ahora no tenemos respuesta de este grupo. Boldin y Kuznetsov, así como Golubev, hasta el 26 de junio estaban en las unidades.
Zhukov:—Su tarea principal es encontrar lo antes posible las unidades y situarlas tras el río Bereziná. Encárguese personalmente de ello y seleccione a tal fin comandantes capaces de fuerzas terrestres y aéreas.

El Cuartel General del Alto Mando exige de usted reunir en el más breve plazo todas las tropas del Frente y ponerlas en el debido orden.

No se puede permitir de ningún modo que las unidades del enemigo penetren en las comarcas de Bobruisk y de Borisov. Debe usted impedir a toda costa que no se nos deje terminar la concentración de ejércitos en la región de Orsha - Moguiliov - Zhlobin - Rogachov.

Para dirigir los combates y para que usted sepa lo que sucede en los alrededores de Bobruisk, envíe un grupo de mandos con estación de radio, bajo la dirección de su segundo. Evacúe inmediatamente los depósitos para que no caiga todo esto en manos del enemigo. En cuanto la situación se aclare, informe de todo con urgencia.

Pavlov.—Para mantener Bobruisk y Borisov lanzaremos todas las unidades, incluso la escuela.»

Sin embargo, la situación no mejoró. El 30 de junio me telefoneó Stalin al Estado Mayor General y me ordenó que llamara al jefe del Frente Oeste.

El general D. G. Pavlov llegó al día siguiente. Apenas le reconocí: tanto había cambiado en ocho días de guerra. Aquel mismo día fue destituido del mando, y muy pronto compareció ante el Tribunal. A propuesta del Consejo Militar del Frente Oeste, con él fueron juzgados el jefe del EM, general Klimovskij; el jefe de trasmisiones, general Grigoriev: el jefe de la artillería, general Klich, y otros generales del Estado Mayor del Frente.

El comisario de defensa, Timoshenko, fue nombrado jefe del Frente Oeste, con el teniente general A. I. Eremenko, de segundo al mando. Para reforzar el frente se incorporaron al mismo los ejércitos del Frente de Reserva.

En el Frente Noroeste, las cosas seguían empeorando por momentos.

Los 8º y 11 ejércitos, para evitar el cerco, debido a la deficiente organización del mando del Frente se retiraban en direcciones divergentes, sufriendo grandes pérdidas.

Para cubrir la dirección Pskov-Leningrado, el Cuartel General del Alto Mando ordenó al jefe del 21 cuerpo mecanizado general D. D. Leliushenko, avanzar sus fuerzas desde la región de Opochka-Idritsa a la de Daugavpils e impedir al enemigo el cruce del Dvina Occidental.

Pero esa misión era de todo punto impracticable, y ya el 26 de junio cruzó el enemigo con gruesas fuerzas el Dvina Occidental y ocupó Daugavpils. No obstante, el 21 cuerpo mecanizado pasó audazmente a la ofensiva, golpeó al 56 cuerpo motorizado alemán y contuvo su avance.

Evocando esta batalla, dice en su obra *Victorias perdidas* el mariscal de campo von Manstein, entonces jefe del citado 56 cuerpo:

«... Pronto en la ribera norte del Dvina debimos defendernos de los ataques del enemigo apoyados por una división de tanques. En algunos sectores tomaban las cosas un feo cariz».

Sin embargo, presionado por fuerzas superiores y los ataques aéreos, el 21 cuerpo mecanizado debió replegarse y establecer una línea de defensa que, rechazando las acometidas del adversario, mantuvo hasta el 2 de julio. Luego, el 21 cuerpo pasó a integrar el 27 ejército, al mando del mayor general N. E. Berzarin.

Me es grato consignar la brillante actuación y la gloria militar conquistada por la 46 división de tanques encuadrada en el 21 cuerpo mecanizado y que mandaba el coronel V. A. Koptsov, héroe del Jaljin-Gol, así como del jefe del 27 ejército, general Berzarin, el cual al final de la guerra, a la cabeza del heroico 5º ejército de choque —integrado en el I Frente Bielorruso— irrumpió audazmene en Berlín y fue su primer comandante.

A últimos de junio, I. V. Stalin introduce nuevos cambios en la dirección militar. El 30 de junio es nombrado jefe de EM del Frente Noroeste el teniente general N. F. Vatutin.

El 2 de julio, la presión del enemigo fuerza al 27 ejército a iniciar el repliegue.

Venía peleando en un vasto frente, falto de fuerzas y medios para establecer una defensa profundamente escalonada.

Por haber tardado nuestras reservas en llegar al río Velikaya, el enemigo tomó la ciudad de Pskov sobre la marcha. El 8º ejército del Frente Noroeste, privado de enlace con las demás fuerzas, retirábase hacia el norte.

Así, en los primeros 18 días de guerra, el Frente Noroeste perdió Lituania, Letonia y parte del territorio de la RSFSR, la cual entrañaba el peligro de que por Luga ganara el enemigo las proximidades de Leningrado, cuyos accesos estaban todavía insuficientemente fortificados y poco guarnecidos.

En todo este tiempo no había recibido el Estado Mayor General informes precisos y exhaustivos del EM del Frente Noroeste sobre la situación de nuestras tropas, dispositivos del enemigo y puntos de concentración de sus unidades de carros y motorizadas. En ocasiones debíamos intuitivamente concebir el desarrollo de los acontecimientos, método que no preserva de yerros.

En el Frente Oeste —direcciones de Vítebsk, Orsha, Moguiliov y Bobruisk—, las batallas libradas los primeros

días de julio se significaron por una abrumadora superioridad de las fuerzas moto-blindadas y aéreas del adversario. Nuestras tropas, extenuadas por los ininterrumpidos combates, se retiraban hacia el este, mas procurando siempre causar al enemigo el máximo desgaste y retenerlo todo lo posible en las líneas de defensa.

Sobre el río Bereziná pelearon nuestras fuerzas con singular empeño en las cercanías de la ciudad de Borisov, donde se batió la escuela local de tanques dirigida por el comisario de cuerpo I. Z. Susaikov. Por entonces llega ahí la 1ra. división motorizada de infantería de Moscú a las órdenes del mayor general Ya. G. Kreiser. Completada conforme a las normas del tiempo de guerra, estaba bien instruida y pertrechada con tanques *T-34*. El general Kreiser, al que también fue subordinada la escuela de Borisov, consiguió detener más de dos días la 18 división de tanques reforzada del enemigo. Eso fue muy importante en aquellos momentos. En esos combates se recomendó brillantemente el general Kreiser.

En el Frente Sur, desde el territorio de Rumania pasaron a la ofensiva las tropas germano-rumanas, asestando el golpe principal en la dirección de Moguiliov-Podolski-Zhmerinka y amenazando internarse en el flanco y las retaguardias de los 12, 26 y 6to. ejércitos del Frente Suroeste.

Durante los seis primeros días de acerbos combates consigue el enemigo romper la defensa en nuestro Frente Sur y avanzar 60 kilómetros. La situación del Frente Suroeste empeoró sensiblemente, pues los alemanes, al mismo tiempo, habían perforado tras de varias tentativas nuestro dispositivo en el área de Rovno-Dubno-Kremenets y se precipitaban sobre la brecha.

El 4 de julio se aproxima el adversario a la zona fortificada de Novograd-Volynski, donde sus ataques son rechazados con pérdidas colosales para él. A las fuerzas motoblindadas de los alemanes se las retiene ahí por espacio de casi tres días. Fallido su plan, se reagruparon al sur de Novograd-Volynski y el 7 de julio tomaron Berdichev y el 9 Zhitomir.

La caída de Berdichev y Zhitomir, unida a la continuada ofensiva de las tropas germano-rumanas en la dirección de Moguiliov-Podolski, agravaba el peligro de cerco de los 12,

26 y 6to. ejércitos del Frente Suroeste, que se replegaban lentamente hacia el este repeliendo el acoso enemigo.

A fin de conjurar la amenaza real del copo, el mando del Frente Suroeste organiza el 9 de julio un contragolpe en Berdichev. Son lanzados al mismo los 15, 4to. y 16 cuerpos mecanizados. Por el norte, en la zona de Zhitomir, seguía contratacando el 5to. ejército.

Al mismo tiempo, el Frente Suroeste asesta un potente contragolpe al flanco de la 1ra. agrupación de tanques enemiga por el lado de la zona fortificada de Korosten.

Los combates en la región de Berdichev-Zhitomir se prolongaron desde el 9 hasta el 16 de julio. Padeciendo cuantiosas bajas y temiendo ser atacado desde el norte por el flanco de su dispositivo principal, el mando alemán del grupo de ejército *Sur* suspende la ofensiva en el área de Zhitomir.

Esta coyuntura permitió al mando del Frente Suroeste salvar por fin del peligro de cerco las fuerzas fundamentales de los ejércitos 6to y 12 y consolidar la defensa de Kiev.

Así, pues, falló una vez más el proyecto enemigo de copar las tropas del Frente Suroeste. Los alemanes se vieron compelidos a librar siempre cruentas batallas frontales. Las unidades de tanques y motorizadas del grupo de Kleist no pudieron conseguir la ruptura y ganar el espacio operativo.

En el Frente Norte, donde las acciones ofensivas comenzaron el 29 de junio, los combates tenían significación local mayormente y no ejercían especial influencia en la situación estratégica general.

Tampoco nuestras fuerzas navales al principio de la guerra entablaron grandes afrontamientos con la marina alemana, limitándose principalmente a repeler los ataques aéreos. Pero la Flota del Báltico se vio en grave apuro. Era sobre todo comprometida la situación de la principal base marítima, donde estaban concentrados los barcos más importantes y los recursos materiales de la armada.

La base y la ciudad de Tallin, a causa de las desfortunadas acciones del 8vo. ejército del Frente Noroeste, hallábanse deficientemente protegidas por tierra. Para defender la capital de Estonia fueron lanzadas todas las fuerzas de la

Flota del Báltico, distinguida con la Orden de la Bandera Roja, y destacamentos armados de obreros de la ciudad. En Los accesos a Tallin erigíanse a toda prisa líneas de fortificación, se tendían obstáculos por los ingenieros, los objetivos de la localidad fueron aprestados para la defensa.

Las tentativas del enemigo de apoderarse de Tallin y la base naval sobre la marcha fueron rechazadas merced a las valerosas acciones del 10mo. cuerpo de ejército adscrito al 8vo. ejército, de la infantería de marina, la artillería de los barcos y los destacamentos armados de la milicia popular de la ciudad.

El resto de julio y casi todo agosto discurrieron bajo el signo de una porfiada lucha por Tallin y la base naval. A finales de agosto, vista la extenuación de nuestras tropas, en tanto que habían sido reforzadas las enemigas, el Cuartel General del Alto Mando resolvió evacuar los barcos de la base rumbo a Kronstadt y al puerto de Leningrado y abandonar Tallin.

La aviación de la flota participó intensa y eficazmente en los combates por la plaza de armas de Tallin, machacando a las fuerzas atacantes del enemigo. En honor de los marinos del Báltico sea dicho: en los buques y en tierra pelearon como auténticos héroes.

La Flota del Norte actuaba durante ese período en cooperación con las tropas del Frente Septentrional. Operaba con sus submarinos contra los trasportes alemanes que cargaban en Petsamo mineral de níquel. Entre tanto, la armada del mar Negro aseguraba principalmente el suministro de hombres y material a los ejércitos que combatían en las regiones del litoral al par que peleaba en las comunicaciones del enemigo entorpeciéndole el tráfico con los puertos rumanos y búlgaros.

Una escuadra de la Flota del mar Negro asestó en cooperación con la aviación un sensible golpe sobre Constanza, base naval rumana. La aviación de la Flota del mar Negro castigaba sistemáticamente las explotaciones petroleras y los nudos ferroviarios rumanos.

Deliberadamente no detallo las operaciones de nuestra Marina de Guerra, entendiendo que mejor y más sugestivamente que yo lo harán los almirantes y capitanes. Mas sí deseo decir que la cooperación entre los frentes costeros y la ma-

rina habría sido más fecunda de haberse resuelto en la preguerra con mayor competencia los problemas de la defensa de costas y protección de las bases navales. Deplorablemente, a ello se aplicaron el Alto Mando de la Flota, el Comisario de Defensa y el Estado Mayor General con gran retraso.

Habían trascurrido casi tres semanas desde que la Alemania fascista, pisoteando el tratado de no agresión, lanzara arteramente sus fuerzas armadas contra nuestro país. Ya al cabo de este lapso habían perdido las tropas hitlerianas alrededor de 100 000 hombres, más de 1 000 aviones y hasta 1 500 tanques (el 50% de los que tenía al comienzo de la contienda).

Las Fuerzas Armadas Soviéticas, en particular las tropas del Frente Oeste, sufrieron muy crecidas pérdidas, lo que repercutiría gravemente en el decurso de los acontecimientos. La correlación de fuerzas y medios en el frente soviético-germano varió aún más a favor del enemigo. Los alemanes consiguieron serios éxitos, avanzaron de 500 a 600 kilómetros país adentro y ocuparon regiones económicas y objetivos estratégicos de innegable importancia.

Todo ello supuso un colapso inesperado para el pueblo soviético y nuestras tropas. No obstante, estos aciagos días pusieron notoriamente de realce la unidad moral y política de los soviéticos. Ni el Partido ni el pueblo temblaron.

Desde el primer momento, creciendo de día en día, desplegó el Partido una grandiosa labor política y organizativa enderezada hacia un solo fin: poner en tensión todas las energías del pueblo para rechazar al enemigo.

Ya el 23 de junio fueron puestos en práctica los planes de movilización, trazados con anterioridad, en especial para la fabricación de municiones. Los comisariados recibieron las instrucciones correspondientes para el incremento de la producción de tanques, cañones, aviones y demás pertrechos. Una semana después, el gobierno derogó el vigente plan económico para el tercer trimestre de 1941 y aprobó otro de emergencia para ese período que prescribía incrementar en más de un cuarto la producción de material de guerra.

Los hechos demostraron, no obstante, que eso era poco. En vista de ello, una comisión presidida por N. A. Voznesenski

elaboró un nuevo plan económico-militar, aún más tenso, para el cuarto trimestre de 1941. Basándose en las reservas productivas acopiadas antes de la contienda, el gobierno planeó para 1942 un desarrollo superacelerado de las regiones del Volga, los Urales, Siberia Occidental, Kazajstan y Asia Central. En la trasferencia de toda la economía nacional al cauce bélico, estas zonas jugaron un papel inmenso. Una gran contribución a la obra de reorganizar y fortalecer la economía en el este del país realizaron los comités regionales del Partido, sobresaliendo especialmente en este aporte a la defensa el Comité de Cheliabinsk, a cuyo frente hallábase entonces N. S. Patolichev.

Acometíase la restructuración de la industria y los trasportes, una redistribución de los recursos humanos y materiales, la movilización de la agricultura para las necesidades de la guerra. Millares de empresas que hasta ayer lanzaban artículos destinados al consumo civil incorporábanse a la producción de armamento y municiones.

Las factorías constructoras de maquinaria se reacoplaban urgentemente para la fabricación de tanques y aviones, mientras se organizaba en las metalúrgicas la producción de blindajes, proyectiles y aceros de alta calidad. Motores y generadores para los tanques, detectores de minas, goniómetros y equipos radiolocalizadores debían proporcionar ahora también las empresas de la industria de radio y electrotécnica. La bencina para los aviones y el carburante para los carros de combate y barcos era el producto principal de las destilerías. Las espoletas para los proyectiles sustituían en las cadenas fabriles a los relojes. Los trenes blindados enviábanse en caso de avería a los talleres ferroviarios.

El invasor se había apoderado de importantísimas zonas económicas, paralizó la movilización en bastantes regiones militares, ahora ocupadas, millones de soviéticos y valores materiales inmensos quedaron en la retaguardia del enemigo. El territorio invadido por los alemanes durante las primeras tres semanas de la guerra habitábalo un 40% de la población y proporcionaba más de un tercio de la producción global del país. Descendió verticalmente la fabricación de material estratégico, arrabio, acero, laminados, fluido eléctrico. Una temible amenaza pendía sobre los nuevos centros industriales.

Había que emprender algo inusitado, levantar de sus recintos las fábricas indemnes y desplazarlas al este, engranarlas con las empresas actuantes allí y, tomando pie de esta parte del país, abalanzarse sobre el enemigo, detenerlo primero y arrollarlo después.

Desplegóse una labor sin par en la historia por su naturaleza y dimensiones. El 24 de junio, por disposición del CC del Partido y el Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS, fue instituido el Consejo de Evacuación, que tendría a N. M. Shvernik como presidente y a A. N. Kosyguin y M. G. Pervujin como vicepresidentes. En los comisariados del pueblo fueron también constituidos comités y oficinas para la evacuación. En brevísimo plazo —de julio a noviembre de 1941— fueron evacuadas más de mil quinientas empresas, grandes principalmente, de material de guerra y puestas con rapidez en función. En torrente continuo fluían día y noche hacia occidente y el suroeste convoyes con tropas y armamentos.

Este colosal tráfico era propulsado por una grandiosa tensión de fuerzas. Abundaban las fricciones, trifulcas y estallidos de nervios, pero discurría sin intermitencias, acrecentado de día en día y subordinado a la función directriz y organizadora del Partido.

Me parece que este épico capítulo de la historia del pueblo soviético y de nuestro Partido ha sido inmerecidamente relegado, como no ha sido hasta ahora revelado y descrito cual lo merece todo lo hecho por el Partido y el pueblo en el orden económico durante la guerra. Pues es cabalmente en tan rigurosos períodos, a la luz de eventos tan grandiosos, cuando con mayor relieve descuellan las ventajas del régimen socialista, de la economía nacional asentada sobre la propiedad social.

La gesta laboral de nuestro pueblo en la evacuación y restablecimiento de los potenciales productivos durante los años bélicos y la ingente obra de organización realizada por el Partido en ese dominio son, por su dimensión y trascendencia para el destino de nuestra Patría, equivalentes a las magnas batallas de la segunda guerra mundial.

Si no me traiciona la memoria, ya los primeros días de la conflagración dispuso el Buró Político del Comité Central

del PC(b) de la URSS destinar a la actividad militar a más de cincuenta miembros y suplentes de su CC, más de cien secretarios de comités regionales y territoriales de los CC de los partidos comunistas de las repúblicas federadas, prominentes y expertos hombres de estado. El Partido tomó en seguida una serie de medidas prácticas con miras a fortalecer la gestión centralizada de todas las vertientes de la vida nacional y de las fuerzas armadas. Fue reajustado el mecanismo del CC, distribuidas las funciones y deberes entre sus miembros para asegurar la dirección de los sectores más importantes de la obra militar, económica y política.

Nuestro Partido tenía ya experiencia en punto a convertir el país entero en un campamento militar. A ello nos referimos al comienzo de este libro. Considerando las nuevas condiciones, esa experiencia, su médula leninista, fue aprovechada desde los primeros días de la guerra. Los principios leninistas de gobierno y actuación cimentaban toda la actividad de los comunistas en el frente y la retaguardia cuando un mortal peligro cerníase sobre el país. El pueblo tenía la certeza de que el Partido encontraría salida de la adversidad y sabría organizar la derrota de las tropas germano-fascistas. Mas ello requería tiempo.

El 30 de junio de 1941 fue instituido el Comité Estatal de Defensa (CED) presidido por I. V. Stalin, Secretario General del CC del PC(b) de la URSS. Era el órgano autorizado para dirigir la defensa del país, a cuyo fin concentraba la plenitud del poder. Las entidades civiles, del Partido y del estado quedaban obligadas a cumplir todas las disposiciones del CED. Para verificar ese cumplimiento, el CED tenía sus representantes en las regiones, en los comisariados de la industria de guerra, en las empresas y obras de mayor importancia.

En las reuniones del CED, que tenían lugar a cualquier hora del día o la noche y, como regla, en el Kremlin o la casa de campo de Stalin, se deliberaban y resolvían los problemas palpitantes del momento. Los planes de las operaciones militares eran examinados por el CED en común con el Comité Central del Partido y los comisarios del pueblo, cuyas facultades fueron considerablemente ampliadas. Ello permitía, cuando se daban las posibilidades para ello, concen-

trar ingentes recursos materiales en los cauces determinantes, seguir una línea única en la dirección estratégica y, respaldándola con una retaguardia organizada, sincronizar la acción de las tropas con los esfuerzos del país entero.

Muy a menudo surgían en las sesiones del CED acaloradas discusiones. Los pareceres solían exponerse de forma concisa y tajante. I. V. Stalin se paseaba a menudo en derredor de la mesa, escuchando atentamente a los disputantes. Era parco en palabras y no gustaba de la locuacidad de los demás. Con frecuencia interrumpía a tal o cual orador para decirle: «más breve» o «más claro». Abría las sesiones sin preámbulos. Hablaba en voz baja, con desenvoltura, yendo derechamente al grano. Era lacónico y formulaba sus pensamientos con diafanidad.

Si en la reunión del CED no se llegaba a un criterio unánime, formábase una comisión con representantes de los pareceres polarizados, a la que se encargaba de presentar propuestas concordadas. Así ocurría cuando Stalin no tenía aún su propia opinión firme. Mas si acudía a la reunión con un juicio ya formado, entonces o no surgían discusiones o extinguíanse pronto cuando él tomaba partido por uno de los bandos.

Durante todo el período de la guerra tomó el Comité Estatal de Defensa unas diez mil decisiones y disposiciones de carácter militar y económico, que rigurosa y enérgicamente eran puestas en práctica, impulsando por doquier una férvida actividad que garantizaba la ejecución de la línea única del partido en la dirección del país, en aquellos azarosos años.

I. V. Stalin era hombre de voluntad fuerte. No tenía nada de apocado. Sólo en una ocasión le vi un tanto abatido. Fue en la madrugada del 22 de junio de 1941: había rodado por tierra su convencimiento de que era posible evitar la guerra.

Después del 22 de junio y a lo largo de toda la contienda, con el Comité Central del Partido y el gobierno timoneó firmemente el país, la lucha armada y nuestros asuntos internacionales.

Los reveses y las angustiosas pérdidas del comienzo de la guerra complicarían para nosotros el decurso de la confrontación. Nuestras tropas se retiraban combatiendo hacia el

interior del país. El CED, el Comité Central y las organizaciones del Partido en las localidades tomaban las medidas pertinentes para clarificar al pueblos las circunstancias de un retroceso forzado y provisional.

Pese a la compleja coyuntura, las organizaciones del Partido y los organismos del estado en Ucrania, Bielorrusia y las repúblicas del Báltico realizaron una eficacísima labor en la movilización de los soviéticos para la lucha sin cuartel contra el enemigo. A tal fin formábanse en el territorio temporalmente ocupado por el enemigo nutridas organizaciones clandestinas del Partido y el Komsomol y las armazones de los destacamentos guerrilleros, que engrosaban los soldados rojos, comandantes e instructores políticos de las unidades escapadas de los cercos.

Al pisar nuestra tierra percibió muy pronto el invasor la aversión de los soviéticos: las fuerzas de la clandestinidad hacían estragos en las filas de los ocupantes germano-fascistas.

Por aquellos días no tenía el mando soviético más remedio que defenderse en todo el frente estratégico. Carecía de las fuerzas y de los elementos necesarios para llevar a efecto operaciones ofensivas, grandes en particular había que formar fuertes reservas estratégicas y armarlas bien, para con fuerzas superiores arrebatar la iniciativa al enemigo, atacarlo sin tregua e iniciar la expulsión de las fuerzas invasoras del territorio soviético.

Todo eso se hizo, pero más tarde.

A la defensa estratégica pasaron nuestras tropas en el proceso de una retirada forzosa. Debíamos actuar en dispositivos táctico-operativos desfavorables, con escasez de fuerzas y medios para oponer una defensa en profundidad y nucleada ante todo en la defensa antitanque.

No podemos por menos de mencionar también la debilidad de nuestra artillería antiaérea y la ausencia de la debida protección con aviones. El dominio en el aire pertenecía en la fase inicial de la guerra al enemigo, lo que minaba sensiblemente la solidez de nuestro ejército.

Y, no obstante, pese incluso a errores y, en ocasiones, a la insuficiente resistencia de nuestras tropas, la defensa estratégica fue, en lo fundamental, organizada.

Como es notorio, en los períodos segundo y tercero de la guerra, cuando los hitlerianos debieron experimentar el amargor de las derrotas en todo el frente soviético, no pudieron erigir una defensa similar.

Las finalidades básicas de nuestra defensa estratégica en aquel momento eran:

—detener a las tropas fascistas en las líneas defensivas todo lo posible, al objeto de ganar el máximo de tiempo para traer las fuerzas de la profundidad del país y crear nuevas reservas, desplazarlas y desplegarlas en las direcciones más importantes;

—inferir al enemigo el máximo de pérdidas, extenuarlo y desangrarlo, equilibrando así un tanto la correlación de fuerzas;

—asegurar el cumplimiento de las medidas tomadas por el Partido y el gobierno para evacuar la población y los establecimientos industriales al interior del país, ganar tiempo para adaptar la industria a las necesidades de la guerra;

—reunir el máximo de fuerzas y pasar a la contraofensiva, para hacer fracasar en su conjunto el plan hitleriano de guerra.

Al sostener la defensa estratégica, nuestras tropas no sólo repelían al enemigo en tierra, aire y mar, sino —lo que es esencialísimo— en muchos casos le asestaban potentes contragolpes. Siempre que era factible, nuestras tropas y los guerrilleros con sus valerosas acciones causaban grandes pérdidas a los ocupantes fascistas.

Al quinto día de la guerra, por decisión del Comité Central del Partido, comenzó la movilización de los comunistas y Komsomoles para el frente, también como instructores políticos. Debían cimentar las organizaciones del Partido en el ejército.

En vísperas de la guerra contaban el Ejército Rojo y la Flota con más de 650 000 comunistas. Los komsomoles representaban un tercio de los efectivos del ejército. Sólo en los primeros seis meses de la contienda acudieron a los frentes más de un millón cien mil comunistas.

En publicaciones políticas extranjeras se sigue todavía presentando a los comunistas e instructores políticos como una «élite» privilegiada de nuestra sociedad. Yo, como militar, desearía a cualquier país disponer de tal «élite», tan abnegada e intrépidamente dispuesta a ofrendar la vida por su patria...

Tuve la oportunidad de conversar reiteradamente con esos instructores políticos que se dirigían a los frentes. Iban animados de una seguridad especial, inconmovible en nuestra victoria. «¡Resistiremos!», decían. Y yo veía que no eran meras palabras. Era toda una manera de pensar, el verdadero patriotismo soviético. Con su admirable optimismo, reconfortaban a los que empezaban a desmayar.

El 3 de julio en una alocución radiada, I. V. Stalin, en nombre del Comité Central del Partido, explicó la situación creada en los frentes y llamó al pueblo soviético a reajustar sin demora la economía y la vida toda del país a tenor de las exigencias de la guerra contra un enemigo fuerte, pérfido y cruel. Stalin llamó al Partido y al pueblo a la lucha sagrada contra el invasor, a poner fin a la placidez y redoblar la vigilancia.

Este memorable discurso tenía como base la directiva, cursada por el Consejo de Comisarios del Pueblo y el CC del PC(b) de la URSS el 29 de junio de 1941 a todas las organizaciones del Partido y entidades estatales de las regiones contiguas a los frentes. En este documento se exponía las tareas fundamentales del pueblo soviético y sus fuerzas armadas en la gran guerra patria.

El discurso de Stalin y la directiva del Partido y el gobierno dirigidos al pueblo resonaron como potente clarinazo en el que vibraban los ecos del célebre llamamiento leninista: «¡La Patria socialista está en peligro!» Percibíase que la airada y acuciadora voz de este mensaje acallaría, únicamente, cuando el último invasor fascista abandonara los confines de Patria...

En los tiempos difíciles, críticos, en la vida de cualquier país, cuando es atacado por el enemigo de fuera o de dentro, adquiere su máximo sentido este llamamiento que une a todos, este lema en que debe encarnarse la esencia de los comunes esfuerzos. El Partido al que el pueblo confiara

su destino debía saber poner súbitamente en pie todas las clases y estratos de la población, precisar con toda claridad el objetivo de la lucha y señalar el enemigo. Nuestro Partido domina a la perfección ese arte propio exclusivamente de un verdadero guía del pueblo.

En esos momentos, con la divisa «¡Todo para el frente, todo para la victoria!», el Partido Comunista ponía a cada soviético cara al peligro. En torno de ese llamamiento aglutinábanse las gentes de los más disímiles hábitos y criterios, militares y civiles, hombres y mujeres, sin distinción de edad y origen.

En aras de este supremo afán cívico —la defensa de la patria— irguióse en toda su talla el gran pueblo ruso, y con él todas las nacionalidades de nuestro país, multiplicando con su impulso espiritual la energía material y el poderío de sus armas.

Con objeto de impulsar la labor política y robustecer la influencia del Partido en las fuerzas armadas, por decisión del Comité Central del Partido fueron restructurados en julio los órganos de propaganda política en el ejército e instituido el cuerpo de comisarios de guerra.

Al interés del frente fue subordinada desde los primeros días de la guerra la actividad de todas las organizaciones sociales. Por recomendación del CC del Partido, el Consejo Central de los Sindicatos Soviéticos y el CC del Komsomol articularon múltiples medidas prácticas enderezadas a prestar una ayuda multilateral al frente, vigorizar la disciplina laboral y elevar el rendimiento del trabajo en la retaguardia, prodigar atenciones a los heridos y las familias de los combatientes, aprestar reservas para el ejército y asegurar la máxima cooperación de los trabajadores a la organización de la DAA en las localidades.

En el frente y la retaguardia dieron nuestros jóvenes innúmeros ejemplos de patriotismo y de presteza para afrontar no importa que sacrificio en aras de la patria.

Conversé con algunos komsomoles antes de que saltasen a la retaguardia enemiga para cumplir misiones de reconocimiento y diversión. Lamento no haber anotado sus nombres y apellidos, pero las entrevistas con ellos quedaron bien grabadas en mi memoria.

Un episodio que deseo relatar.

A primeros de julio, cuando el enemigo ocupó Minsk y los alemanes se precipitaban hacia el río Berezinà, a la retaguardia enemiga cerca de Minsk debía ser arrojado un grupo de reconocimiento y sabotaje. Integrábanlo dos muchachas y dos muchachos, komsomoles todos y que dominaban bien el alemán. Creo recordar que las muchachas estudiaban en un Instituto de Lenguas Extranjeras. En la conversación se aclaró que eran de Moscú. A mi pregunta de si no les daba miedo que las arrojaran en la retaguardia del enemigo, se miraron la una a la otra y esbozando una sonrisa contestaron:

—Claro, un poquito sí. Mal lo pasaremos si nos cazan al aterrizar. Pero si en ese momento no nos atrapan, entonces la cosa marchará bien.

Eran muy jóvenes y agraciadas. La patria las llamó, y ellas acudieron a una empresa difícil y llena de riesgos. No supe qué fue de ellas. Si alguno de ese grupo vive, quizás recuerde nuestra entrevista de Moscú, en la calle de Frunze, sede del Estado Mayor General, aquellos días de julio de 1941...

Las crecidas pérdidas en hombres y material hicieron preciso poner en práctica medidas de organización para fortalecer el mando de las tropas y la capacidad combativa de las unidades. Fue temporalmente suprimido el escalón cuerpo de ejército, y los cuadros y medios de comunicación que así quedaron libres, pasaron a vigorizar los escalones de ejército y divisionarios. Se decidió que, en vez de tener de nueve a doce divisiones, el ejército encuadrase seis. La unidad táctica superior sería la división, y no el cuerpo de ejército. Fue reducido a la mitad el número de aviones en los regimientos y divisiones de las fuerzas aéreas. Desplegóse en gran amplitud la formación de reservas del Mando Supremo.

El Comité Estatal de Defensa y el CC del Partido requerían del mando militar y de la Dirección política tomar todas las medidas para fortalecer la disciplina de las tropas. A tal fin el jefe de la Dirección política y el Comisario de Defensa cursaron las correspondientes directivas.

En julio devino aún más compleja la situación en todas las direcciones. Pese a que fueron lanzadas al combate numerosas unidades traídas de las regiones del interior, no logramos crear un frente estable de defensa estratégica. El enemigo, aun cuando tenía muchas bajas, seguía gozando en las direcciones principales de una superioridad triple e incluso cuádruple, y eso sin contar los tanques.

Los trasportes ferroviarios de nuestras tropas acusaban irregularidades por causas varias. Las fuerzas que llegaban eran a menudo conducidas al combate sin haber sido concentradas por completo, lo que repercutía desfavorablemente en el estado moral y político de las unidades y su estabilidad combativa.

El flaco de nuestra defensa táctico-operativa estribaba principalmente en que por falta de fuerzas y medios no podía ser debidamente escalonada en profundidad. El dispositivo de las unidades tenía, de hecho, carácter lineal. Por ausencia de remolcadores rápidos y de todoterreno, nuestras tropas no podían maniobrar ampliamente con la artillería para en el momento oportuno cooperar a repeler los ataques de los tanques enemigos. En los frentes y ejércitos quedaban muy pocas unidades de tanques. En tales circunstancias hubimos de librar la encarnizada batalla por Smolensk.

Defendían la dirección de Smolensk por el noroeste el 22 ejército, al mando del teniente general F. A. Ershakov, y escalonado a su flanco izquierdo el 19 ejército, a las órdenes del teniente general I. S. Konev; cubría el sector de Vitebsk a Orsha el 20 ejército, mandado por el teniente general P. A. Kurochkin, y al sur por la ribera izquierda del Dnieper hasta Rogachov actuaba el 13 ejército, al mando del teniente F. N. Remezov. En la región de Smolensk concentrábanse como reserva del Frente el 16 ejército, a las órdenes del general M. F. Lukin. En el ala sur del Frente Oeste operaba el 21 ejército, mandado por el teniente general V. F. Guerasimenko, y luego por el coronel general F. I. Kuznetsov.

La idea del enemigo consistía en fragmentar nuestro Frente Oeste con potentes golpes de sus agrupaciones, cercar el grueso en la región de Smolensk y abrirse camino a Moscú.

Al pie de los muros de la antigua ciudad rusa, en otros tiempos temible obstáculo en la ruta de los ejércitos napoleónicos hacia Moscú, de nuevo entablóse una titánica batalla. Dos meses duró.

Contra las tropas del Frente Oeste en el primer escalón iniciaron la ofensiva las 2da. y 3ra. agrupaciones de tanques del grupo de ejército *Centro*. La 2da. agrupación descargó el golpe principal a partir de la zona de Shklov flanqueando Smolensk por el suroeste, y el 24 cuerpo motorizado, arrancando de la comarca de Byjoy, sobre Krichev y Elnia. La 3ra. agrupación de tanques, en cooperación con los cuerpos de ejército 5to. y 6to, atacó envolviendo Smolensk por el noroeste. El enemigo tenía una evidente superioridad.

Ya al comienzo de la ofensiva logró abrir profundas brechas en las zonas de Polotsk, Vitebsk y al norte y sur de Moguiliov. Nuestras tropas del ala derecha del Frente Oeste debieron replegarse hacia Nevel. Los tanques de Guderien se lanzaron hacia Moguiliov.

Cuatro divisiones de infantería, una de tanques, el regimiento *Gran Alemania* y otras formaciones enemigas atacaban hacia Moguiliov. Las unidades del 13 ejército que protegían la ciudad fueron cercadas.

Mantenía la defensa circular de Moguiliov el 61 cuerpo del general F. A. Bakunin. Distinguiéronse especialmente en los combates por la ciudad la 172 división de infantería al mando del mayor general M. T. Romanov. Unos 45 000 habitantes de la ciudad salieron a construir fortificaciones. Por espacio de dos semanas rechazaron la embestida enemiga los valerosos defensores de la ciudad. Mancomunadamente con las divisiones del flanco derecho del 21 ejército, que contratacaban en dirección a Moguiliov por el sur, sujetaron ellos parte de las fuerzas de los 46 y 24 cuerpos motorizados de la 2da. agrupación de tanques alemana y les causaron gran quebranto. En estos combates perdió el enemigo 30 000 soldados y oficiales.

En tanto que el enemigo proseguía su ofensiva hacia el este del Dnieper, unidades del 21 ejército (mandado por el general F. I. Kuznetsov) cruzaban el 13 de julio el río, liberaban Rogachov y Zhlobin y avanzaban combatiendo en dirección noroeste hacia Bobruisk. El golpe principal asestábalo el 63 cuerpo de infantería, mandado por el general

L. G. Petrovski. Unos días después cayó como un héroe en el campo de batalla. Yo conocía bien a Petrovski como uno de los jefes militares de más talento y cultura creo que de no haber muerto prematuramente hubiese llegado a ser uno de nuestros mejores jefes militares. Con este golpe, las tropas del 21 ejército encadenaron 8 divisiones alemanas. Entonces tuvo ese hecho una gran trascendencia.

La tesonera defensa del 13 ejército en la zona de Moguiliov y las acciones ofensivas del 21 ejército en las cercanías de Bobruisk frenaron considerablemente el avance enemigo en la dirección de Roslavl. El mando alemán del grupo de ejércitos *Centro* tuvo que trasladar al área de acción del 21 ejército varias divisiones de otros sectores.

En el centro del Frente proseguían los porfiados combates con la principal agrupación alemana orientada hacia Smolensk. Las unidades del 20 ejército, atacando sin interrupción al enemigo y defendiéndose en un vasto frente, no pudieron contener la presión del 9no. ejército alemán. Sus grandes unidades de tanques flanquearon nuestro 20 ejército e irrumpieron en Smolensk.

Ello sentó pésimamente al Comité Estatal de Defensa y a Stalin en particular. Estaba fuera de sí. Nosotros, los jefes militares, conocimos en toda su gravedad la ira de Stalin. Pero los combates en la zona de Smolensk lejos de amainar, por el contrario, recrudeciéronse más todavía. El Gran Cuartel General formó apresuradamente un nuevo frente desplegándolo a la defensa en la retaguardia del Frente Oeste.

Ya durante la batalla en los accesos a Smolensk —el 14 de julio— fue organizado el nuevo Frente de Reserva integrado por los ejércitos 29, 30, 24, 28, 31 y 32, al mando del teniente general I. A. Bogdanov, la mayor parte de cuyas tropas fue entregada más tarde al Frente Oeste. Estos ejércitos se desplegaron en la línea de Staraya Russa-Ostashkov-Bely-Elnia-Briansk. Con el fin de proteger Moscú en sus accesos lejanos, el 18 de julio fue decidido crear otro frente más en la línea de defensa de Mozhaisk en el que se proyectaba incluir los 32, 33 y 34 ejércitos en formación.

Para liquidar el gravísimo peligro creado, el Gran Cuartel General resolvió dar al jefe del Frente Oeste, mariscal S.

K. Timoshenko, 20 divisiones de infantería de los ejércitos del Frente de Reserva. Estas divisiones se encuadraron en los cinco grupos de ejército (o ejércitos eventuales N. del T.) que mandaban el mayor general K. K. Rokossovski, el mayor general V. A. Jomenko, el teniente general S. A. Kalinin, el teniente general V. Y. Kachalov y el teniente general I. I. Maslennikov.

El mariscal Timoshenko, obedeciendo instrucciones del Gran Cuartel General, asignó a estos grupos la misión de atacar desde el área Bely-Yartsevo-Roslavl en dirección general a Smolensk, aniquilar las tropas del enemigo incursas y enlazar con las fuerzas fundamentales del Frente que cercadas peleaban con denuedo en la zona de Smolensk.

En la segunda quincena de julio, los combates en la región de Smolensk cobran mayor virulencia todavía. En todo el frente choca el enemigo con la crecida actividad de las unidades del Ejército Rojo.

El 23 de julio pasa a la ofensiva nuestro 28 grupo de ejército desde la zona de Roslavl, y el 24 y 25 de julio, agrupaciones de los 30 y 24 ejércitos desde Bely-Yartsevo. Flanqueando Smolensk por el norte y el sur avanzaban los 16 y 20 ejércitos. El enemigo trae en seguida a la región de Smolensk nuevas fuerzas e intenta aniquilar ahí las nuestras cercadas de los 16 y 20 ejércitos del Frente Oeste. La batalla adquiere un encarnizamiento inusitado.

Con la ayuda del grupo de Rokossovski, que encuadraba formaciones de tanques, la mayor parte de las unidades de los 16 y 20 ejércitos logran eludir del cerco al sur de Yartsevo y ganar la orilla este del Dnieper, donde se unen a las fuerzas principales del Frente, situándose a la defensiva. Contra el grupo de ejército de V. Y. Kachalov, compuesto de tres divisiones y que avanzaba desde la zona de Roslavl a Smolensk, lanzó el enemigo una agrupación integrada por nueve divisiones, de ellas un cuerpo motorizado. Sobre la marcha tomó Roslavl y cercó el grupo.

Las fuerzas eran ahí muy desiguales. El grupo se vio en un trance dificilísimo, no fueron muchos los que consiguieron replegarse y unirse a los suyos. En estos encuentros cayó heroicamente el jefe del grupo, general V. Y. Kachalov.

El 46 cuerpo motorizado del enemigo se apoderó de Elnia y tendía a desarrollar el ataque hasta Dorogobuzh, pero fue detenido por el 24 ejército del Frente de Reserva.

Para proteger la dirección de Gomel, el Gran Cuartel General organizó el Frente Central, alineando en él el 4to., 13 y 21 ejércitos del Frente Oeste que combatían en la línea Sescha-Propoisk y más adelante al sur de Dnieper.

La batalla de Smolensk jugó un importantísimo papel en el período inicial de la gran guerra patria. Aunque derrotar al enemigo, como planeó el Gran Cuartel General, no se logró, sus agrupaciones de choque quedaron muy quebrantadas. Los propios generales alemanes reconocieron que en la batalla de Smolensk perdieron los hitlerianos 250 000 soldados y oficiales. El 30 de julio ordenó el mando hitleriano al grupo de ejércitos *Centro* pasar a la defensiva. Las tropas soviéticas se hicieron fuertes en la línea Velikie Luki-Yartsevo-Krichev-Zhlobin.

En el trascurso de la batalla de Smolensk, las tropas del Ejército Rojo y la población de la ciudad y sus inmediaciones dieron pruebas de estoicidad insuperable. Luchábase con frenesí por cada blocao, por cada calle y cada poblado. La detención de la ofensiva enemiga en la dirección principal supuso un gran éxito estratégico de nuestro ejército. Ello nos permitió ganar tiempo para aprestar las reservas estratégicas y apresurar las obras de defensa en la dirección de Moscú. En las proximidades de Smolensk nació la Guardia soviética. El 14 de julio de 1941 entraron por vez primera en combate cerca de Orsha, en la batería del capitán I. A. Fliorov, los morteros reactivos: las legendarias *katiushas*.

Hay que hacer justicia al mariscal S. K. Timoshenko. En aquellos primeros meses de la guerra, tan duros, fue mucho lo que hizo. Dirigió con firmeza las tropas y puso en tensión todas las fuerzas para rechazar la acometida del enemigo y organizar la defensa.

La dirección político-militar hitleriana, el mando y las tropas alemanas se persuadieron de la entereza y el heroísmo masivo de los soldados soviéticos. Ahora sabían bien que cuanto más adentrase la guerra en la profundidad del país, más costosa habría de ser para ellos.

A últimos de julio me telefonea A. N. Poskrebyshev.

—¿Dónde está Timoshnko? —me pregunta.

—En el Estado Mayor General. Examinamos la situación en el frente.

—El camarada Stalin le ordena a usted y a Timoshenko que vayan inmediatamente a verle a la casa de campo.

Pensamos que Stalin querría aconsejarse con nosotros acerca de las posteriores operaciones. Pero resultó que la llamada tenía otro objeto. Cuando entramos en la estancia, se hallaban sentados en torno a la mesa casi todos los miembros del Buró Político. Stalin vestía una vieja cazadora, estaba en medio de la pieza en pie y tenía en la mano la pipa apagada, inequívoco indicio de mal humor.

—El Buró Político —dijo I. V. Stalin— ha examinado la actividad de Timoshenko como jefe del Frente Oeste y ha resuelto relevarle de sus funciones. Hay la propuesta de nombrar para este cargo a Zhukov. ¿Qué opinan ustedes?

Timoshenko calló.

—Camarada Stalin —observé yo— los frecuentes cambios de los jefes de frente tienen dolorosas consecuencias en la marcha de las operaciones. Sin tiempo para ponerse al corriente de la situación, deben librar durísimas batallas. El mariscal Timoshenko no lleva aún cuatro semanas en el mando del Frente. En el curso de la operación de Smolensk ha conocido bien las tropas y visto de lo que son capaces. Ha hecho todo lo que en su lugar podía hacerse y casi por espacio de un mes ha tenido a raya al enemigo en esa zona. Opino que nadie hubiera hecho más. Las tropas tienen fe en Timoshenko, y eso es lo principal. Me parece que relevarle del mando del Frente sería injusto e inoportuno.

M. I. Kalinin, que me había escuchado atentamente, dijo:

—Tal vez sea justo.

I. V. Stalin encendió despaciosamente la pipa, miró a los demás miembros del Buró Político y dijo:

—¿Quizás debamos acceder a lo que dice Zhukov?

—Tiene usted razón, camarada Stalin —oyéronse voces—. Timoshenko puede todavía enderezar la situación.

Nos retiramos, no sin antes ordenarse a S. K. Timoshenko se reintegrara al frente sin pérdida de tiempo.

Era evidente que se le había ofendido gravemente con las observaciones emitidas. Pero en la guerra ocurre de todo y no siempre es posible, al afrontar grandes y complejos problemas, tomar en consideración las emociones personales de los individuos.

En la dirección occidental, después de las cruentas batallas libradas en la región de Smolensk, sobrevino una calma temporal. Ambos bandos ponían sus tropas en orden y se preparaban para los acontecimientos inminentes. Los combates continuaban sólo en la zona de Elnia. El saliente de Elnia, en poder de los alemanes, era una plaza de armas muy ventajosa para descargar el golpe sobre Moscú. Y el enemigo esforzábase por mantenerlo a todo trance.

En la dirección de Leningrado continuaban los alemanes las operaciones ofensivas. Mas, pese a sus éxitos, no consiguieron abrirse paso a través de nuestra defensa y ganar los accesos inmediatos a la ciudad.

Ya durante la batalla de Smolensk intentó el grupo de ejércitos *Norte* acercarse a Leningrado por Luga. El 12 de julio, el 41 cuerpo motorizado avanzó a lo largo de la carretera de Leningrado hasta Luga, donde fue detenido. No obstante, habiendo pulsado el punto débil de nuestra defensa en el área de Kinguisepp-Ivanovskoe, las fuerzas de la 4ta. agrupación de tanques, reagrupándose rápidamente en la zona de Luga, rompieron nuestro dispositivo; pero también fueron contenidas por las reservas soviéticas enviadas al efecto.

Otra agrupación enemiga que probaba llegar a Novgorod y de allí a Chudovo, tropezó con una tenaz resistencia y no logró su propósito. El cuerpo motorizado enemigo que desarrollaba su ofensiva fue atacado por unidades del 11 ejército en el distrito de Soltsy. Este contragolpe había sido bien organizado. Le apoyó la aviación. La sorpresa forzó a los alemanes primero a volver sobre sus pasos y emprender luego una veloz retirada. Persiguiéndolos, las unidades del 11 ejército les hicieron cuantiosas bajas. De no haber acudido en su auxilio el 16 ejército alemán, el 56 cuerpo mecanizado de Manstein habría sido aniquilado. Al llegar estos refuerzos enemigos, los ejércitos 11 y 27 del Frente Noroeste debieron replegarse a la línea: Staraya Russa-Jolm.

El grupo *Norte*, que atacaba con dos ejércitos y una agrupación de tanques, luego de chocar con una indoblegable resistencia en el sistema fortificado de Luga, en la zona de Dno, en la línea Staraya Russa-Jolm y en el área de Kinguisepp-Siverski, quedó maltrecho, y sin substanciales refuerzos no era ya capaz de proseguir la ofensiva hacia Leningrado.

Los resultados de la batalla de Smolensk y la creciente actividad y capacidad de resistencia de las tropas de los frentes Norte, Noroeste, de la Flota del Báltico y de la aviación marcaban una visible fisura en el plan *Barbarroja.*

¿Qué sucedía entre tanto en Ucrania, donde sostenían encarnizados combates defensivos las tropas de la dirección suroeste?

La invasión de Ucrania tenía un valor excepcional para los alemanes. Los hitlerianos querían apoderarse cuanto antes de Ucrania para privar a la Unión Soviética de una de sus primeras bases industriales y agrícolas y, al propio tiempo, vigorizar su propia economía con el mineral férrico de Krivoi Rog, la hulla del Donetz, el manganeso de Nikopol y el trigo ucraniano.

Desde el ángulo estratégico, la posesión de Ucrania aseguraba el respaldo por el sur a la agrupación central alemana, cuyo principal objetivo seguía siendo la toma de Moscú.

Ya desde los primeros días de la guerra el sesgo de los acontecimientos en Ucrania tampoco encuadraba en lo prescrito por el plan nazi de guerra relámpago. Retrocediendo bajo los golpes de las tropas alemanas, el Ejército Rojo disputaba valerosamente cada palmo de tierra al enemigo, pese a las costosísimas bajas.

Con gran tesón, destreza y valentía peleaban el 5to. ejército, mandado por el general M. I. Potapov; el 26, a las órdenes del general F. Y. Kostenko, y el 6to, al mando del general I. N. Muzychenko.

Me es grato mencionar a estos prominentes jefes porque habían mandado también en su tiempo regimientos de la 4ta. División de Cosacos del Don y juntos, en 1932-1936, mantuvimos en alto la bandera de la veterana y legendaria división del Primer Ejército de Caballería.

Al topar con la tenaz resistencia de la región fortificada de Kiev, los alemanes viraron bruscamente hacia el sur, a fin

de salir a la retaguardia de nuestros 6to. y 12 ejércitos, que se replegaban de la línea Berdichev-Starokonstantinov-Proskurov. Parte de las fuerzas enemigas penetró al sur de Kiev, en el sector del 26 ejército. Pero esto no tenía gran trascendencia, toda vez que el grueso de las formaciones alemanas del grupo de ejércitos *Sur* resbalaba más al sur. Nuestros ejércitos 6to., 12 y 18 debieron entablar reñido combate con esta agrupación enemiga que operaba en su retaguardia.

Complicaba la cosa el hecho de que el 11 ejército alemán, luego de romper nuestras defensas del Frente Sur, embistió por Moguiliov-Podolski, ganando el flanco y la retaguardia de estos tres ejércitos.

Las tropas del Frente Suroeste, en cooperación con el Frente Sur, intentaron mediante contragolpes atajar el avance enemigo. Efectivamente le causaron grandes pérdidas, pero no lograron contenerlo. Después de cierto reagrupamiento de sus fuerzas, los alemanes golpearon de nuevo a las tropas de los ejércitos 6to. y 12 en retirada, que viéronse esta vez en difícil trance.

Debido al alejamiento y la complejidad del mando de estos ejércitos, el Frente Suroeste solicitó fuesen trasferidos al Frente Sur. El Gran Cuartel General asintió, y el 6º y 12 ejércitos pasaron a dicho frente, mandado por el general de ejército I. V. Tiulenev.

Parte considerable de las fuerzas en repliegue de ambos ejércitos fue cercada durante la trasferencia. Gravemente herido, cayó prisionero el jefe del 6º ejército, general I. N. Muzychenko. Tampoco pudo evitar la captura el general P. G. Ponedelin, jefe del 12 ejército. La situación del Frente Sur era en esos momentos penosísima. El 9º ejército, retirándose, peleaba semicercado. Sus unidades restantes se replegaron tras el río Ingulets.

La llegada del enemigo al Dnieper y la ruptura hacia Zaporozhie, Dniepropetrovsk y Odesa complicaron gravemente la situación de las tropas soviéticas en toda la dirección suroeste. Mas también los alemanes pagaron cara esta victoria. Hallábanse extenuados y habían sufrido grandes bajas.

Todos los acontecimientos descritos, desde el momento de mi retorno a Moscú del Frente Sureste los vi como jefe del

Estado Mayor General y en calidad de tal tomé parte en ellos, compartiendo con los demás componentes del Cuartel General del Alto Mando la responsabilidad, la amargura de los reveses y el júbilo de las contadas victorias de nuestras tropas.

Aquí paréceme oportuno decir unas palabras sobre la función del propio Gran Cuartel General y de I. V. Stalin.

En julio de 1941, por decisión del Buró Político del CC del PC(b) de la URSS, fue reajustado el sistema de dirección estratégica de las fuerzas armadas. El 10 de julio, el Comité Estatal de Defensa trasformó el Cuartel General del Alto Mando en Cuartel General del Mando Supremo. Pasaron a integrarlo I. V. Stalin (presidente), V. M. Molotov, los mariscales S. K. Timoshenko, S. M. Budionny, K. E. Voroshilov y B. M. Shaposhnikov y el general G. K. Zhukov. El 19 de julio es nombrado I. V. Stalin Comisario del Pueblo de Defensa, y el 8 de agosto, Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de la URSS. Desde ese momento, el organismo superior de dirección estratégica pasó a llamarse Cuartel General del Mando Supremo.

La designación de Stalin para tal cargo —habida cuenta el gran prestigio de que gozaba— fue acogida por el pueblo y las tropas con entusiasmo.

Se restructuró también el Comisariado del Pueblo de Defensa, precisándose las funciones de cada uno de sus departamentos y formándose nuevos órganos.

Simultáneamente a la formación del Cuartel General del Mando Supremo, para una mejor coordinación de las acciones de los frentes y las flotas y la unificación de los esfuerzos de las tropas desplegadas en las direcciones estratégicas más importantes, fueron constituidos tres mandos centrales. Mas ello no descartaba la interferencia del Gran Cuartel General en la dirección de los frentes, las flotas y aun de los ejércitos. Esto último obedecía a que, en aquel tiempo, las limitadas reservas de tropas terrestres y aviación hallábanse por completo bajo la jurisdicción del Mando Supremo, lo que, lógicamente, no podía menos de repercutir hasta cierto punto en la autonomía de los jefes de las direcciones estratégicas.

Al mismo tiempo, por indicación del CC del PC(b) de la URSS se implantó también una medida más, que influyó positivamente en la capacidad combativa del ejército. El Partido evaluó con justedad, dignamente, la importancia de los organismos de retaguardia en tiempo de guerra. Fue instituido el cargo de jefe de Retaguardia del Ejército Rojo. Se procedió enérgicamente a montar el nuevo mecanismo logístico en todas las fuerzas armadas. En los frentes y flotas formábanse direcciones de retaguardia y secciones en los ejércitos; en los cuerpos y divisiones se instituyó el cargo de sustituto del jefe para el aprovisionamiento material y técnico. Por acuerdo del CC del PC(b) de la URSS, en los frentes y ejércitos constituyéronse secciones políticas del servicio logístico y el cargo de miembro del Consejo Militar para cuestiones de Retaguardia. Nuestras organizaciones logísticas realizaron una colosal labor preparatoria de las grandes batallas. A ello volveremos más adelante.

El Gran Cuartel General no tenía más aparato de dirección que el Estado Mayor General. Las órdenes y disposiciones del Mando Supremo cursábanse, como regla, a través del EMG. Solían ser elaboradas y aprobadas en el Kremlin, en el despacho de trabajo de Stalin.

Era una sala espaciosa y bastante clara, con las paredes revestidas de roble oscuro, había una larga mesa cubierta con tapete verde. A derecha e izquierda, en las paredes, retratos de Marx, Engels y Lenin. Durante la guerra aparecieron también cuadros de Suvorov y Kutuzov. Muebles duros, ningún objeto superfluo. En una pieza contigua había una gran esfera terrestre, junto a ella, una mesa y mapas del mundo en los murales.

Al fondo, el escritorio de Stalin, repleto siempre de documentos, papeles y mapas. Ahí estaban los teléfonos de larga distancia y los interiores del Kremlin, una pila de lápices de color bien afilados. Stalin solía hacer sus anotaciones con lápiz azul, escribía aprisa, con letra suelta pero clara.

Se entraba a su despacho por la oficina de A. N. Poskrebyshev y el pequeño aposento del jefe de la escolta personal del Comandante en jefe. Detrás habían una habitación de reposo y un salón de comunicaciones con teléfonos y aparatos *baudot*. Por ellos enlazaba Poskrebyshev a Stalin con

los jefes de los frentes y con los representantes en ellos del Gran Cuartel General.

Sobre una ancha mesa, los oficiales del EMG y los representantes del Gran Cuartel General desplegaban los mapas e iban informando de la situación en los frentes. Informaban en pie, a veces valiéndose de apuntes. Stalin escuchaba, solía medir a largos pasos la estancia en su andar característico. De cuando en cuando se acercaba a la mesa e, inclinado sobre ella, examinaba atentamente los mapas extendidos. En alguna que otra ocasión se volvía hacia su escritorio, tomaba un paquete de tabaco, lo abría y despaciosamente llenaba la pipa.

La función principal del Gran Cuartel General consistía en elaborar y plantear las misiones estratégicas a las tropas, distribuir las fuerzas y los medios entre los frentes y direcciones, planear y definir en su conjunto la actividad de los ejércitos y las flotas. Un gran papel desempeñaban en ello las reservas del Gran Cuartel General, que continuamente se nutrían y formaban. Era un poderoso instrumento en manos del Gran Cuartel General con auxilio del cual fortalecíanse notablemente nuestras tropas en las direcciones principales y en las operaciones de mayor trascendencia.

En la deliberación de las principales decisiones estratégicas solían participar, los miembros del Comité Estatal de Defensa. Ordinariamente se invitaba también a los jefes del EMG, de las fuerzas aéreas y de la artillería; al de la Dirección central de tropas blindadas, el jefe de Retaguardia del Ejército Rojo y otros departamentos centrales del Comisariado del Pueblo de Defensa. Los jefes de los frentes se llamaban al Gran Cuartel General al ser examinadas cuestiones de su competencia, mayormente al planearse alguna operación. En ocasiones asistían también diseñadores de aviones, tanques y armamento artillero.

El estilo de trabajo del GCG era, como regla, operativo, sin nerviosidad, cada cual podía exponer su parecer. I. V. Stalin trataba a todos por igual, en un tono riguroso y bastante oficial. Sabía escuchar cuando le informaban con conocimento de causa.

Diré, de pasada, que Stalin, como tuve la oportunidad de cerciorarme en los largos años de guerra, no era ni mucho

menos de esos hombres a los cuales no se les pueden plantear asuntos escabrosos ni discutir con él e incluso defender firmemente el propio punto de vista. Si alguien dijera lo contrario, lo afirmo sin ambages: no dice verdad.

El órgano de trabajo del Gran Cuartel General era el EMG. En los comienzos de la guerra, los jefes del mismo, entre ellos yo, nos pasábamos los días y las noches analizando los datos, contradictorios a veces, que llegaban de todos los frentes y confeccionando urgentes recomendaciones para el Cuartel General del Mando Supremo. Las funciones del EMG se complicaron, acreció bruscamente el volumen del trabajo, mucho de lo que en orden y organización era bueno en tiempo de paz: ahora no servía. Nos adaptamos pronto, pero no todos pudimos hacerlo de la noche a la mañana.

Era difícil obtener datos de información precisos y sobre las peculiaridades de la dislocación de nuestras tropas y de las fuerzas enemigas en las diferentes horas del día, sugerir con rapidez propuestas bien motivadas sobre la posibilidad de enviar a uno u otro frente armamento y munición, articular por encargo del GCG en unas horas, y a veces en minutos las más trascendentales directivas del Mando Supremo.

Ir a informar al GCG, a Stalin, con mapas, en los que hubiese, digamos, «manchas blancas»; comunicarle datos aproximados, y aun peor, exagerados, era imposible. Stalin no toleraba las contestaciones al azar, exigía plenitud y claridad exhaustivas.

Tenía un olfato especial para captar los puntos flacos en los informes o documentos, los descubría al vuelo y sancionaba severamente a los culpables de una información imprecisa. Dotado de prensil memoria, recordaba perfectamente lo dicho, no desperdiciando la ocasión de recriminar con rigor por los olvidos. Es por eso que nosotros nos esforzábamos por presentar los documentos de EM con toda la meticulosidad de que entonces éramos capaces.

Y pese a la difícil situación en los frentes, cuando aún no habíamos regulado definitivamente el pulso de la vida bélica, debo decir en honor del cuadro de jefes del EMG que se impuso de inmediato en todo este organismo un clima de

fructífera laboriosidad, aunque la tensión del esfuerzo colmaba entonces todos los límites imaginables.

Luego, a lo largo de toda la guerra, no perdí ya ni el vínculo personal ni de servicio con el EMG, que no poco me ayudó en las condiciones de campaña a preparar y llevar a la práctica grandes operaciones. El Estado Mayor General, como regla, ejecutaba con la requerida pericia la preparación de nuevas formaciones y elaboraba hábil y operativamente los proyectos de directivas y órdenes del Mando Supremo; velaba rigurosamente el cumplimiento de las indicaciones del Comité Estatal de Defensa, dirigía la labor de los EM centrales, los tipos de Fuerzas Armadas, de las diferentes armas e informaba responsablemente de las cuestiones esenciales al Cuartel General del Mando Supremo.

I. V. Stalin fundaba en medida notable sus juicios acerca de los asuntos cardinales en los informes de los representantes del Gran Cuartel General que comisionaba a los frentes para dilucidar la situación sobre el terreno y aconsejarse con los jefes de las grandes unidades; en las deducciones del Estado Mayor General, opiniones y sugerencias de los mandos de los frentes y en los partes especiales.

Tuve la oportunidad de conocer de cerca a Stalin después de 1940, cuando desempeñaba yo el cargo de jefe del EMG, y durante la guerra, siendo suplente del Comandante en jefe.

De la semblanza de Stalin se ha escrito bastante. De estatura media y nada sobresaliente en el aspecto, producía, sin embargo, viva impresión. Ajeno a toda pose, cautivaba al interlocutor por la llaneza del trato. Su desenvuelta manera de conversar, aptitud para expresar con precisión su pensamiento, innato intelecto analítico, vasta erudición y una rara memoria impelía incluso a personas muy expertas y eminentes a reconcentrarse y mantenerse en tensión al dialogar con él.

Stalin no gustaba de permanecer sentado y al conversar solía pasearse lentamente por la sala, deteniéndose de vez en cuando, acercándose a su interlocutor y mirándole a los ojos. Su mirada era clara y penetrante.

Hablaba en voz baja, separando con nitidez una frase de la otra, sin gesticular apenas, las más de las veces con la pipa

en la mano, incluso apagada, con cuya boquilla se atusaba el bigote.

Pronunciaba con marcado acento georgiano, pero dominaba el ruso a la perfección, sazonando su lenguaje con expresivas figuras literarias, evocaciones y metáforas.

No se le veía reír con frecuencia, y cuando lo hacía era quedamente, como para sus adentros. Pero tenía el sentido del humor y sabía estimar el ingenio y la broma. Su vista era excelente, leía sin espejuelos a cualquier hora del día o de la noche. Solía escribir a mano. Leía mucho y era hombre muy versado en los más diversos campos del saber. Su asombrosa capacidad de trabajo y la virtud de captar con prontitud la esencia de las cosas, permitíanle examinar y asimilar una tal cantidad de los más diversos materiales y hechos, como sólo podía hacer un hombre excepcionalmente dotado.

Es difícil decir qué rasgos del carácter de Stalin prevalecían en él. Hombre polifacético, de gran talento, no era precisamente la mansedumbre lo que le caracterizaba. Poseía una recia voluntad y un temperamento reservado e impulsivo.

De ordinario sosegado y juicioso, dejábase en ocasiones llevar por la irritación. Entonces faltaba a la objetividad, cambiaba literalmente a ojos vistas, aumentaba su palidez, cobraba severidad y aspereza su mirada. No conocí a muchos tan audaces que pudieran resistir la ira de Stalin y encajar el golpe.

El régimen laboral de Stalin era un tanto extraño: trabajaba mayormente de tarde y noche. Levantábase no antes del mediodía. Su jornada era de 12 a 15 horas diarias. Adaptándose al horario de trabajo de Stalin, el CC del Partido, el Consejo de Comisarios del Pueblo, los comisariados y los organismos estatales y planificadores fundamentales laboraban hasta muy avanzada la noche, lo que extenuaba a la gente.

Muchos asuntos políticos, militares y estatales eran debatidos y resuelto no solamente en las reuniones oficiales del Buró Político y en el Secretariado del CC, sino de sobremesa, por la tarde, en el apartamento y la casa de campo de Stalin, que frecuentaban los miembros del Buró Político

más próximos a él. Allí, tras una comida, muy modesta por lo común, Stalin impartía tareas a los miembros del Buró Político o comisarios del pueblo invitados para examinar asuntos de su competencia. Con el Comisario del Pueblo de Defensa se invitaba en ocasiones al jefe del Estado General.

En el período prebélico me era difícil a mí medir la profundidad de los conocimientos y capacidades de Stalin en lo referente a la ciencia militar, así como al arte estratégico y operativo, toda vez que eran el Buró Político y personalmente Stalin (en todo caso cuando yo concurría allí) los que examinaban y resolvían principalmente lo relacionado con la organización, movilización y aprovisionamiento del ejército.

Puedo únicamente reiterar que I. V. Stalin prestaba siempre mucha atención a los problemas del armamento y la técnica militar. A menudo llamaba a los principales diseñadores de aviones, tanques y piezas de artillería y les preguntaba por muchos pormenores de la construcción de estas armas en nuestro país y en el extranjero. En justicia sea dicho, no discernía mal en punto a las calidades de los tipos básicos de armamento.

De los principales diseñadores y directores de fábricas militares, a muchos de los cuales conocía personalmente, exigía la construcción de modelos de aviones, tanques, cañones, etc., en los plazos estipulados de modo que por sus cualidades no sólo estuvieran al nivel de los extranjeros, sino los superasen.

Sin la aprobación de Stalin, como he dicho, ningún modelo de armamento pasaba a integrar el arsenal de las fuerzas armadas ni era retirado de él. Claro, eso trataba la iniciativa del Comisario de Defensa y de sus adjuntos encargados del pertrechamiento del Ejército Rojo.

En vísperas de la Guerra Patria, y en particular después de la contienda, adjudicábase a Stalin un preminente papel en la creación de las fuerzas armadas, en la elaboración de los pilares de la ciencia militar soviética, de los principios básicos de la estrategia y aun del arte operativo.
¿Era en efecto I. V. Stalin un ilustre pensador militar en lo tocante a la edificación de las fuerzas armadas y hombre docto en materia estratégico-operativa?

Como militar le estudié a fondo, ya que con él pasé la guerra entera.

Stalin dominaba lo concerniente a la organización de operaciones y agrupaciones de frentes y las dirigió con cumplida competencia, orientándose también a perfección en los grandes problemas estratégicos. Estas aptitudes brillaron en él como comandante en jefe, sobre todo a partir de Stalingrado.

Facilitábanle la dirección de la lucha armada en su conjunto su inteligencia natural y fértil intuición. Sabía descubrir el eslabón principal en el panorama estratégico y, aferrándose a ese eslabón, enfrentarse al enemigo y realizar grandes operaciones ofensivas. Sin duda, fue un buen comandante en jefe.

Por supuesto, no calaba en todo el cúmulo de cuestiones que requerían una minuciosa labor de las tropas y mandos de todos los niveles para preparar a conciencia las operaciones de los Frentes o grupos de Frentes. Pero tampoco tenía por qué conocer y saber todo eso.

En tales casos, como es lógico, se aconsejaba con los miembros del Gran Cuartel General, del EMG y los especialistas de artillería, fuerzas blindadas, aéreas y navales, así como de apoyo logístico y abastecimiento.

A Stalin se le atribuía una serie de enfoques básicos, entre otros, sobre los métodos de la ofensiva artillera, la conquista del dominio del aire, el cerco del adversario, la fragmentación de las agrupaciones enemigas cercadas y su aniquilamiento por partes, etc.

Todas estas cuestiones capitales del arte militar son fruto cosechado en la práctica de los combates y batallas con el enemigo, son la resultante de hondas cavilaciones y sintetizan la experiencia de amplias colectividades de jefes militares y de las tropas mismas.

El mérito de I. V. Stalin estriba aquí en atender con buen sentido los consejos de nuestros prominentes especialistas militares, complementarlos, desarrollarlos y en forma sintetizada —en instrucciones, directivas y ordenanzas— impartirlos sin demora a las tropas como guía práctica.

Además, tocante al aseguramiento de las operaciones, la formación de reservas estratégicas, organización de la pro-

ducción de material de guerra y, en general, creación de todo lo necesario para el frente, Stalin —lo digo claramente— demostró ser un organizador eminente. Y sería injusto no rendirle el merecido tributo por todo ello.

Pero, claro está, en primer término debemos inclinarnos hasta el suelo ante nuestro hombre soviético, que, renunciando a lo más indispensable, a la comida y el sueño, hizo todo lo que de él dependía para cumplir las tareas que trazó al pueblo el Partido Comunista a fin de forjar la victoria sobre el enemigo.

Corría el segundo mes de la guerra, y la cacareada promesa de Hitler de triturar en brevísimo lapso el Ejército Rojo, tomar Moscú y salir al Volga ya había fracasado. Los alemanes padecían colosales bajas por doquier. La extensión general del frente enemigo se dilató considerablemente, mermando a fondo la densidad operativa de sus tropas, que no bastaban ya para sostener la ofensiva simultánea en todas las direcciones estratégicas.

No obstante, las principales fuerzas de choque de los alemanes —agrupaciones blindadas y aviación— eran todavía lo suficientemente fuertes para mediante golpes concentrados inferir a nuestras tropas grave detrimento.

Dada la adversa coyuntura en los frentes, el Partido se desvelaba en especial por mantener la elevada moral de nuestras fuerzas. Atendiendo las prescripciones del CC del Partido, la Dirección Política Central del Ejército Rojo, que durante la guerra realizaba una vasta y eficacísima labor en los frentes, cursó a las tropas a mediados de julio dos importantes directivas en las que se hacía el arqueo de las tres primeras semanas de campaña y requería elevar el papel de vanguardia de los comunistas y komsomoles en el combate y el cumplimiento de las órdenes del mando.

Los órganos políticos y las organizaciones del Partido y del Komsomol, sobre las que recaía una magna responsabilidad por el estado de las unidades y su capacidad de combate, procuraban que los comunistas y komsomoles, sobre todo en las situaciones críticas, llevaran con su ejemplo en pos de sí a los soldados, atajaran resueltamente todo brote de desconcierto y desorden, divulgasen las experiencias del combate, los ejemplos de arrojo y valentía,

de ingenio, iniciativa y ayuda mutua en el campo de batalla. Esta labor política entre la tropa se perfeccionaba de mes en mes, convirtiéndose en excelentes frutos de inmensa trascendencia.

Luego de analizar todo el cuadro de la situación con los generales V. M. Zlobin, jefe de la Dirección de operaciones, A. M. Vasilevski y otros jefes del EMG, llegamos a la deducción de que el enemigo trataría próximamente de batir nuestro Frente Central a fin de alcanzar el flanco y la retaguardia del Frente Suroeste.

En cuanto a la ofensiva sobre Moscú, comenzaría, al parecer, sólo cuando el enemigo liquidase la amenaza cernida sobre el flanco de su agrupación, centro por parte de nuestro Frente Central y las tropas de la dirección suroeste. En la dirección noroeste, el adversario tendería, reforzando su agrupación, a tomar Leningrado en el plazo más breve y empalmar con las tropas finesas.

Sopesándolo y verificándolo todo meticulosamente una vez más y persuadidos de la justedad de tales pronósticos, resolví hacérselos saber inmediatamente al jefe supremo para tomar las pertinentes contramedidas.

El 29 de julio telefoneé a I. V. Stalin y le pedí me recibiera para una urgente información.

Con los mapas de la situación estratégica y de la agrupación alemana, informes sobre el estado de nuestras tropas y las reservas técnico-materiales de los frentes y el centro, pasé al recibimiento donde se hallaba A. N. Poskrebyshev.

Le pedí que me anunciara y me dijo:

—Siéntate. Tengo orden de aguardar a Mejlis.

Unos diez minutos después se me invita a entrar al despacho

—Bien, diga lo que deseaba comunicar —instó Stalin.

Extiendo sobre la mesa los mapas y expongo pormenorizadamente la situación, empezando por la dirección noroeste y acabando por la suroeste. Doy los datos de las pérdidas fundamentales de cada frente y los relativos al curso de la formación de reservas. Muestro en detalle la disposición de las fuerzas del enemigo, significo sus agrupaciones y explico el presunto carácter de sus acciones estratégicas. Stalin

me escucha con atención, inclinándose levemente para examinar los mapas y las diminutas inscripciones sobre ellos.

—¿De qué deduce usted que van a operar precisamente así las tropas alemanas? —me replica L. Z. Mejlis.

—No conozco los planes a tenor de los cuales van a proceder las tropas alemanas —le contesto—. Mas partiendo del análisis de la situación, pueden actuar precisamente así, y no de otro modo. Nuestros supuestos se fundan en el estudio del estado y dislocación de las tropas enemigas, y ante todo de sus agrupaciones de tanques y mecanizadas, vectoras en sus operaciones estratégicas.

—Continúe informando —tercia Stalin.

Sigo:

—En la dirección estratégica de Moscú, los alemanes no pueden los próximos días emprender una operación ofensiva, ya que han sufrido demasiadas bajas. No tienen aquí grandes reservas estratégicas para apoyar las alas derecha e izquierda del grupo de ejércitos *Centro;*

en la dirección de Leningrado, sin fuerzas complementarias tampoco pueden iniciar la operación para tomar la ciudad y enlazar con los finlandeses;

en Ucrania, las principales batallas pueden librarse en la región de Dniepropetrovsk y Kremenchug, adonde ha profundizado la principal formación de tropas blindadas enemigas del grupo de ejércitos *Sur;*

el sector más vulnerable y peligroso de nuestro sistema defensivo es el Frente Central. Los ejércitos que cubren las direcciones de Unecha y Gomel están muy incompletos y su armamento deja bastante que desear. Los alemanes pueden aprovecharse de este punto débil y golpear por el flanco y la retaguardia a las fuerzas del Frente Suroeste.

—¿Qué propone usted? —me pregunta Stalin.

—Ante todo, consolidar el Frente Central, entregándole no menos de tres ejércitos reforzados con artillería. Uno, sacado de la dirección occidental; otro, del Frente Suroeste, y el tercero, de la reserva del Gran Cuartel General. Confiar el Frente a un jefe experimentado y enérgico. Concretamente, propongo a N. F. Vatutin.

—¿De modo que usted estima posible debilitar la dirección a Moscú? —inquiere Stalin.

—No, no lo entiendo así. En el término de 12 a 15 días podemos desplazar del Extremo Oriente no menos de ocho divisiones con plena capacidad de combate, de ellas una de tanques. Ese grupo no debilitará, sino fortalecerá la dirección Moscú.

—¿Y regalamos el Extremo Oriente a los japoneses? —replica mordaz Mejlis.

Sin contestarle, continúo:

—Es preciso desplazar enteramente el Frente Suroeste al otro lado del Dnieper. Y tras el empalme de los frentes Central y Suroste concentrar una reserva no menor de cinco divisiones reforzadas.

—¿Y Kiev qué? —indaga Stalin.

Yo tenía conciencia de lo que estas dos palabras —«entregar Kiev»— significaban para todos los soviéticos y para Stalin. Pero no podía plegarme a los sentimientos y, como militar, debía sugerir lo único viable, a mi modo de ver, en aquella coyuntura.

—Habrá que abandonar Kiev —respondí—. En la dirección oeste es necesario organizar impostergablemente el contrataque con objeto de liquidar el saliente de Elnia. Esta plaza de armas puede utilizarla el enemigo para asestar el golpe a Moscú.

—¿Contragolpes allí, qué disparate está usted diciendo?

—encrespóse Stalin—. ¿Cómo se le ha podido ocurrir entregar al enemigo Kiev?

No pude contenerme:

—Si usted entiende que el jefe del Estado Mayor General es capaz únicamente de lucubrar disparates, entonces nada tengo que hacer aquí. Pido que se me releve de la función de jefe del Estado Mayor General y se me envíe al frente. Allí, seguramente, depararé mayor provecho a la patria.

—No se sulfure —dijo Stalin—. Pero si plantea en tales términos la cuestión, podemos pasarnos sin usted...

Le dije que tenía mi propio punto de vista acerca de la situación y el modo de conducir la guerra y que lo había expuesto como lo pensaba yo y lo entendía también el Estado Mayor General.

—Vuelva a su trabajo. Nos aconsejaremos aquí y le llamaremos más tarde.

Recogí los mapas y abandoné el despacho deprimido y preocupado.

Habrían trascurrido unos cuarenta minutos cuando me avisaron para que me presentara al jefe supremo.

—Hemos intercambiado pareceres —dijo I. V. Stalin— y decidido relevarle de las funciones de jefe del Estado Mayor General. Designaremos para este cargo a B. M. Shaposhnikov. Es verdad que no anda muy bien de salud, pero le ayudaremos.

—¿A dónde me ordena dirigirme?

—¿Dónde desearía usted?

—Puedo desempeñar cualquier cometido. Puedo mandar una división, un cuerpo, un ejército, un frente.

—No se acalore, no se acalore. Usted habló de organizar el contragolpe en la zona de Elnia. Encárguese de ello. Le nombramos a usted jefe del Frente de Reserva. ¿Cuándo puede partir?

—Dentro de una hora.

—Al Estado Mayor General vendrá en seguida Shaposhnikov, le hace entrega de los asuntos y se pone usted en camino. Tenga presente que usted sigue perteneciendo al Cuartel General del Mando Supremo —concluyó Stalin.

—¿Permite usted que me retire?

—Siéntese y tome con nosotros una taza de té —ordenó ya sonriendo—. Todavía tenemos algo de que hablar.

Nos sentamos a la mesa y tomamos té, pero la conversación no llegó a cuajar.

Los preparativos para el viaje fueron breves. Pronto llegó al EMG procedente del Frente Oeste, donde era representante del Cuartel General del Mando Supremo, B. M. Shaposhnikov. Yo salí para la región de Gzhatsk. Allí se encontraba el EM del Frente de Reserva.

ÍNDICE

Impreso en la
UNIDAD PRODUCTORA 08
«Mario Reguera Gómez».
Benjumeda 407.
Instituto Cubano del Libro.
Enero de 1971
La Habana, Cuba.
Edición de 25 000 ejemplares.